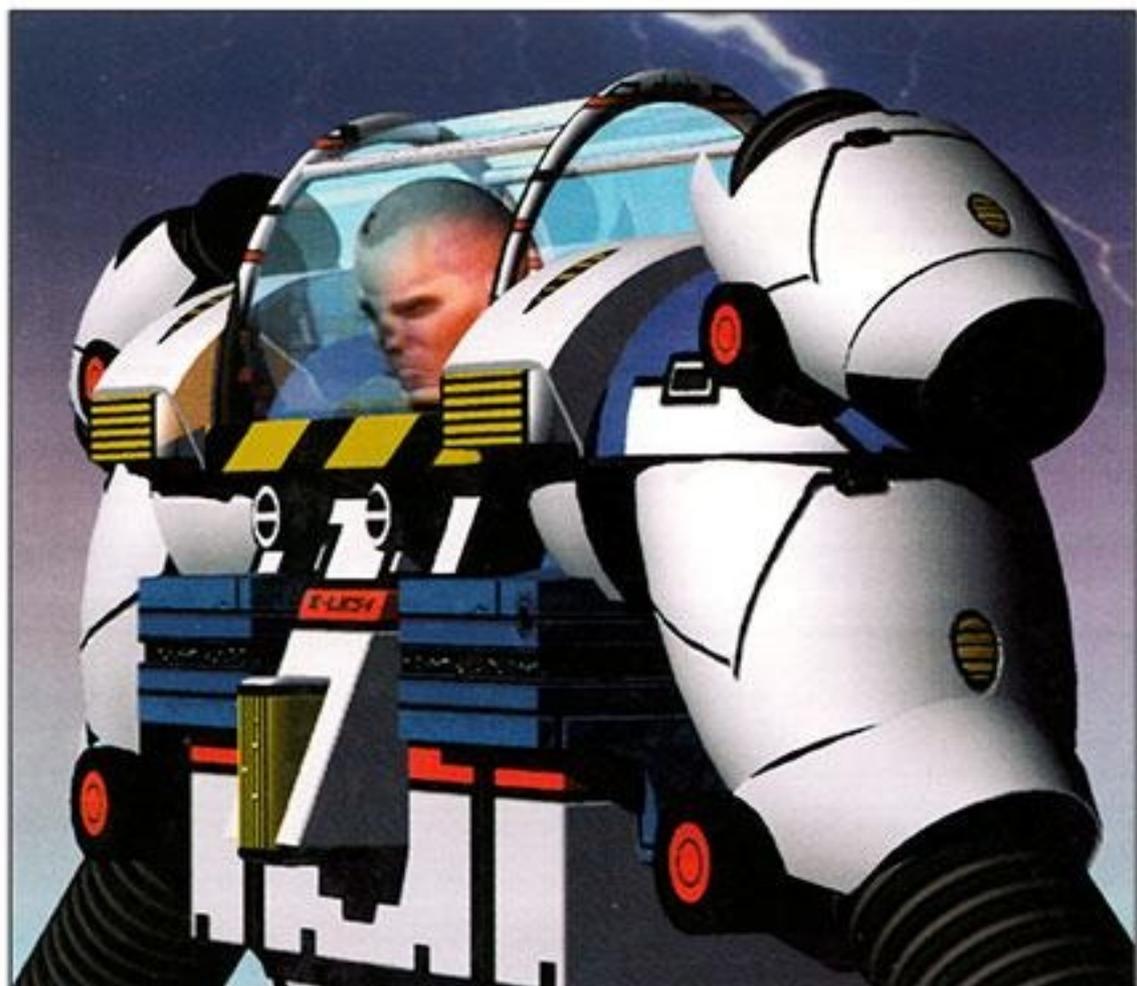


**JACK MCDEVITT
MERCÈ ROIGÉ
ANTONI OLIVÉ**



**PREMIO UPC 1992
NOVELA CORTA DE CIENCIA FICCIÓN**



UNIVERSITAT POLITÈCNICA DE CATALUNYA



Lectulandia

En 1992, el Premio UPC de ciencia ficción se hizo internacional. El 35% de las novelas presentadas llegó del extranjero. De entre un conjunto de narraciones de alta calidad e interés, destacó *Naves en la noche* del norteamericano Jack McDevitt, una maravillosa y poética historia sobre el encuentro de dos seres solitarios, rotundamente distintos pero con la inteligencia y la sensibilidad como rasgos comunes. Una verdadera obra maestra.

Mercè Roigé, una nueva voz en la escasa ciencia ficción española escrita por mujeres, obtuvo el segundo premio con *Puede usted llamarme Bob, señor*, una novela de factura clásica sobre un robot a la busca de su identidad. Una interesante y amena aportación.

El catedrático Antoni Olivé sorprendió con *¿Quién necesita el panglós?*, una intencionada especulación sobre el invento de un traductor portátil universal en una sociedad, la catalana, en permanente conflicto lingüístico. Una muestra genuina y autóctona de un interesante y polémico «¿Qué sucedería si...?» de inmediata aplicación a nuestra sociedad.

Lectulandia

AA. VV.

Premio UPC 1992

novela corta de ciencia ficción

ePub r1.0

Trujano 22.05.14

Título original: *Premio UPC 1992*

AA. VV., 1993

Traducción: Domingo Santos & Clara Cabarrocas

Ilustración de cubierta: Juan Miguel Aguilera

Editor digital: Trujano

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

PRESENTACIÓN

Este libro recoge las novelas ganadoras del PREMIO UPC DE NOVELA CORTA DE CIENCIA FICCIÓN 1992. Este premio anual, convocado por primera vez a finales de abril de 1991, es ya, pese a su juventud, el premio más importante de la ciencia ficción en España y, en expresión del autor y especialista británico Brian W. Aldiss, está llamado a ser «el más importante de la ciencia ficción en Europa».

El Premio UPC de Novela Corta de Ciencia Ficción de 1991

En 1991 se celebraba el 20 aniversario de la Universidad Politécnica de Catalunya (UPC) y se quiso aprovechar esa circunstancia para dar mayor realce a algunas actividades ya habituales en la UPC. De hecho, la convocatoria en 1991 del primer PREMIO UPC DE NOVELA CORTA DE CIENCIA FICCIÓN puede considerarse continuadora de anteriores convocatorias de certámenes culturales promovidos y organizados por el Consell Social de la UPC presidido por Pere Duran i Farell.

Aunque la tradición de los concursos literarios promovidos hasta entonces por el Consell Social de la UPC se centraba en el relato corto, en 1991 la celebración del 20 Aniversario de la UPC aconsejó plantear por primera vez en la universidad española un premio de novela de ciencia ficción. Para favorecer la presencia de originales, se eligió la longitud de la novela corta, en torno al centenar de páginas, por ser de gran predicamento en la ciencia ficción y porque en ella empezaron a tomar forma obras tan características del género como la FUNDACIÓN de Isaac Asimov o DUNE de Frank Herbert.

El primer Premio UPC de Novela Corta de Ciencia Ficción fue convocado a finales de abril de 1991 y tuvo muy buena acogida. Se podía concurrir a él con obras escritas tanto en castellano como en catalán, aun cuando, entre las setenta y una novelas presentadas, fueron mayoría las redactadas en castellano. El premio se convocaba abierto para que pudiera concurrir todo aquel o aquella que presentara una narración ajustada a las bases que establecían, simplemente, la extensión (entre 75 y 110 páginas) y la temática: «narraciones inéditas encuadrables en el género de la ciencia ficción».

El premio, dotado con un millón de pesetas y una posible mención de 250 000, reserva también la posibilidad de un premio especial para la más destacada de las narraciones presentadas por los miembros de la UPC (estudiantes, profesores y personal de administración y servicios). Por un acuerdo entre la UPC y Ediciones B,

las bases del premio establecían ya el anuncio de que «las novelas ganadoras serían publicadas por la UPC a través de Ediciones B dentro de su colección “NOVA ciencia ficción”», precisamente en un volumen como éste.

Las novelas ganadoras del premio de 1991 se publicaron en el número 48 de esta colección, un interesante volumen que agrupa lo mejor de la más reciente ciencia ficción española con MUNDO DE DIOSES, de Rafael Marín Trechera, y EL CÍRCULO DE PIEDRA, de Ángel Torres Quesada, ganadoras ex aequo del primer premio, así como LA LUNA QUIETA, de Javier Negrete, brillante vencedora de la mención especial del jurado. El título genérico del volumen es Premio UPC 1991 (NOVA ciencia ficción, número 48, 1992).

Como merecía la ocasión, la entrega del premio se realizó en un acto académico especial que tuvo lugar el martes 3 de diciembre de 1991 y en el que hizo acto de presencia el doctor Marvin Minsky, quien disertó sobre «Inteligencia artificial y ciencia ficción». Para algunos asistentes pudo resultar sorprendente conocer que el doctor Minsky, reputado especialista en el campo de la Inteligencia Artificial que él contribuyera a crear, se identificaba como un experto conocedor y amante del género de la ciencia ficción al que, en 1992, aportaría su primera novela, The Turing Option, escrita en colaboración con Harry Harrison.

La UPC y la ciencia ficción

El Premio UPC de Novela Corta de Ciencia Ficción, iniciado en 1991, fue evidentemente una feliz novedad. Pero no era la única empresa que la UPC había acometido en torno a la temática propia de la ciencia ficción. De hecho, el género había sido ya anteriormente objeto del interés de la UPC que, en 1986, publicaba IF... INFORMÁTICA FICCIÓN, una antología de relatos de ciencia ficción bajo los auspicios editoriales de Pere Botella y Xavier Iribarne y con la presentación y apoyo del rector de la UPC, Gabriel Ferraté. En la presentación de aquel libro, el rector indicaba algunas de las razones por las cuales un género especulativo como la ciencia ficción podía tener cabida en el mundo universitario español:

... en un ambiente técnico [...], la ciencia ficción puede representar para algunos la pirueta mental que les ayude a liberarse del exceso de presión de un medio racionalista en exceso [...] y [...] nos introduzca en un mundo a la vez fantástico y real, que libere nuestra mente y nuestra imaginación y que en más de una ocasión nos haga pensar y meditar, algunas veces con ironía, sobre temas y tópicos de nuestro entorno cotidiano.

Al amparo del éxito del Premio UPC de Novela Corta de Ciencia Ficción en su convocatoria de 1991, han aparecido nuevas actividades universitarias relacionadas con la ciencia ficción. En concreto cabe citar la creación en 1992 de la UPCF (Unidos Por la Ciencia Ficción), la «asociación de ciencia ficción de la UPC», una asociación universitaria formada por estudiantes, profesores y personal de administración y servicios de la propia UPC. La asociación, una de las más activas en la UPC, realiza diversas actividades de todo tipo siempre centradas en torno a la ciencia ficción y el género fantástico: tertulias, sesiones de videofórum, conferencias, debates, talleres literarios, etc. También edita el fanzine Nexus y tiene prevista la edición de los Quaderns de la UPCF con textos, de ficción o de ensayo, encuadrables en el amplio género de la ciencia ficción.

También en el ámbito institucional hay otras consecuencias del éxito del Premio UPC de Novela Corta de Ciencia Ficción. Desde 1992, el director del Servicio de Bibliotecas de la UPC, Lluís Anglada, ha incorporado a dicho servicio una sección de la biblioteca especializada en la ciencia ficción. Con ello la UPC se une a algunas de las mejores bibliotecas universitarias del ámbito anglosajón que ya cuentan con esa sección especializada. En realidad las mejores y más completas colecciones bibliográficas sobre ciencia ficción se encuentran, hoy en día, en algunas de las universidades norteamericanas más notables. Son famosas en este aspecto la Science Fiction Society Library del conocido Massachusetts Institute of Technology (M. I. T.) de Boston, la Science Fiction Research Collection de la Texas A&M University, la Lloyd Eaton Collection de la Universidad de California Riverside o las de las universidades de Siracusa y Eastern Mexico entre otras.

Es de esperar que, con el tiempo, sea también famosa y de gran utilidad para estudiosos y aficionados la sección de ciencia ficción de las bibliotecas de la UPC. Por el momento, la biblioteca de ciencia ficción de la UPC reúne tanto textos de ficción como ensayos y estudios eruditos sobre el género y pretende, en un futuro cercano, convertirse también en depósito de originales manuscritos al igual que se hace en algunas de las bibliotecas universitarias norteamericanas antes citadas.

Por ahora, esta nueva sección bibliotecaria se nutre de donaciones de particulares y de editoriales y, también, del apoyo de la asociación UPCF que cubre los costes de las suscripciones a las revistas académicas internacionales especializadas en ciencia ficción: Extrapolation de la Universidad de Kent en Ohio (EE. UU.), Science Fiction Studies editada actualmente por la DePauw University en Greencastle, Indiana (EE. UU.) y Foundation nacida en el politécnico del noreste de Londres. La UPCF ha cubierto también las suscripciones de algunas de las más conocidas y prestigiosas revistas de ciencia ficción: las norteamericanas Analog Science Fiction/Science Fact e Isaac Asimov's Science Fiction Magazine así como la hispana, y del todo imprescindible, BEM. Todo ello, libros y revistas, se hallan a la

libre disposición de los lectores de las bibliotecas de la UPC, en un proceso que, con toda seguridad, ampliará aún más, si cabe, el interés por la ciencia ficción entre los miembros de la comunidad universitaria de la UPC.

El Premio UPC de Novela Corta de Ciencia Ficción de 1992

Convocado también por el Consell Social de la UPC, con el respaldo del rector de la universidad, doctor Gabriel Ferraté i Pascual, el PREMIO UPC DE NOVELA CORTA DE CIENCIA FICCIÓN adquirió en 1992 una nueva dimensión. En su primera convocatoria, en 1991, el premio se circunscribía al ámbito español admitiendo originales escritos en cualquiera de las dos lenguas oficiales de Cataluña: catalán y castellano; pero, a partir de la edición de 1992, el premio se hizo internacional admitiendo también originales escritos en inglés y francés.

De nuevo el éxito ha acompañado a esta iniciativa del Consell Social de la UPC. En 1992 se presentaron un total de 83 novelas, la mayor parte procedentes de Cataluña (39% del total) o del resto del estado español (25%), pero más de tercera parte (el 36% exactamente) procedía del extranjero con una amplia distribución geográfica: Estados Unidos (12 novelas), Francia (6), Gran Bretaña (3), Australia (2), Hungría (2), Argentina (1), Canadá (1), Israel (1), Rumania (1) y Suiza (1). La distribución por lenguas mostró un evidente predominio del castellano (61%), seguido del inglés (22%), el francés (11%) y el catalán (6%).

El jurado de esta segunda edición estuvo formado por Lluís Anglada, Miquel Barceló, Pere Botella, Josep Casanovas y Domingo Santos. El contenido del acta con el fallo del jurado (traducida del original en catalán) es el siguiente:

El jurado del Premio UPC de Novela Corta de Ciencia Ficción 1992, reunido en la sede del Consell Social el día 25 de noviembre de 1992 para deliberar sobre la entrega de los premios, ha decidido otorgar:

— el primer premio de 1 000 000 ptas. a la obra:

Ships in the Night, de Jack McDevitt (Brunswick, Georgia, EE. UU.).

— una mención de 250 000 ptas. a la obra:

Puede usted llamarme Bob, señor, de Mercè Roigé i Casals (Barcelona).

— un premio de 250 000 ptas. a la mejor narración presentada por un miembro de la UPC, a la obra:

Qui vol el panglós?, de Antoni Olivé i Ramón (Barcelona).

El jurado desea hacer constar el éxito de participación de esta convocatoria internacional (83 originales recibidos) y hacer mención de las siguientes obras:

- *Tabu*, de Stoney Compton (Juneau, Alaska, EE. UU.).
 - *Las garras del vórtice*, de Juan Miguel Aguilera y Javier Redal (Valencia).
 - *Reprendre, c'est voler*, de Ayerdhal, pseudónimo de Marc Soulier (Ecully, Francia).
 - *Estado crepuscular*, de Francisco Javier Negrete Medina (Madrid).
 - *La vara de hierro*, de César Mallorquí del Corral (Madrid).
 - *Un cruce en la noche*, de Guillem Sánchez i Gómez (Barcelona).
 - *Sorra roja*, de Josep Vallés Sánchez (miembro de la UPC, Barcelona).
- Y, a los efectos oportunos, firman el presente certificado.

La decisión del jurado y la entrega de los premios se hizo pública el miércoles 27 de enero de 1993 en un solemne acto académico presidido por el rector Gabriel Ferraté. Eje central del acto fue una interesante conferencia a cargo de Brian W. Aldiss, conocido autor y ensayista británico, quien disertó sobre «La ciencia ficción y la conciencia del futuro».

La mayoría de aficionados a la literatura de ciencia ficción conocen y valoran la obra de Aldiss como novelista, obra que en su conjunto configura una brillante carrera iniciada a finales de los años cincuenta. Cabe destacar su interesante aportación al tema de la nave generacional que surca el espacio en busca de un planeta habitable: Non Stop (1958) de la que se han hecho ya tres ediciones en España con diversos títulos, siendo el más reciente LA NAVE ESTELAR (Nebulae segunda época, número 21, 1978). La obra literaria de Aldiss cuenta con títulos tan significativos como INVERNÁCULO (1962, Minotauro), A CABEZA DESCALZA (1969, Acervo), FRANKENSTEIN DESENCADENADO (1973, Minotauro), o la serie de HELICONIA (1982 a 1985, Minotauro). El conjunto configura una obra exigente y seria que ha sido muy apreciada por la elite de lectores de ciencia ficción.

Pero Aldiss también es uno de los mejores estudiosos que tiene el género, como ha demostrado en el importante estudio histórico BILLION YEAR SPREE: THE HISTORY OF SCIENCE FICTION («Un billón de años extendidos: la historia de la ciencia ficción», 1973), ampliada posteriormente a TRILLION YEAR SPREE («Un trillón de años extendidos», 1986) esta última con la colaboración de David Wingrove. Por este tipo de trabajos, Aldiss recibió en 1978 el prestigioso premio Pilgrim, otorgado por la «Asociación de Estudios sobre la Ciencia Ficción» (Science Fiction Research Association — SFRA).

La principal virtud de la conferencia de Aldiss fue su gran amenidad. Se centró en lo que debe escribir un autor de ciencia ficción en los años noventa, a finales de siglo. Una época que, según Aldiss, cabe considerar «un extraordinario período de la historia, un tiempo de turbulencia, de esperanza y de miseria, como si todos los siglos pasados se hubieran focalizado en esta década bajo una gigantesca lente de

ampliación». Comentaba Aldiss que «la ciencia ficción es un híbrido, con el vigor de un híbrido capaz de mantener un cambiante equilibrio entre la literatura, el periodismo y la ciencia: una buena receta, básicamente una receta del siglo XX, para tratar con el cortante filo de los acontecimientos del mundo y el cambio evolutivo».

Destacó también que los más acuciantes problemas del momento han inspirado siempre los mejores temas de la ciencia ficción. Hizo referencia al FRANKENSTEIN de Mary Shelley y el interés de esta autora por el galvanismo de finales del siglo XVIII, para establecer un paralelismo con las preocupaciones sobre el exceso de población mundial que inspirarían algunas obras de Robert Silverberg o James Blish en los años sesenta, o la amenaza de la destrucción nuclear que inspirara obras como las de Wilson Tucker o films como El juego de la guerra, de Alan Watkins. Para Aldiss, «a menos que un escritor decida escribir meramente fantasía, es importante para él o ella comprender el mundo en el que vive». Rechazaba así, de forma enérgica y a la vez amena, la frecuente acusación de «escapismo» que suelen efectuar los detractores del género, a menudo ignorantes de su verdadero contenido y alcance.

No es éste el momento para extenderme sobre otros aspectos del acto y del premio en sí. Remito al lector interesado a la amplia cobertura periodística que ha publicado BEM, la revista mensual de la ciencia ficción española. Tras dar la noticia en el número 28 (febrero 1993), buena parte de sus números 29 (marzo 1993) y 30 (abril 1993) se dedican al Premio UPC 1992, con entrevistas a los ganadores y todo tipo de informaciones y opiniones sobre el hecho. Citaré la dirección de BEM para ayudar a quien tenga dificultad para acudir a una librería especializada: Ricard de la Casa, P.O. Box 2061, Principado de Andorra. Los impacientes pueden utilizar el número de fax: 973861374. Al margen del premio UPC, la lectura mensual de BEM es un acto prácticamente imprescindible para el buen aficionado español a la ciencia ficción.

Las novelas ganadoras y la presente edición

Este año, el presente volumen recoge todas las novelas ganadoras del PREMIO UPC DE NOVELA CORTA DE CIENCIA FICCIÓN 1992. Como miembro del jurado, puedo dar fe del elevado nivel medio de las narraciones presentadas a concurso, cuyo número ha sido francamente superior al de la edición de 1991. En mi opinión, algunas de las novelas finalistas mencionadas en el acta del jurado merecerían también ser conocidas por el público lector. Sé que la UPCF está estudiando la posibilidad de publicar alguna de las finalistas y, en caso de que así ocurriera, recomiendo al lector que les preste atención (de nuevo, BEM puede ser imprescindible para tener noticias del hecho).

En realidad el jurado, si bien tuvo fácil la decisión unánime sobre el primer

premio (*NAVES EN LA NOCHE* de Jack McDevitt) y también la selección del premio a un miembro de la UPC (*¿QUIÉN NECESITA EL PANGLÓS?* de Antoni Olivé), tuvo mayores problemas para decidir el segundo premio que, finalmente, recayó con todos los honores y merecimientos en *PUEDE USTED LLAMARME BOB, SEÑOR*, de Mercè Roigé.

Jack McDevitt no es un desconocido para el lector español de ciencia ficción. Precisamente en esta misma colección NOVA ciencia ficción se han publicado sus dos primeras novelas *EL TEXTO DE HÉRCULES* (NOVA ciencia ficción, número 26) y *UN TALENTO PARA LA GUERRA* (NOVA ciencia ficción, número 53). Su tercera novela *The Engines of God*, está a punto de aparecer en el mercado estadounidense. *EL TEXTO DE HÉRCULES* obtuvo la mención especial en el premio Philip K. Dick y el premio Locus a la mejor primera novela de 1986.

Jack McDevitt nació en la localidad norteamericana de Filadelfia en 1935 y, en el transcurso de su vida, ha sido oficial de la marina, taxista y funcionario de aduanas. Gran aficionado al ajedrez, en la actualidad trabaja como responsable en la formación de directivos del Servicio de Aduanas de Estados Unidos y vive con su esposa Maureen y sus tres hijos, Meredith, Scott y Christopher, en la pequeña ciudad de Brunswick, en el estado norteamericano de Georgia.

Uno de sus primeros relatos, *Cryptic*, fue finalista del Nebula en 1984 y *The Fort Moxie Branch* fue finalista de los premios Hugo y Nebula en 1989. Precisamente *NAVES EN LA NOCHE*, la narración ganadora del Premio UPC 1992, es la cuarta de sus historias ambientadas en Fort Moxie, una pequeña ciudad en la frontera entre Canadá y Estados Unidos. El mismo McDevitt cuenta que, entre 1975 y 1982, siendo funcionario de aduanas, vivió en Pembina, en Dakota del Norte, una ciudad que viene a ser el modelo para Fort Moxie. En palabras de McDevitt: «durante la noche, en la estación fronteriza, justo al norte de Pembina, uno puede mirar hasta el horizonte a través de una oscura pradera completamente intocada por luz artificial de ningún tipo. Tal como ya he escrito en algún sitio, era posible estar ahí de pie y sentir el planeta girar. Nunca he estado en ningún sitio que pareciera tan natural para apariciones metafísicas».

Ése es el ambiente que se respira en *NAVES EN LA NOCHE*, una maravillosa y poética historia sobre el encuentro de seres solitarios, rotundamente distintos, pero con la inteligencia y la sensibilidad como rasgos comunes. Una verdadera obra maestra. Fernando Bendala, en una inteligente crítica publicada en el BEM, número 30, desentraña algunas de las claves de *NAVES EN LA NOCHE* que, en su opinión, «refleja el proceso de madurez de un escritor sólido que, sin estar consagrado todavía en su país, es capaz de dejar huella en todo aquel que quiera hallar en una novela corta elementos de reflexión que susciten el sentido de la maravilla». No cesan aquí las alabanzas a *NAVES EN LA NOCHE* por parte del especialista de BEM: «la novela, hay que decirlo, es encantadora y tiene una sensibilidad que me hizo

recordar Alas nocturnas de Robert Silverberg. El argumento es similar a otras obras de McDevitt y su base es el encuentro de una persona solitaria con un extraterrestre, el Viajero, al que sólo el protagonista puede ver y la relación que se crea entre ambos... hasta que se tienen que separar».

Poco hay que añadir aquí por mi parte, sólo recordar que se trata, efectivamente, de una narración sobre el amor y que está presidida por una delicadeza y una sensibilidad que quienes hemos tenido la oportunidad de conocer en persona a Jack McDevitt hemos asociado inmediatamente a su propia delicadeza y sensibilidad y, evidentemente, a su gran humanidad.

Una última aclaración: Ships in the night, que hemos traducido literalmente, es una expresión coloquial que se emplea para describir a personas que están solas y que, en un momento determinado, se cruzan en la noche, comparten unos instantes y luego siguen sus caminos. Con la ayuda de Fernando Bendala estuvimos tentados de utilizar para la edición española el título «Pájaros volanderos» pero, finalmente, he decidido mantener la traducción literal del original inglés que ha sido la difundida por la prensa al hablar del Premio UPC 1992.

Para concluir, no es un tópico decir que el PREMIO UPC DE NOVELA CORTA DE CIENCIA FICCIÓN 1992 y esta colección se honran con la elevada calidad de NAVES EN LA NOCHE, verdadero hito que será difícil de superar. Pero la emoción que produce la lectura de NAVES EN LA NOCHE es sólo un pálido reflejo de lo que representó para algunos de nosotros conocer en persona a alguien tan entrañable como Jack. Madurez, sensibilidad, modestia y humildad son algunos de los rasgos de carácter que adornan su gran humanidad.

Si la narración ganadora del PREMIO UPC DE NOVELA CORTA DE CIENCIA FICCIÓN 1992 fue algo excepcional, también lo fue el nivel medio de las finalistas, de entre las cuales el jurado seleccionó PUEDE USTED LLAMARME BOB, SEÑOR, de Mercè Roigé, como la merecedora de la mención especial del jurado.

Mercè Roigé es una joven barcelonesa de veintinueve años que trabaja como secretaria en una multinacional de informática. PUEDE USTED LLAMARME BOB, SEÑOR es su primera novela, aun cuando su afición a la ciencia ficción parece provenir de lejos. Mercè comenta que, ya a los siete u ocho años, creó su primer personaje de ficción en un tebeo que tituló Aventura del marciano Wee-Wee. Según parece, el anuncio de la convocatoria del premio UPC sirvió como excusa para desarrollar un argumento en torno a una idea escrita hacía años y que reposaba en el fondo de un cajón. Esa idea se convirtió en «la historia de un robot que busca su pasado y huye de donde está» en escueta caracterización de la autora que oculta así el punto esencial del desenlace de la narración.

Obviamente, Roigé se declara admiradora de Isaac Asimov pero también de Philip K. Dick. Se reconoce como una gran amante del cine y se identifica con la generación que creció con la saga de La guerra de las galaxias, de George Lucas. Entrevistada por Fernando Bendala para BEM, Roigé confiesa su afición por la novela histórica y su debilidad por La joya de la Corona, que declara haber leído cuatro o cinco veces tanto en castellano como en inglés.

PUEDA USTED LLAMARME BOB, SEÑOR es una amena y entretenida historia sobre un robot a la busca de su propia esencia oculta tal vez en su pasado. Una narración de factura clásica que no decepciona y que recuerda alguna de las tradicionales narraciones de los años dorados de la ciencia ficción.

Para finalizar, el volumen incluye ¿QUIÉN NECESITA EL PANGLÓS?, la novela de Antoni Olivé, ganadora del premio especial a los miembros de la UPC que concurrían al certamen. Contrariamente a lo sucedido en 1991, incluso en este apartado las narraciones presentadas en 1992 tuvieron un interesante nivel. El jurado mostró total unanimidad en preferir, sin ningún tipo de duda, la narración de Olivé que, con toda seguridad, habría merecido también la atención del jurado en el concurso general.

Antoni Olivé es catedrático del departamento de Lenguajes y Sistemas Informáticos (LSI) de la UPC y ha sido, durante los últimos años, decano de la Facultad de Informática de la UPC. Es una autoridad muy reconocida en el ámbito mundial en su esfera de especialidad: los sistemas de información. Su primer contacto a fondo con la ciencia ficción, además de la inevitable lectura de Asimov, fue su actuación como director de mi propia tesis doctoral en torno a la Informática y la Ciencia Ficción. Según el mismo Olivé reconoce, a partir de ahí le empezó a gustar el tema. Tal vez por ello, su narración es una muestra genuina y autóctona de un interesante y polémico «¿Qué sucedería si...?» de inmediata aplicación a nuestra sociedad.

Preocupado por los problemas de la lengua, la cultura y la sociedad catalanas, Olivé ha escrito (en catalán, evidentemente) una intencionada especulación sobre el invento de un traductor portátil universal en una sociedad, la catalana, en permanente conflicto lingüístico. Ese traductor, el panglós citado en el título, es para Olivé: «un traductor automático, portátil y perfecto. Consta de unos auriculares y de un micrófono y al hablar por ese micrófono, lo dicho sale por los auriculares en cualquier lengua que uno quiera. Y al revés, el panglós traduce lo que capta a la propia lengua del oyente. La novela es una reflexión en forma literaria de lo que pasaría en un país en conflicto lingüístico el día que se inventara ese aparato».

Para ello, Olivé (de quien me consta su gran capacidad y voluntad de trabajo) se

preocupó de documentarse sobre otros departamentos de la UPC y ambientó el descubrimiento del panglós en el departamento de Teoría de la Señal de la misma UPC, aunque algunos podemos reconocer también rasgos y personajes del departamento LSI al que está adscrito el mismo Olivé.

Porque, además de una sorprendente (¿y lógica?) Barcelona de mediados del siglo XXI, ¿QUIÉN NECESITA EL PANGLÓS? de Olivé nos lleva de la mano por la vida cotidiana de un departamento universitario y por la actividad investigadora, que él conoce tan bien, de un prestigioso catedrático. Hace con ello realidad la frase de Aldiss antes citada: «a menos que un escritor decida escribir meramente fantasía, es importante para él o ella comprender el mundo en que vive». Olivé se preocupa por el mundo en que vive y por alguno de los problemas de la sociedad en que desenvuelve su actividad como investigador y profesor. Algo parecido a lo que hacen otros profesores universitarios ya activos en la ciencia ficción mundial como Benford, Vinge o Cramer.

Estoy convencido de que la argumentación central de la narración puede sorprender a muchos lectores no conscientes de la realidad lingüística en países de deseado u obligado bilingüismo. Las tesis de Olivé, transparentes en la narración, son unas de las posibles en el ambiente cotidiano de la Cataluña moderna. Sólo por eso, aun sin los elementos «cienciaficciónísticos» de la narración, la aportación de Olivé esta llamada a dejar huella en la ciencia ficción española.

Jack McDevitt se enteró de la convocatoria del Premio UPC 1992 por una carta en el Boletín de la SFWA (Asociación de escritores norteamericanos de ciencia ficción), Mercè Roigé lo supo por una reseña aparecida en la revista DUNIA, y Antoni Olivé por informaciones de la propia universidad. Caminos dispares que vienen a mostrar la multiplicidad de vías con las cuales el PREMIO UPC DE CIENCIA FICCIÓN, como se llamará en el futuro, da a conocer su existencia. Una existencia que, en expresión de Brian W. Aldiss, le convertirá sin ninguna duda en «el premio más importante de la ciencia ficción en Europa». Que así sea.

MIQUEL BARCELÓ

NAVES EN LA NOCHE

Jack McDevitt

Título original:

SHIPS IN THE NIGHT

Traducción:

Domingo Santos

Arnold remataba ya su primer kilómetro, avanzando metódicamente a lo largo del herboso sendero sembrado de guijarros junto a la línea de árboles que dominaban el Red River del norte, cuando el viento le habló por primera vez.

Sopló en el atardecer. Las ramas crujieron y las recién caídas hojas repiquetearon contra los troncos de los olmos y los bojés.

El bosque susurró su nombre.

Imaginación, por supuesto.

El río bajaba cargado al doblar el recodo. El sendero de *jogging* crujió bajo sus pies, las ramillas se agitaban en los árboles.

Arnold.

Más claro esta vez. Una fría brisa onduló a través de él.

El sonido murió, como ahogado por la capa de hojas sobre su cabeza.

Moderó gradualmente el paso, se detuvo. Miró a su alrededor. Parpadeó furioso hacia los árboles. El río era gris a la muriente luz.

—¿Hay alguien ahí?

Un gorrión alzó el vuelo desde un roble colorado y surcó el cielo, cruzó por encima de los árboles del cortavientos, por encima del agua, por encima de la orilla opuesta, y se adentró en Minnesota. Desapareció de la vista.

La corriente murmuraba más allá de un amasijo de oscuras rocas en el centro de la corriente. En alguna parte en la distancia oyó el resonar de la puerta de un garaje al cerrarse. Siguió adelante. Pero esta vez corrió más lentamente.

Arnold.

Se detuvo de nuevo, estuvo a punto de perder el equilibrio. Se inmovilizó.

Esta vez no había ningún error: el sonido era sólo un susurro, un distante suspiro. Pero había pronunciado un *nombre*. Lo había inspirado, lo había exhalado. Era algo compuesto de río y viento y árboles. Lo oyó en las pequeñas ondulaciones del agua junto a la pedregosa orilla y en el rodar de las hojas muertas.

No era un grupo de chicos escondidos detrás de los bojés. *No* era nadie que pudiera imaginar. *No* era en absoluto una voz humana. Su corazón se puso a latir con fuerza.

El valor nunca había sido una de las virtudes de Arnold Whitaker. Temía los enfrentamientos, temía a los médicos, temía al dolor, temía a las mujeres. Y, aunque no creía en fantasmas, y de hecho se preocupaba mucho de sonreír cínicamente ante las historias sobre temas sobrenaturales o paranormales, no le gustaban los lugares oscuros, ni siquiera el corto trayecto desde su garaje hasta su casa cuando la luna estaba llena. (De pequeño había visto demasiadas películas de hombres lobo).

Se detuvo cerca de un negro peñasco de granito, se volvió de espaldas al río y escrutó el bosque. Estaba en el cortavientos que rodeaba Fort Moxie, un estrecho cinturón de árboles de no más de treinta metros de anchura. Nada se movía entre los

bojes y los álamos. Nada le seguía por el sendero de *jogging*. Y, tras un último barrido de la zona, vio que nada flotaba en el río o se alzaba allá en la orilla opuesta.

El negro peñasco era uno de los muchos de la zona que habían sido empujados desde Manitoba y depositados allí por los glaciares antes de que iniciaran su larga retirada a finales de la última era glacial. Se alzaba hasta la altura del hombro, y su áspera superficie era fría.

Arnold permaneció muy inmóvil. Los árboles oscilaban suavemente bajo los primeros vientos del otoño. Los pájaros cantaban. El río burbujeaba. La forma más rápida de salir de allí era abandonar el sendero, cortar por entre los árboles del cortavientos y descender directamente hasta la ciudad. Pero eso requería que admitiera algo que no estaba dispuesto a admitir. El día era demasiado agradable, demasiado soleado, demasiado plácido para dejarse asustar por el viento. ¿No era eso lo que decían siempre en las películas de casas encantadas? *Sólo es el viento*.

Descubrió que estaba casi agazapado detrás del peñasco. Se obligó a erguirse y, con pasos que de pronto adquirieron vigor, se lanzó hacia delante. Siguió el sendero por entre los árboles y fuera de ellos. Corrió a toda velocidad bajo la filtrada luz del sol. Ocasionalmente, allá donde el sendero trazaba una curva, él no. Saltaba sobre troncos, cortaba a través de claros, avanzaba entre la maleza. Emergía con frecuencia junto a la orilla del río, sólo para volver a hundirse entre los árboles. Finalmente, siguiendo aún el sendero, se apartó del Red y cortó colina abajo por entre los últimos vestigios del cortavientos. Jadeaba cuando salió a los campos de Lev Anderson, y cruzó exhausto la puerta trasera del Centro Histórico de Fort Moxie.

Asustó terriblemente a Emma Kosta, que estaba de turno, y a su amiga Tommi Patmore. Emma saltó de su silla y derramó su taza de té, mientras que Tommi, sentada de espaldas a la puerta cuando Arnold la abrió de golpe, se cayó literalmente de su silla. Arnold cerró la puerta, trató de cerrarla con la aldaba, fracasó, corrió a ayudar a Tommi, y tuvo que volver junto a la puerta e intentarlo de nuevo porque la puerta no había quedado bien cerrada, nunca cerraba bien, y el viento la había abierto.

Al final Tommi tuvo que volver por sí misma a su silla. Las dos damas miraron asombradas a Arnold.

—Vaya, Arnold —dijo Emma—, ¿qué le ha ocurrido?

Arnold se había derrumbado virtualmente contra la pared, exhausto por su esfuerzo, con los pulmones ardiendo

—¿Eh? Nada —dijo—. Nada en absoluto. ¿Qué le hace suponer que me ha ocurrido algo? —Necesitó otros treinta segundos para poder terminar su frase—. Sólo estaba practicando *jogging*.

Arnold Whitaker era el propietario y principal empleado de la Lock'n' Bolt, la ferretería de Fort Moxie. Era un hombre de proporciones modestas y rasgos

normales, mediada la treintena. Tendía a ser discreto, no se sabía que jamás hubiera ofendido a nadie y, en general, se preocupaba mucho de la etiqueta social: abría las puertas a las señoras, sólo gastaba bromas a costa de sí mismo, y hablaba con tonos cuidadosamente modulados. Nadie había oído nunca que Arnold alzara la voz.

Sus clientes lo consideraban una persona firme en la que se podía confiar, de la misma forma que es firme y se puede confiar en una buena llave inglesa y unos buenos tornillos. No había nada extravagante en su aspecto, nada chillón o llamativo en su tienda o en el cartel luminoso de la misma; todo austero y sencillo, todo dentro de los parámetros del manual de instrucciones.

Era soltero. Vivía en el piso de arriba de la tienda, en un espartano apartamento de dos dormitorios. Los muebles eran discordantes: la mesa de mimbre minaba el espíritu de su escritorio de tapa corredera; el efecto seductor del sofá de piel negra resultaba completamente destruido por el conservador sillón de orejas color oro tostado. Arnold había adquirido la mayor parte de su mobiliario en las rebajas en Fargo y Grand Forks. Sus ropas también reflejaban una tendencia a considerar antes el presupuesto que el gusto. De hecho, podía decirse que la propensión de Arnold hacia los descuentos reflejaba una tendencia natural a evitar en la vida todo aquello por lo que tuviera que pagar lo que valía.

Tenía un buen televisor, veintisiete pulgadas, ochocientas líneas de definición y sonido envolvente. (Pasaba mucho tiempo viendo la televisión, pero había esperado a comprarlo hasta conseguir el precio que deseaba pagar). Una buena cadena de alta fidelidad adquirida en una tienda de oportunidades dominaba la sala de estar. Las paredes de todo el apartamento habían sido convertidas en estanterías, llenas de catálogos de ferretería y tecno-thrillers en ediciones de bolsillo.

Dormía en la habitación central, dominada por una cama doble que hacía sólo de tanto en tanto y una enorme cómoda a la que le faltaban varias manijas. (Estaba buscando un buen reemplazo). En un rincón había un televisor más pequeño y un vídeo, y en otro un árbol de caucho. Una foto de una antigua amiga a la que no veía desde hacía años dominaba la cómoda.

La habitación de atrás miraba al barrio noroeste de Fort Moxie. Las casas de la ciudad fronteriza estaban muy separadas entre sí, incluso detrás de la zona comercial. Los terrenos raras veces medían menos de dos mil metros cuadrados. Había pocas farolas, y en consecuencia la zona era muy oscura por la noche. Por eso Arnold había elegido aquella ventana de atrás para instalar su telescopio.

El telescopio era tal vez la única propiedad de Arnold que había adquirido a su precio real. Era un reflector 2080 Schmidt-Cassegrain con un ocular de 25 mm. Le ofrecía vistas espectaculares de la Luna, de Júpiter y de Saturno, en especial en las frías noches de invierno en las que el aire parecía cristalizarse y las moléculas de polvo se helaban y caían al suelo, dejando expuestos los corazones de los grandes

planetas.

La ambición secreta de Arnold, una que nunca había compartido con nadie, era descubrir la aproximación de un cometa. Ser el primero, y dar la noticia. El cometa Whitaker.

Sus vecinos conocían la existencia del telescopio y asignaban su presencia a alguna idiosincrasia menor, la excepción en el tranquilo y ordenado fluir de la vida de Arnold.

El cual, incidentalmente, era apreciado por casi todo el mundo. No daba lugar a pasiones: nadie en Fort Moxie perdía el sueño pensando en él. Y nadie podía recordar haberse irritado nunca realmente con él. Simplemente estaba *allí*, en el centro comercial de la ciudad, una educada presencia en la que se podía confiar, una parte tan genuina de la ciudad como la oficina de correos o la comarcal 11 o el cortavientos. Lo que más gustaba a la gente de él (aunque probablemente nadie lo expresaría jamás con palabras) era que a Arnold le *gustaba* realmente la ferretería. Los martillos y los cortafríos, con sus pulidos mangos de madera y sus cabezas metálicas brillantes y limpias, le deleitaban. Manejaba los destornilladores, las cajas de clavos, las clavijas y las bases de enchufe con evidente afecto. E incluso sus clientes más jóvenes trazaban una conexión entre el sólido y responsable estilo de vida de Arnold y los tornillos y tuercas de su negocio.

La tarde del incidente en el cortavientos, que fue el primer suceso no planificado en su vida desde las inundaciones de 1978, Arnold regresó a la tienda en un estado de considerable agitación. Cerró con llave las dos puertas de abajo y comprobó todas las ventanas, una rutina que no siempre seguía en una ciudad sin delitos importantes como Fort Moxie. Y se retiró arriba, a la habitación de atrás, donde permaneció largo tiempo sentado al lado del telescopio, observando cómo la oscuridad descendía sobre la distante línea de árboles.

Ni por un momento dudó que había oído realmente su nombre ahí fuera. Arnold era una persona demasiado firme, demasiado estable, para dudar de sus sentidos. No creía que se tratara de una broma, como tampoco veía, caso de serlo, cómo podía haber sido ejecutada.

Pero, entonces, ¿de qué se trataba? A la firme y dura luz de su habitación, podía desechar lo sobrenatural. Pero ¿qué quedaba entonces? ¿Era posible que algún truco del viento, alguna improbable disposición de las ramas y de las corrientes de aire y de la temperatura, hubiera producido un sonido tan parecido a «Arnold» que su mente hubiera llenado el resto?

Permaneció sentado durante casi una hora con la barbilla apoyada en sus manos, mirando a través de la ventana las distantes copas de los árboles.

Más tarde salió a cenar, a Clint's. Era una excepción, pero esta noche creía tener derecho. Deseaba gente a su alrededor.

La rutina habitual era que Arnold abriera a las nueve. Tenía dos empleados a tiempo parcial: Janet Hasting, un ama de casa que acudía a sustituirle a la hora de comer, y Dean Walloughby, un quinceañero que venía a las tres. Si las cosas estaban tranquilas, Arnold trabajaba en el inventario, o en la declaración de impuestos, e iba al banco. Cerraban a las cinco. Dean se marchaba a casa, y Arnold iba a hacer *jogging*.

Pero hoy, el día después del incidente que Arnold empezaba a llamar El Encuentro, así, con mayúsculas, tenía que tomar una decisión. Le gustaba correr. En especial le gustaba la soledad del anillo de árboles, y correr contra el viento en la pradera. Le gustaba el limpio olor a rocas y agua del Red River y el lejano sonido de los cláxones en la I-29. Era pasado el Día del Trabajo, y el corto verano de Fort Moxie se estaba marchando aprisa. No quería perder el poco buen tiempo que quedaba, en especial por culpa de una aberración, un truco de los sentidos.

Arnold se notaba trastornado por la experiencia. Temblaba ante la perspectiva de ir hasta allá de nuevo, y se daba cuenta de que podía perfectamente mantenerse alejado de aquel lugar, y nadie sabría nunca que se había dejado dominar por su miedo. Era posible que durante un tiempo se preguntara qué había ocurrido en realidad ahí fuera, pero sabía que finalmente adjudicaría el suceso a una imaginación demasiado activa.

Ése parecía el camino más seguro.

Sí. Podía permanecer alejado del lugar. No tenía sentido tentar al destino. ¿Por qué buscarse problemas? Esta tarde podía limitarse a correr por la ciudad. De todos modos, la estación ya estaba terminando. Así que, una vez tomada su decisión, esperó a que Janet Hasting llegara a las once y poco después salió a comer con la conciencia tranquila.

Saludó con la cabeza al pequeño núcleo de clientes regulares de Clint's y se sentó en una silla al lado de Floyd Rickett, que estaba desmembrando un pollo. Floyd era alto canoso, de nariz afilada y aspecto delgado, muy digno en su uniforme postal. Tenía recias opiniones, y un intenso sentido de la importancia de su propio tiempo. *Ve al fondo*, acostumbraba a decir, haciendo un gesto como de apuñalar con los tres dedos medios de su mano derecha, como si se abriera camino con ellos. Floyd se abría camino por todas partes: se abría camino en las conversaciones, se abría camino entre la oposición política en el club (del que era secretario de actas), se abría camino en colas y multitudes. *La vida es corta. No hay tiempo que perder. Ve al fondo*. En la oficina de correos, se especializaba en destacar los problemas causados por el público en general. Floyd no toleraba un paquete mal envuelto, una dirección escrita a mano con letra poco legible, la ausencia del código postal.

—Pareces trastornado —dijo, mirando a Arnold.

Arnold se sentó y negó con la cabeza.

—Estoy bien.

—Creo que no. —Puñalada—. No tienes buen color. —Puñalada—. Y eludes el contacto visual. —Corte.

Arnold intentó establecer de inmediato contacto visual. Pero ya era demasiado tarde.

—Es algo que me ocurrió ayer.

Ve al fondo.

—¿Qué? —Floyd se inclinó hacia delante con interés. Los sucesos fuera de lo común, en especial los del tipo que podían borrar la ecuanimidad en un ciudadano tan sólido como Arnold Whitaker, eran raros en Fort Moxie.

—En realidad no sé cómo explicarlo. —Arnold observó a Aggie acercarse a tomar su orden. Cuando se hubo marchado repitió su observación.

—Ve al grano —dijo Floyd.

—Ayer estaba haciendo *jogging* en el cortavientos. Voy ahí cada día, después de cerrar.

Floyd se removió en su silla.

—Oí una voz —dijo Arnold.

Floyd se metió un trozo de pollo en la boca, masticó y frunció el ceño cuando no oyó nada más.

—Me rindo —dijo al fin—. ¿Qué voz?

—No había nadie allí.

—Tenía que haber alguien. Alguien escondido detrás de un árbol.

—No.

—Entonces, ¿qué era?

—No era una voz como la tuya o la mía. Quiero decir, no era la voz de una persona.

Floyd frunció el ceño.

—¿Qué otros tipos de voces hay?

—No lo sé.

—Está bien. ¿Qué dijo?

—Nada.

—¿Nada?

—Bueno, pronunció mi nombre.

—¿Y eso fue todo?

—Sí.

Floyd inclinó la cabeza hacia un lado, sonrió y terminó su té helado.

—Tengo que irme —dijo. Se había dado cuenta de que aquélla era una conversación que *no* iba al fondo. No valía la pena perder el tiempo con ella—. Mira,

Arnold, lo que oíste fue un eco. O el viento. Que a veces juega extrañas pasadas. — Se palmeó los labios con la servilleta—. Quizá necesites tomarte unos días de descanso.

Así que Arnold regresó a la tienda, y reconsideró su decisión de permanecer alejado del cortavientos. No podía permitirse que lo asustara y le alejara de algo que realmente disfrutaba hacer. Sobre todo cuando no tenía ninguna explicación, ni siquiera para sí mismo. A las dos, había decidido enfrentarse a lo que fuera que acechara (ésa era la palabra que no dejaba de acudir a su mente) entre los árboles. Y al diablo las consecuencias. Pero, a lo largo de la siguiente hora, las fuerzas de la cautela volvieron a tomar el mando y reconquistaron la colina.

Pensó en invitar a Dean, su empleado a tiempo parcial, a ir con él. Pero ¿cómo explicarle su petición? Y de todos modos, el muchacho estaba en unas condiciones físicas horribles, y sólo lo frenaría si tenía que salir rápidamente del lugar.

A la hora de cerrar había cambiado varias veces de idea, y al final alcanzó un compromiso: permanecería fuera de los árboles, pero correría tan cerca de ellos como pudiera, sin abandonar las calles.

Su rutina habitual, después de cerrar y ponerse el chándal, era conducir hasta el Centro Histórico y aparcar allí, luego regresar corriendo a lo largo de la avenida Bannister que cruzaba la ciudad y conectar con el sendero de *jogging* del lado oeste. Seguía el sendero bordeando el perímetro norte de Fort Moxie, pasaba junto al lugar de El Encuentro, y finalmente volvía a salir al Centro Histórico. El camino tenía en total unos ocho kilómetros. En realidad no *corría* toda esa distancia, *no podía* correr tanto, pero usaba una combinación de *jogging* y caminar. Y a veces simplemente se paraba. De hecho, lo hacía a menudo. En total, podía necesitar de una hora y cuarto a dos horas para completar todo el circuito.

Hoy, por supuesto, sería diferente. Para empezar, dejó su coche en el garaje. Echó a andar por Bannister, pasó frente a la oficina de correos y el banco y el bar Prairie Schooner y el supermercado de Mike y la tienda de electrodomésticos Intown Video. Pero, en vez de seguir todo el camino hacia la salida del lado oeste, giró al norte en la calle Quinta y cruzó el terreno sembrado de hojas secas de la escuela elemental Thomas Jefferson.

Al frente mismo, a unas seis manzanas, podía ver la línea de olmos y bojés. Sus copas se agitaban bajo un recio viento de la pradera. Parecían inofensivos. También parecían profundos: cuando era un muchacho, la imaginación de Arnold se había recreado en convertir el estrecho anillo de árboles en un enorme bosque, antes que en un solitario puesto de avanzada en la pradera.

Dejó atrás la escuela, pasó por delante de bloques de casas y la panadería y los apartamentos Estrella del Norte. Dos manzanas más allá de Bannister pasó junto a la casa de Floyd. Era un edificio de dos pisos de color gris claro inmaculadamente

cuidado, con un porche frontal cerrado. Dos viejos boj es crecían en un espacioso patio delantero recientemente rastrillado. (Las hojas secas estaban alineadas en una pared lateral, metidas en sacos). Amplios setos cuidadosamente manicurados marcaban los límites del terreno. Un surtido de arbustos cuidadosamente dispuestos señalaba la casi obsesiva afición del propietario por la simetría y el orden. El periódico de la tarde, el *Grand Forks Herald*, estaba en medio del césped, doblado y enfajado.

Su Nissan rojo estaba aparcado en el sendero. Y el propio Floyd apareció en la puerta, saludó a Arnold con la mano y se dirigió en busca del periódico.

Arnold le devolvió el saludo.

—¡Vigila esa cosa en el bosque! —le indicó Floyd, cuando Arnold ya casi había pasado.

No hubiera debido decirle nada. Arnold incrementó ligeramente el paso, notó que sus mejillas se encendían.

Se acercaba ahora a la biblioteca de Fort Moxie.

La biblioteca era el orgullo de la ciudad. Los contribuyentes la habían financiado con una emisión de bonos, un arquitecto de Bismarck había diseñado la estructura para que semejara un pequeño templo griego, y las contribuciones tanto de libros como de dinero la mantenían bien provista.

El templo griego dominaba una pequeña altura rodeada de un césped que empezaba a volverse amarronado. Dos olmos, el asta de una bandera, una estatua de un soldado de caballería (de los días en que la ciudad era realmente un fuerte), y unos cuantos arbustos de verbena y madreselva contribuían en cierto modo a desconectarla del mundo exterior. La biblioteca era un bucle temporal, en una ciudad que ni siquiera tenía un agente de policía. Era en parte helénica, en parte estilo 1910. Un sendero de grava, flanqueado de bancos pintados de verde, serpenteaba por el terreno. Los bancos solían estar ocupados por adolescentes o por residentes ancianos que disfrutaban de los últimos días de verano. Y en uno de ellos, el que estaba delante mismo del templo, de cara a él, estaba sentada ahora una desconocida, una mujer joven a la que Arnold no había visto nunca antes. Era, observó, al tiempo que se quedaba sin aliento y doblaba la próxima curva, una mujer de sorprendente belleza.

Sería una exageración decir que Arnold nunca había tenido suerte con las mujeres. Había habido algunas en su vida, quizá media docena que se habían acostado con él, e incluso una o dos que hubieran podido llegar al altar. Pero ninguna de ellas, a plena luz del día, fue capaz de encender sus hornos, por así decir. Las mujeres que hubieran podido conseguirlo siempre lo habían asustado, y por ello terminaban inevitablemente en brazos de algún otro hombre mientras Arnold mantenía su frágil ego intacto. Podía afirmar, para su vergüenza, que ninguna mujer realmente hermosa lo había rechazado.

La mujer del banco era realmente hermosa.

Tenía unos líquidos ojos verdes y un pelo rubio rojizo cortado a la altura de los hombros. Cuando se movía, el pelo se agitaba y atrapaba la luz. Sus rasgos estaban finamente tallados, eran aristocráticos en su estilo más delicado, y estaban iluminados por una energía interior que hizo que la presión sanguínea de Arnold ascendiera hasta la zona de peligro. Su expresión sugería muy claramente que sería inabordable.

Tenía un libro abierto sobre su regazo, y un gastado maletín portadocumentos de piel sintética se había caído de lado a sus pies. Llevaba una conservadora blusa marrón claro y una conservadora falda marrón oscuro.

No hace falta decir que nunca se le hubiera ocurrido a Arnold alterar su camino, aventurarse a decir *hola*, o siquiera saludarla con la mano al pasar. Se limitó a seguir adelante, mirando como mejor pudo hasta que hubo cruzado la calle Pratcher y la hermosa joven desapareció de su vista cuando dobló el edificio amarillo de la casa de Kaz Johansen.

La calle Quinta terminaba más o menos allí, se convertía en un camino de tierra, y avanzaba a lo largo de otra manzana donde había varias casas en construcción y donde sólo vivía por ahora Al Conway. Arnold pasó junto a la casa de Al y siguió hasta el final de la calle.

Había un solar abandonado allí, más allá de las construcciones, cubierto de hierba alta y hojas muertas. Ascendía gradualmente hasta el cortavientos. Arnold frenó la marcha pero no se detuvo. Se preguntó si realmente había llegado a dudar alguna vez mientras avanzaba por el irregular terreno, ascendía la corta cuesta y penetraba entre los árboles.

El propósito oficial de estos anillos de árboles es proteger las ciudades de los vientos que soplan de la pradera. Durante la primavera anterior, un poeta que había venido de St. Louis para dar una conferencia en la biblioteca había dicho que la auténtica razón de los cortavientos no tenía nada que ver con el viento; era que dolía a la gente contemplar todo aquel vacío, hasta el horizonte, y por eso construía murallas a su alrededor. El poeta, suponía Arnold, no había estado nunca en Fort Moxie durante el invierno.

El estrecho cinturón de árboles estaba muy tranquilo.

Redujo su marcha a un mero caminar. El viento soplaba suave por entre las ramas más altas, creando cambiantes dibujos de luz. Sus temores se habían apaciguado; el bosque tenía un aspecto tan poco amenazador, tan pacífico, que el incidente del día anterior parecía irreal y muy lejano. Aquéllos eran sus árboles. Nada aterrador podía moverse entre ellos.

Aceleró un poco el paso. El sendero de *jogging* apareció a su izquierda, y lo tomó. El aire era fresco y vigorizante, pero sabía que arrastraba consigo los primeros heraldos del largo invierno por venir.

Pensó en llamar a la voz. Desafiarla. *Hey, Voz. He vuelto.* Pero no había recobrado hasta tal punto el valor. El bosque se agitó a su alrededor. Las ramas oscilaron, y los insectos susurraron en la maleza, y los sonidos de su paso le devolvieron sus ecos.

Apareció el río, al nordeste. Se estaba acercando al lugar donde se había producido El Encuentro.

Arnold retuvo su marcha y avanzó a un paso deliberadamente lento, ahorrando energías. El sendero discurría ahora por el otro extremo de los árboles, la parte exterior del cortavientos, que proseguía recto mientras el río torcía hacia el interior. El peñasco negro apareció delante.

Se detuvo.

El viento sopló sobre él, agitó sus ropas, onduló la hierba.

—¿Estás aquí? —preguntó con voz muy suave, no completamente seguro de haber llegado a pronunciar las palabras.

Las ramas crujieron y suspiraron.

El río siguió discurriendo.

Arnold se sintió mucho mejor y emprendió un vivo y triunfante trote.

El viento pareció envolverle. Olía a agua y madera verde. El follaje se agitó. La luz del día cambió de complexión, como si algo se hubiera interpuesto entre él y el sol. Había nubes en el cielo, hacia el este. El aire empezaba a oscurecerse.

Y el viento habló.

No...

Las rodillas de Arnold se bloquearon. Cayó de bruces, cuan largo era. No había nada a sus espaldas. Nada en ninguna parte que pudiera ver. El sonido tenía una cualidad estereofónica: procedía de todas direcciones.

... *tengas miedo.*

Si había algo que tuviera más posibilidades de aterrar a Arnold que una aparición inesperada en un claro solitario, era la petición, procediera de donde fuese, de que no se dejara dominar por el pánico. Permaneció tendido en el suelo, con el corazón latiendo alocado. Nada se movió entre los árboles. El río estaba tranquilo, el sendero desierto hasta donde podía ver. La voz sonaba demasiado cercana para proceder de la otra orilla.

Ninguna garganta humana podía haber emitido ese sonido susurrante, como de hojas agitadas por el viento.

—¿Quién está ahí?

Su corazón estaba desbocado, le costaba respirar, pero consiguió mantener a raya el enfermizo pánico del día anterior.

Hola, Arnold. Las copas de los árboles se bambolearon lentamente a uno y otro lado, como si la mano de un invisible gigante estuviera jugueteando con ellas. *Esperaba que volvieras.*

Una cálida brisa rozó su mejilla.

—¿Dónde estás?

Aquí. Algo como una ligera risa agitó el follaje. *Estoy a tu lado.*

—¿Dónde? Déjate ver. —Arnold luchó contra el creciente pánico mientras se ponía en pie.

No tengo nada que mostrar.

—Dilo de nuevo.

No hay nada que ver. A menos que la luz sea la correcta.

Tenía que ser un truco. Alguien *debía* de estar grabando aquello. ¿Iba a verlo aparecer cuando se reuniera con los Elks el próximo sábado por la noche?

—Estés donde estés, no me hace ninguna gracia. —Seguía sin hablar con voz fuerte—. ¿Eres tú, Floyd?

El silencio rodó por los árboles y se derramó en el río.

La ráfaga cruzó el claro donde estaba.

¿Quién es Floyd?

—Un amigo.

¿Un amigo que hace trucos?

—No lo sé. ¿Dónde estás, Floyd?

Aquí no hay nadie excepto tú y yo.

—¿Quién eres? De veras.

Un visitante.

—¿Un turista?

Podría decirse así. Escucha, Arnold, ¿por qué no te sientas? No parece estar muy cómodo.

—¿Por qué no sales a donde pueda verte? ¿De qué tienes miedo? ¿Cómo haces ese truco de la voz?

Estoy en tu campo de visión.

—¿Dónde? ¿Detrás de un árbol?

Aquella suave risa de nuevo, ondulando por entre olmos y bojoes.

Estoy a tu lado, Arnold. Una repentina corriente de aire cálido fluyó a su alrededor. *Me alegra tener la oportunidad de hablar contigo.*

Arnold seguía escrutando los árboles.

—¿De qué se trata? ¿Altavoces ocultos en alguna parte?

Eres difícil de convencer.

—¿Convencer de qué?

Está bien. Te haré una demostración. Elige un árbol.

—¿Qué?

Elige un árbol. Cualquier árbol. Sonó impaciente.

—Está bien. —Señaló hacia un olmo americano—. Ése.

Era el árbol más grande de la zona, casi veinte metros de alto. Su tronco tendría quizás ocho metros de circunferencia y estaba recubierto por una gruesa corteza pardo grisácea. Casi a un tercio de su altura se abría en recias ramas, que se dividían y subdividían en una hojosa telaraña que se entremezclaba con las ramas de sus compañeros. Había una ardilla en el rugoso tronco, con sus oscuros ojos clavados en él.

Ahora observa.

—Estoy observando.

El viento se agitó sobre su cabeza. Las ramas superiores crujieron, se movieron, empezaron a oscilar. Danzaron una única danza sincronizada, como lo harían durante una tormenta. Pero el aire allá donde estaba Arnold permanecía casi inmóvil.

Cayeron hojas. Y ramitas. Derivaron plácidamente hacia abajo por entre la griseante luz.

Arnold notó la boca seca.

—¿Qué eres? —preguntó con voz lenta—. ¿Qué quieres?

Busco lugares interesantes. Viajo.

—¿Por qué no puedo verte, Viajero? ¿Eres invisible?

En realidad no. ¿Es invisible el viento?

—Sí —dijo Arnold—. Por supuesto que sí.

Oh.

—No comprendo lo que está pasando. —Cautelosamente—: No eres un fantasma, ¿verdad?

No. Hay algunas especies avanzadas en las que la esencia sobrevive a la envoltura. Pero la mía no está entre ellas.

Arnold frunció el ceño y pensó en las implicaciones.

—¿Y la mía? —preguntó.

Oh, no. Por supuesto que no. Al menos, creo que no. No. Definitivamente, no.

—¿De dónde vienes?

Recientemente he estado explorando las praderas.

—No. Me refiero a de dónde vienes originalmente ¿Dónde naciste?

No nací, en el sentido que tú le das a la palabra. Los árboles guardaron silencio. Arnold escuchó los sonidos lejanos, los cláxones, el ladrido de un perro, un avión. *Supongo que no hará ningún daño decírtelo. Vi mi primer amanecer en un mundo artificial muy lejos de aquí. Mi sol no es visible desde este lugar. Al menos, no es visible para mí. Y dudo que lo sea para ti.*

Arnold sintió que le abandonaban las fuerzas. Quizás hasta aquel momento, había esperado que las cosas se arreglaran de alguna forma racional. Pero ahora sabía que tenía que enfrentarse, por así decirlo, con la dimensión desconocida.

—¿Eres un alienígena? —preguntó.

Eso es un asunto de perspectiva. Pero si vamos a dedicarnos a adjudicar nombres y a categorizar, será mejor que no olvides tus propias características simianas.

—No, escucha. Hablo en serio. Y no eres hostil, ¿verdad?

Una brisa repentina remolineó en sus tobillos.

Arnold, las formas de vida inteligentes son, por definición, racionales. Razonables.

—Maravilloso. —Se agitó sobre un pie, luego sobre el otro—. Escucha, Viajero. Me alegra conocerte. Me llamo Arnold... —Se detuvo—. Tú sabías mi nombre antes incluso de hablar conmigo.

Sí.

—¿Cómo es eso? ¿Qué ocurre? No serás la vanguardia de alguna invasión, ¿verdad?

No estamos muy interesados en invadir, Arnold. Esto corresponde más a tu tradición.

—¿Cómo es que sabes mi nombre?

Conozco a alguna gente en Fort Moxie. No paso todo mi tiempo aquí en el cortavientos, ¿sabes?

—¿Con quién más has hablado?

Con nadie.

—¿Nadie más sabe que estás aquí? —Arnold empezaba a tener visiones de su rostro en la portada del *Time*.

No.

—¿Por qué hablas conmigo?

Arnold captó de nuevo el movimiento de corrientes de aire.

Porque deseaba hablar.

—¿Sobre qué?

Simplemente hablar.

—¿Estás solo?

Sí. Lo estoy.

—¿Por qué yo?

No entiendo.

—¿Por qué yo? ¿Por qué no Alex Wickham? ¿O Tom Lasker? ¿Por qué hablar conmigo? —Arnold no estaba seguro de por qué se centraba en aquella cuestión. Quizás había algo especial en él, algo que esta criatura sobrenatural podía ver y que los habitantes de la ciudad no. Si poseía alguna cualidad especial, debía saberlo.

Eres casi el único que viene por aquí. La señora Henney hace jogging por la mañana, pero es un tanto nerviosa, y si me revelara a ella sospecho que podía sufrir un colapso cardíaco a causa de la impresión.

—Pero has dicho que también viajas por la ciudad.

Así es. Pero no puedo comunicarme con nadie allí. No hay bastantes árboles. Y no hay agua.

—¿Qué quieres decir?

No tengo lengua, Arnold. Como puedes darte cuenta. Hablo manipulando otras sustancias. En realidad me enorgullezco de que es algo que domino bastante bien.

El Viajero sonaba orgulloso de sí mismo. Si en el alma de Arnold quedaba todavía alguna sensación de inquietud, fue despejada en ese momento.

—Escucha, ¿qué te parecería hablar con un periodista?

No creo que me gustara.

—¿Por qué no? Éste es un asunto que sacudiría el mundo. El primer contacto con otro ser inteligente.

No preguntaré quién más se supone que es inteligente en esta ecuación. Pero no, gracias. Sólo quería hablar contigo. No con el mundo.

—Pero nadie lo creerá si no traigo hasta aquí algún testigo. ¿Qué te parece Floyd Rickett, entonces? ¿Hablarías con él?

La voz se echó a reír. Una cascada de hojas y ramillas estalló en las ramas superiores de un viejo boj.

Me pregunto si elegí mal.

—Está bien. Está bien, escucha, no te enfades, ¿de acuerdo? ¿De qué quieres hablar?

De nada en particular.

—¿No tienes algún mensaje? ¿Una advertencia? ¿Algo que desees que comunique al mundo?

Tienes un sentido muy fuerte de lo melodramático. No: simplemente te veía venir aquí cada día, y pensé que sería agradable decirte hola.

—Vamos, esto es ridículo. ¿Se trata del primer contacto entre dos especies inteligentes, y todo lo que tenemos que decirnos es *hola*?

Arnold: probablemente éste no es el primer contacto. Las reglas se quebrantan constantemente. Y, además, ¿qué otro saludo hay que sea más significativo?

—¿Quieres decir que ha habido otros antes de ahora?

Por supuesto. No conmigo, entiéndelo. Pero, estadísticamente, vosotros sois insignificantes. ¿Cuáles son las posibilidades de que tú estés manteniendo la primera conversación con alguien de otro mundo?

—Entonces, ¿por qué no he oído hablar nada al respecto? ¿Por qué no ha aparecido en la televisión?

Porque no se supone que debiera hacerlo. Nadie quiere posar para las cámaras. Escucha, tengo que irme.

—¿Quieres decir que esto es todo?

Me temo que sí, Arnold. Ha sido muy agradable hablar contigo.

—Espera un minuto...

Probablemente será mejor que no digas nada a nadie. Ya sabes cómo es la gente. Y, por cierto, hay una razón por la que te elegí a ti. Aparte del hecho de que vengas aquí regularmente.

Aquello le hizo sentirse mejor.

—¿Cuál?

El telescopio. Me gusta la gente que desea ver lo que hay realmente ahí fuera. Más allá del horizonte. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Escucha, Viajero. ¿Te veré de nuevo? Quiero decir, ¿hablaré contigo de nuevo? ¿Vives aquí?

El río gorgoteó contra las piedras de la orilla.

He estado usando este lugar como base. Sí. Por supuesto. Pásate por aquí de nuevo. Cuando quieras.

Arnold agitó los pies.

—Una cosa más.

Dime.

—No sé cómo llamarte. ¿Tienes un nombre?

No usamos nombres.

—Necesito tener alguna forma de llamarte.

Busca una tú mismo.

—Viajero.

Suena agradable. Me gusta.

—¿Estarás aquí cuando vuelva?

No puedo prometerlo. Pero normalmente regreso a esta hora.

Arnold contempló el árbol más alto de la zona, el olmo americano que había servido como demostración. Tenía la sensación de estar hablándole *a él*.

—Me ha encantado conocerte.

Y a mí conocerte a ti. Buenas noches, Arnold.

—Volveré mañana.

Una cálida brisa giró a su alrededor, luego partió hacia el otro lado del río. Un estallido de espuma hendió la superficie del agua.

Arnold cruzó los árboles y corrió hacia el sur hasta la calle Quinta, lleno de exuberancia. Lo primero que debía hacer era encontrar a alguien a quien contárselo. Arch Johnson estaba fuera en su porche delantero, y Sal y Ed Morgan llevaban leña para la chimenea al cobertizo de atrás. Amos Sigursen estaba con la cabeza metida en el capó de su furgoneta. Sintió deseos de ir a cada uno de ellos y apoyar una mano en su hombro y decirles: *Hey, acabo de hablar con un visitante de otro mundo; está ahí fuera, en el cortavientos, pero cada vez que visualizaba su reacción sabía que iban a*

mirarle de reojo y harían alguna broma, o quizá sólo lo mirarían de reojo. Pensó en ir a casa de Floyd y llamar a su puerta, decirle *a él* lo que había visto. Pero Floyd era un tipo demasiado pragmático, no creería ni una palabra a menos que el Viajero estuviera con él y dispuesto quizás a meterle a Floyd un invisible dedo en el ojo.

Así que llegó hasta su casa, con el secreto de todos los tiempos metido aún a buen recaudo debajo de su chándal. Entró por la puerta de atrás, subió al primer piso y se dejó caer en la cama al lado del teléfono.

Pero tampoco había nadie a quien pudiera llamar. Arnold no tenía mucha familia. Sólo un par de tíos y tías que pensaban ya que estaba loco porque nunca había abandonado su remota ciudad fronteriza. Y aquella noche, con el rostro enrojecido aún por la alegría de su descubrimiento, se dio cuenta de que no conocía a nadie con quien poder compartir una experiencia significativa. En lo único en que podía pensar era en arrastrar a Floyd hasta el cortavientos y mostrarle allí lo equivocado que había estado. Y eso era patético.

Se duchó, se sentó ante su escritorio de persiana y tomó un fajo de hojas amarillas. Escribió en ellas todo lo que podía recordar de su conversación con la criatura de viento. Registró no sólo el texto de su conversación, sino sus impresiones del tamaño de la cosa (más grande que el olmo más grande), la sugestión de movimiento entre los árboles y sus estimaciones acerca de la temperatura y dirección del viento. Escribiré un libro sobre este día, se dijo a sí mismo. Y deseaba estar preparado desde un principio.

También había preguntas para las que era necesario hallar respuestas. *¿De dónde vienes? ¿Qué piensas de la especie humana? ¿Qué tipo de anatomía es la tuya? ¿Cómo funcionan tus sentidos?* Las registró más o menos a medida que se le ocurrían, llenando páginas y páginas y apilándolas en un ordenado montón.

Finalmente se había hecho oscuro. (Fort Moxie estaba en el borde occidental de la Zona Central de Tiempo. El sol permanecía hasta tarde en el cielo vespertino). Se sentó junto a la ventana y miró hacia el cortavientos, incapaz de verlo excepto como una oscuridad más profunda que el resto, allá hacia el norte. Y se preguntó si el Viajero estaría allí *ahora*, moviéndose entre los árboles, observando lo que ocurría en Fort Moxie. Pero ¿de qué le serviría hacerlo? Nunca ocurría nada en Fort Moxie. ¿Qué interés podía tener una pequeña ciudad fronteriza como aquella para una entidad de otro mundo?

La noche estaba llena de estrellas. Aunque no podía verla desde su ventana trasera, una luna nueva dominaba el cielo. La ciudad se extendía tranquila bajo sus dispersas farolas. Le gustaba pensar en Fort Moxie como en un lugar donde se crearía historia. Se preguntaba si su nombre podría llegar a convertirse algún día en sinónimo de una nueva era. El Acontecimiento de Fort Moxie.

Arnold nunca bebía a solas. De hecho, raras veces bebía. El peso no era ningún

problema para él, pero sabía que podía llegar a serlo si daba rienda suelta de forma regular a su afición por la cerveza fría. Pero esta noche era una excepción. Merecía un reconocimiento, necesitaba algo que la señalara, algo que recordar cuando hubieran transcurrido algunos años.

No guardaba cerveza en la nevera, pero tenía coñac. (No le gustaba el coñac, pero había sido un regalo de cumpleaños de los chicos de los Elks). Tomó la botella del armarito donde guardaba los cacharros, la abrió y echó un poco en un vaso. Permaneció de pie al lado de su telescopio, acarició satisfecho su cilindro verde grisáceo, y apuntó el ocular hacia la dirección general del cortavientos. *Éste es por ti, Viajero. Y por el futuro.*

Mañana hallaría una forma de convencer a la criatura de que se sometiera a una entrevista con la televisión.

Arnold despertó en su sillón. Los recuerdos de los sucesos del día anterior regresaron a él como una inundación. *No ha sido un sueño.* En la mesilla al lado del sillón había una taza de café frío. *Está de veras ahí fuera.* Páginas amarillas llenas con sus garabatos se amontonaban en el sofá de piel negra.

Y es amistoso. Y le gusta hablar.

Volvió a su dormitorio y miró por la ventana. El cortavientos tenía una apariencia brumosa e irreal a la grisácea luz.

Se duchó y se vistió y desayunó con entusiasmo. Aquel iba a ser un día ideal para darle un buen empujón a la tienda. Por Dios, se sentía estupendamente, y a las nueve en punto abrió de par en par las puertas de la Lock'n' Bolt al mundo. Nunca se le ocurriría mantener la tienda cerrada todo el día para regresar a El Encuentro y saborear el momento. La Lock'n' Bolt no era nada si la gente no podía confiar en hallarla abierta a sus horas. Se enorgullecía afirmando que ninguna catástrofe local le había obligado nunca a cerrar durante las horas normales de apertura. Había capeado las inundaciones de 1978, las nevadas de 1987 y de 1988, la gran tormenta de Navidad de 1991 e incluso el tornado de 1992. No importaban. Ocurriera lo que ocurriera en el orden cósmico, Fort Moxie podía estar segura de que la Lock'n' Bolt abriría a las nueve en punto. Orden y continuidad eran lo que habían hecho grande al pueblo norteamericano.

Durante el transcurso del día atendió al habitual número de clientes, se quedó sin mazos (la gente estaba empezando a preparar sus casas para el invierno), mostró a Ep Colley lo que iba mal en su segadora, aconsejó a Myra Schjenholde sobre cómo panelar sus paredes, y hubo un cierto movimiento en la sección de estufas. Toda aquella gente eran sus amigos y vecinos, y Arnold sentía deseos de llevarlos aparte, se *moría* de ganas de agarrarlos por el cuello y decirles lo que estaba ocurriendo. Pero Ep nunca comprendería nada acerca de extraterrestres (Ep ni siquiera estaba seguro

de dónde estaba Júpiter). Y Myra estaba demasiado absorta en visualizar cómo quedaría su nueva sala de estar para preocuparse por una voz en el cortavientos. Y así sucesivamente. Uno necesitaba un alma gemela para poder efectuar un anuncio de aquella magnitud. Y el día se fue arrastrando lentamente mientras Arnold buscaba inútilmente esa alma.

Cuando llegó Dean terminó de poner al día los papeles, hizo un rápido viaje a un proveedor en Hallock para buscar algunos rastrillos, y volvió justo antes de las cinco. Cerraron la tienda, y Arnold no perdió tiempo en ponerse el chándal. Recogió las preguntas que había anotado la noche anterior y se las metió en un bolsillo. Hoy estaba preparado. Y, cuando volviera aquella noche, tendría algunas respuestas. Y, esperaba, habría persuadido al Viajero de que celebrara una conferencia de prensa.

Tomó el camino corto, calle Quinta arriba. Hoy avanzaba rápido, no con su habitual paso relajado sino con un vivo *sprint*. Las calles estaban llenas de chicos jugando al balón. El tiempo había refrescado, con el sol en un cielo sin nubes. Sabía que, cuando llegara a los árboles, el mundo se abriría ante él hasta el horizonte.

La encantadora joven con el pelo rubio rojizo estaba otra vez frente a la biblioteca. Se había sentado en un banco diferente esta vez, en el extremo más alejado, junto al aparcamiento. Contuvo el aliento y frenó la marcha. Estaba sentada con una rodilla cruzada sobre la otra, al parecer absorta en su libro. El tráfico de rutina de un miércoles por la tarde se deslizaba a su alrededor: adolescentes, madres con sus niños pequeños, y algunos de los jubilados de la ciudad.

Pero todo eso no formaba más que el telón de fondo. Los bancos y los bojes, la gente y las casas al otro lado de la calle, incluso la propia biblioteca en su pequeño edificio griego, no eran más que el escenario donde ella actuaba. Arnold siguió andando, poniendo un pie delante del otro sin saber qué otra cosa hacer. Quizás hubiera algún lugar donde un encuentro fuera inevitable, donde pudiera ser abordada sin necesidad de forzar la situación. Quizá, si se hacía famoso mundialmente como el amigo de la Criatura del Viento, el hombre que había presidido el último acontecimiento histórico, la situación se volviera más favorable.

Disculpe, Arnold. Sé que no hemos sido presentados, pero me preguntaba si no podríamos ir a algún lado y hablar un poco del Viajero.

Ella alzó la vista. Arnold no fue lo bastante rápido, resultó atrapado mirando. Y por un breve y electrizante momento se examinaron el uno al otro con los ojos, sin acabar de conectar. Incluso desde aquella considerable distancia, Arnold captó su poder.

Es decir, si no es demasiada molestia.

Flotó al cruzar la calle, con sus esperanzas en meteórico ascenso, viendo por primera vez todas las posibilidades de la situación.

Arnold en *Sesenta minutos*: *¿Y qué pensaba usted, señor Whitaker, cuando se dio*

cuenta de que estaba hablando con un ser de otro mundo?

La biblioteca, y la mujer, desaparecieron de su vista detrás de la casa de Conway.

La Academia Nacional de Ciencias desea entregar su galardón máspreciado, el... —¿qué tipo de premio entregaban, de todos modos?—... la Medalla del Gato de Schroedinger a Arnold Whitaker, propietario de la ferretería Lock'n' Bolt de Fort Moxie, Dakota del Norte.

El solar vacío al final de la calle Cinco estaba lleno de roderas, cubiertas de densas hierbas. Arnold retuvo el paso, pero seguía avanzando demasiado aprisa cuando llegó al final de la calle pavimentada y empezó a ascender la cuesta hacia los árboles. Perdió pie casi de inmediato en el irregular terreno, y cayó de bruces al suelo. Pero no sufrió más daño que una rozadura en la rodilla. Cojeó el resto del camino hasta el cortavientos.

Los árboles se cerraron sobre él. Se abrió camino entre la maleza llena de montones de hojas secas. Los pájaros cantaban y aleteaban sobre su cabeza. Se metió las manos en los bolsillos y caminó vivamente por el estrecho cinturón de árboles. El temor que sentía ahora era que el Viajero, de alguna forma, se hubiera marchado. Se lo habría pensado mejor, quizás. O tal vez todo el asunto hubiera sido consecuencia de un enorme fallo de alguna ley física que ahora ya había sido reparado.

Deseaba llamar en voz alta al Viajero, gritarles un saludo a los árboles, pero todavía estaba demasiado cerca de Fort Moxie. No quería que la gente viera al viejo Arnie ahí arriba entre los árboles hablando consigo mismo.

Llegó al sendero de *jogging* y lo siguió hasta el río, y finalmente hasta el peñasco negro; se detuvo. Escuchó durante varios minutos, sin oír nada fuera de lo usual.

—Viajero —llamó, en tono conversativo—. ¿Estás ahí?

El viento se alzó.

Arnold, ¿por qué recorres incesantemente la zona exterior de un lugar tan solitario como éste?

Lo directo de la pregunta lo tomó momentáneamente por sorpresa.

—Me gusta hacer *jogging* —dijo.

El río murmuró soñadoramente.

—Me alegra que te hayas quedado. No estaba seguro de que lo hicieras.

Yo tampoco.

—Pero has vuelto.

Sí.

—¿Adónde vas cuando no estás aquí?

A la pradera. El viento sopló más fuerte. *Me gusta cabalgar el viento en la pradera.*

—Pero tienes que haber *ido* a alguna parte, ¿no? ¿A Grand Forks, quizás? ¿A Fargo?

Sólo a la pradera.

Arnold miró hacia el oeste, a través de la enorme extensión llana como una piscina. Era deprimentemente monótona. Se preguntó si era posible que su visitante no fuera demasiado inteligente. Dios mío, qué desastre sería eso. El primer visitante de las estrellas, y resulta que es un tonto.

—Ayer dijiste algo acerca de *reglas*. ¿Quién hace las reglas? ¿Hay alguna especie de gobierno ahí fuera?

Hay una civilización.

—¿Qué tipo de civilización?

No lo sé. ¿Qué tipos hay aquí, aparte de los lugares donde la gente es civilizada?
Rió.

—Quiero decir, ¿es una de esas cosas como en *Star Trek*, con gran cantidad de mundos?

No conozco la referencia.

Arnold se sacó disimuladamente sus hojas del bolsillo.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó con aire casual.

Ya respondí a esto ayer.

—Dijiste que eras un turista. Pero ¿qué es lo que te interesa? ¿La arquitectura? ¿Nuestra tecnología? ¿Qué?

Me interesa cabalgar el viento.

—Oh. —Arnold se sintió ligeramente decepcionado—. ¿Eso es todo?

Éste es un mundo tan violento. Es muy agradable.

—¿Violento? —Sintió que un estremecimiento ascendía por su cuerpo desde un lugar muy profundo: sonaba tan complacido con la idea—. El mundo, *este mundo*, no es violento. No hemos tenido ningún crimen en Fort Moxie desde los años treinta. Y, bueno, ocasionalmente tenemos alguna guerra. Pero son de tamaño reducido.

No hablo de la gente, Arnold. Me refiero al clima.

—¿El clima?

Sí. Vuestra atmósfera es turbulenta. Excitante. Por ejemplo, en esta zona un viento de ochenta kilómetros por hora no es nada raro.

—¿Y qué?

Vengo de un lugar compuesto por claros y prados y arroyos tranquilos. Todo es siempre muy tranquilo. Muy pacífico. Aburrido. ¿Sabes lo que quiero decir? No como aquí.

Arnold encontró un tronco cercano y se sentó.

—¿Qué hay acerca de *nosotros*?

¿Quiénes?

—*Nosotros*. La gente. ¿Cuál es tu conexión con *nosotros*?

No tengo ninguna conexión con vosotros.

—¿Sólo estás interesado en las praderas? ¿Es eso lo que dices?

Mi interés se centra en vuestras corrientes térmicas. En vuestros vientos y huracanes y tormentas.

Arnold no pudo reprimir una carcajada.

—¿Y nosotros no te importamos?

¿Por qué habrías de importarme? No, lo que me gusta es dejarme llevar por el aire. Arnold, no tienes idea de la deliciosa y excitante atmósfera en la que vivís.

—Bueno, sé que a veces se pone un poco demasiado fuerte.

Tú tienes un cuerpo sólido, Arnold. Estás a salvo. Si una tormenta fuerte me atrapara a mí ahí fuera en la pradera, o incluso aquí dentro entre los árboles, me dispersaría más allá de toda posible recuperación.

—Entonces, ¿por qué sigues aquí? ¿Por qué no vas a algún lugar más seguro? Como Nueva York.

Si quisiera seguridad, me habría quedado en casa.

—Es por eso por lo que vienes al cortavientos, ¿no? —dijo Arnold—. En busca de refugio. ¿No es así?

Exacto. Sí, es muy reconfortante acomodarse aquí entre los árboles por la noche.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? A la Tierra, quiero decir. ¿Viniste en un OVNI?

¿Qué es un OVNI?

—Un objeto volante no identificado. Se ven por todas partes. Algunos piensan que son naves interestelares.

Oh.

—Bien. ¿Viniste en uno?

Oh, no. ¿Encerrarme dentro de una nave para viajar entre las estrellas? No, gracias. No creo que nadie fuera a ninguna parte si tuviera que viajar de este modo. ¿Estás seguro acerca de esos objetos?

—No. En realidad no.

Si yo fuera tú, no me tomaría demasiado en serio esas historias.

Arnold consultó su lista.

—¿Te quedaste aquí anoche?

Sí.

—¿Dormiste?

Razonablemente bien, gracias.

—Entonces, ¿duermes?

Por supuesto, Arnold, todo el mundo duerme. Es un fenómeno universal.

—¿Sueñas?

Oh, sí.

Los insectos murmuraron.

—¿En qué?

Una brisa repentina arrancó las hojas de sus manos. Contempló las páginas amarillas revolotear aire arriba, donde fueron atrapadas por una corriente rápida y arrastradas sobre el río. Se posaron como mariposas en el agua.

Prefiero simplemente hablar, dijo el Viajero. *No siento ningún interés en ser entrevistado.*

—Lo siento —dijo Arnold.

Está bien.

—Quiero decir, tan sólo deseaba asegurarme de que no me olvidaba de preguntarte algo importante.

Hubo como una ligera inquietud en los árboles.

Supongo que no hubiera debido empezar esto. El aire se agitó y empezó a moverse.

—¿Qué ocurre?

Adiós, Arnold.

—Por favor, no te vayas. —Las corrientes de aire susurraban entre el follaje—. Hey —llamó de pronto—. ¿Por qué estás solo aquí? ¿Qué le ocurrió al otro?

La tarde se inmovilizó.

Eres perceptivo, Arnold.

—¿Qué ocurrió?

Escucha, dejémoslo correr, ¿eh?

—¿Algún accidente? —Al cabo de un largo momento—. Lo siento.

Sobreviviré.

—¿Cuándo volverás a casa?

Cuando se den cuenta de que no he regresado. Necesitarán organizar una partida de rescate.

—¿Quiénes?

No importa. No resulta fácil de explicar.

—¿Cuánto tardarán?

Es difícil de decir. Podría ser mañana. Lo más probable es que sea la próxima primavera.

—¿Cómo sabrás que han venido?

No vendrán exactamente. Pero sabrán encontrarme.

—El compañero que perdiste, ¿era tu pareja?

Ondulaciones en el agua.

El término posee connotaciones que no se aplican.

—Lo siento.

Las ramas oscilaron. *Camina conmigo.*

—Claro. ¿En qué dirección?

Hacia la carretera. A lo largo del río.

El aire era cálido y olía a bayas y a menta.

—¿Cuánto tiempo permanecerás aquí? ¿En Fort Moxie?

No lo sé. Hasta que decida marcharme.

—Simplemente seguir al viento, ¿eh? —Arnold sonrió, complacido consigo mismo.

Caminó lentamente. El río discurría a su lado, y el bosque se agitaba, y el sol se hundía en el oeste. El Viajero no habló mucho. Parecía más bien reaccionar a los cambiantes colores del paisaje y a los estallidos ocasionales de los vientos altos allá en el norte.

Mira a tu izquierda.

—¿Eh? ¿Qué es? —Arnold escrutó los espacios abiertos entre los árboles. No había *nada*. Quizás una esquina del garaje de Mark Hassle.

Una mariposa.

Tenía que reprogramarse, cambiar sus perspectivas. El color aleteó a la luz del sol. Una monarca. Negra y anaranjada, extendía sus alas y las agitaba con una magnífica despreocupación sobre una madreSelva.

Es única en la Tierra.

Sintió como si el bosque respirara. Una brisa aleteante alzó el insecto. Voló en un rumbo en zigzag y se posó en una hoja.

—Es el final del verano —dijo Arnold—. Pronto hará demasiado frío.

Hablaron de las corrientes del viento y de la ferretería y del telescopio de Arnold.

Te envidio, dijo el Viajero.

—¿Por qué?

Yo no puedo mirar por un telescopio.

Arnold frunció el ceño.

—¿No tienes ojos?

No. Pero no carezco de visión. El Viajero intento describir entonces cómo se sentía cabalgando ante el viento, deslizándose en silencio sobre los enormes y ondulantes terrenos herbosos. *Es mejor permanecer a poca altura, cerca del suelo. Ahí consigues una sensación de movimiento. Más alto, entre las nubes, todo se vuelve muy inmóvil.*

Ocasionalmente, el Viajero se alejaba entre los árboles. Parecía inquieto, y ramas y arbustos se agitaban a su paso.

—¿Ocurre algo? —preguntó Arnold al fin.

¿Por qué lo preguntas?

—Te mueves mucho de un lado para otro.

Es mi naturaleza. No me resulta fácil permanecer en un mismo sitio.

El sol estaba rozando el horizonte.

—Me gustaría pedirte un favor —dijo Arnold. Había estado esperando que el

Viajero le diera pie, dijera algo que le permitiera introducir la posibilidad de traer a otras personas al cortavientos. Arnold tenía, por ejemplo, a Ted Kopper en mente. Pero no se había presentado ninguna oportunidad, de modo que decidió actuar directamente—. Tengo un amigo que daría casi cualquier cosa por hablar contigo.

No.

—Le he dicho que tú estabas aquí arriba, y me ha pedido conocerte. —Dos ardillas cruzaron a toda velocidad el sendero y treparon a un árbol—. No hará ningún daño a nadie. Sólo unas palabras, ¿sabes? Sólo decir *hola*, como hiciste conmigo. — Sintió una oleada de desesperación—. No es justo, ¿sabes? Quiero decir, *tú* empezaste esto. A ti no te importó usarme para tener a alguien con quien hablar. Pero no te importa en absoluto lo que esto me haga a *mí*. Tengo en mi poder el secreto más grande del mundo, y no puedo decírselo a nadie.

El Viajero no respondió.

—Es fácil para ti, ¿verdad? No es *tu* problema. —El viento del norte agitó las hojas—. Bueno, puedes quedarte sentado aquí todo el resto del invierno por lo que a mí respecta. No pienso volver.

Y Arnold caminó con paso rápido sendero de *jogging* adelante. Todavía seguía caminando, y sintiéndose absurdo, cuando cruzó los campos de Lev Anderson y llegó a la parte de atrás del Centro Histórico.

De una forma que le costaba definir, toda la cualidad ultraterrena del encuentro parecía estar menguando. El hormigueo a lo largo de la espina dorsal, los profundos miedos, la sensación de maravilla, se desvanecían. Pese a su estructura etérea, el Viajero poseía una realidad más prosaica que, digamos, la señora de Mike Kramer, que vino con su esposo y, mientras él seleccionaba un martillo, no paró de hablar acerca del nuevo proyecto del coro de la iglesia. O Bill Pepperdine, el entrenador de fútbol del instituto que estaba preocupado por el bajo nivel de ferocidad de su línea defensiva este año.

Floyd Rickett apareció alrededor de las tres y se abrió camino por entre varios clientes que se aprovechaban de la oferta anual de otoño de pinturas de Arnold.

—Hoy estuve en el cortavientos —dijo significativamente, hablando por encima de la señora Mellon, que estaba intentando decidirse sobre la carta de colores.

Los ojos de Floyd conectaron con los de Arnold. Eran azules, pero como mármol antes que como agua de mar.

—¿Y...? —preguntó Arnold, esperanzado.

—Éste —dijo la señora Mellon, y señaló el bronce atardecer.

Arnold asintió.

—Sólo un par de minutos. —Tomó los primarios, midió un poco de rojo, y lo metió todo en la mezcladora. Activó el aparato y se volvió hacia Floyd, que aguardaba cerca del exhibidor de linternas. Floyd parecía desconcertado, y quizás un

poco asustado. Vendió dos latas de pintura blanca a Lev Anderson, ayudó a Eddie Miranda a elegir un color para su porche, volvió y entregó a la señora Mellon su bronce atardecer.

—¿De qué se trata? —preguntó ansiosamente cuando sus clientes hubieron menguado—. ¿Oíste algo?

—Una voz —dijo Floyd.

—¿En el cortavientos?

—Sí. —Ve al fondo—. Arnold, yo estaba caminando ahí fuera, pensando en lo que tú habías dicho. Y la oí. Clara como el día. Susurrando en la copa de los árboles. —Los ojos azules le miraron desde ambos lados de la larga y afilada nariz—. Nunca podré olvidarlo, Arnold.

—¿Qué es lo que dijo?

—Al principio resultó difícil de entender. Pude distinguir mi nombre, pero había algo más.

Miranda todavía no había abandonado la tienda y mostraba interés en la conversación. Pero a Arnold no le importaba.

—¿Pudiste entender el resto?

—Puedo decirte más o menos cómo sonaba.

—¿Qué *era* lo que sonaba? —preguntó Miranda.

—Sonaba como... —Floyd bajó la voz, y pronunció sus siguientes palabras en un tono conspirador—: *Otro tonto a la vista.*

Arnold sintió que sus ánimos se hundían.

—Disculpa, Floyd. —Se alejó.

—¿*Quién* lo dijo? —preguntó Miranda.

—La voz de Arnold. Arnold dice que hay una cosa invisible ahí fuera en el cortavientos que predice los resultados del fútbol. —La sonrisa de Floyd era tan ancha como el Red River.

Miranda se echó a reír, y ninguno se tomó aquello demasiado en serio. Sin embargo, cuando se fueron, Arnold se quedó mirando al otro lado de la avenida Bannister. Sus mejillas estaban encendidas. Siempre se había considerado a sí mismo como un hombre de temperamento tranquilo, y ése era un juicio certero. Este día, sin embargo, se preguntó si unos cuantos mamporros bien dados no le hubieran relajado.

Cerró a las cinco en punto. E ignoró muy deliberadamente su ritual de *jogging*. Se puso ropa de calle, subió al coche, condujo hasta la autopista y giró al norte, hacia Canadá. El cortavientos, a su derecha, pasó rápidamente por su lado y se empequeñeció a sus espaldas. Cuando alcanzó la frontera, a cinco kilómetros al norte de Fort Moxie, se había convertido en un insignificante punto verde en la interminable pradera.

Cenó en Winnipeg y fue a ver una película. Pero no dejó de revisar una y otra vez

sus conversaciones con el Viajero, las cosas dichas y no dichas, y se preguntó qué estaría pensando de su ausencia. ¿Lamentaría la forma como lo había tratado? ¿Le importaría que no hubiera vuelto?

El viaje de regreso fue largo y desolado, cien kilómetros por un paisaje vacío, interrumpido sólo por un par de ciudades en la pradera. La noche era clara, y una luna redonda y luminosa encendía el cielo.

La sensación de su propio aislamiento lo inundaba. Y eso parecía extraño, porque nadie en la ciudad tenía más amigos que él. La gente siempre lo invitaba a sus casas. Y nunca había habido una Navidad en la que hubiera comido solo. Las tarjetas de felicitación llovían cada año en su cumpleaños. Los sábados por la noche tenía a los Elks. Y era un cliente habitual del Clint's y del Prairie Schooner. Todo el mundo en Fort Moxie conocía a Arnold Whitaker. ¿Qué más podía desear nadie?

Arnold, ¿por qué recorres incesantemente la zona exterior de un lugar tan solitario como éste?

¿Por qué, realmente?

Al día siguiente, a última hora de la tarde, Arnold fue a su escasa biblioteca y extrajo dos novelas sobre la Guerra Civil, la *Historia del mundo antiguo* de Brice (un recuerdo de su único año en la UND) y una antología de relatos de misterio. Envolvió los cuatro libros en una bolsa del supermercado, bajó a la tienda y ayudó a cerrar. Tenían a un par de clientes de última hora, Harry Sills, que buscaba una pareja para un tornillo de cabeza hexagonal de tres octavos, y Walter Koss. Walter raras veces compraba algo, pero le encantaba husmear entre los artículos.

En consecuencia, era más tarde de lo habitual cuando Arnold se cambió a su atuendo de *jogging*. Seleccionó su chándal preferido, blanco ribeteado en rojo, una prenda que le hacía parecer particularmente atlético. Por segunda vez varió su rutina habitual y dejó el coche en el garaje. En vez de conducir, caminó con paso enérgico hacia el oeste por Bannister, sujetando su bolsa de libros.

Ella estaba *allí*. Había vuelto al banco central, al situado directamente delante del pórtico. Esta vez ni siquiera se dio cuenta de si había alguien más por los alrededores: no vio a nadie más que a ella. El gastado maletín portadocumentos estaba a su lado. Tenía el libro abierto entre sus manos.

Caminó con aire casual a lo largo del arco de cemento, mirando ostensiblemente las columnas griegas pero en realidad buscando alguna señal de que ella se hubiera dado cuenta de su presencia. Los ojos de la mujer nunca abandonaron la página impresa.

Llegó a unos pocos pasos de ella, e imaginó que podía sentir una oleada de calor procedente de la mujer. Se volvió hacia la columnata con un suspiro, subió los escalones y entró.

Jean DiLullo estaba de turno. Jean era amistosa, de una forma un tanto desapegada. Llevaba unas gafas de montura estrecha sobre sus ojos oscuros y tendía a hablar con susurrada autoridad, a la manera de una persona que tiene firmemente asida la Verdad. Su mundo era inteligible, abierto a la investigación, y bien organizado dentro de los límites del sistema decimal Dewey.

Arnold depositó su bolsa sobre el mostrador mientras ella terminaba de registrar los libros de dos muchachos adolescentes. Le sonrió y guardó con energía su sello de estampillar.

—Me alegra verle, Arnold —dijo.

Arnold asintió y le devolvió el saludo. Sacó los libros de la bolsa.

—Quería donar éstos.

—Bien, gracias. —Tomó un formulario de debajo del mostrador, escribió «CUATRO LIBROS, TAPAS DURAS», le dio la vuelta a la hoja y se la tendió—. Para el IRS —dijo. Las donaciones desgravaban de impuestos—. Ponga usted mismo el valor.

—Muy bien.

Preguntó cómo iban las cosas, cómo se las arreglaba su sobrino Pete en la UND. Y luego, en tono intrascendente:

—¿Quién es esa mujer de ahí fuera? La conozco de alguna parte, pero no puedo situarla.

Jean salió de detrás del mostrador, fue a la puerta principal y miró fuera.

—Es la nueva maestra de cuarto grado —dijo—. Se llama Linda Algo.

—El nombre no me dice nada —murmuró Arnold—. Pero estoy seguro de que la he visto antes.

—¿Por qué no se lo pregunta? —dijo Jean mientras volvía a su puesto.

Nada podía estar más lejos de los pensamientos de Arnold.

—Sí —dijo con tono indiferente—. Quizá lo haga.

Su pelo rubio rojizo resplandecía a la luz del sol. Hoy llevaba una chaqueta blanca sobre una blusa y una falda azules. Mientras la observaba al descender los escalones de piedra, mirándola pero sin mirarla, ella depositó el libro sobre su regazo y frunció el ceño. Sus ojos se clavaron en un lugar allá en el cielo, y Arnold tuvo la sensación de que podía pararse justo delante de ella y no ser visto.

Sin embargo, no probó su teoría. Avanzó rápidamente, sin dar ninguna indicación (creyó) de haberla visto a ella. Un niño con una pelota chocó contra él, rió quedamente y corrió por la hierba. Arnold inició un trote corto cuando alcanzó de nuevo la calle Quinta, y unos pocos minutos más tarde ascendía la pequeña ladera hacia el cortavientos. Se sentía emocionalmente débil.

Los signos de la presencia del Viajero aparecieron tan pronto como entró en los árboles: soplos cálidos, movimientos desincronizados de los arbustos y el follaje, una intensificación gradual de la presión del aire.

Hola, Arnold.

Arnold se sopló en las manos e intentó dar la impresión de que estaba en el cortavientos con el único propósito de correr y para nada más. Incrementó ligeramente el paso.

—Hola, Viajero.

Te eché en falta ayer.

—Estaba cansado. Me tomé una pausa en la rutina. Supongo que no voy demasiado rápido para ti.

No. Es más fácil para mí de este modo. Los olmos y bojés cerraban el cielo sobre su cabeza. Pensé que tal vez estuvieras irritado.

—¿Yo? No. ¿Por qué debería estarlo?

Tuvimos un desacuerdo.

La sensación de victoria de Arnold no dejaba de estar mezclada con una cierta culpabilidad.

—Lo siento —dijo—. No creía que el no estar aquí te alterara. —Corrió un poco más aprisa—. ¿Cuánto tiempo hace que estás solo? Si no te importa que te lo pregunte.

Desde el último invierno.

—¿Eres macho?

El término no se aplica. Al menos, no estrictamente.

—¿Qué quiere decir eso?

Resulta complicado. No encajo fácilmente en vuestras categorías.

—¿Cómo te reproduces?

Necesitarías poseer una instrucción muy detallada. De todos modos, me siento incómodo hablando de ello.

—¿Eres tímido? —Arnold sonrió ampliamente.

No me considero de esta forma. Una pausa. ¿Quizás a ti no te importaría describir vuestro método reproductivo? ¿De una forma que alguien no familiarizado con vuestra anatomía pueda entender fácilmente?

Arnold sonrió.

—De acuerdo. —Recogió una ramita, la miró, y la arrojó a unos pocos pasos de distancia—. Un punto a tu favor. —El bosque estaba tranquilo. Intentó imaginar cómo debía ser el sentirse completamente solo en un lugar extraño—. ¿Estás bien? —preguntó—. ¿Hay alguna cosa que yo pueda hacer por ti?

Ya lo has hecho. Gracias.

Ninguno de los dos habló durante largo rato. Arnold, corto de aliento, había disminuido el ritmo, y ahora se detuvo por completo y se sentó en un tronco caído.

—Bien. ¿En qué estás pensando ahora?

En lo reconfortante que es el cinturón de árboles. En casa, los espacios abiertos

son muy atractivos. Aquí están llenos de peligro. Así que disfruto ocultándome de ellos. ¿Tiene esto sentido para ti?

—Sí. —No lo tenía, pero Arnold no deseaba parecer poco inteligente.

Ésta es una de las cosas que tenemos en común, Arnold.

—Creo que no entiendo.

Tú también te sientes más comfortable en el cortavientos que en la ciudad. ¿Por qué?

—No es así.

Por supuesto que es así. ¿Por qué lo niegas, cuando es evidente?

—Tan sólo ocurre que me gusta la vista desde aquí.

Y la soledad.

—Eso también.

Un punto a mi favor.

Arnold echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—A todo el mundo le gusta estar solo a veces. No hay nada inusual en ello.

Quizás tengas razón.

—Por supuesto que la tengo.

Se levantó, hizo un par de flexiones y empezó a caminar.

¿Sabes?, eres una buena compañía, Arnold.

—Gracias.

Un muro de aire le tocó. Parecía casi sólido. Se apretó contra él, sorbió sus ropas, recorrió sus piernas, exploró su garganta, empujó la chaqueta de su chándal hacia arriba y dejó al descubierto su estómago.

—Para esto —dijo Arnold.

La risa onduló entre los árboles.

Avanzaron por el anochecer y se detuvieron en la arboleda, mirando hacia el río.

—Cuando era un muchacho solía jugar aquí arriba.

¿Estabas solo entonces?

—No. Nunca.

¿Dónde están los otros ahora?

—La mayoría se han casado. Están ocupados con sus propias vidas. Uno ha muerto. En la guerra. Y está Floyd.

¿Qué pasa con Floyd?

—Nada. Ha cambiado. Estuvo fuera muchos años. Volvió para reclamar su propiedad cuando sus padres murieron. Pero no era el mismo cuando regresó.

¿Qué quieres decir?

—No lo sé. Sólo que era diferente.

¿Había desaparecido la intimidad de vuestra relación?

—Sí.

Pero suena como si ya no estuvieras cerca de ninguno de tus antiguos amigos.

—A eso se le llama «crecer». —¿Cuándo fue la última vez que subieron juntos aquí arriba, él y Floyd y Susan Halley y Hunt Jacoby y los otros? ¿Cuándo habían decidido que las incursiones en la Selva Negra ya no tenían ninguna finalidad y debían cesar? Habían fallado en marcar la ocasión con una ceremonia adecuada. Y eso era lo que le apenaba, no el que hubieran cerrado con llave su frío imperio en el bosque, sino que no hubiera habido ninguna reunión final de las fuerzas, ningún último adiós, ninguna apreciación de lo que había significado—. Y tú, Viajero: ¿qué es lo que te impulsa a ti a venir hasta tan lejos?

Arnold empezaba a sensibilizarse a los cambios de talantes de la criatura, como quien lee el temperamento de un humano por su expresión o su tono. Podía sentir su incertidumbre, observar el movimiento de sus corrientes entre las hojas que alfombraban el suelo del bosque, observar su lento paso por entre las zarzas y las ramas.

Me encanta este mundo, Arnold. Me encanta reunir su cálida atmósfera a mi alrededor, y cruzar los océanos delante de las hirvientes tormentas. Surcar en silencio los desiertos, y cabalgar sus corrientes térmicas hacia arriba en las torres de roca del oeste. Me gustaría que hubiera alguna forma de compartir estas sensaciones contigo.

—¿Estás ansioso por volver a casa?

Un lugar está tan cerca de casa como cualquier otro. Quizá ninguno más que la Tierra.

—No comprendo.

La criatura guardó silencio.

—Si no te importa que te lo pregunte, ¿tu compañero resultó muerto cerca de aquí?

Sí.

Los árboles se agitaron de nuevo.

—Viajero —preguntó Arnold, cambiando de tema—, tú no comes, ¿verdad?

No. Recojo directamente la energía.

Un largo silencio. El susurrar de las olas. El agitarse de hierba y hojas.

—¿Estás bien?

Sí. La palabra creció, se expandió, se alzó y flotó alejándose sobre los árboles. Luego, más cerca, seca: *Tenemos visitantes.*

El atardecer daba sus últimas boqueadas.

—¿Quién, Viajero? ¿Quién está aquí?

—¿Con quién estás hablando, Arnold? —Era la voz de Bill Pepperdine. Arnold se volvió en su dirección, y le vio de pie junto a un olmo. Se encendieron algunas linternas. Eran cuatro. Mike Kramer estaba a la derecha. Y Tom Pratkowski. Y, medio

oculto detrás de Pepperdine, Floyd.

—¿Alguien ve a un monstruo por alguna parte? —preguntó Kramer.

Se echaron a reír.

Pratkowski juntó las manos alrededor de su boca, haciendo bocina.

—¡Hey, bicho! —canturreó—. ¡Bienvenido a Fort Moxie!

Las risas se convirtieron en risotadas. Aullaron y se dieron golpes en la espalda y se tambalearon de un lado para otro. Uno de ellos tendió una cerveza a Arnold.

—Tenemos visitantes —dijo Pepperdine—. *Hola, ahí fuera.*

Floyd se rezagó.

Arnold miró desesperadamente hacia las copas de los árboles.

—Di algo, Viajero. Diles que estás aquí.

Se estaban dando palmadas los unos a los otros, se lo estaban pasando en grande, agitaban la cabeza de la forma que hace a veces la gente cuando descubre a un viejo amigo al que parece que se le han aflojado un poco los tornillos.

—Sí, di algo —exclamó Kramer, hablándole a un viejo boj—. No te quedes ahí.

El único de ellos que no se rió fue Floyd.

La mirada de Arnold los barrió. Resultaba difícil de creer: eran sus amigos y vecinos desde hacía años.

—Arnold —dijo Floyd—. Lo siento. —Avanzó unos pasos.

Kramer sonreía.

—Tranquilo, Arnold. Todos tenemos nuestras pequeñas excentricidades.

Arnold caminó entre ellos, pasó junto a Floyd sin mirarle, y regresó a la ciudad por el mismo camino por el que había venido.

El día siguiente fue un poco extraño en la Lock'n' Bolt. La gente acudió como siempre. Compró destornilladores y papel de lija y estanterías como siempre. Pero no pidieron muchos consejos ni ayuda, y sus ojos parecían desviarse hacia todos los lados cuando llegaba la hora de pagar. Nadie le miraba directamente, y Arnold tuvo la sensación de ser un elemento extraño en su propia tienda.

Pensó en no ir a Clint's a la hora de comer, porque Floyd estaría allí, y posiblemente alguno de los otros. Pero tal vez aquél fuera un momento importante para él, y no debía permitir dejarse llevar por el miedo.

Floyd estaba en una mesa al fondo, con Lem Harkness y Rob Henry, ambos del Edificio Federal.

Max Klinghofer, el propietario de Clint's, estaba limpiando la barra. Cuando vio a Arnold se puso a limpiar con más energía. Y Arnold notó que el calor ascendía hasta su rostro. Floyd estaba de espaldas a la puerta, pero alguien debió de alertarle. Se volvió y le saludó alegremente. Como si no hubiera ocurrido nada. Pero su rostro enrojeció.

El local estaba lleno, como siempre al mediodía. Gente a la que conocía desde hacía mucho tiempo alzó la vista, saludó con la cabeza, sonrió. Pero había una cierta distancia en algunas expresiones, y nerviosismo en otras. Cuando su mirada barría una mesa, sus ocupantes guardaban silencio. Arnold recordó aquellos antiguos westerns en los que alguien famoso entra en el Saloon del Filón Perdido.

Tomó un *Herald* y se sentó a solas en una mesa del rincón. Aggie anotó su pedido, atún con patatas fritas, y Arnold se enfrascó en su periódico. Se ocultó literalmente tras él, y Aggie tuvo que pedirle que lo retirara cuando le trajo la comida.

—¿Estás bien? —preguntó, gravitando sobre él.

Apreciaba a Aggie. Siempre la había apreciado.

—Sí —dijo—. Estoy bien.

—Si no te sabe mal que te lo pregunte... —mantuvo la voz muy baja—, ¿qué ocurrió ayer por la noche?

La miró. ¿Qué *había* ocurrido ayer por la noche?

—Es difícil de explicar —dijo. *Voy a tener que mudarme de este lugar.*

—Si necesitas alguna ayuda —dijo ella—, aquí estoy.

Y más tarde, cuando se estaba acabando ya las patatas fritas, Floyd apareció a su lado.

—Escucha —dijo—. Lamento como fueron las cosas, pero no fue culpa mía. — Su largo y delgado rostro era una máscara.

Arnold le miró directamente a los ojos. Floyd desvió la vista.

—Olvídalo.

—Hice lo que pude. —Alzó las manos, impotente, hacia el techo—. Bueno, maldita sea, ¿qué esperabas con una historia como ésa? —Permaneció allí de pie, temblando de rabia, como si de alguna forma Arnold le hubiera traicionado a él. Luego se dio la vuelta sin más palabras y se dirigió a largas zancadas hacia la puerta.

Medianoche en el semicírculo occidental del cortavientos.

No deberíamos encontrarlos así, Arnold.

Su coche estaba estacionado en el aparcamiento detrás de la estación de autobuses, bien fuera de la vista.

—*Ahora* estás dispuesto a hablar. ¿Dónde estabas cuando te necesité?

No tengo intención de hablar con ninguna multitud.

—Lamento que estés atado por todas estas reglas. Pero ahora toda la ciudad piensa que estoy loco.

Creía que habíamos acordado que no dirías nada acerca de esto.

Arnold se metió las manos en los bolsillos de su chaqueta.

—Lo siento, ¿vale? Cometí un error. Pero ahora tengo que irme de esta ciudad, ¿sabes? No puedo seguir en Fort Moxie después de esto.

Creo que estás reaccionando excesivamente.

—Es muy fácil para ti decirlo.

Escucha, Arnold: ¿tienes alguna idea de lo que hubiera ocurrido de haberles dicho hola a esa gente ayer por la noche?

—Tal vez la mitad de la ciudad no pensaría que estoy loco.

Puede que piensan cosas peores de un hombre que habla a voces en el bosque. Voces que le contestan.

—Bueno, sea como sea, ya está hecho —gruñó Arnold.

Dudaba de volver a verte.

—Pensé en mantenerme alejado. Si me descubren aquí las cosas se pondrán peor.

Creo que sería un error cambiar tus esquemas.

—No hay nadie por los alrededores, ¿verdad?

No.

—¿Estás seguro? Casi cayeron sobre ti ayer por la noche.

Fue una distracción. Una larga pausa. ¿Cuándo piensas marcharte?

—Tan pronto como pueda vender la Lock'n' Bolt.

¿Adónde irás?

—No lo sé. Quizás a Fargo.

¿Dónde está eso?

—A unos doscientos cuarenta kilómetros al sur.

¿Cuánto es un kilómetro?

Arnold se puso en pie y caminó hasta el extremo exterior de los árboles. Podían ver el río, curvándose hacia dentro desde la frontera, y allá en la distancia la estación fronteriza. La señaló.

—Esos edificios están a unos ocho kilómetros.

Fargo parece cerca.

Arnold captó un reproche.

—¿Qué sugerirías tú?

Un lugar más alejado que tan sólo la curva del horizonte.

—Lo que tú digas.

Pareces amargado.

—Bueno, ¿qué esperas? Lo peor que me pudo haber ocurrido nunca fue conocerte. Tienes razón, ¿sabes?; no deberías decir ni una palabra. A nadie.

Las ramas se agitaron.

¿Por qué se lo dijiste a Floyd?

Arnold se reclinó contra un boj. Un coche acababa de salir de la estación fronteriza e iniciaba el camino hacia el sur por la I-29. Contempló los faros durante un rato.

—Sabía que no debía decírselo a nadie. Pero él era un amigo. Al menos, yo creía

que lo era. Prometió no divulgarlo.

Hubiera debido honrar su compromiso.

—Sí, maldita sea, hubiera debido hacerlo.

Ésta es la tradición, ¿no?

—Y que lo digas. ¿Sabes qué me gustaría hacer? Ir tú y yo hasta su casa y darle un susto de muerte. —Arnold miraba fijamente al suelo. Resultaba difícil hablar con alguien a quien no podías ver. Nunca sabías dónde mirar—. Supongo que no consentirías hacerlo, ¿verdad?

Eres vengativo, Arnold. El viento de la pradera se estaba alzando. Empezaban a caer hojas de los árboles. *No, no lo haría.*

—Eso es lo que pensé.

Estaba refrescando, y Arnold pensó que no iba a quedarse mucho tiempo esa noche.

—¿Tú sientes el frío?

No a este nivel. Puedo generar calor interno. Pero en lo más fuerte de vuestro invierno, sí. Hace demasiado frío para mí.

—Todo este asunto es culpa mía.

Me alegra que puedas verlo así.

—Pero no sé qué hacer al respecto.

Olvídalo. Tus conciudadanos lo harán.

Una autocaravana retumbó hacia el norte en la autopista.

—Para ti es muy fácil decirlo.

Arnold, ¿importa tanto el que puedas demostrar que yo estoy aquí?

—Sí. Maldita sea, importa. Me gustaría que alguien supiera que no estoy loco.

Entonces, ¿ese alguien debería de ser alguien importante para ti?

—Sí.

De acuerdo entonces. Lo haré.

—¿Hablarás con alguien?

Sí. La palabra flotó allí, a la luz de la luna.

—Traeré a Floyd aquí arriba mañana.

No. Floyd no.

Oh, sí, por favor. Floyd. Déjame restregarle la nariz con la verdad. Habla con él de la misma forma que hablas conmigo. Asústale. Haz que salga corriendo del cinturón de árboles. ¿Es pedir demasiado?

—Me gustaría que fuera Floyd.

Hay una joven que se sienta cada día en el parque frente a la biblioteca.

—Linda Tollman. —Una sensación de inquietud reptó por el cuerpo de Arnold.

No sé su nombre. Es muy atractiva. Según los estándares simianos.

—¿Qué pasa con ella?

Hablaré con ella.

—¿Estás loco? No la conozco. ¿A qué viene todo esto?

Ella es importante para ti. Cumple con tus requerimientos.

—Eso no es cierto. Ni siquiera conozco a esa mujer.

Ésta es mi oferta.

—Has estado espíandome. —La repentina comprensión lo irritó.

Dio la casualidad que estaba allí.

—Por supuesto. ¿Y deseas que yo me acerque a una mujer desconocida y le pida que venga a pasear conmigo al bosque para que una cosa invisible pueda hablarle?

No soy una cosa.

—Olvidalo.

Es tu decisión, Arnold.

—Escucha, intenta comprender el problema. —Adoptó un tono razonable—. He tenido un éxito moderado con las mujeres. —Nunca había mantenido contacto visual con ésa—. Pero me estás pidiendo que aborde a una mujer a la que nunca he sido presentado. No soy bueno en eso. No es mi estilo. Si no te gusta Floyd, ¿qué te parece si te traigo, digamos, a Tom Pratkowski? Estuvo aquí ayer por la noche. Un poco pasado de rosca, quizá. Pero me vale. Lo aprecio. Es importante para mí.

La mujer. Nadie más.

Su primer cliente por la mañana fue Robert Schilling. Rob era el aficionado oficial a los trenes a escala de la ciudad, un inspector de aduanas retirado que acudía ocasionalmente a la tienda a buscar cable, tornillos y plastilina. Rob había cumplido ya los ochenta y se movía, podía decirse, con gran deliberación. Arnold no creía que sus bajos niveles de energía fueran un efecto de la edad. Incluso cuando Arnold era un muchacho, Rob no era el hombre que desearías que dirigiera la evacuación de un teatro en llamas. Pero hoy entró en la Lock'n' Bolt en un estado de considerable excitación.

Cruzó la puerta inmediatamente después de que Arnold hubiera abierto los cerrojos.

—Es la cosa más malditamente condenada que haya visto nunca —dijo.

Arnold sonrió.

—¿De qué se trata?

—¿Has estado en lo de Floyd? —Rob tenía los ojos muy abiertos, y parecía que le faltara el aliento. Rob nunca se trastornaba. Nunca.

—No —dijo—. ¿Por qué?

—Ve a verlo. —No se apartó de la puerta.

—¿Ir a ver qué?

—La casa de Floyd. Eso es obra del diablo. —Salió bruscamente, cruzó la calle a

largas y seguras zancadas y entró como una tromba en el supermercado de Ed. Arnold se lo quedó mirando. Era la primera vez que oía a Rob pronunciar una palabra que tuviera algo que ver con la religión.

Había una cierta cantidad de tráfico en la calle: la gente salía del Café del Centro y del Edificio Federal. Algunos señalaban más o menos en dirección hacia él. O hacia la calle Quinta. Entonces el supermercado empezó a vaciarse. Ep Colley, con un largo suéter gris de dos veces su talla, salió del banco en la puerta contigua de la Lock'n' Bolt. Maude Everson, la contadora, le pisaba los talones, Arnold se reclinó en la puerta.

—Hey, Maude, ¿qué ocurre?

—Algo acerca de que Floyd ha quedado enterrado. —Lanzó las palabras por encima del hombro mientras seguía andando.

Oyó sirenas.

Arnold jamás consideraría la posibilidad de simplemente abandonar la tienda. La tradición pesaba demasiado. En vez de ello, llamó a Janet y la invitó a acudir un poco antes («si quiere»). Cuando llegó, treinta minutos más tarde y sin aliento, parecía asustada.

—Algo realmente *extraño* le ha ocurrido a Floyd. —Pero su explicación era demasiado confusa para entenderla fácilmente, así que la dejó a media frase y se apresuró a salir. Las sirenas, por aquel entonces, ya habían cesado. El flujo de coches seguía avanzando, pero un guardia fronterizo de paisano se había hecho cargo de controlar el tráfico en la intersección con la Quinta y no dejaba girar a nadie allí. Un gran número de personas acudía desde las calles laterales de la parte sur de la ciudad y corrían y andaban, agrupándose en una firme corriente que avanzaba más allá de la escuela Jefferson y del guardia fronterizo en dirección norte.

Obra del diablo.

Floyd.

Un estremecimiento recorrió la espina dorsal de Arnold. Se había quejado amargamente de Floyd al Viajero. Había sugerido una acción conjunta contra él.

Pero la *criatura de viento* no era humana. ¿Había olvidado ese punto esencial? ¿Y la había espoleado a cometer alguna terrible atrocidad?

Cruzó los terrenos de la escuela Jefferson y se unió al pequeño ejército que avanzaba por la calle Quinta. La estatura de Arnold le impidió conseguir una buena vista hasta que llegó a una manzana de distancia. Y entonces se le congeló la sangre. La multitud se arracimaba en torno de la propiedad de Floyd, y los vehículos atestaban la calle, pero no fue eso lo que atrajo su atención: algo oscuro y enorme, alguna *cosa* mesozoica, se había pegado a la parte delantera del modesto edificio. Las luces de emergencia parpadeaban, y un par de bomberos voluntarios intentaban mantener el control en ausencia de la policía. (Fort Moxie no tenía policía. Arnold

supuso que un comisionado de Cavalier debía estar ya en camino).

Se acercó más, y la cosa mesozoica se concretó gradualmente en un enorme montón de hojas muertas. El en su tiempo exquisito patio delantero de la casa de Floyd estaba lleno de ellas. Se alzaban en enormes montones, se derramaban desde la parte superior de su porche, enterraban las ventanas del primer piso, enterraban los bojes, enterraban el camino y quizás incluso el Nissan. Se desparramaban hasta la calle y rebosaban de la propiedad por todos sus lados.

Arnold buscó nerviosamente a Floyd, y se sintió aliviado al verle a un lado, haciendo gestos frenéticos a un bombero. El bombero estaba allí con el equipo de rescate, que contemplaban el espectáculo tan asombrados como la multitud. Floyd estaba apuñalando alternativamente con ambas manos y alzando las palmas hacia arriba, implorando a los cielos que se abrieran y ahogaran a alguien.

Algunos espectadores señalaban en varias otras direcciones y hablaban con considerable excitación. Habían observado que, excepto las inmediaciones de la casa de Floyd, que habían sufrido algo a causa de su proximidad a la casa, cada césped visible, cada espacio de terreno al aire libre, incluidos la biblioteca y el instituto, estaban immaculados. Parecía como si algo hubiera barrido con cuidado todas las hojas muertas de varias manzanas y las hubiera depositado en el terreno de Floyd. Y el terreno de Floyd estaba *ahogado* por una montaña de restos vegetales.

Un niño surgido de ninguna parte se lanzó a la carrera por entre el equipo de rescate y trepó a uno de los montones. Su madre apareció inmediatamente detrás, tiró de él y lo arrastró de vuelta a la multitud, pateando y chillando.

Alguien rió quedamente. Los voluntarios sonrieron. El guardia fronterizo soltó una carcajada. La gente del Edificio Federal *rugió*. La multitud ululó. Y *vitoreó*. Fue como si se hubiera desatado una oleada: auténticos accesos de risa barrieron la multitud. Arnold se unió a ellos de todo corazón.

Bruscamente, Floyd estuvo de pie ante él, con el rostro contraído en una mueca que le daba un aspecto de ladrillo rojo. Señaló a Arnold con un dedo tembloroso.

—*Tú* hiciste esto —chirrió. Luego, a toda la asombrada multitud—: Fue Whitaker.

Linda Tollman estaba sentada en el banco central cuando Arnold llegó unos pocos minutos después de las cinco aquella tarde. Había cambiado su chándal por unos pantalones, una camisa de tenis y un suéter amarillo que ya no le iba.

Se apostó a unos quince metros de distancia, en otro banco, fingiendo leer una novela rusa. Pero su corazón latía fuertemente, y su sangre batía en sus sienes, y su nivel de terror ascendió. Se aferró al libro, lo sujetó con dedos blancos, como si fuera lo único que lo anclaba a su segura y predecible existencia.

Era la mujer más encantadora que jamás hubiera visto.

No podía distinguir el título del libro que leía. Una bolsa de plástico vacía, de la que había estado dando de comer a las ardillas (¡oh, felices animales!) estaba en el banco a su lado. No leía, sino que parecía mirar a la distancia, y Arnold observó con satisfacción que no prestaba atención a las miradas admiradoras que despertaba a todos los que pasaban, tanto hombres como mujeres.

Intentó atraer su mirada, ver si podía suscitar alguna débil reacción que le animara. Pero ella nunca miró en su dirección.

Tendría que levantarse y acercarse a ella. ¿Qué le podía decir?

Hola. Me llamo Arnold Whitaker. ¿Puedo sentarme a su lado?

No. En todo caso hubiera debido intentarlo cuando llegó. Ahora ya era demasiado tarde. Sería un intento excesivamente llamativo.

Podía caminar en la dirección general donde estaba ella. De una forma casual. Con las manos en los bolsillos, fingiendo admirar el roble que había detrás de ella, o las columnas griegas de la fachada de la biblioteca. *Hermosas columnas. Dóricas, ¿no?*

El pulso martilleaba en sus oídos. Se aferró a los brazos del banco.

Había más tráfico del normal en la calle Quinta, pero todos se encaminaban a la casa de Floyd, para mirar con la boca abierta y tomar fotos. El mundo nunca se da cuenta de los dramas auténticamente significativos.

Intentó sorprenderse a sí mismo y lanzó una rápida orden a sus músculos: *En pie.*

Ninguna respuesta.

Ve hacia ella. Di hola.

Una brisa pasajera agitó el pelo de la mujer. Con un gesto dolorosamente femenino, lo volvió a colocar en su sitio. Intentó imaginar aquella mano sujetando su muñeca. Acariciando su mejilla mientras aquellos ojos alegres se derramaban en los de él.

Hazlo.

La brisa alzó la falda de Linda Tollman. Y mientras él permanecía sentado, desesperadamente consciente de la dura superficie de su banco, de las tablas individuales y de los espacios intersticiales entre ellas, y de la textura del camino pavimentado, ella cerró su libro, se puso en pie, se alisó la falda con un gracioso movimiento de su mano izquierda, tomó su maletín y (por todo lo que él podía decir) sin siquiera mirarle, se alejó.

¿Qué ocurrió?

El cielo olía a inminente lluvia.

—Olvídalo. En realidad no quiero jugar a nada contigo.

Está bien. El sonido rodó por entre los árboles, chapoteó en el agua, hendió las pequeñas ondulaciones. Se movió entre los bojes. Empujó hojas muertas ante él, tiró

de sus pantalones. Y finalmente desapareció.

—Sabes que no puedo traerla aquí.

¿Por qué no?

Arnold tembló. Aquí, en este sólido suelo norteamericano, a orillas del Red River, Dakota del Norte, era agudamente consciente de estar de pie en el umbral de otro mundo, contemplando desde la cima de un bosque que rodeaba el mundo múltiples lunas y extrañas constelaciones.

—Porque es una desconocida. No invitas a una mujer desconocida al bosque.

No tendrás miedo de ella, ¿verdad, Arnold?

—Por supuesto que no.

Entonces, ¿por qué no haces el esfuerzo?

—¿Por qué tiene que ser *ella*? ¿Por qué no Aggie? ¿O Rob Schilling? ¿O casi cualquier otro de la ciudad?

La mujer del banco es muy atractiva.

—¿Qué tiene que ver eso?

Me gustaría conocerla.

—¿Por qué?

Te lo diré de la manera más simple que puedo: comparto tu apreciación de las cosas hermosas. Me gustará hablar con ella.

—No lo dices en serio.

Arnold, has expresado el deseo de que tú y yo jamás hubiéramos hablado. Puedo asegurarte que, si ella practicara el jogging, tú y yo nunca lo hubiéramos hecho.

Arnold suspiró.

—Nos has llamado simios. ¿Por qué te preocupas por un simio? —Estaba reclinado contra un árbol al borde del claro.

Dime: ¿estás familiarizado con la gacela?

—Sé cuál es su aspecto.

¿Dirías que el animal es hermoso?

—Por supuesto. Sin ninguna duda.

Imagina a la gacela, con sus grandes ojos y sus limpios rasgos inocentes. Dótala de inteligencia. Observa que su compasión excede ya el estándar para la mayoría de humanos. Añádele consciencia de sí misma, del tipo que posee la mujer. ¿No hallarías al animal atractivo?

La sospecha había empezado a crecer en el corazón de Arnold.

—No estarás planeando algún tipo de asalto, supongo.

Por supuesto que no. Arnold, ¿estás pensando en sexo?

—Creo que no. No eres capaz de practicar el acto sexual, ¿verdad?

El Viajero fue lento en responder.

—¿Lo eres?

No estrictamente hablando.

—¿Y hablando no estrictamente?

Soy capaz de una respuesta orgásmica.

Arnold se estremeció.

—¿Cómo?

No tenéis ninguna palabra para definirlo. Una pausa. Absorbiendo algo cálido e inteligente y hermoso.

Arnold empezó a retroceder.

—¿Absorbiendo?

No es como parece. Nadie sufre daño.

—Parece... pervertido.

Tu término no me es familiar. Pero puedo imaginar el significado. Las relaciones emocionales entre especies inteligentes no son algo desconocido, Arnold.

—Sigue sin sonarme natural.

Ni siquiera son raras.

—Violada por un viento tormentoso.

Deja de pensar en sexo, Arnold. Estamos más allá de eso. Hablamos de una emoción más alta.

—¿Amor?

Quizá.

—El amor es un desequilibrio químico temporal.

Otros lo definirían de una forma distinta.

—¿Cómo lo definirías tú?

Como una sublime apreciación de las más nobles cualidades en otra criatura. El afecto encendido por la pasión. En los seres superiores, esto se ve acompañado por una obsesión hacia el bienestar del objetivo.

—No voy a entregarte a Linda Tollman. La idea misma es obscena.

No confías en mí. Sonó genuinamente ofendido. Nunca haría daño a nadie.

—Ja —dijo Arnold—. Mira lo que le hiciste al pobre Floyd.

Floyd es una excepción. Y ahora sientes pena por él, ¿no?

—Yo no diría eso. De todos modos, ella no va a venir. Ni aunque yo lo deseara vendría.

De nuevo un movimiento inquieto entre los arboles.

Por supuesto que no, si tú insistes en permanecer sentado allí toda la tarde mientras ella se levanta y se marcha. ¿Piensas que ella se te acercará y te invitará a ir a dar un paseo por la orilla del río?

Arnold se dio cuenta de que sus mejillas enrojecían

—Estabas ahí hoy, ¿verdad? No me dijiste que estarías ahí.

La hierba onduló.

—Quiero que permanezcas alejado.

Como quieras.

Arnold comprendía la inclinación de Linda Tollman, mientras el tiempo se mantuviera, de visitar el parque cada tarde. Los inviernos de Fort Moxie eran largos y duros; uno no malgastaba los días de sol, en particular en septiembre, cuando quedaban tan pocos.

Hoy hacía más frío. El sol estaba oculto tras un torbellino de nubes grises.

Esta vez se dio instrucciones a sí mismo mientras se acercaba por el camino pavimentado: ve directamente hacia ella. Dile hola de la forma más casual que puedas, y siéntate. (Había esperado que los otros bancos estuvieran todo ocupados, pero pudo ver de inmediato apenas salir del aparcamiento que había todo el sitio que quisiera para él).

Notó que se le secaba la boca. Pudo sentir su pulso acelerarse.

Ella había apoyado el libro en su regazo y parecía estar absorta en él. Varios niños jugaban en el césped a sus espaldas, sin que al parecer se diera cuenta de su presencia. Llevaba unos pantalones azules, una blusa blanca y un suéter. Un pañuelo multicolor excesivamente grande colgaba de uno de sus hombros. Arnold se preguntó cómo sería el tener a una mujer así en su vida. Sospechaba que tenía que existir un marido o un novio en alguna parte.

Apeló a todo su coraje y se detuvo frente al banco. Se *detuvo* realmente. Fingió contemplar el boj que había tras ella, esperando sugerir apreciación hacia su sutil belleza. Mientras tanto, tensó su visión periférica en busca de alguna señal de respuesta por su parte.

Ella giró una página.

—Hermoso día —dijo Arnold, con voz estrangulada.

Torpe. ¿No podía hacer nada mejor que aquello?

Los ojos de ella le rozaron apenas. Eran vívidamente, eléctricamente verdes. Unos ojos brillantes, luminosos, que podían haberle engullido.

—Sí —dijo, con una voz neutra y desinteresada—. Lo es. —Y aquella magnífica mirada se deslizó por su hombro derecho y se centró de nuevo en aquel *maldito* libro.

Nuestro amigo mutuo, observó. Dickens.

Un helado escalofrío se expandió en el estómago de Arnold. *Esto no va a funcionar.*

—La vi a usted aquí ayer.

Ella asintió, sin alzar la mirada.

Arnold realizó una especie de cuenta atrás mental, de seis a cero, y se zambulló de cabeza:

—¿Le importa si me siento? —Sus pulmones no funcionaban bien, su voz tenía

un registro demasiado alto, y balbuceó las últimas dos palabras. Quizá todas las palabras.

—En absoluto —dijo ella, con una inflexión que ni le invitaba ni le rechazaba. Se echó a un lado para hacerle sitio. Mucho sitio.

—¿Viene usted aquí a menudo?

Ella siguió estudiando la página.

—Sólo a leer.

Un terrible silencio se asentó sobre el parque. Tres muchachas adolescentes salieron de la biblioteca. Reían de forma conspiradora, como hacen todas las mujeres en todas partes. Arnold se sentó en su extremo del banco, se apretó contra las tablas, sintió que el acaloramiento ascendía por su rostro. Intentó desesperadamente pensar en algo más que decir.

¿Le gustaría cenar conmigo? Podríamos hablar de Dickens.

¿Qué le parecería un paseo por la orilla del río?

—¿Qué tal es el libro?

Ella iba por la mitad.

—Muy bueno —respondió con voz alegre. Le miró de nuevo, y Arnold sintió que aquélla era su oportunidad. Pero ¿qué decir a continuación? Sólo podía pensar en el dolor que significaría ser rechazado por aquella encantadora criatura. Y en la seguridad de que ella respondería a cualquier iniciativa precisamente de aquel modo. Permanecía sentada, resplandeciente a la luz de la última hora del atardecer, deslumbrante contra el opaco mundo pedestre a su alrededor. ¿Cuán a menudo, se preguntó, había flotado el Viajero, invisible, al lado de ella?

¿Estaba ahí ahora? (No debía tomar necesariamente sus afirmaciones al pie de la letra).

Ella pareció recordar, de pronto, algo que había olvidado. Alzó una delicada muñeca para mirar su reloj de pulsera y frunció el ceño.

—No me había dado cuenta de que ya era tan tarde —dijo. Se levantó y, sin otra palabra, cogió su bolso y echó a andar hacia la creciente oscuridad.

Se sentía demasiado azorado para volver al cortavientos. La perspectiva de intentar explicarse al Viajero era dolorosa. Maldita sea. Arnold permaneció despierto hasta tarde aquella noche, viendo la televisión, leyendo un tecno-thriller, incapaz de concentrarse en ninguna de las dos cosas. Linda Tollman llenaba su mente. Y el hombre del tiempo de Grand Forks predecía para los próximos días fuertes vientos y desacostumbradas lluvias en aquella estación.

Empezó a primera hora de la mañana. Cuando bajó a abrir la tienda se había desarrollado un ventarrón de ochenta kilómetros por hora. Hacía resonar el viejo edificio que albergaba la Lock'n' Bolt y ahuyentaba a todo el mundo de las calles.

Arnold se ocupó de una tienda vacía. Puso un poco de cinta en las ventanas como precaución e instaló un televisor portátil junto a la caja registradora para seguir los informes meteorológicos. Grand Forks creía que las condiciones mejorarían poco después del mediodía. Mientras tanto, fuertes vientos azotaban la pradera desde el norte de Manitoba hasta Dakota del Sur.

Estaban causando algunos daños. Rompieron unas cuantas ventanas del garaje de Curt Gaarstad y arrancaron el nuevo y resplandeciente rótulo de metal del supermercado de Ed y se lo llevaron consigo. Nadie volvió a verlo nunca. También se llevaron una carga de ripias y otros materiales para techumbres del patio del almacén de maderas y las dispersaron por toda la ciudad. El resto de las hojas muertas depositadas en casa de Floyd (casi la mitad habían sido retiradas ya con camiones) partieron hacia el sur, y ellas también se desvanecieron en la pradera.

El viento sopló durante toda la mañana. Golpeó y repiqueteó y martilleó en la tienda, pero Arnold se sentía seguro porque había pasado por tormentas similares incontables veces antes. Ocasionalmente caía una ligera lluvia, cuyas gotas eran arrastradas por las ráfagas y manchaban las ventanas.

Janet llamó a las diez para explicar que habían perdido una de las puertas contra tormentas y que bajaría tarde. Arnold sugirió que se quedara en casa hasta que mejorase el tiempo.

—De todos modos, aquí no viene nadie.

Contempló la desierta calle y se preocupó por el Viajero. Los pocos árboles que franqueaban la avenida Bannister se estremecían y bamboleaban.

Finalmente, no pudo soportarlo más. A las once menos cuarto rompió su costumbre, su férrea ley, y cerró la tienda. Sacó su coche del garaje, condujo hasta la calle Quinta y giró a la derecha. No había ningún otro tráfico.

Se acercó tanto como pudo al cortavientos y salió del coche. El viento le golpeó y le dejó sin respiración. Se debatió cuesta arriba, hasta los árboles. No proporcionaban ningún refugio. Puso las manos formando bocina en torno a la boca e intentó gritar por encima del incesante rugir.

—¡Viajero!

Pero era inútil. Ramillas, piedrecitas, residuos de todas clases martilleaban su cuerpo. Retrocedió hasta el sendero de *jogging* y lo intentó de nuevo.

Pudo ver en la distancia que se aproximaba más lluvia.

—¡Viajero!

La tormenta aullaba.

Y al cabo de poco rato, mientras las láminas de lluvia atravesaban como cuchillas el cortavientos, Arnold se retiró, frío, empapado, sin aliento, a su coche.

Fue un día largo, lúgubre y aterrador. No estaba seguro de las capacidades de su

visitante ni de sus limitaciones. Pero temía lo peor. Una densa lluvia sucedió a los vientos cuando éstos menguaron. Golpeó firme e insistentemente contra las ventanas de Clint's, mientras Arnold comía sin apetito una hamburguesa con patatas fritas. Permaneció más tiempo de lo habitual en el restaurante, pidió café, y luego cerveza, deseoso de compañía humana esta noche. Y, muy especialmente al anochecer, se lamentó por el Viajero. *Es posible que te haya perdido, y no hay nadie a quien pueda hablarle de ello.*

Todavía llovía con fuerza cuando cruzó de vuelta a la ferretería y subió a su apartamento para aguardar a que cesara la tormenta. Las noticias de las diez informaron de que ya había terminado, pero Arnold no vio ningún cambio hasta bastante después de medianoche. Entonces, cuando la noche se calmó de pronto, regresó una vez más al cortavientos.

Hola, Arnold. La voz le alcanzó cuando estaba aún en la pequeña ladera.

—Viajero, ¿estás bien?

Sí.

—¿Dónde estabas ayer? No pude encontrarte.

Estaba aquí mismo.

—¿Por qué no me contestaste?

La risa onduló entre los empapados árboles.

Demasiada competencia. La voz de la tormenta era mucho más fuerte que la mía. Pero me emocionó tu preocupación.

A Arnold le hubiera gustado abrazar a la criatura, palmearle el hombro, estrechar su mano.

—Me gustaría poder *tocarte* —dijo.

Una corriente cálida fluyó a su alrededor.

Hazlo.

El suelo estaba empapado. No había ningún lugar seco donde sentarse.

—Sólo deseaba asegurarme de que estabas bien.

Estoy bien.

Arnold estaba solo en el linde de los árboles. Sus zapatos y la parte baja de los pantalones estaban empapados a causa de las altas hierbas.

—Me voy a casa. Te veré mañana.

¿Qué hay de la mujer?

—No funcionó.

¿No hubieras podido hacer algo más con el libro? Era tu palanca, Arnold.

—Hice todo lo que pude.

A veces te comportas como si hubieras vivido la mayor parte de tu vida en otro mundo.

El Viajero, de alguna forma, parecía más grande. Como si hubiera absorbido río y

árboles. Y la ciudad, e incluso la interminable llanura más allá.

—Mira —dijo—, la única forma en que podría traerla hasta aquí sería a punta de pistola.

Te subvaloras a ti mismo. De hecho, eres muy apuesto, excepto cuando intentas causar impresión. O cuando estás asustado.

—No es eso lo que quiero decir —respondió, a la defensiva.

Deberías intentarlo de nuevo.

—Ya he tenido suficiente.

Necesitas erguirte. Te encorvas cuando te hallas bajo presión. Mírala directamente a los ojos. Ve a por el libro. Ésa es tu llave.

—No puedo hacer nada de esto. Me estás pidiendo que cambie los hábitos de toda una vida.

Ayudaría el que abandonarás ese aspecto descuidado. Haz que te planchen los pantalones. Invierte quizás en una chaqueta de ante. Líbrate de este suéter que te cuelga por todos lados.

—Me gusta este suéter. Hace mucho tiempo que lo tengo.

Lo sé.

—Y además, ¿sabes lo que vale una chaqueta de ante?

¿No crees que ella vale la pena?

—No. No volveré allí. Ella se fue y me dejó allí sentado en el banco. No siente ningún interés hacia mí.

Está bien, Arnold. Esta vez te ayudaré.

—¿Qué quieres decir?

Puedo mover el aire caliente. La estimulará. Te encontrará muy atractivo.

—No puedes hacer eso. —Arnold se sentía horrorizado—. ¿En qué estás pensando?

Aquella noche estuvo llena de visiones de Linda Tollman. Apartó a un lado las empapadas sábanas, miró sin ver el oscuro abismo de encima de su cama, y escuchó los elementos jugar contra el lado de la casa. ¿Dónde estaba el Viajero ahora? ¿Tal vez lo estaba influenciando de alguna forma oscura y sutil, del mismo modo que afirmaba que podía influenciar a la mujer? La criatura parecía tan amistosa que se sentía inclinado a olvidar lo retorcida que podía llegar a ser.

Pero existía la deliciosa posibilidad de que *pudiera* realmente agitar las emociones de Linda Tollman. ¿La aceptaría ella en esos términos? Intentó imaginar aquellos ojos fundiéndose en pasión por él, aquellos labios apretados contra los suyos.

La suerte estaba echada.

Anticipó una y otra vez su conversación con ella, insertando variaciones, hábiles

frases; empleando una sonrisa casual, segura de sí misma. Ella le devuelve la sonrisa y toma su mano. *Te he estado aguardando toda la vida, Arnold.* Está tan cerca de él que puede oír los latidos de su corazón.

El asiente.

Y yo a ti.

Ella sólo es una gacela.

El sábado por la mañana aún llovía. Dejó que Janet y Dean se hicieran cargo de la Lock'n' Bolt durante todo el día y se encaminó al sur.

La I-29, entre la frontera y Grand Forks, es una larga cinta de asfalto de ciento treinta kilómetros, casi recta y sin nada digno de mención. El terreno es llano y sin rasgos distintivos, interrumpido tan sólo por la ciudad de Drayton, con sus chimeneas, a mitad de camino. El asfalto humeaba, y el cielo gris colgaba literalmente sobre la pradera.

Arnold llegó más o menos a las once, se concedió un buen almuerzo en el Village Inn y se encaminó a las galerías comerciales. Era un comprador impaciente, y a las dos había comprado dos pares de tejanos, unas cuantas camisetas deportivas y un par de zapatos. Y una chaqueta de ante. La chaqueta era color tostado, quizás un poco conservadora para los gustos de Arnold, pero la vendedora la admiró, y *parecía* tener estilo. Costaba trescientos dólares.

Regresó a Fort Moxie, y giró impulsivamente al norte en la calle Quinta, pasó la casa de Floyd y se dirigió a la biblioteca. La lluvia se había convertido en una suave llovizna.

El templo griego estaba iluminado. Un par de muchachos hablaban de pie entre las columnas. El banco preferido de Linda Tollman parecía haber atraído una aureola amarillenta.

Pasó el fin de semana leyendo *Nuestro común amigo*. Leyó en las comidas, en las largas tardes, hasta muy entrada la noche. Todos los demás proyectos quedaron en suspenso. No lo estaba haciendo sólo por ella, se dijo a sí mismo, sino porque se trataba de un libro que *debía* leer.

Supuso que ella no acudiría al parque el fin de semana, y además el lugar estaba aún mojado por la lluvia, y el tiempo era frío y desapacible. La estación ya estaba lo bastante avanzada como para que no hubiera más días agradables, en cuyo caso no tendría otra elección que llamarla. U olvidarla. (Ella no figuraba en el listín telefónico, pero Información tenía su número). Este enfoque requeriría, por supuesto, que planteara directamente sus intenciones. No era una técnica que encajara bien con el estilo de Arnold, más adaptado a defender el fuerte que a organizar su asalto.

A última hora de la tarde paseaba bajo el desapacible tiempo hasta el cortavientos, y se acurrucaba, frío y mojado, bajo un olmo que le proporcionaba un refugio puramente simbólico. Y él y el Viajero hablaban.

Arnold gruñía acerca de su tarea, pero el Viajero se negaba a seguir sus objeciones. En vez de ello hablaba de la configuración de algunos picos particularmente interesantes de las Rocosas canadienses. Y del choque de las corrientes de aire cerca de algunas zonas costeras. (Lo que no quedaba claro era *qué* zonas costeras). Y comentaba desfavorablemente el deterioro de la atmósfera del planeta.

Desequilibrada. Yo diría que hay demasiada gente.

—Supongo —dijo Arnold— que ésa es una fase por la que atraviesan la mayoría de las culturas.

Piensa en ello más bien como en un test de inteligencia. La mayoría de las especies obtienen una buena puntuación en cuidar de sus mundos. Al menos, es común entre los tipos simianos.

Hablaron acerca de las armas nucleares:

Muy pocas especies han visto alguna utilidad en construirlas.

Y de las religiones organizadas:

Normalmente limitadas a las culturas primitivas.

—No puedes hablar en serio.

La única especie que conozco que ha retenido una estructura religiosa más allá del desarrollo primario son los kuanaamali.

—Me alegra oír que alguien ahí fuera sigue actuando de una forma responsable.

Los kuanaamali tienen también una fijación hacia el pecho materno.

—¿Qué?

Sólo estaba bromeando.

Y acerca de Linda Tollman:

—En realidad me gustaría no hacerlo.

Arnold, hazlo por mí.

—No puedo creer que te importe realmente. Sólo estás insistiendo en ello para azorarme.

No. Eso no es cierto. ¿Quieres la verdad?

—Eso sería una buena idea.

Ya he intentado hablar con ella. Hay un olmo fuera de su apartamento. Pero resulta demasiado limitado.

—¿Por qué?

Porque ella es una criatura exquisita. Tan sólo deseo que sepa que existo. Y que la admiro.

—Estás bromeando.

El domingo a última hora, temblando en el húmedo frío y dispuesto ya a marcharse, Arnold preguntó de pronto:

—Cuando llegue el momento de que vuelvas a casa, ¿habrá alguna advertencia?

¿Qué quieres decir?

—¿Habría alguna posibilidad de decirnos adiós? ¿O simplemente una noche ya no estarás aquí?

No estoy seguro, Arnold. ¿Importa?

—Supongo que no.

El cielo no se aclaró hasta el martes por la mañana. El sol salió al mediodía, y las calles se secaron. Un poco después de las cuatro de la tarde, Arnold, con su *blazer* de ante, condujo hasta el aparcamiento de la biblioteca. Una repentina ráfaga de viento sacudió su coche. Cuando pisó el suelo de grava tiró de sus ropas y se arregló el pelo.

—Estás aquí, ¿verdad? —dijo mientras miraba de lado a lado, como si el Viajero fuera a materializarse de un momento a otro. Mantuvo la voz baja. Había gente en el aparcamiento, chicos con libros, un joven de aspecto impaciente tras el volante de una camioneta Ford, un grupo de niños jugando a la pelota.

El viento se agitó contra él de una forma seductora.

—Hey —susurró—. Ella. No yo.

La hierba onduló a su alrededor.

Linda Tollman, vestida hoy de verde vivo, con una chaqueta dorada, se acercaba por el otro lado. Cruzó la intersección de la Quinta y Gunther, caminando con pasos largos y confiados. Se detuvo para dejar pasar una camioneta y siguió adelante.

La mayoría de los bancos estaban ocupados por quinceañeros. Sólo uno, cerca de la estatua ecuestre, estaba vacío. Se dirigió a él, se sentó, abrió su maletín, sacó el libro y miró a su alrededor. *Miró a su alrededor*. ¿Buscándole a él, quizá? Todavía estaba en el aparcamiento, no era fácil que le viera.

Empezó a leer.

El parque y la gente que iba y venía con las manos llenas de libros, y los pequeños y hermosos edificios de las casas que franqueaban la calle Gunther, y el cielo azul sin fondo, todo formaba un telón de fondo perfecto para ella. El mundo se centraba en el banco y en la mujer de ojos verdes.

La respiración de Arnold era irregular.

Linda debía de tener otros hombres en su vida. Probablemente montones. ¿Qué posibilidad tenía *él*?

Seguro que se sentiría irritada al ver que él seguía importunándola.

Márchate. Vuelve a casa. Olvídalo.

Y paga el precio de los cobardes. Como siempre había hecho.

El aire cálido fluyó a su alrededor. El Viajero.

Se dirigió al camino pavimentado y echó a andar en dirección a ella. Mantén las manos sueltas a los costados Intenta parecer seguro de ti mismo.

No te detengas.

Ella miró en su dirección, pareció no reconocerle. Él se acercó más, retuvo el

paso, decidido a mantenerse dentro de su estrategia. Caminó hasta más allá de ella, se detuvo como si acabara de reparar en algo.

—¿No es *Nuestro común amigo*? —Habló de una forma lenta, deliberada, obligando a su voz a adoptar un registro bajo, luchando por contener el pánico que ascendía por todos lados.

—¿Eh? Sí. —Le miró de nuevo. Su ceño se frunció. Arnold vio que el reconocimiento prendía en aquella mirada verde. Sintió una suave brisa cálida moverse a su lado—. ¿Lo ha leído?

—Por supuesto. —Intentó una sonrisa casual. Pero sus labios y su boca estaban tensos—. Hace tiempo. Nunca lo he olvidado. —Animado, dio un paso hacia ella.

Ella usaba un cupón de una caja de cereal como punto. Lo insertó en la página, pero no cerró el libro.

—Es una novela *espléndida*. Una de sus mejores novelas.

—Estoy de acuerdo. Es inolvidable. —Había un timbre de repetición en aquello, pero ya era demasiado tarde.

—Me encanta Dickens —dijo ella.

—También a mí.

—¿Qué es lo que encuentra más particularmente memorable?

Aquello era fácil.

—Bella Wilfer —dijo—. Creo que me enamore de Bella Wilfer. —Aquello sonaba un poco atrevido.

Ella le sonrió. El día se volvió más cálido. Las hormonas fluyeron en su sangre.

Ella le hizo sitio a su lado, esta vez sin que él se lo pidiera. Y hablaron sobre el señor Boffin y Silas Wegg y los males de los matrimonios convenidos. Ella estaba llegando al clímax, y esperaba terminar aquella noche la novela. (¿Significaba eso que después de todo no había ningún hombre dominando su tiempo?).

—No me diga cómo termina —suplicó. Y luego, desconcertantemente—: ¿Qué más ha leído de él?

¿Qué, realmente?

Una ligera brisa otoñal agitó las hojas muertas sobre la hierba.

¿Qué películas basadas en obras de Dickens había visto? ¿Qué era lo que podía recordar? Recientemente, había empezado a ver *Nicholas Nickleby* en la televisión, pero pronto se había aburrido y había cambiado a una serie policíaca. *Grandes esperanzas* tenía en su argumento un convicto y un niño.

Sintió los ojos de ella clavados en él, se dio cuenta de que todo se le escapaba de las manos. Iba ya a probar su suerte con el convicto cuando vio la obvia escapatoria:

—Scrooge —dijo—. La *Canción de Navidad*. Pese a todas las veces que la he leído y visto, sigue impresionándome.

—«Marley estaba muerto». —Había un asomo de desaprobación en su voz, pero

no supo dilucidar si era por su elección, por la forma de expresarla o por algo que se le había escapado. Probablemente esperaba algo más exótico. *Edmund Drood* quizá, la novela que Dickens no había llegado a terminar. ¿Pero qué otra cosa, aparte del hecho de que había quedado incompleta, sabía Arnold sobre *Edmund Drood*?

Hablaron largamente sobre el autor y su obra, un diálogo que consistió en agudas observaciones por parte de Linda y bien planteadas generalizaciones por parte de Arnold, acompañadas por asentimientos con la cabeza y afirmaciones estratégicamente situadas. A la primera oportunidad que tuvo, hizo derivar la conversación hacia canales más seguros.

Linda (habían empezado ya a llamarse por sus nombres de pila) describió su trabajo como maestra de cuarto grado y Arnold mencionó que era el propietario de la Lock'n' Bolt. Hablaron del estado de la educación norteamericana y del fracaso a todos los niveles del gobierno a la hora de sostener las escuelas, y Arnold comentó las condiciones de la economía, y lo afortunados que eran en Fort Moxie por conseguir atraer buenos maestros.

—Es una ciudad segura —dijo—. La temperatura suele estar por debajo de cero la mayor parte del invierno. No hay pandillas por aquí, se lo aseguro.

Ella admiró abiertamente su chaqueta de ante, y él le tendió orgulloso la manga para que la tocara.

Las sombras se alargaron, la temperatura descendió, y Linda Tollman se frotó las manos y anunció que se había hecho tarde, y que tenía que irse.

Arnold se dio cuenta de que había llegado el momento de la verdad y lanzó las precauciones al viento.

—¿Puedo persuadirla de que cene conmigo?

Ella se puso en pie y lo evaluó sin ningún intento de disimulo.

—¿Esta noche?

—Si está usted libre.

—Sí —dijo ella—. Estoy libre.

El Depósito, en Minnesota, en la carretera 75, era *de rigueur* para comida y romance. Ofrecía buena música, rincones discretos, una chimenea, y velas de oscilante llama en botellas de vino tinto. Los precios eran moderadamente altos, pero esta noche eso no era ninguna consideración. Pidieron chablis, y Linda Tollman se sinceró con él. Era nueva en Fort Moxie, explicó, se había mudado de Fargo para hacerse cargo del cuarto grado de la escuela Thomas Jefferson. Le gustaba su trabajo. Le encantaba. Y Arnold empezó a tener la sensación de que el campo estaba libre para él.

—Normalmente no tenemos tanta suerte —dijo, lanzándose—. En un lugar tan remoto como éste, la gente se siente más inclinada a marcharse que a venir.

Ella le sonrió por encima del borde de su copa.

—Se está preguntando por qué he venido aquí.

—Sí. Siento curiosidad. Si no le importa.

—No. —Sin embargo, pareció vacilar—. En absoluto. La escuela Jefferson me proporciona mucha libertad para hacer lo que quiero hacer. Me gusta leerles a los niños, y me gusta poder escoger lo que leo.

—¿No podía hacer eso en Fargo?

—Dentro de unos límites. —Una sombra, un momentáneo pesar, cruzó su rostro. Había dejado *algo* atrás.

Ella hizo preguntas sobre la vida de él, sobre la historia de la pequeña ciudad fronteriza, y sobre su interés en Charles Dickens. ¿Cómo se había *producido*? Y algo en sus rasgos sugirió que su juego había quedado al descubierto. Que ella *sabía*, y que eso no había cambiado su consideración hacia él. De hecho, parecía divertida por ello.

La velada *fluyó*. Pidieron chuletas y una segunda ronda de chablis. Las velas relucían en los ojos de ella y en el vino. Tenía unos hermosos y blancos dientes, y la cambiante luz creaba sombras en la línea de su mandíbula y en la base de su garganta.

—Crecí en Bismarck —dijo ella.

—¿Cómo llegó a Fargo?

—Deseaba cambiar de código postal. —Sonó completamente seria.

—¿Alejarse de la familia?

—Eso también.

Fuera casi era oscuro. La llanura se extendía ininterrumpida hasta la curva del horizonte. Había unos cuantos clientes más en El Depósito, dispersos entre las mesas de madera, susurrando a la parpadeante luz. (Todo el mundo usaba tonos bajos aquí).

—¿Le gusta hasta ahora Fort Moxie?

—Es encantadora —dijo ella—. Aunque no hay muchas distracciones. —Y su mirada fue hacia dentro—. Eso casi te obliga a preguntarte qué es lo que cuenta realmente.

Él untó de mantequilla un panecillo, dio un sorbo a su café.

—¿Y qué *cuenta* realmente?

Los ojos de ella se clavaron en los de él.

—¿Aparte de mis estudiantes? No lo sé. Todavía estoy trabajando en ello. —Sus labios se curvaron en una sonrisa—. Sé lo que no cuenta. No es acumular horas. O preocuparte por el futuro. Y lamentarte. —Sus dedos se curvaron exquisitamente en torno de la copa.

Arnold la observó a la parpadeante luz.

—Lo que cuenta para mí —dijo galantemente— es una velada como ésta. —Sin aliento a causa de su recién hallado valor, adelantó una mano sobre la mesa y la apoyó en la de ella. Era la primera vez que sentía su piel contra la suya. Sus mareas

internas se desbocaron—. A fin de cuentas, eso es todo lo que importa.

Sus ojos se encontraron, y Arnold se dio cuenta de que, ocurriera lo que ocurriese, su vida ya no volvería a ser la misma.

Pero ahí delante había un Viajero enfermo de amor. *Hay alguien que me gustaría que conocieras.*

—¿Corre usted? —preguntó.

—Sólo cuando me persiguen. —Se rió, cortó un trozo de su chuleta, lo deslizó entre sus labios—. Pero usted sí, por supuesto.

—Sí —dijo él—. Hay un sendero de *jogging* que sigue el cortavientos. Va hasta más allá del río. En una noche como ésta, es algo encantador. —Y un poco inusual.

Los ojos de ella se llenaron de regocijo.

—¿Quiere ir ahí fuera? ¿Es eso lo que está sugiriendo?

—Le encantará —dijo él.

Ella adelantó la mano sobre la mesa y apretó la de él.

Soplaba un viento vivo procedente del río. Las copas de los árboles ocultaban una luna en sus tres cuartos. Era muy consciente de la presencia física de Linda mientras caminaban.

La noche era brillante y clara, un momento magnífico para caminar con una mujer hermosa junto al Red. Pero el Viajero estaba cerca. Sentía su presencia. Cuando *hablara*, no podría evitar el asustarla. Y, ocurriera lo que ocurriese, ella se daría cuenta finalmente de que Arnold formaba parte del plan. ¿Qué estaba haciendo si no ahí arriba?

La miró.

—Una noche llena de estrellas —dijo ella—. Fue una buena idea.

El viento se agitó.

—Quizá debiéramos volver al coche —dijo él.

—¿Tiene usted frío?

El río gorgoteaba, y algo cerca de ellos chapoteó. Más allá de los árboles, en dirección a la ciudad, ladró un perro. La música de un distante estéreo hendía la oscuridad.

—No —dijo. Y no pudo pensar en nada para explicar su observación.

Lo sintió avanzar a través de la noche, sintió alzarse el viento, vio la luna danzar en el río. Linda caminaba a su lado, cálida y luminosa. Su cadera rozó la de él, sus dedos se entrelazaron en los suyos.

—Está tan oscuro ahí fuera —dijo, soltándole y abriendo los brazos a la noche. Se volvió para mirarle de frente. Sus labios eran húmedos a la luz de la luna, y lo envolvió con su mirada esmeralda.

Muchos años después, cuando hiciera mucho tiempo desde que el Viajero se

hubiera ido, Arnold deseó desesperadamente que hubiera alguien con quien compartir la experiencia. Y quizá la pérdida.

Pero debería ser Floyd. O Mike Kramer. O Aggie.

Ella estaba en sus brazos. Su aquiescencia, la docilidad de sus hombros, lo electrificaron. Y *ella* le besó a *él*. Fue algo fugaz: sintió la breve presión de sus labios, y desapareció antes de que se diera cuenta de que había ocurrido.

—Probablemente tienes razón, Arnold. ¿Por qué no lo dejamos por esta noche? Él asintió.

La luz de la luna cambió. Se oscureció.

Los árboles se agitaron.

—No —dijo él, al Viajero.

Linda le miró con curiosidad.

—¿Estás seguro de que te encuentras bien? —Le lanzó una sonrisa maliciosa, que sugería que sabía que su beso había sido dinamita, y que, si él se sentía un poco trastornado por ello, lo comprendía.

No. No te acerques.

La rodeó con un brazo. Y aguardó de pie, atento.

Los árboles se inmovilizaron por completo.

—Sí —dijo Arnold—, quizá debiéramos empezar a volver. —Él la había traído. Si el Viajero era lento en responder, no era culpa *suya*.

Intentó hacer que se apresurara sin traicionar sus intenciones. O su nerviosismo. Los guijarros crujían bajo sus pies, y habló de cosas intrascendentes, de cómo llevaba practicando el *jogging* allí desde hacía años, de lo buena que era antes la pesca.

Pero la oscuridad junto al río era completa. Y en su apresuramiento perdió pie, se enredó en *algo*. Nunca supo lo que era, una zarza, una piedra, una raíz. Pero cayó de bruces al suelo, y oyó un seco *crac*, como el de la madera al partirse. Una puñalada de pura agonía ascendió por una de sus piernas.

Linda estuvo a su lado de inmediato.

—No te muevas —dijo—. ¿Qué ha sido?

—Un tobillo. —Se sentía mortificado. Y asustado.

Cuidadosamente, ella desató su zapato, se lo quitó. *Dolió*.

—Está roto. —Agitó la cabeza y le sonrió—. Necesitaré las llaves del coche.

—¿Por qué?

Ella se quitó la chaqueta, se la puso debajo de la cabeza.

—Para poder sacarte de aquí. Voy a necesitar ayuda.

Él rebuscó en sus bolsillos, se las tendió.

—Vaya torpeza —murmuró.

Ella tomó las llaves, se inclinó sobre él, alzó su cabeza y le besó. Esta vez fue más largo y profundo, y su pelo descansó contra la mejilla de él, y su mano le sujetó

la nuca.

—Quédate quieto, *boy scout* —dijo con un guiño—. Volveré tan rápido como pueda.

—Espera —dijo él.

Pero ya se había ido. Y el viento suspiró entre los árboles.

Hizo un esfuerzo por levantarse, se lo pensó mejor y se quedó tendido de espaldas. Maldita sea.

Arnold.

Cerró los ojos.

—Hola, Viajero.

¿Te has hecho daño?

—Sobreviviré.

No tenía idea de que fueras tan torpe.

—Es culpa tuya.

Probablemente.

—¿Quieres decirme ahora a qué vino todo esto? Cuando me caí, estabas tan asustado de ella como yo.

El Viajero se rió.

Arnold, pareces irritado.

—Me he roto el tobillo, maldita sea. Tú también pareces irritado. ¿Quieres responder a mi pregunta?

Por supuesto. Te quiero, Arnold. La voz salió de entre los árboles y flotó sobre el río. Se estaba volviendo blanda. Cambiaba. *Te echaré en falta.*

Arnold se alzó sobre un codo.

—No te estarás yendo, ¿verdad?

Sí.

—¿Han venido a por ti? ¿Tus amigos?

Todavía no.

—Entonces, ¿por qué te marchas?

Porque me estoy empezando a interesar demasiado en ti

—¿En mí? Pensé que estabas interesado en Linda. —Se preguntó por qué sonaba malhumorado.

Eres tú, Arnold. Siempre has sido tú. La voz parecía muy cercana.

—Estás bromeando.

¿Cómo puedes no haberte dado cuenta? Un repentino soplo de viento agitó los árboles. Pero, al nivel del suelo, la noche era tranquila. Una brisa le rozó. *He disfrutado de nuestro tiempo juntos.*

Arnold oyó ponerse en marcha un coche. Y alejarse.

—¿Cuándo te vas?

Esta noche.

—No lo hagas. —Arnold pensó en lo vacío que iba a quedarse el cortavientos sin su etéreo ocupante—. Quédate un poco más. No hay prisa.

La risa resonó a su alrededor. Pero era suave. Y gentil.

—No es como si fueras a volver por aquí dentro de poco tiempo.

Contempló su tobillo.

—¿Adónde irás?

Todavía no lo he decidido.

—¿Qué pasa con Linda? ¿Por qué querías que la trajera hasta aquí? ¿De verdad querías?

¿No lo sabes?

—No tengo la menor idea.

Vaya decepción.

Arnold aguardó.

Quería creer que tú me echarías en falta. Y deseaba aliviar el dolor de la separación. Las corrientes de aire fluyeron, se hicieron más frías. Se estaba retirando de él. Algo largo y flexible se movió contra la luna. *Quizá fue un error por mi parte.* Una bruma, iluminada por la luz de las estrellas, o posiblemente desde dentro, flotó justo encima del río. Era grácil y sinuosa y, mientras observaba, se alzó en una fuente viva. Remolineó alejándose sobre las oscuras aguas, empujada por un repentino soplo de viento, y se reformó en la orilla opuesta.

—Viajero —dijo Arnold—, no te vayas. —Intentó ponerse en pie, pero el dolor de su tobillo lo atravesó de nuevo como una daga y dejó escapar un grito. Como hiciera Linda, el Viajero acudió rápidamente a su lado. Las luces oscilaron a su alrededor y se cerraron en un abrazo etéreo. En ese momento, junto a la orilla, entre la estrecha pantalla de bojés y arbustos, su dulce y cálido aliento jugueteó sobre él, se aferró a él.

Ella se aferró a él. Arnold le asignó un género.

—No te olvidaré nunca —dijo.

Ni yo a ti.

—¿Volverás?

El viento se agitó a su alrededor.

No es probable, Arnold.

—Naves en la noche.

Por favor, explícate.

—Gente que se encuentra, se une emocionalmente por un tiempo, y luego sigue cada cual su camino.

Me gustaría que lo hubiéramos hecho algo mejor.

Se oían coches que se acercaban. Chirriaron frenos, sonaron portezuelas. Oyó una

sirena en la distancia.

—Viajero...

¿Sí?

—Gracias.

A ti también. La presión del aire empezó a relajarse. *Otra cosa que tienes que saber. Tuviste éxito con Linda Tollman por ti mismo. Yo no intervine.* La sintió retirarse, sintió que las cálidas corrientes se enfriaban. Sintió que el dolor volvía a su tobillo.

—¿Viajero?

No sabía si aún podía seguir oyéndole.

—Te quiero.

Los árboles oscilaron. Pudo ver las luces del equipo de rescate avanzar por el sendero.

A finales de la semana, un campanilleante móvil apareció fuera de la ventana del dormitorio de Arnold. Era un móvil magnífico, cuyas águilas en pleno vuelo, hechas de peltre, chocaban musicalmente con la brisa entre sí y con el arco también de peltre encostrado de hiedra. Los paseantes de última hora de la tarde que recorrían la avenida Bannister se detenían a menudo para escuchar las exquisitas notas que sonaban entre los tejados.

Años más tarde, cuando Arnold y su familia se mudaron de Fort Moxie para abrir una ferretería de oportunidades en Fargo, se llevó el móvil consigo.

PUEDE USTED LLAMARME BOB, SEÑOR

Mercè Roigé

Qué tontería —pensó Bob—. Revisó por enésima vez la escotilla y, por enésima vez, se aseguró de que seguía tan cerrada como siempre lo había estado. Era otra de las bromas de la computadora central. A Bob no le importaba ser el blanco de las bromas de Gertie, a veces incluso se divertía. Y no había muchas ocasiones de diversión aquí ahora.

—Nave acercándose por punto 4 —anunció la computadora, con su voz metálica, por el intercomunicador.

Aunque podía tratarse de otra travesura, Bob se encaminó hacia el Hangar 1. Dar la bienvenida a los visitantes era uno de sus principales deberes. Siempre les soltaba la misma canción:

—Señores, bienvenidos al Espaciohotel 1138. Mi nombre es RTX 2100-3040-05-2300033022, pero pueden ustedes llamarme Bob.

A RTX 2100-3040-05-2300033022 le gustaba que le llamaran Bob. Su primer ama, la señorita Amy, fue quien le puso este nombre, hacía ya casi dos décadas.

Los recién llegados habían desembarcado, pero todavía se hallaban en la plataforma. Al divisar a Bob, descendieron por la rampa y fueron a su encuentro. Una pareja humana —observó el androide—. El hombre era corpulento, de pelo moreno y semblante algo arisco, y vestía un sencillo mono marrón de pilotaje. La mujer llevaba puesto un llamativo abrigo de tiras de colores y se cubría los ojos con gafas solares. Era rubia, y cuando se quitó las gafas puso al descubierto una mirada de desconfianza.

—Señores, bienvenidos al Espaciohotel 1138. Mi nombre es RTX 2100-3040-05-2300033022, pero pueden ustedes llamarme Bob.

La pareja no correspondió a su formal saludo. La mujer parecía absorta en inspeccionar el lugar. Bob estaba seguro de que éste sería de su entera satisfacción. El Hangar 1, con su gran cúpula flanqueada por inmensos ventanales con espléndidas vistas al espacio exterior, era la más perfecta «primera impresión» que el Espaciohotel podía ofrecer.

—Espero que aquí no haya cucarachas neo-biónicas, como en el 3345 —murmuró ella, en voz baja pero suficiente para que el androide pudiera oírla.

—Oye, Rob, no sabemos si nos quedamos o no. Queremos ver las habitaciones —dijo él—. Ah, y la nave necesita carburante.

—Inmediatamente, señor —respondió, presto, Bob sin tomarse la molestia de corregir el error en la pronunciación de su nombre—. K9 se ocupará de su nave. K9 —llamó por el intercomunicador— Acudir Hangar 1; Reponer Carburante Nave en Plataforma 14 y Volver al Lugar de Origen —se dirigió a la pareja humana—. Por aquí.

Bob los guió hasta la entrada del transbordador de bajada y llamó al aparato por el micrófono.

—Nuestro Espaciohotel cuenta con la mejor infraestructura del Cuadrante Este, ¿saben? —empezó a recitar mecánicamente mientras aguardaban—. Está equipado con las últimas innovaciones técnicas en...

—¿Hay piscina termodinámica de burbujas? —interrumpió bruscamente la mujer.

—¡Por supuesto! —Bob no se irritó por la interrupción de su acostumbrado discurso, sino porque le pareció que dudaban de la capacidad de «su» establecimiento.

Una luz verde indicó que el transbordador había llegado. Las compuertas se abrieron y se cerraron herméticamente una vez hubieron entrado todos en el cubículo.

Bob los llevó hasta el Nivel 4. Desde allí la panorámica estelar era sencillamente extraordinaria. Había decidido mostrarles la Suite Roja. Lo mejor de lo mejor. Al abandonar el transbordador caminaron a lo largo de la mullida moqueta violeta que cubría totalmente el amplio corredor. La suite escogida estaba al fondo. Bob introdujo la tarjeta en la ranura y giró su cabeza, como ya era costumbre en él, para observar la expresión de las caras de los visitantes a medida que la puerta se deslizaba a un lado, suavemente, mostrando el interior de la lujosa cámara. Nada. Ni un levantamiento de ceja izquierda, ni siquiera un ¡Oh! de admiración, gestos a los que estaba habituado cuando enseñaba la Suite Roja a sus futuros ocupantes.

—Eh, ¿vas a dejarnos pasar dentro o no? —gruñó impacientemente el hombre. Y, acto seguido, empujó al androide a un lado y entró con su compañera en el cuarto.

Bob permaneció en el pasillo, paralizado y todavía sorprendido por el hecho de que la famosa Suite Roja no hubiera surtido el efecto esperado en los visitantes. Tal vez su indiferencia era debida a que estaban cansados de su viaje. El humano asomó la cabeza:

—Nos quedamos. Regístranos como el señor y la señora Foster —dijo, blandiendo dos tarjetas de identificación que Bob se apresuró a recoger. Desapareció. Volvió a aparecer—. Ah, y trae nuestro equipaje.

—K5 —llamó Bob por el intercomunicador—. Acudir Hangar 1; Recoger Maletas Interior Nave en Plataforma 14; Llevar Nivel 4 y Esperar Más Instrucciones.

Al cabo de pocos minutos, K5 se presentó, conduciendo el carrito porta-maletas. Al ver a Bob se quedó inmóvil.

—K5 —ordenó Bob—. Llevar Maletas Interior Suite Roja; Descargar en Suelo y Volver al Punto de Partida. —Luego observó cómo K5 se ponía en movimiento.

Eran las ocho, hora oficial del Espaciohotel 1138 para abrir el comedor para la cena. K5 y K9 estaban disponiéndolo todo, siguiendo el mismo ritual de costumbre. El visitante había bajado de su habitación y se encontraba sentado ante la barra del bar, leyendo un ejemplar atrasado del *Star Gazette*. Bob se dirigió, solícito, hacia él.

—¿Desea tomar un aperitivo, señor?

—Dame una cerveza —contestó el hombre, sin apartar los ojos de su lectura.

—¿De tres, cinco o siete créditos la cerveza, señor? —preguntó Bob, ya situado tras la barra.

—Dame una de siete, pero que no se te ocurra contárselo a mi mujer, ¿eh? —El humano le miró. Había un brillo de desafío en sus ojos.

Bob le sirvió la bebida. Él la apuró de un solo trago.

—¿Me permite el señor preguntarle de dónde proceden usted y su encantadora esposa?

—Venimos de Sangar, en el Cuadrante Oeste.

El Cuadrante Oeste —consideró Bob—. Un viaje largo.

Alguien estaba descendiendo al Nivel 1 por el transbordador. Cuando las compuertas se abrieron apareció la mujer. Se había cambiado de indumentaria (ahora llevaba un amplio vestido amarillo y tenía el pelo recogido). En cuanto vio a su acompañante en el bar fue hacia él.

—¿Has preguntado a qué hora se cena aquí, Charlie? —preguntó, con su voz aflautada.

—Ahora mismo iba a hacerlo, cielo —el hombre miró a Bob—. ¿A qué hora se cena aquí, Rob?

—Oh, pueden pasar al comedor cuando lo deseen, señores.

Los visitantes se habían instalado en la mesa del centro del restaurante y estaban mirando a su alrededor. Todas las mesas estaban dispuestas, pero no había nadie más.

—Eh, Rob —gritó el hombre—. ¿Dónde está la gente?

—Es temporada baja, señor —informó Bob, acercándose hasta ellos—. Tendrán ustedes la oportunidad única de disfrutar del Espaciohotel 1138 y todas sus increíbles y fantásticas instalaciones sin necesidad de reservar hora.

—Pero eso es terrible, Charlie —objetó la mujer, dirigiéndose al hombre—. ¿Qué voy a hacer con todos los nuevos vestidos «última moda de Andrómeda» que pensaba lucir en nuestro viaje, causando la envidia de cuantas mujeres del Cuadrante Este osaran mirarme?

—Eh... bueno, querida. Ya tendrás ocasión de lucirlos —respondió él, esbozando una sonrisa socarrona—. Eh, Rob, ¿qué hay para cenar?

Bob les entregó la minuta y prosiguió con su estudiado papel de anfitrión:

—Permítanme recomendarles nuestra maravillosa ensalada de cangrejo verde de Altair, aliñada con una deliciosa salsa *velôuté* de...

—¡Puaj, qué asco! —espetó la mujer—. ¿No tienes nada más acorde?

—Por descontado, señora —replicó Bob, inalterable—. Pueden leerlo ustedes mismos en la minuta. Por favor, avísenme cuando hayan elegido. —Y se alejó hacia

la cocina, para avisar a François, el cocinero humano, de que hoy sólo serían dos cubiertos.

Seguidamente volvió al comedor. Se quedó en un rincón, esperando. La pareja seguía examinando la carta. Bob los observó detenidamente. Aunque sus modales parecían toscos y su estafalario aspecto chocaba con el recargado ambiente de superlujo del Espaciohotel 1138, eran los únicos visitantes en cinco meses que habían desembarcado y decidido alojarse. No parecían tener prisa como los demás. Y por el vestido chillón que llevaba puesto la mujer se aventuró a deducir que, tal vez, estaban en un viaje de placer.

No eran los candidatos perfectos, sí es que había alguno en alguna parte, pero Bob no podía arriesgarse a esperar cinco meses o más antes de que aterrizaran otros... tal vez peores. Era ahora o nunca. Estaba decidido.

—Eh, Robbie —vociferó Charlie, haciéndole un gesto con la mano para que se acercara—. Tomaremos la sopa de verduras tropicales, la trucha abesugada con guarnición de estrellas de mar y el helado especial 1138.

—Por supuesto, señor. Ahora mismo.

Bob se ocupó de que K5 y K9 cumplieran perfectamente con su papel de perfectos camareros. Quería que Charlie y la mujer tuvieran una agradable estancia en el 1138, aunque no tanto como para que permaneciesen demasiado tiempo. Bob tenía prisa por salir de ese agujero.

Cuando la cena finalizó, la pareja de humanos se dirigió a la sala de la Gran Pantalla. Durante la cena, Bob había oído hablar a la mujer del super-concurso que se emitía esa misma noche en el Canal E56.

—Ah, Rob —dijo Charlie con una sonrisa, de camino hacia la sala contigua—. Trae unos bombones para mi mujer, ¿quieres? No puede pasar sin ellos cuando está mirando la Pantalla.

Bob asintió. Charlie parecía más amable, más sonriente, con el estómago lleno. Tal vez tuvieran algo que ver los dos vasos de brandy extra venusiano que se había tomado con el café tras el helado especial 1138.

La Gran Pantalla estaba ya sintonizada en el Canal E56 y la pareja humana instalada en los cómodos butacones de la Fila 1 cuando Bob entró con los bombones en una bandeja. La imagen mostraba a Paul DeWinter (el más famoso *showman* del momento, según había oído decir Bob a unos terrícolas de paso hacía apenas una semana), con una de sus horribles chaquetas de grandes cuadros. DeWinter lanzó uno de sus «chistes chispeantes». La mujer de Charlie lanzó una súbita y sonora carcajada. Bob ni siquiera entendió el significado del chiste.

Ofreció los bombones a la mujer. Ella miró de reojo el contenido de la bandeja y esgrimíó una mueca de profundo disgusto.

—Charlie, querido. Dile al robot que los bombones que quiero son los rellenos de menta y que se lleve éstos de leche —dijo sin mirar siquiera a Bob.

Bob no esperó a que Charlie le repitiera lo que había dicho la mujer. Se fue y al rato volvió con los bombones de menta. Los dejó en la mesita y se retiró al rincón.

DeWinter estaba ahora hablando con los concursantes. Éstos eran una pareja de corta estatura y piel oscura, seguramente procedentes de Pigma. El hombre era orondo y se cubría con una túnica blanca con adornos dorados. La mujer, mucho más delgada, vestía otra túnica, ésta de color verde, y no levantaba los ojos del suelo.

DeWinter se metía con ellos y los ridiculizaba. El público asistente al concurso se reía, así como la mujer de Charlie. Bob podía ver cómo los bombones de menta desaparecían de la bandeja, uno tras otro, alojándose en la boca de ella. Simplemente alargaba el brazo, cogía uno al azar y se lo tragaba de golpe, sin masticar, como si se tratara de una píldora. Bob se quedó hipnotizado observando durante unos instantes esos rápidos movimientos.

Los concursantes de la Pantalla estaban respondiendo correctamente a las preguntas del *showman*. Una muchacha sonriente, cubierta con poca ropa, era la encargada de entregar los sobres con las preguntas a la pareja de Pigma. Se limitaba a dirigirse hacia ellos, andando provocativamente —de acuerdo a los cánones humanos, juzgó Bob— y les entregaba el sobre de color fucsia fluorescente. Deseaba «buena suerte» a los concursantes. Daba media vuelta y por unos instantes quedaba inmóvil, con una amplia sonrisa congelada en el semblante, mirando directamente al objetivo. Parecía esperar una indicación para apartarse. Cuando finalmente alguien — a quien Bob no podía ver pero se imaginaba— se lo indicaba, la muchacha echaba a andar de nuevo, sobre sus pasos, de la misma manera como lo había hecho antes.

Charlie estaba embobado mirando la Pantalla.

DeWinter estaba diciendo:

—Gracias, Soraya. Ahora la última pregunta. La del Gran Premio. Todo o nada, señores concursantes. Ahí va... ¿Están nerviosos? La pregunta trascendental, la más decisiva del Concurso «Gane más y mejores premios sintonizando el Concurso del Canal E56» es... ¿CÓMO SE LLAMA LA ÚLTIMA AMANTE DEL PRESIDENTE DE KROVIA?

La mujer de Charlie gritó «Katia Fernández» con la boca llena del último bombón de menta camino de su garganta. Lo mismo susurró la tímida mujer de Pigma en la Gran Pantalla, levantando, al fin, los ojos del suelo.

—¡Gran Premio! —chilló DeWinter, haciendo una voltereta en el aire.

Y el coro del Concurso empezó a entonar frenéticamente:

—Son los ganadores, los más grandes ganadores...

Una enorme cortina púrpura se abrió al son de la canción para descubrir el último

modelo de nave biplaza marca Neptuno, con todas las luces de situación parpadeando. Rayos láser multicolores, saliendo de no se sabe dónde, rebotaron en la nave salpicando toda la Pantalla.

El público estaba aplaudiendo históricamente, y empezó a cantar:

—Son los ganadores, los más grandes ganadores...

—Oh, Charlie, fíjate, es un último modelo —dijo la visitante, maravillada—. ¿No podríamos nosotros comprar uno antes de llegar a Joy City?

Así que se dirigen a Joy City —consideró Bob—. Al gran paraíso del juego espacial y punto de encuentro de la «flor y nata» de los ricachones galácticos. Había oído hablar mucho de ese lugar, que algunos denominaban «El Antro»: en la planta inferior, bebidas por pocos créditos, ambiente multirracial y juegos de azar en los que, si la suerte te sonreía, pasabas a convertirte en un VIP por un día y hablaban de ti en la Gran Pantalla, y en las plantas superiores, refinados salones donde los ciudadanos de clase más privilegiada hacían ostentación de su riqueza y poder.

No era un mal destino para Bob. Allí había multitud de probables amos, considerando la posibilidad de que Charlie y su mujer no quisieran tenerle a su servicio.

—Pero Rosemarie —objetaba Charlie—. No querrás gastarte todos los créditos antes de que llegemos a la City.

—Charlie, siempre dices lo mismo —y descubriendo a Bob a sus espaldas, en el rincón, Rosemarie quiso que éste interviniera en la conversación de modo que el androide le diera la razón, ya que sabía que un androide no lleva nunca la contraria a un ser humano—. Bob, ¿no crees que Charlie y yo luciríamos un montón si nos presentáramos en Joy City con un último modelo Neptuno como el del Concurso?

—Señora, por favor, ¿podría usted indicarme el significado de la expresión «lucir un montón»? —preguntó Bob, curioso.

Rosemarie lo miró fijamente un instante, resolvió que no valía la pena explicar nada a un robot, y añadió:

—Oh, bueno, no tiene importancia —se dirigió a Charlie—. Vámonos ya a nuestra suite. Mañana tenemos que salir temprano.

Se puso en pie.

—¿Se marchan mañana los señores? —quiso saber Bob, con súbito interés, sintiéndose ya profundamente implicado en cualquier decisión adoptada por la pareja.

—Sí, Rob —contestó Charlie, levantándose asimismo de su asiento.

La pareja salió, camino del transbordador. Bob desactivo la pantalla cuando DeWinter estaba agradeciendo la colaboración de los patrocinadores del concurso: el fabricante de sopas La Tortuga Feliz y Viajes Intergalácticos Amanecer. Luego contempló cómo Charlie y Rosemarie eran tragados por el aparato elevador. Ella seguía insistiendo en lo del último modelo; él se limitaba a poner cara de fastidio.

Bob cerró las luces del *hall* una vez los perdió de vista, y procedió a su acostumbrada ronda para verificar que todo estaba dispuesto en el lugar oportuno para el siguiente día. El Espaciohotel 1138 no era un establecimiento excesivamente grande, y aunque por esta época tenía pocos huéspedes, no siempre había sido así. Bob recordaba todavía cuando, hacía tres años, los visitantes «invadieron» literalmente el lugar. Provenían de todas partes y se quedaban semanas enteras.

La «esfera con patas», como la mayoría denominaba cariñosamente a la estructura esferoide de cristal y acero del Espaciohotel, se asentaba con firmeza a la base del satélite artificial mediante multitud de columnas circulares, como arterias, las «patas» a las que se refería el apodo popular. La «esfera» había brillado con fuerza. Nadie quería acostarse —rememoraba Bob—. Era una fiesta continua. Por aquel entonces, él tenía a su cargo muchos auxiliares K y se encargaba de todo. Ello le hacía sentir importante y jornada tras jornada inventaba nuevos juegos para deleitar a sus huéspedes. El Espaciohotel 1138 se convirtió rápidamente en el Centro Oficial de Diversión del Gobierno más visitado de entonces.

Pero también, de pronto, la maquinaria dejó de funcionar. El Consejo Interplanetario, el «Gobierno», empezó a tambalearse. Los consejeros empezaron a acusarse mutuamente de los fracasos de su política y la tensión creció entre la población mientras ellos seguían insultándose y destapando más y más pruebas de corrupción.

Los en otro tiempo asiduos visitantes del Espaciohotel 1138 empezaron a escasear. No estaban dispuestos a suministrar créditos al Gobierno con los que alimentar más escándalos, y sus gustos se decantaron hacia los centros privados de diversión, cada vez más espectaculares, que competían entre sí para atraer más y más clientes.

Así que Bob y el Espaciohotel 1138 otrora famoso, fueron cayendo paulatinamente en el más triste olvido. A lo largo de los dos siguientes años, el androide vio cómo la mayor parte de las unidades auxiliares K a su servicio eran destinadas a otros quehaceres fuera del sistema. La pequeña «esfera con patas» era ahora un enorme, vacío y silencioso templo a la decadencia gubernamental.

Los esfuerzos de Bob por mantener el *status* alcanzado resultaron inútiles. Sólo podía aspirar a seguir cumpliendo con la labor que su propietario, el Gobierno, le había asignado, hubiera alguien a quien servir o no. Por eso continuaba haciendo las mismas cosas una y otra vez, monótonamente, esperando un nuevo destino, una nueva ocupación que no llegaba.

Y ello le desesperaba. No, él no era como los demás de su especie (si es que un ser de metal y cables en vez de carne y huesos podía pertenecer a alguna). Sus «sentimientos» no eran compartidos por ningún otro modelo, según había podido constatar. Bob sospechaba que sus «diferencias» tenían algo que ver con las

modificaciones que le habían sido introducidas en la época en la que cuidaba de la señorita Amy. Eso fue algunos años antes, antes de pasar a formar parte de los «leales ciudadanos de metal» del Gobierno...

A la mañana siguiente, Bob esperó detrás del amplio mostrador de Recepción a que Charlie y Rosemarie descendieran al Nivel 1 para tomar su desayuno hipercalórico antes de reemprender su viaje. En cuanto los vio salir del transbordador y dirigirse a la cafetería, ordenó a K5 ir a buscar las maletas a la suite y trasladarlas a la nave.

Una vez desayunados, la pareja se acercó al mostrador.

—Toma, Rob, cárgalo todo en mi cuenta —indicó Charlie ofreciéndole su tarjeta de crédito.

Bob procedió a registrar el pago.

—Su vehículo aéreo ha sido revisado a fondo, señor —informó Bob al devolver la tarjeta a Charlie—. Espero que tengan ustedes un feliz viaje —tendió a Rosemarie la caja redonda de bombones de menta Aster Oid, calidad extra, que había estado guardando detrás de la mesa y añadió—: «Con los mejores saludos del personal del Espaciohotel 1138. Esperamos que hayan tenido una feliz estancia y deseamos verles de nuevo muy pronto».

Ésa era la fórmula habitual de despedida —mas los bombones habían sido iniciativa suya—, pero, por una vez, el deseo de un rápido reencuentro iba a convertirse en realidad.

—¡Qué encanto! —exclamó Rosemarie complacida, con los ojos muy abiertos ante la visión del estuche verde y dorado, y se apresuró a recoger el paquete—. Oh, Charlie —exclamó de pronto— se nos olvidaba comprar los recuerdos.

—Puede usted adquirirlos en nuestra *boutique*, al fondo a la izquierda, señora —sugirió Bob.

La mujer se alejó a paso rápido hacia donde le había indicado.

—K9 —llamó Bob por el intercomunicador—. Ir Boutique Souvenirs, Atender Señora.

—¡Mujeres! —gruñó Charlie, haciendo un exagerado gesto de exasperación al observar cómo su esposa desaparecía por el pasillo—. Llenan la casa con todo tipo de chucherías inútiles.

—¡Charlie! Ven, cariño, necesito tu ayuda —gritó Rosemarie con voz cantarina, al cabo de un rato, asomándose por la esquina y blandiendo una reproducción a escala reducida de la «esfera con patas»—. ¿Qué te parece esto para la tía Maggie?

—¡Ya voy, querida! —replicó el hombre y, dirigiéndose a Bob, agregó, casi en un susurro—: Es incapaz de decidir algo por ella misma.

Y se encaminó a grandes zancadas hacia el lugar donde estaba la mujer.

Ahora es el momento —resolvió Bob—, al percatarse de que estaba solo. Abandonó su puesto tras el mostrador, tomó el transbordador y subió hasta el Hangar 1, en lo alto de la Esfera. El trayecto hasta allí se le hizo enormemente lento.

Nada más abrirse las compuertas del aparato elevador, vio la nave posada justo debajo del centro de la gran cúpula. Por fin iba a marcharse. Feliz, se dirigió hacia la entrada del vehículo. Dio las coordenadas de apertura al ordenador de a bordo a través del micrófono exterior y montó. Inspeccionó el interior. La nave no era gran cosa —dedujo—, pero parecía sólida y capaz de aguantar multitud de viajes interestelares. Sabía donde podía esconderse: el bote de salvamento no era excesivamente confortable, pero tenía el espacio adecuado para albergarle, y estaba dotado de una ventanilla por la que Bob podría verificar en todo momento el lugar exacto donde se encontraba en el transcurso del vuelo.

Cuando llegó a la escotilla exterior del bote, ordenó la apertura y se coló dentro. Contempló los asientos con disgusto. Evidentemente, no estaban diseñados para un androide. Se acomodó como pudo y se ató, listo para el despegue. Alargó el brazo derecho y tecleó en el pequeño cuadro de mandos el código de sellado y la primera escotilla del bote se cerró.

A través de la delgada puerta escuchó las lejanas voces de Charlie y Rosemarie que subían a la nave.

—Qué raro —estaba diciendo Charlie—. Creí que Rob nos acompañaría hasta el Hangar.

—El servicio está cada vez peor —asintió la mujer.

Bob podía percibir los pasos de sus improvisados anfitriones resonando en el suelo hueco. Al cabo de poco tiempo sintió una sacudida y un aullido ensordecedor. Toda la nave empezó a agitarse como si hubiera sido despertada por el rugido de los motores.

Allá vamos —pensó Bob.

La nave se elevó. El androide echó una ojeada por la ventanilla. La «esfera con patas» se estaba alejando rápidamente. El hecho de escapar no le producía ningún complejo de culpabilidad. Era más bien un sentimiento de alivio. Aunque no lo reconoció entonces, estaba experimentando la emoción humana de «libertad».

Esa sensación de alivio dio paso a una de preocupación. Se había convertido en un androide sin amo, un fugitivo. Sabía que nadie haría valer sus derechos en caso de que lo detuvieran. No era más que un objeto, según la Ley, y los objetos pertenecen obligatoriamente a un sujeto.

Su vida se había vuelto de pronto muy arriesgada. Volvió a dirigir la mirada más allá de la ventanilla. El Espaciohotel era ahora un punto luminoso que apenas podría distinguir alguien que no supiera exactamente dónde debía mirar. Atrás quedaba el estilo de vida que había conocido durante los últimos ocho años.

Bob volvió en sí. Se había desconectado durante unas horas para ahorrar energía, ya que no sabía cuándo podría volver a repostar. Miró el reloj del panel de instrumentos del bote salvavidas. Eran las siete de la tarde. Rosemarie estaba al otro lado de la escotilla. Podía oír su voz estridente. Mantenía una animada conversación a través del videófono supletorio.

—¿Cómo está el ambiente? —decía—. ¿Una fiesta?... No, no lo sabía... ¿Cuándo?... Vaya, espero que lleguemos a tiempo. Gracias, bonita, le diré a Charlie que incremente la velocidad. Hasta pronto, querida.

Se alejó, y Bob oyó su voz de nuevo:

—Charlie, ¿sabes lo que acaba de contarme esa arpía de Ágata? Pues me ha dicho que la condesa de Chartres va a dar un banquete esta misma noche para celebrar su decimotercer compromiso. Oh, no quisiera perdmelo. Estarán «toodos» allí.

—¿Se va a casar de nuevo esa cacatúa? —exclamó la voz divertida de Charlie.

—Oh, venga, Charlie —rogó la mujer—. ¿No podrías ir más deprisa? Ya sabes, querido —añadió con voz zalamera— que los que no están presentes en las fiestas de la condesa es como si no existieran.

—Vale, pero no querrás que nos detengan por superar la velocidad permitida, ¿verdad?

—Bueno —admitió Rosemarie—. La verdad es que no sería tan malo llegar tarde a la fiesta. Así todo el mundo nos vería entrar. Oh —recordó de pronto—. Debo elegir mi vestuario enseguida.

Bob oyó pasos de nuevo. Tal vez Rosemarie se dirigía a revisar el contenido de su baúl-ropero —aventuró—. Él podría ayudarla a elegir su vestido. En su empleo en el Espaciohotel, muchas damas le habían pedido consejo sobre cómo vestirse para acudir a las fiestas y sus recomendaciones habían sido muy apreciadas.

Consiguió levantarse del asiento en el que estaba hundido, abrió la escotilla del bote salvavidas y se asomó cautelosamente al pasillo. Caminó sigilosamente hasta llegar al cuarto de equipajes. La puerta estaba abierta y atisbo al interior.

Rosemarie se encontraba de espaldas a él, sujetando un vestido rojo en una mano y uno verde —bastante horrible, por cierto— en la otra. Murmuraba.

—Señora —llamó Bob, en voz baja—. No se asuste.

La mujer giró en redondo.

—¡Ahhhhh! —gritó—. ¡Charlie, ven aquí!

Charlie, alarmado por el alarido de su esposa, dejó los controles en «automático» y acudió al momento a ver qué ocurría. Descubrió a Bob, de pie, en la puerta del cuarto.

—¡Pero, Rob, por Júpiter! ¿Qué demonios haces aquí?

—Señor, por favor, no se altere. Verá, me pareció que una pareja de tan

distinguida posición como la suya debía contar con la inestimable asistencia y consejo de un androide personal como yo. Mis múltiples años de experiencia en el trato social...

—¡Oh, cállate! —Charlie miró a su mujer, que todavía no se había repuesto del susto y estaba muy pálida—. ¿Estás bien, cariño? En cuanto a ti —señaló a Bob, amenazadoramente—, te entregaré a las autoridades en el primer puesto de control con el que tropecemos.

—No, Charlie —logró articular Rosemarie—. Perderemos mucho tiempo si paramos antes de llegar a Joy City. Y ya sabes lo que me importa esa fiesta de la condesa. Podemos entregar el robot una vez hayamos aterrizado allí —sugirió—. Por favor, Charlie —imploró al hombre, el cual observaba a Bob con el ceño fruncido.

—De acuerdo —consintió él.

Con Bob pegado a sus talones, Charlie retornó a la cabina de mandos. Se sentó de nuevo en el asiento de piloto y volvió a hacerse cargo del manejo de los controles.

—Señor —dijo Bob a sus espaldas— ¿no podría ni siquiera considerar la posibilidad de conservarme a su servicio temporalmente?

—No. Me ocasionarías muchos gastos. Debería registrarte, pagar la cuota de tenencia, llevarte a que revisaran periódicamente tus circuitos, reponer tu energía de vez en cuando... y eso sin mencionar el hecho de que te has escapado de un Centro Gubernamental... No, ¡ni hablar! —resolvió el hombre—. No necesito ningún androide, pero puede que me den una recompensa cuando te entregue —parecía contento con esa idea.

Bob no se desanimó. Volvió al lugar donde estaba la mujer, la cual seguía contemplando, con expresión apesadumbrada, el contenido de su baúl.

—Señora, ¿me permite ayudarla?

Rosemarie le miró con recelo.

—¿Qué sabe un robot como tú de ropa?

—Mucho, señora —reconoció Bob—. A causa de mi posición en el Espaciohotel como anfitrión de fiestas inacabables, aprendí todo sobre vestuario y accesorios para festejos de alto *standing*.

—Bueno, en ese caso —dijo la mujer, no muy convencida— echa un vistazo —se hizo a un lado, para mostrar a Bob una montaña desordenada de vestidos de todos los colores y tamaños.

—A ver... —consideró Bob, levantándolos y observándolos detenidamente uno a uno—. Éste podría servir —dijo, señalando un clásico vestido de tirantes de tonos rosados.

—No, no puedo llevar éste —objetó la mujer—. Me lo puse hace tres meses en otra fiesta y repetir vestuario sería algo imperdonable.

—Bien —Bob volvió a estudiar el contenido, descubriendo un vestido de falda

acampanada, color azul cielo, con un escote recto y adornos de estrellas doradas—. ¿Qué tal éste otro? Es sobrio y elegante —Bob se preguntaba cómo podía haber llegado ese vestido al ropero de Rosemarie. No concordaba con los demás, de colores chillones, vulgares y excesivamente recargados.

—Oh, ese azul —dijo la mujer sin mucho entusiasmo—. Es uno de los nuevos. La encargada de la tienda insistió en que me lo quedara, aunque yo no estaba muy convencida. Lo compré porque a Charlie le gustó.

—¿Por qué no se lo prueba —propuso el androide— con esos zapatos dorados?

—Sí, de acuerdo —aprobó la mujer, ya más animada—. Ayúdame a ponérmelo.

Los ligeros bandazos que daba la nave evidenciaban que estaban penetrando en el influjo magnético de algún planeta cercano.

—Rosemarie, ven a la carlinga. Estamos llegando a Joy City —tronó la voz amplificada de Charlie por el altavoz—. Y dile al robot que se sujete en alguna parte. No lo quiero dando tumbos por toda la nave.

La mujer salió hacia donde estaba su marido, con sus zapatos dorados, su vestido azul y un collar que no pegaba mucho con el conjunto, pero el cual se puso a pesar de que Bob le insinuó que no lo hiciera.

Bob retornó al bote de salvamento, se ató y comenzó a reflexionar sobre cómo había transcurrido todo desde su marcha del Espaciohotel. Con su fuga, había llegado a alguna parte, pero Joy City iba a ser el final del trayecto: Charlie iba a denunciarle. Sería entregado a la policía local. ¿Qué sería de él? ¿Iban a devolverle a la «esfera con patas»? ¿Iban a castigarle por su huida? ¿Iban a borrarle la memoria y programarle de nuevo? ¿O quizás iban a estudiar su particular comportamiento?

Bob lamentó no haber previsto todas esas consecuencias. Resignado, se dispuso a esperar el aterrizaje.

Éste no fue en absoluto suave: Charlie no dominaba todavía muy bien la técnica. Bob pensó que tal vez podría persuadirle de que no le entregara si se ofrecía como chófer del matrimonio.

Los ojos de Bob intentaron captar lo que veía lo más rápidamente posible. Una abarrotada masa humana y no humana de todos los pesos, medidas, formas y colores imaginables se movía de un lado para otro en todas direcciones. Los que no estaban en movimiento, se hallaban dispuestos en una ordenada fila que desembocaba en un lugar concreto: la entrada al Gran Casinoclub de Joy City, que tenía la forma de un tubo con anillos y semejaba el estómago de un gigantesco gusano. El edificio al que daba acceso era como un enorme globo hinchado. Tenía el aspecto de uno de esos castillos medievales que Bob había visto en antiguos y mal conservados hologramas. Pero éste parecía un castillo a punto de explotar.

Charlie había desestimado por cuarta vez su amable oferta de convertirse en su piloto y tenía la firme intención de entregarle al Oficial Robótico Supervisor de Control de Accesos al Casinoclub. Había cambiado su habitual mono de pilotaje por un traje de gala para asistir, sin más demora, a la fiesta de la condesa de Chartres y hacía buena pareja con Rosemarie y su vestido azul. Los tres se dirigieron directamente al principio de la fila de entrada al Casinoclub, que se movía despacio, e ignoraron a los individuos que aguardaban su turno pacientemente, alguno de los cuales dirigió al grupo una mirada poco amistosa.

Uno de los suboficiales robóticos de Control de Accesos, una unidad de fabricación bastante reciente —según pudo apreciar Bob— les hizo un gesto para que se detuvieran. Lo hicieron ante un enorme rótulo que pregonaba, en los más populares idiomas intergalácticos, «Reservado el Derecho de Admisión».

—El pase, por favor —la voz sonaba autoritaria.

No dijo nada sobre el hecho de que no «hicieran cola» como los demás. Seguramente tenía instrucciones precisas sobre qué derechos tenían según qué individuos con una cierta apariencia de, digamos, «solvencia» —consideró Bob.

—Aquí están los pases —contestó Charlie, entregando al suboficial las dos cartulinas verdes que había estado rebuscando en sus bolsillos—. Mi nombre es Charlie Foster y ésta es mi esposa Rosemarie. Por cierto, tengo algo para tu supervisor: este robot que nos acompaña —señaló a Bob, despectivamente— se metió en mi nave como polizón. Supongo que me darán una recompensa por él.

Los individuos de la fila más cercanos que oyeron lo que Charlie decía, contemplaron con curiosidad al denominado «polizón».

—Mira, es un androide —dijo alguien.

El suboficial fue a informar a su superior, y el superior entró en la garita de vigilancia. El Oficial Robótico Supervisor de Control de Accesos al Casinoclub, en persona, salió de su escondite para encararse con Bob.

—Modelo, número de serie, propietario, último domicilio —interrogó.

—RTX, 2100-3040-05-2300033022, Gobierno, Espaciohotel 1138 —contestó Bob, obedientemente.

—Un momento, lo comprobaré —dijo estoicamente el supervisor.

Desapareció en la garita y al cabo de un rato salió de nuevo. Esta vez le habló a Charlie:

—La computadora policial registra una vacante en el Espaciohotel 1138 debida al abandono del puesto del último androide encargado. El modelo y número de serie coinciden. No especifica ninguna recompensa por su captura, señor.

—Está bien —se resignó Charlie—. Llévóslo de una vez.

Algunos individuos habían abandonado la fila y los rodeaban, observando todo lo que estaba pasando.

El supervisor indicó a dos de sus subordinados que se hicieran cargo del androide, pero antes de que éstos llegaran hasta él, Bob vio cómo Rosemarie se llevaba la mano al cuello mientras su cara iba conformando una expresión mezcla de horror y desasosiego.

—¡Mi collar! —exclamó la mujer—. Mi precioso collar de perlas salvajes del Caribe, valorado en más de trescientos mil créditos... ¡Lo he perdido!

Tras esas palabras, fue como si todos los que les rodeaban se volvieran locos (bueno, todos menos los suboficiales y oficiales de Control, el supervisor y el propio Bob, que permanecieron impassibles). Los demás se lanzaron al suelo, chocando unos con otros, empujándose, insultándose, peleándose.

—¡Orden! —exigió, inútilmente, el supervisor, mientras a su alrededor la alborotada masa humana le hacía perder el equilibrio.

Al verse libre de atención, puesto que los subordinados que debían custodiarle optaron por acudir en auxilio de su superior, Bob saltó la valla de contención y atravesó apresuradamente el tubo metálico con anillos que era la entrada. Al fondo no se veía nada, salvo oscuridad. Estaba a punto de franquear esa misma oscuridad cuando unas manos del tamaño de dos guantes de boxeo le inmovilizaron.

—¿Adónde vas tan aprisa? Enséñame tu pase. —Se trataba de un humano, del tamaño de un gorila. Bob se fijó en la placa sujeta al uniforme de su captor, decía: «Segundo Control de Admisión». Bob había pasado delante de él sin verle.

Incapaz de oponer resistencia, esperó pacientemente hasta que el supervisor le reclamó de nuevo. Éste le miró con severidad, fijando sus fotorreceptores en él durante largo tiempo.

—He informado sobre su díscola conducta a la computadora policial y he solicitado instrucciones —dijo al fin, y añadió, esta vez en tono oficial—: RTX 2100-3040-05-2300033022, mientras no se reciban las órdenes oportunas quedará bajo mi custodia y he decidido que, dado que andamos escasos de personal androide de su género, colaborará en las labores de la Cocina Auxiliar, bajo las órdenes del Jefe

Culinario.

Bob suspiró aliviado al oír la sentencia. Después de todo, su destino inmediato no era tan terrible.

—Segundo Control —encargó el supervisor al gorila humano—, acompañe a RTX 2100 y presénteles ante Chef.

Tras esas palabras, dio media vuelta y se alejó.

—Has tenido suerte, amigo —le espetó el Segundo Control, golpeándole la espalda, mientras iban pasillo abajo—. Si no llega a ser por el envío de «refuerzos», de ésta no sales. Verás, llevo quince años trabajando en esta Compañía y todavía espero ver el día en que nos hagan puñetero caso. ¡Nos desprecian sólo porque estamos en el otro extremo del Cuadrante! ¡La Central lo tiene todo! —extendió ambos brazos, dibujando un amplio círculo en el aire—. Los últimos modelos de máquinas tragaperras, las ruletas más sofisticadas, el mobiliario más lujoso... y ¿sabes qué hacen cuando les pedimos algo de eso, y les decimos que, después de todo, trabajamos en la misma Compañía, para alcanzar un objetivo común? Nos mandan, después de mucho rogar, sus obsoletas máquinas manoseadas y ellos se procuran los últimos modelos. ¡Y encima esperan que se lo agradezcamos! —miró incrédulamente a Bob—. Y luego está la Celebración de Hermandad de los Empleados de cada año por Navidad. Se creen que por darnos un jamón y cuatro botellas de brandy venusiano de mediocre calidad estamos lo suficientemente motivados para trabajar un año más. Esta Compañía es un asco —concluyó. Llegaron al pie de la cinta de acceso al piso superior—. Me temo que van a hacerte trabajar de lo lindo, amigo.

—No importa, señor —contestó Bob—, estoy acostumbrado. En realidad, aborrezco estar sin ocupación.

—¿De veras? —el hombre le miró, como dudando de su afirmación. Meneó la cabeza a ambos lados—. Los androides sois los robots más raros que conozco.

Empezó a deslizarse por la cinta transportadora e hizo que Bob le imitara. Una vez arriba, el hombre se paró ante una puerta cerrada.

—Dime, ¿cuál es tu identificación? Supongo que habrás oído esto centenares de veces, pero es que todos los androides me parecen iguales y me cuesta distinguíros —bromeó.

—RTX 2100-3040-05-2300033022, pero me gusta que me llamen Bob, señor.

El hombre sonrió.

—Bien, Bob. Mi nombre es Harry. Bienvenido a nuestro cuchitril de Cocina Auxiliar —anunció solemnemente, al tiempo que abría la puerta.

Lo que vio Bob desde allí era un panorama desolador. Se trataba de una sala demasiado reducida donde se hacinaban utensilios, alimentos y unidades K. Ningún humano a la vista. Era comprensible: ningún ser racional aguantaría allí más de un

minuto. Ni siquiera el Segundo Control iba más allá del umbral.

—Tranquilo, amigo. Sólo será temporal. Ya sabes, hasta que el maldito Gobierno decida qué hacer contigo —el hombre miró a Bob con lástima—. Oye, si puedes escabullirte algún rato de aquí, ven abajo, charlaremos un poco, ¿de acuerdo?

Un androide alto y esbelto se dirigió en ese momento hacia donde se encontraban, apareciendo de improviso y sorteando grácilmente los obstáculos a su paso.

—Ése es Chef —le susurró Harry—. Ten cuidado con él: tiene malas pulgas en sus circuitos.

Chef se paró en seco ante ellos y empezó a examinar a Bob con arrogancia. Harry, el único humano de los tres, fue el que habló en primer lugar.

—Chef, te traigo un nuevo ayudante de parte del Super. Estará aquí durante un tiempo.

El Jefe Culinario de la Cocina Auxiliar no contestó. Seguía estudiando a Bob. Me ve como una intromisión —pensó Bob—. El aire de superioridad de ese Chef le irritaba. Después de todo, eran modelos de género muy parecido. Bob aventuró que no sería muy fácil tratarle y resolvió que él mismo no estaría dispuesto a ceder en nada. Aunque las cosas le habían salido torcidas, le quedaba su dignidad.

—Ánimo, amigo —el Segundo Control, Harry, le guiñó un ojo y desapareció.

—Modelo, número de serie, propietario, último domicilio —exigió Chef bruscamente en cuanto estuvieron solos.

—Eso ya lo he contestado abajo —le replicó Bob.

Los ojos de Chef refulgieron de rabia.

—¡Qué insolencia! Quiero que sepas que desde ahora estás a mi cargo y deberás obedecer todas mis órdenes. No creas que voy a ser indulgente contigo por el hecho de que seas un androide como yo. Trabajarás tan duro como cualquiera de estas estúpidas unidades K y tendrás que adaptarte a las repugnantes condiciones de este trabajo de la misma manera como yo lo he hecho.

¡Cuánta amargura! —advirtió Bob—. Puede que Chef no se mereciera realmente estar destinado allí (como él mismo tampoco lo merecía). Tal vez había sido apartado del contacto humano por su conducta «poco sociable», calificativo que equivalía a ser declarado «no apto para las relaciones humanas», lo cual, además, iba en contra de la naturaleza del propósito de su misma creación.

Bob sabía que esto podía ocurrir en algunos casos; estaba descrito en la Ley de Probabilidades de Murphy. Eran fallos imprevisibles del proceso de producción y los androides a los que se descubrían esos rasgos no deseados eran retirados y asignados a cargos poco gratificantes, lejos de cualquier trato con seres de carne y hueso, ya que era menos costoso para los fabricantes darles cualquier insignificante ocupación que desensamblarlos y programarlos de nuevo o bien destruirlos. Eran estorbos, antirrobo, carentes de empatía hacia los humanos y hacia sus semejantes, cualidades

éstas principales de cualquier ser de metal, fuera de la categoría que fuera.

Seguramente a Chef el ambiente de la cocina le había endurecido y quizás al principio había encontrado consuelo en martirizar a las unidades K a su servicio, aunque la satisfacción debía haber sido ínfima, ya que esas unidades no estaban dotadas para sentir «intimidación» y tan sólo se limitaban a cumplir con indiferencia las órdenes que se les impartía. Pero Bob era otra cosa; representaba todo aquello que Chef no poseía. Bob comprendió que él sería la próxima víctima del Jefe Culinario.

—Tengo mucho trabajo —refunfuñó Chef—, organizando la confección del aperitivo para la fiesta que se está celebrando en la Sala B. Nos piden más y más canapés. Contempla a los K —señaló a las unidades puestas en fila, las cuales, a modo de producción en cadena, se pasaban una pequeña masa cuadrada lisa de unos a otros y cada uno aportaba a la base un condimento distinto. Iban repitiendo en voz alta: tomate, pimiento rojo, caviar, paté, pepinillo, aceituna...

Nada de exóticas exquisiteces culinarias a las que Bob se había acostumbrado a ver en la cocina de François, el cocinero humano del Espaciohotel 1138. Aquí la comida era tradicional.

Bob observó con más detenimiento cómo trabajaban los K. Parecían una sola máquina con multitud de brazos. Era una tarea rutinaria llevada a cabo con rapidez y eficacia. Los canapés terminados eran dispuestos en bandejas redondas en un extremo de la mesa.

—Vas a hacer algo útil, androide —le dijo Chef—. Lleva esos canapés a la Sala B y sírvelos a los invitados.

Sencillo —pensó Bob—. Fue hasta el final de la hilera de los K y recogió una de las bandejas ya preparada.

—¿Cómo se llega a la Sala B? —preguntó.

—Sigue las indicaciones —fue la escueta respuesta.

Bob salió por otra puerta distinta a la que había utilizado para entrar con el Segundo Control. El angosto corredor en que se encontró estaba débilmente iluminado por luces de neón de tono azulado. Había carteles con flechas que señalaban en todas direcciones. Finalmente dio con el que decía «Sala B -Planta +5» al lado de lo que parecía ser un montacargas. Bob buscó el micrófono del aparato para llamarlo, pero sólo vio un botón a la derecha. No había visto nunca un transbordador de ese tipo, tal vez era un modelo muy antiguo. Pulsó el botón.

Al cabo de un rato, la compuerta se abrió. Bob se introdujo en el aparato, haciendo equilibrios con la bandeja de los canapés. El interior del cubículo también tenía botones, descubrió. Buscó el que decía +5 y lo apretó. Sintió la aceleración primero y la desaceleración después antes de que el aparato se detuviera definitivamente. La compuerta se abrió y al salir se encontró de lleno en plena fiesta. Había humanos bebiendo, humanos comiendo, humanos bailando, humanos riendo,

humanos haciéndose confianzas... y también pudo distinguir a Charlie y a Rosemarie. Bob entendió de pronto que se hallaba en la fiesta de la condesa de Chartres.

Intentó adoptar un aire de serena confianza y se entremezcló con los invitados, ofreciéndoles el aperitivo. Una señora gruesa le detuvo y, asiendo fuertemente la bandeja por el otro extremo, tomó una buena dosis de canapés, dejando a Bob casi sin existencias.

—¿Cuándo aparecerá la condesa? —preguntó a Bob la mujer que estaba al lado del monstruo traga-canapés.

—No lo sé, señora. Sólo soy el camarero.

—Esperará a que estemos todos para hacer su habitual entrada triunfal —aseguró sarcásticamente un hombre que se había acercado hasta ellos.

Disimuladamente, Bob empezó a tirar de la bandeja, intentando liberarse de la mano que la asía por el otro lado. Lo malo fue que cuando dio el tirón más fuerte, el que creyó sería definitivo, ya sin disimulos, la mujer gruesa la soltó, con lo que el androide perdió el equilibrio y hubiera caído al suelo si no fuera porque el invitado situado inmediatamente detrás de él amortiguó el golpe.

—¡Eh, mira por donde vas, pedazo de hojalata! —exclamó una voz familiar.

Bob se giró, dispuesto a disculparse. Había chocado con Charlie.

—Le ruego me perdone, señor. ¿Le he hecho daño?

Charlie le ignoró. Volvió a dirigirse al grupo con el que había estado hablando antes del incidente.

—Soy yo, señor, ¡Bob! —saludó el androide, para quien la buena educación tenía mucha importancia.

Charlie se dio la vuelta para mirarle.

—Eh, ¿qué haces tú aquí? ¿No estabas detenido?

—Y lo estoy, señor. Aunque las autoridades, a diferencia de usted y su esposa, han considerado que soy imprescindible en cualquier actividad social que se precie, y me han facilitado rápida y temporalmente la oportunidad de efectuar un trabajo afín a mis capacidades.

—Sí, ya, de camarero —se mofó Charlie.

—Ahí viene la condesa —anunció alguien. Y las miradas de todos los presentes se volvieron hacia la izquierda. Bob miró también en esa dirección. Un hombre relativamente joven, moreno, con bigote, vestido de gala y una mujer gorda, ya entrada en años, que parecía la hermana gemela de la que momentos antes se había dado el atracón de canapés, aparecieron en la entrada. El estridente pelo naranja de la condesa estaba recogido en un moño espectacularmente alto y llevaba puesto un vestido de color azul cielo, de falda acampanada y escote recto, con adornos de estrellas doradas.

Bob recordó haber visto un vestido así en alguna parte. De pronto, oyó un grito sofocado y al advertir la cercana presencia de Rosemarie supo exactamente dónde.

—Charlie —dijo ella en voz baja y quejumbrosa, acercándose a su marido y tocándole el brazo para llamar su atención, sin reparar en el androide—. Ayúdame a salir de aquí. Debo ir a la nave enseguida.

—¿Por qué? —preguntó Charlie, extrañado.

—El vestido —intentó hacerle comprender la mujer—. ¿Es que no ves lo que ocurre?

—¿Qué le pasa a tu vestido? ¿Te has manchado?

Bob se había quedado inmóvil, con la intención de pasar lo más inadvertido posible. Intuyó que se avecinaba una tormenta.

Rosemarie, desesperada, empezó a mirar a su alrededor para comprobar si alguien más se había dado cuenta de su situación. Cuando algunas de las mujeres presentes se dirigieron al encuentro de la condesa y elogiaron su indumentaria, se sintió morir. La condesa sonreía, condescendiente, a unas y a otras.

—Quiero que todos conozcáis a Raúl, mi próximo marido —proclamó solemnemente.

—Eso, y que cuente lo que ha hecho con los otros doce —bromeó un invitado en el oído de la mujer que tenía al lado, riéndose los dos.

—Charlie, vámonos —seguía insistiendo Rosemarie a su marido.

—Demasiado tarde, querida, la condesa viene hacia aquí.

La mencionada condesa intercambiaba saludos con sus invitados, bien aferrada al brazo del joven galán, que ponía cara de circunstancias. La gente había abierto un pasillo que la pareja iba recorriendo. Bob miró de reojo a Rosemarie y notó que a cada segundo daba más muestras de angustia.

La condesa y su acompañante acabaron de pasar revista a los demás invitados y se encontraron frente a los Foster.

Charlie sonrió y la sonrisa se le desdibujó en cuanto advirtió el parecido de los vestidos. Tragó saliva y sólo se le ocurrió decir:

—¿Cómo va, condesa? ¿Todo bien? ¿Y su novio?

La condesa hizo una mueca que le afeó, aún más si era posible, sus poco agraciadas facciones, y pasó de largo, sin decir palabra. Rosemarie levantó, cautelosamente, la mirada que había mantenido fija en el suelo para ver cómo su excelencia se alejaba altivamente. Podía notar cientos de ojos clavados en su vestido y le pareció oír los susurros de los invitados que con toda seguridad estaban haciendo comentarios maliciosos sobre ella.

Fue entonces cuando descubrió a Bob y su turbación inicial se tornó en rabia.

—¡Tú! —explotó—. Todo es culpa tuya. No eres más que un inútil esqueleto de metal con pretensiones. ¿Querías ayudarme, eh? Fíjate qué has hecho. Acabas de

destrozar mi ascenso social. Nunca más volveré a ser admitida en ninguna fiesta de alcurnia. ¡Nunca! Estúpido robot, me has traído la desgracia.

Los humanos de alrededor parecían divertirse. No entendían por qué Rosemarie hacía responsable de su infortunio al androide que servía el aperitivo y seguían interesados en el desarrollo de los acontecimientos.

—Vamos, querida, cálmate —intervino Charlie—. Ya hemos dado a esta gente suficiente espectáculo.

Pero Rosemarie parecía no oírle. Miraba a Bob con resentimiento. De pronto, lanzó un sollozo estremecedor que asustó al androide. Bob lanzó la bandeja de los canapés por los aires y salió disparado hacia la salida más próxima.

Las noticias de la algarabía que se estaba formando en el Sala B atrajeron hasta allí al Relaciones Públicas del Casinoclub, un humano, que se personó lo más rápidamente que pudo y llegó en el momento justo para ver cómo volaban los canapés y contemplar la bandeja estrellarse estrepitosamente en el suelo. Bob fue a su encuentro, con Rosemarie pisándole peligrosamente los talones, y se parapetó tras el recién llegado.

—¡Señor, esa mujer se ha vuelto loca y pretende desensamblarme! —le aseguró Bob, muy alterado, al RR. PP.

—Tranquilícense todos —intervino éste— y cuéntenme lo que ocurre. Estoy convencido de que resolveremos juntos el problema sin necesidad de violencia. Salgamos fuera.

Rosemarie, inmovilizada por su marido, se fue calmando gradualmente. Charlie dejó de sujetarla con fuerza y, pasándole un brazo por la cintura, la llevó suavemente hasta el exterior. El Relaciones Públicas y Bob los siguieron.

—Ustedes —espetó el RR. PP. a los demás invitados, algunos de los cuales tenían intención de salir también para enterarse de todo el asunto—. Continúen con la fiesta. Aquí no ha pasado nada.

Una vez en el pasillo, Charlie intentó explicar el motivo del peculiar comportamiento de su mujer.

—Verá, señor, se trastornó al ver que la condesa llevaba un vestido igual al suyo.

—Pero ¿por qué atacó al robot?

—Parece ser que fue el robot quien ayudó a mi esposa a elegir el vestuario para la fiesta antes de que llegáramos a Joy City.

El RR. PP. miró a Bob.

—¿El robot vino con ustedes? Si es de su propiedad, ¿qué hacía entonces sirviendo el aperitivo en la sala B, como un miembro más del servicio del Casinoclub?

—No soy propiedad de los señores Foster, señor —aclaró Bob—. Yo era el encargado del Espaciohotel 1138. Mi amo es el Gobierno.

El RR. PP. observó a Bob, después a Charlie, luego otra vez a Bob y seguidamente a Charlie.

—¿Cómo ha llegado este androide hasta aquí? ¿Lo han robado? Eso es muy grave.

Charlie estaba indignado. Miró a Bob.

—Sabía que me ocasionarías problemas en cuanto te vi en mi nave. Debía haberte devuelto al Espaciohotel o entregarte al Puesto de Control más próximo, tal como tenía la intención de hacer. Pero no, Rosemarie quería llegar a su fiesta. ¡Vaya fiesta! Supongo que no la olvidará en su vida.

Rosemarie permanecía en silencio, ajena al devenir de los acontecimientos.

—Esta mujer ha sufrido un profundo *shock* —reconoció el Relaciones Públicas—. Hay que llevarla inmediatamente a la Enfermería para que le hagan un reconocimiento. Más tarde aclararemos el asunto del propietario del robot —descolgó el teléfono del pasillo, avisó al equipo médico y añadió—: Estarán aquí en unos segundos.

Dos enfermeros llegaron al momento con su camilla. Pusieron a Rosemarie en ella y se la llevaron. Charlie fue con ellos.

El RR. PP. centró entonces su atención en Bob.

—Bien, androide, dime, ¿qué hacías tú en la fiesta?

—Bueno, señor, es una larga historia.

—Créeme, tengo todo el tiempo del mundo para escucharte —replicó el hombre—. Ven a mi despacho.

El despacho del RR. PP. era amplio y su atmósfera agradable. En las paredes, de tonos rosas, tenía colgados varios cuadros de paisajes planetarios y algunos diplomas de Psicología. Una tenue luz despedida por una lámpara con forma de hongo iluminaba una mesilla auxiliar donde se amontonaban revistas con títulos tan sugerentes como *Psico-World*, *RoboTimes* y *Metal Future Hunter*. Un ordenador personal de funcional diseño presidía la amplia mesa de trabajo, de robusta caoba. El hombre le indicó que se sentara en una de las butacas, tomó asiento él mismo en el sillón detrás de su escritorio y encendió una pipa.

—En realidad, yo no debería estar aquí, señor —constato Bob—. Mis últimas instrucciones eran estar bajo las órdenes del Jefe Culinario de la Cocina Auxiliar.

—¿Chef? ¿Quién te dio esas órdenes?

—El Supervisor de Control de Accesos al Casinoclub, señor.

—Interesante —el RR. PP. dio unas chupadas a su pipa.

—Tengo que advertirle de que soy un fugitivo, señor.

El hombre se recostó cómodamente en su mullido sillón.

—Muy interesante. —Se produjo una prolongada pausa, en la que ninguno de los dos dijo nada. El hombre fue el primero en romper el silencio—. Por lo que he entendido, viniste en la nave de esa pareja de la fiesta como viajante clandestino, ellos te entregaron al Supervisor de Control de Accesos, éste te mandó a la cocina con Chef, Chef te mandó a servir a la fiesta y volviste a encontrarte con la pareja del principio. ¿Correcto?

—Correcto, señor.

—¿Y esperas que me crea todo esto?

—Es la verdad, señor. Puede comprobarlo, si lo desea.

—Humm. Ahora explícame por qué eres un fugitivo.

—Abandoné mi puesto de encargado del Espaciohotel 1138, centro oficial de diversión regentado por el Gobierno, señor.

—¿Por qué razón?

—Ese empleo estaba por debajo de mis capacidades. Me sentía infravalorado.

El RR. PP. le miró boquiabierto. Su pipa quedó inmóvil en su mano derecha. Cambió de posición en su asiento.

—Eso es imposible. Nunca he oído hablar de un androide con delirios de grandeza. ¿Quién fue tu fabricante?

—Crownwell, señor.

—¿Y tu primer destino?

—Entré al servicio de una familia como sirviente. Mi propietaria era una niña llamada Amy. No recuerdo el apellido. En realidad, yo fui su regalo de cumpleaños. La verdad es que no me acuerdo mucho de esa etapa, señor. Sólo pequeños fragmentos.

—¿Acaso te desprogramaron?

—No, señor, no lo creo. Tengo entendido que después de una desprogramación, los androides tienen perfecta conciencia de los hechos vividos en su nueva etapa programada y éste no es mi caso. Si quiere saber mi opinión, señor —continuó—, creo más bien que fui modificado.

—Pero —objetó el RR. PP.— cualquier modificación en la estructura interna o externa de un androide o de cualquier robot está terminantemente prohibida y los infractores son castigados con penas muy severas.

—Lo sé, señor. Pero es la única conclusión lógica a la que he llegado.

—Tremendamente interesante —admitió el hombre, considerando que el caso merecía la pena estudiarse—. Supongo que el Supervisor de Control de Accesos comprobó tu identidad.

—Sí, señor. Y está esperando las instrucciones oportunas de la computadora policial sobre el fallo de mi expediente.

—En ese caso, y mientras éstas no llegan, creo que podré encontrarte una

ocupación más agradable que la de ayudante de cocina. Algo más acorde con tus, digamos, aspiraciones personales.

—Gracias, señor.

—¿Puedo hacer algo más por ti?

—En realidad, sí puede, señor. Debería hacer algo con Harry, el Segundo Control de Admisión. Está profundamente desilusionado con la política de esta Compañía.

Un androide con conciencia social —se sorprendió el RR. PP.—. Eso era algo extraordinariamente interesante. Debería vigilarle muy de cerca. Decidió seguirle la corriente.

—Muy bien, veré qué puedo hacer. ¿Algo más?

—Sí, señor. Ah..., sé que el androide Chef es un... —buscó la palabra adecuada —... un especial, pero, si se me permite expresar mi opinión, creo que si se mejoraran sus condiciones de trabajo en la Cocina Auxiliar habría alguna posibilidad de que sus características negativas se suavizaran, señor. ¿Sabe?, estoy de acuerdo con los que sostienen la teoría de que el ambiente social y el atmosférico tienen una influencia decisiva en el desarrollo del carácter de un individuo, tanto humano como robótico.

—¿De veras? —inquirió el RR. PP., totalmente atónito. Conocía de sobras ese enunciado, pero a nadie se le había ocurrido nunca aplicarlo a uno de esos androides defectuosos—. Bien, se puede probar. Oh, un momento, lo anotaré todo —buscó papel en el cajón de su escritorio y cogió un bolígrafo del lapicero de cerámica. Hizo unos breves apuntes—. Por cierto, ¿cuál es tu identificación?

—RTX 2100-3040-05-2300033022, pero puede usted llamarme Bob, señor —contestó.

—Bien, Bob, ¿te inquieta algo más?

—Los Foster, señor; la pareja de la fiesta. No han hecho nada malo, señor. Creo que debería dejarles marchar, si eso es lo que desean.

—Por supuesto, Bob. Por lo que me has contado, no hay ningún motivo para retenerles.

—Una última cuestión, señor.

—¿Sí?

—¿Adónde debo retirarme para desconectarme durante la noche, señor, si es que no me necesita para nada más?

—Hay una sala de retiro nocturno para robots y androides en esta misma planta, al fondo a la derecha. Puedes ir allí. Te acompañaré.

El Relaciones Públicas se puso en pie. Bob le imitó. Abandonaron el despacho y se dirigieron hacia donde el hombre había dicho.

—Quiero que mañana a las diez de la mañana vengas a verme de nuevo. Entonces te comunicaré tu nueva ocupación.

—Gracias, señor. No sabe cuánto agradezco su colaboración, señor. No hay demasiados humanos dispuestos a ayudar a un androide. Lo normal es que nos traten como basura.

—Créeme, Bob. Tú no eres basura. Eres mucho más valioso que muchos de los seres humanos de este Universo.

—Señor, me halaga usted en exceso —contestó con modestia Bob.

Llegaron a la sala de retiro nocturno. El RR. PP. se despidió.

—Hasta mañana, señor —replicó el androide—. Que tenga usted unos felices sueños.

Bob entró en la Sala de Retiro Nocturno, estrecha y rectangular. Había nichos de distinto tamaño a cada lado. Se acomodó en uno adecuado a su complexión y programó su recobramiento a las 9.55 del día siguiente. Seguidamente, interrumpió sus funciones externas y quedó inerte.

A las 10.00 a. m. en punto, Bob llamó a la puerta del despacho del RR. PP.

—Adelante —contestó el hombre desde el interior.

El androide penetró en el gabinete. El RR. PP. se hallaba sentado detrás de su escritorio, pero no estaba solo; un humano alto, con barba, ataviado con una bata blanca se encontraba de pie junto a él.

—Bob, te presento al doctor Víctor Slaughter, un eminente profesor conocido por su estudio de las relaciones robo-humanas y un apreciado maestro y colega —informó el Relaciones Públicas—. Ha venido de muy lejos expresamente para conocerte.

—Así que tú eres el androide Bob —dijo el doctor—. Curioso.

Bob se preguntó que tenía él de curioso.

—¿Ha encontrado una labor acorde con mis expectativas, señor? —preguntó Bob, sin rodeos, al RR. PP. Se mantuvo inmóvil en el extremo opuesto de la habitación. No le gustaba la forma en que lo miraba Víctor Slaughter y quería estar lo más lejos de él como fuera posible. Mas la tentativa resultó inútil, puesto que el hombre se le acercó y empezó a trazar círculos a su alrededor.

—Un modelo antiguo con ideas innovadoras —musitó el doctor, como si pensara en voz alta. Sus movimientos rotatorios cesaron y miró al RR. PP—. ¿Fabricación Crownwell, me has dicho, verdad? Muy curioso.

—Señor —insistió Bob, dirigiéndose al Relaciones Públicas e ignorando al otro hombre—, si ya ha tomado una decisión respecto a mi inmediato empleo, le ruego que me lo indique. Estoy ansioso por empezar.

—Oh, sí, eso —repuso el hombre, como si de pronto se hubiera olvidado de su promesa de ayer, lo cual alarmó un poco al androide. Pero la inquietud de Bob se acalló rápidamente cuando el RR. PP. añadió—: Te he hallado un puesto en el Stand

de Información y de Reservas de Salones para Fiestas y Convenciones del Casinoclub. Se trata de un trabajo muy relevante que exige mucha profesionalidad y diplomacia. Deberás atender multitud de llamadas y contestar a las personas que se acercarán para informarse, con lo que no dispondrás de mucho tiempo para aburrirte. ¿Te parece suficientemente conveniente?

—Sí, señor —respondió un Bob entusiasmado. Sin embargo, él seguía siendo un convicto pendiente de recibir su sentencia de la computadora policial—. ¿Qué hay del Supervisor de Control de Accesos, señor? Estoy bajo su custodia.

—Ya he arreglado eso. Ahora estás bajo mi jurisdicción personal y nadie puede tocarte sin mi permiso.

—Perfecto, señor.

—Bien, si todo está conforme por tu parte, llamaré al Guía de Acompañamiento del Departamento de Información para que te conduzca hasta el Stand. Supongo que reconocerás de quién se trata.

Al cabo de un momento, alguien llamó a la puerta del despacho.

—Pase —contestó el RR. PP.

Bob vio aparecer la enorme mole de Harry, al que el androide conocía como Segundo Control de Admisión, ahora recién ascendido a Guía de Acompañamiento del Departamento de Información y flamante con su nuevo uniforme de color escarlata. Harry sonrió al verle.

—Hola de nuevo, amigo —le saludó—. Supongo que esto es obra tuya.

—Harry, lleva a Bob al Stand de Información y de Reservas de Salones para Fiestas y Convenciones del Casinoclub, por favor.

—Con mucho gusto, señor Relaciones Públicas.

Salieron los dos. Harry pasó el brazo por encima de los hombros del androide y lo apretó contra él.

—Amigo, te debo un favor. Pídeme lo que quieras, cualquier cosa, y yo te lo conseguiré. ¿Te gusta mi uniforme?

Bob estaba contento. De nuevo, después de mucho tiempo, se sentía rodeado de gente que le apreciaba, que parecía no importarle que su piel tuviera un brillo metálico. Harry seguía con su charla interminable. Al menos, su promoción no había cambiado su carácter.

—Mi sueldo es ahora fabuloso y además están las propinas. Imagínate, Bob, si cada persona que acompaño a algún lugar de este enorme edificio que conozco como la palma de mi mano me da unos pocos créditos, en poco tiempo seré un hombre rico. Sabes, he estado pensando: cuando tenga créditos suficientes me compraré una de esas enormes Pantallas de Alta Definición para ver los Juegos Olímpicos Interestelares el año que viene. Aunque tal vez, si espero a obtener más ganancias, al retirarme podría invertir mi dinero montando una pequeña empresa por mi cuenta.

¿Qué te parece?

Entusiasmado con sus pensamientos, Harry no esperó a que Bob le diera su opinión y siguió hablando.

—Bueno, sería una empresa pequeña, nada de una gran organización multinacional. Eso no va conmigo. Creo que montaré una agencia de viajes interestelares. Y no me limitaré a dirigirla, no, también seré uno de los pilotos, como mi amigo Dan. ¿Te he hablado alguna vez de él? Le conozco desde hace tres años. Una vez nos emborrachamos juntos. Un gran tipo. Viene a menudo por aquí. Te lo presentaré si tengo la ocasión. Chico, tu suerte es infinita. Y, vuelvo a repetírtelo: si tienes cualquier problema por gordo que sea, no dudes en decírmelo inmediatamente.

Llegaron hasta un transbordador, se montaron en él y bajaron dos pisos, hasta la planta de los salones.

—Dígame, señor... —empezó a decir Bob, al salir del cubículo.

—Eh, llámame Harry a secas, Bob, nada de señor. Somos amigos —interrumpió el hombre.

—Sí, se... ¡Harry! —continuó Bob—. ¿Tengo alguna posibilidad de tropezarme de nuevo con el androide Chef? Me refiero a que estando cerca de los salones y debiendo él proveer los alimentos necesarios para los banquetes...

—No, es imposible que vuelvas a verle, Bob. No le permiten salir de la Cocina Auxiliar. Son las unidades K las que sirven la comida.

Llegaron hasta el Stand de Información. Detrás del mostrador se encontraba un humano enjuto de hombros y de mirada penetrante. Vestía el uniforme de empleado de la Compañía.

—Éste va a ser tu ayudante —explicó Harry.

—Mi nombre es Andrew Bingham —dijo el citado hombre al androide—. Y tú tienes el empleo que yo quería.

—Lo siento, Andrew —replicó Bob, olvidando el respetuoso «señor», ya que siendo Andrew su futuro ayudante no necesitaría emplear ese título—. Mi nombre es Bob y no sabía que quería este puesto.

—Bien, pues, os dejo solos para que podáis conoceros mejor —dijo Harry, y se volvió hacia el androide—. Cuando me necesites, no tienes más que pulsar este botón —señaló un pequeño bulto sobresaliente en el panel de control de la terminal del Stand. Dicho esto, desapareció para ocuparse de sus responsabilidades como nuevo «Guía de Acompañamiento del Departamento de Información».

Bob se acostumbró muy deprisa al ir y venir de gente que le bombardeaba con preguntas. El Stand de Información a su cargo estaba situado en la zona de paso entre los salones y el Hall Principal del Casinoclub, por lo que era una zona muy transitada.

Aun cuando el recinto contaba con un más que aceptable servicio de control de accesos, Bob se topó más de una vez con individuos indeseables, con intenciones de

mostrarle el contenido de los maletines que inevitablemente portaban, a los que Andrew denominaba despectivamente «los representantes», porque siempre empezaban su charla diciendo lo mismo: «Represento a... y me gustaría enseñarle...». Bob recordaba particularmente al primero de ellos que se le acercó.

—Buenos días —había dicho el hombre del maletín, mirando a su alrededor, como si temiera encontrar algo en concreto—. ¿No está el señor Bingham?

—No, señor. Hoy tiene el día libre.

—Mucho mejor —había contestado el hombre, esgrimiendo una amplia sonrisa—. ¿Podría ver al Encargado de Suministros de esta sección?

—Me temo que en este momento no está disponible. ¿Puedo yo ayudarle en algo, señor?

—Verá, represento a una reconocida firma de fabricantes de videófonos portátiles y me gustaría enseñarle uno de los modelos más innovadores de nuestra sofisticada gama —bruscamente, puso el maletín encima del mostrador y lo abrió, quedando su cara momentáneamente escondida detrás. Sacó la cabeza por el lado izquierdo y mostró su mano, en la que asía un pequeño aparato con diversos controles rodeando una pantallita minúscula—. Nuestro último modelo «Shan-kai-Ishi».

Bob había reprimido una risa a duras penas al oír ese ridículo nombre.

El hombre pareció no amilanarse. Agarrando con sumo cuidado, como si se tratara de un objeto de culto, ese diminuto artefacto con botones, se lo había acercado tanto a Bob que éste casi lo veía doble.

—Usted creerá que no parece gran cosa, ¿verdad? —había dicho el «representante», adivinando exactamente los pensamientos de Bob—. Pues se equivoca. Esta maravilla de la técnica dispone de un rastreador, de modo que si le llaman a usted y usted no puede contestar en ese momento, la llamada se desvía al aparato de otra persona... o... robot —dijo, reaccionando rápidamente—, por ejemplo, al aparato de su ayudante. ¿Qué le parece?

—Esta sección no tiene necesidad de ningún videófono portátil, señor —había respondido Bob.

—Ah, eso es lo que usted cree, pero cuando haya escuchado todo lo que tengo que decirle, no podrá sino darme la razón de que el modelo «Shan-kai-Ishi» es lo que más había deseado poseer su Compañía.

Bob había mirado al hombre, el cual había sacado de su maletín un voluminoso folleto ilustrativo de las supuestas inmejorables características técnicas del aparato en cuestión.

—Tenga —había dicho a Bob, ofreciéndole el artefacto para que el androide lo sostuviera. Bob lo había cogido—. ¿Lo ve? Ligero como un puñado de polvo estelar. Y mire —le había señalado una cifra del catálogo— sólo cuesta cinco mil créditos. ¿No es perfecto?

Bob le había replicado que no, no era perfecto porque su sección no tenía ninguna necesidad ahora ni nunca de adquirir un videófono portátil, pero, aun así, el hombre no se había mostrado dispuesto a marcharse.

—Ya veo —había contestado—. ¿Y qué me dice de un fax supersónico que permite la recepción de hasta cuatro mensajes simultáneamente?

Bob, antes que permitir al hombre iniciar un nuevo discurso sobre las ventajas de disponer de un fax supersónico, había oprimido el botón que Harry le había mostrado en su primer día de trabajo en el Stand de Información.

Harry acudió al momento. Bob no tuvo que indicarle cuál era el problema. El voluminoso Guía de Acompañamiento agarró al representante por el cuello y lo «acompañó», levantándolo un palmo del suelo, hasta la salida más próxima. Bob no volvió a ver más a ese hombre en concreto, aunque llegaron otros, con frases similares y maletines parecidos. En cuanto los veía acercarse y los oía empezar con su discurso habitual, simplemente pulsaba el botón.

Llegó el día en que se celebró en uno de los salones la 99.^a Asamblea General de la Unión Astronómica Internacional (UAI). Los 2100 asistentes eran todos científicos de renombre, entre ellos el equipo que años atrás había descubierto que los agujeros negros podían utilizarse como grandes vertederos de basura espacial, con lo que se solucionó de una vez el problema de «dónde demonios almacenar los desechos no reciclables y los residuos radiactivos», como lo había definido el célebre astrónomo Matthew van Peebles.

Bob estaba entusiasmado con la posibilidad de conocer a esa gente. Para él, los científicos eran héroes, defensores a capa y espada de sus teorías a menos que se demostrase lo contrario.

A la hora convenida, el Salón Cuatro Soles, elegido como marco de la celebración, empezó a llenarse de humanos, la mayoría de mediana edad, aunque también había jóvenes, eruditos todos ellos, muchos con barba —como la del doctor Slaughter, recordó Bob—, cargados con sus portafolios repletos de informes interesantes —supuso Bob—, los cuales iban a asistir al encuentro internacional.

¡Parecían todos tan serios y educados! Bob no pudo creerse de buenas a primeras lo que le contó Harry después sobre cómo había transcurrido la asamblea. Harry presenció el acontecimiento en calidad extraoficial de Vigilante, después de guiar a todos los asistentes hasta el Salón Cuatro Soles. Lo de ser Vigilante se le daba muy bien dado su estatura y complexión física y era cada vez más requerido para ello.

Harry le contó a Bob que uno de los científicos, un joven geólogo procedente de la Constelación de Andros, planteó la tesis de que los campos magnéticos de los planetas eran cada vez más débiles ya que las minas de magnesia estaban siendo

excesivamente explotadas y las reservas estaban menguando.

—Revisa tus notas, palurdo —gritó un hombre de más edad desde el patio de butacas—. ¿No será calamita en vez de un purgante?

Se oyó un jolgorio general. Harry también se rió. El imberbe geólogo, en el estrado, se puso rojo y reaccionó haciéndose el gallito.

—Ven aquí ahora mismo, si te atreves, gracioso imbécil —vociferó con su voz demasiado aguda.

La que se armó fue indescriptible. Los partidarios de la «tesis de la magnesia» protestaron por la falta de ética profesional del hombre que había interrumpido el discurso, que era conocido por sus salidas de tono y al que apoyaban una serie de acólitos científicos que compartían sus puntos de vista y lo tenían como portavoz de sus ideas. Y, no se sabe cómo, unos y otros empezaron a liarse a golpes.

Harry, desbordado por la situación y viéndose incapaz de detener la batalla campal él solo, tuvo que llamar a la Patrulla del Orden. Después de este desagradable episodio, no obstante, Bob no varió su opinión acerca de los científicos. ¿Acaso no habían luchado para apoyar sus ideales?

Otro día, el androide estaba indicando a unos visitantes el lugar exacto donde se encontraba el Bingo cuando vio que se le acercaba un hombre, de edad indefinida, que tenía un caminar algo desgarbado, pero a la vez ágil. El individuo vestía camisa blanca y pantalón ajustado azul marino, y llevaba un antiguo sombrero de explorador, un salacot, como el que usaban los arcaicos colonizadores de sistemas del Espacio Exterior en los microfilmes que había visionado Bob.

El hombre se detuvo ante él.

—Oye, ¿podrías decirme qué le ha ocurrido al anterior Segundo Control de Admisión? No lo encuentro por ninguna parte. Me han dicho que pregunte aquí.

—¿Busca a Harry, señor? —preguntó Bob.

—Sí, a ese canalla —respondió el hombre.

—Ese canalla está justo detrás de usted —informó Harry, el cual se había aproximado a ellos sigilosamente.

—¡Harry, viejo bribón! —exclamó el hombre del salacot, extendiendo ambos brazos.

Y los dos humanos se abrazaron.

—A ver... —prosiguió el extranjero, sujetando los hombros de Harry y admirando el uniforme escarlata—. Tienes un aspecto fantástico, socio. Me has dado un susto de muerte cuando no te he visto abajo.

—Ahora soy Guía de Acompañamiento del Departamento de Información. Y todo gracias a Bob —señaló al androide, que les miraba risueño—. Oh, todavía no os he presentado. Dan, éste es Bob, no te diré su modelo y número de serie completo

porque los he olvidado —dijo riendo, y añadió—: Bob, éste es mi gran amigo Dan Dale.

Durante todo el resto del día, Bob no volvió a ver a Harry. Supuso que estaría celebrando el retorno de su antiguo camarada.

Bob no supo nada más sobre Charlie y Rosemarie Foster, aunque sí veía asiduamente al RR. PP. y al doctor Víctor Slaughter. Este último le producía un conato de cortocircuito en su sistema cada vez que se le acercaba.

La computadora policial seguía sin dar noticias sobre su inmediato destino. Oh, bien, Bob no podía quejarse: su trabajo era entretenido, pero se apoderó de él la misma sensación de «espera» que le atenazaba cuando estaba en el Espaciohotel 1138, aguardando su próximo cambio de puesto al intuir el cierre del establecimiento por no dar pingües beneficios al Gobierno.

Resolvió hablar con el RR. PP. ese mismo día, a ver qué podía hacer éste para acelerar su caso ante las autoridades. El Relaciones Públicas parecía un hombre capaz de tener muchas influencias. Tal vez conseguiría que le permitieran quedarse en Joy City para siempre.

Con determinación, Bob se encaminó al mediodía hacia el despacho del RR. PP., un instante en que su ayudante Andrew Bingham se hacía cargo del Stand de Información. Al llegar a la puerta del gabinete del psicólogo, llamó pero no obtuvo respuesta.

Fue hasta la habitación contigua. Teresa, la joven secretaria del Relaciones Públicas, le informó de que su inmediato superior había salido a por tabaco y seguramente no tardaría en volver. Aunque no podía precisarlo con seguridad. Él nunca le mencionaba la hora en que iba a regresar. Una vez había interrumpido sus tareas con la misma excusa y había vuelto al cabo de dos horas. La muchacha le sugirió que pasase al despacho del RR. PP. y lo aguardase dentro.

Así es que Bob se dispuso a esperarle pacientemente. Para matar el tiempo, se puso a revisar la librería de detrás del escritorio del RR. PP. Había ejemplares muy gruesos que hablaban de Leyes y de Historia, pero los que más abundaban eran los de Psicología. Vio también un tomo escrito por el Dr. Slaughter, titulado *Fundamentos de la Relación entre Robots y Humanos*, que estaba encuadernado en edición de lujo. Lo cogió y lo abrió por su primera página. Encontró una dedicatoria manuscrita. Decía: «A mi amigo y mi más dotado discípulo». Bob volvió a dejar el libro donde estaba y al girar, una carpeta que se hallaba encima del escritorio del RR. PP. le llamó poderosamente la atención. No pudo evitar echar un vistazo a su contenido: llevaba su nombre, BOB, escrito con letras mayúsculas en la cubierta. Lo que descubrió en el

interior no le gustó en absoluto.

El primer documento con el que se topó se trataba de un informe y en la parte superior ponía «CONFIDENCIAL». Decía así:

SUJETO: «Androide de 4.^a Generación RTX 2100-3040-05-2300033022, alias Bob».

ANTECEDENTES: «Fabricado por Crownwell Corporation en 2045. Su primer destino fue cuidar a una niña llamada Amy. Posteriormente pasó a formar parte de los “leales ciudadanos de metal del Gobierno”. De alguna manera, cree que fue modificada su estructura molecular».

Bob advirtió una palabra escrita al margen, con bolígrafo: «Investigar». Continuó con la lectura:

COMPORTAMIENTO: «Atípico en un androide de su género. Sufre descontento e infravaloración. Se cree tan bueno como cualquier ser humano y eso le convierte en peligroso. Sus convicciones le han llevado incluso a rebelarse contra su propietario, el Gobierno, desatendiendo las obligaciones inherentes a la tarea que éste le había encomendado (Encargado del Centro Oficial de Diversión Espaciohotel 1138). Su conducta revela la existencia de iniciativa propia, algo indeseable en un androide».

La palabra «especial» empezó a rondar por los circuitos cerebrales de Bob. Siguió leyendo:

DIAGNÓSTICO: «Padece graves trastornos de identidad».

TRATAMIENTO APLICADO: «El sujeto ha sido puesto bajo observación, habiéndosele asignado un trabajo a través del cual se analiza su reacción ante los humanos.

»El eminente doctor Víctor Slaughter y yo mismo estamos intentando determinar las causas de su extraña conducta, tan impropia en un ser robótico.

»Se ha elevado una petición al Gobierno para que acceda al traslado del mencionado sujeto al “Centro Slaughter de Investigación de Relaciones Robo-Humanas”, pero dicha solicitud ha sido formalmente denegada. Está previsto redactar un segundo escrito reafirmando la necesidad de llevar a cabo un escrupuloso estudio de las peculiares características psíquicas del sujeto, con vistas a evitar que pudiera volver a darse otro deplorable caso parecido en el futuro».

Así que no les interesa que el Gobierno me dé una ocupación, sino que me quieren para ellos, para experimentar conmigo como si fuera una cobaya de laboratorio —dedujo tristemente Bob—. Apenado, siguió examinando el contenido de la carpeta. Incluía también una grabación audio, con su correspondiente transcripción, de una reciente entrevista a un ex empleado de la Crownwell Corporation. El androide memorizó el texto rápidamente para su posterior análisis.

Bob no sabía de cuánto tiempo disponía antes de que el imprevisible RR. PP. hiciera su entrada por la puerta del despacho. Se sentó en el mullido sillón de detrás del escritorio y conectó el ordenador. La pantalla se iluminó y el cursor se detuvo tras

una interrogación, «¿Password?», que parpadeaba insistentemente. Bob probó con «Slaughter». ¡Bien!, lo había acertado a la primera, lo cual no decía mucho en favor de la inteligencia del Relaciones Públicas. Apareció otro mensaje en el ordenador: «Acceso permitido. Son las 12.04 del mediodía del día 8 de marzo del 2060. La previsión meteorológica local para hoy indica que hay riesgo de chubascos tormentosos por la mañana, aunque por la tarde se abrirán algunos claros que darán paso a un sol radiante a última hora del día. Las temperaturas se mantendrán estables. Esto es lo que le deparan hoy las estrellas: “Ahora podrían presentársele algunos gastos imprevistos. Procure ser más reflexivo antes de emplear su dinero. Por lo demás, hoy sus sentimientos gozarán de especial intensidad, lo que incidirá en una jornada positiva para su vida amorosa”. Introduzca instrucciones».

Una vez Bob tuvo finalmente la opción de entrada de datos, ordenó: «Borrar cualquier fichero, oculto o no, que contenga la palabra BOB o la sentencia RTX 2100-3040-05-2300033022» y «Borrar cualquier archivo BAK creado que contenga la palabra BOB o la sentencia RTX 2100-3040-05-2300033022». Hecho.

Ahora debía buscar las copias de seguridad. Encontró los disquetes de respaldo en uno de los cajones del escritorio. Buscó su nombre entre las etiquetas. Encontró dos. Cogió los dos disquetes, el informe, la cinta de audio y la transcripción y los echó por el tubo triturador que se hallaba en la pared, a su izquierda. La máquina trituradora central del Casinoclub haría el resto del trabajo.

Salió del despacho. Fue a decirle a la secretaria que volvería luego, que ya no podía esperar por más tiempo al RR. PP. y se marchó pasillo abajo. A pesar de haber destruido toda esa documentación, temía que Víctor Slaughter tuviera su propio archivo en alguna otra parte, con lo que su irreflexiva acción no habría servido de mucho.

No volvió al Stand de Información: fue directamente al encuentro de Harry. Éste se hallaba en la terraza del Bar de la Planta de Salones charlando con una visitante.

—Harry, debo hablar contigo. Se trata de un asunto urgente —apremió el androide.

—¿Qué ocurre, amigo? ¿Otro representante que no puedes sacudirte de encima?

—No, es algo mucho más serio. No puedo decírtelo aquí —dijo Bob, mientras la mujer que estaba con Harry lo contemplaba extrañada.

El guía se despidió de la visitante y siguió a Bob, que le condujo hasta el extremo más alejado de la terraza, y le hizo ocultarse detrás de una enorme palmera.

—Oye, ¿qué te pasa? ¿De quién te escondes? —le preguntó Harry.

—Por tu bien, no puedo decírtelo. Sólo quiero pedirte un favor.

—Claro —Harry sonrió—. Te debo una, ¿no es cierto, amigo? ¿Qué puedo hacer por ti?

—Dile a Dan que me lleve con él al Exterior.

—¿Cómo? ¿Estás loco? —exclamó, sorprendido, el hombre.

—No grites, por favor —le rogó Bob.

Harry habló entonces en un susurro.

—No puedes marcharte. Estás pendiente de sentencia, ¿te acuerdas? Además, no irías muy lejos: estás fichado.

—Debo intentarlo. Por favor, habla con Dan.

La cabeza de Harry daba vueltas, tratando febrilmente de asimilar las consecuencias de lo que implicaba acceder al ruego de su amigo.

—Bueno, no sé si podré ayudarte. Ni siquiera te he contado a qué se dedica Dan.

—Me dijiste que era piloto independiente, así que tendrá una nave propia, ¿no?

—Sí, es piloto —asintió el hombre—, pero no se dedica al transporte de pasajeros. Es... basurero espacial —dijo al fin.

—¿Basurero? —la situación se había vuelto cómica, pensó Bob.

—Sí, ya sabes, gente que recoge desperdicios de todas partes, cobrando por llevárselos, y cuando tiene suficiente mierda la expulsa en el primer agujero negro que encuentra en su camino —explicó innecesariamente Harry—. Eh, ¿qué es lo que encuentras tan divertido?

—La posibilidad de convertirme en mierda para que tu amigo Dan me considere lo suficientemente valioso para transportarme.

—Ya, mientras no te eche por el agujero negro... —siguió bromeando Harry y de pronto advirtió algo que no había notado antes—. Eh, ¿desde cuándo los androides tenéis sentido del humor?

—Harry, amigo, mi existencia corre peligro —dijo Bob en tono sombrío—. Debo salir de Joy City.

El hombre le miró gravemente, consciente de que el androide hablaba en serio. Algo gordo estaba pasando. Le pareció que de pronto su amigo había cambiado. Su exterior era el de un androide alto, espigado y de color bronce metalizado, pero sus maneras insistentes eran... bueno, no sabía exactamente cómo definirlo. De todas formas, ese ser electrónico se había portado muy bien con él. Le había conseguido un nuevo empleo y le estaba agradecido por ello. Y Harry era de los que no olvidan los favores. Decidió que había llegado la hora de saldar su cuenta pendiente.

—Bien, no te preocupes. Me ocuparé de todo. Hablaré con Dan. Quédate aquí sin moverte. Ahora vuelvo.

Volvió al cabo de unos veinte minutos. Todo estaba arreglado. Dan había protestado un poco al principio, pero finalmente había cedido. Harry explicó el plan a Bob:

—Te meteremos en una bolsa y te mezclaremos con los desperdicios del Casinoclub. Los controles de salida te pesarán y te subirán a la nave de Dan. Él partirá al cabo de media hora, más o menos, una vez haya negociado el precio del

servicio. Cuando estéis en el espacio podrás salir de la bolsa. Ya sabes que Dan no lleva tripulación, así que estarás completamente a salvo. Vamos —urgió.

Se dirigieron al Almacén de Basuras. Nadie los detuvo por el camino. Dan los esperaba dentro del depósito, vestido de la misma manera como Bob lo había visto por primera vez.

—Estos imbéciles de Seguridad dejan esto sin vigilancia. Supongo que no se les habrá ocurrido que alguien pueda entrar aquí a robar esta porquería —dijo al verles.

Ayudaron a Bob a introducirse en una de las enormes bolsas contenedoras.

—Eh, amigo, ¿volveremos a vernos? —pregunto Harry al androide.

—No lo creo, Harry. Pero no olvidaré lo que has hecho por mí.

—Yo tampoco te olvidaré, Bob.

—Vamos, no nos queda mucho tiempo —les acució Dan—, pronto llegarán los Controles. Además, este sitio apesta.

—Voy a cerrar ya la bolsa —anunció Harry al androide—. Amigo, prométeme que te cuidarás.

—Te lo prometo. Cuídate tú también, Harry.

Harry selló la bolsa contenedora. Entre él y Dan la levantaron.

—Vaya, pesas mucho —oyó el androide comentar al piloto—. Van a darme unos cuantos créditos extras por tu bolsa.

Le acarrearón hasta el montón de basura que se encontraba ya al lado de la balanza y que estaba formada por los desperdicios que el Casinoclub había producido durante toda la tarde del día anterior y la mañana de ese mismo día.

Voy a salir de aquí junto a la papilla triturada de mi expediente psicológico —pensó el androide, irónicamente— y con ello espero que desaparezca toda la evidencia física de mi paso por Joy City. Escuchó cómo los dos hombres se despedían y los pasos de Harry que se alejaban.

—Eh, Bob, ya vienen los controles —le susurró Dan—. Procura no moverte o les darás un buen susto.

Bob optó por desconectarse.

Sus sensores detectaron un movimiento regular y supo que estaban ya en pleno vuelo.

—Eh, despierta —percibió que decía la voz de Dan—. Dime algo, cualquier cosa, sólo para que adivine en qué bolsa estás metido y pueda sacarte, porque si no dices nada, tendré que olerlas una a una, lo cual no será muy divertido.

—Estoy aquí, Dan —chilló Bob.

—Bien, socio —le dijo Dan después de ayudarlo a salir de su encierro—. Ahora lo que necesitas es un baño. Puedes usar ese recipiente —sugirió, señalando una cuba en el otro extremo, y agregó, indicando también dos bidones al lado de la pared—: Y

ahí tienes el aceite.

Bob se dio un largo y relajante baño aromático de aceite de limpieza. No podía recordar cuándo lo había hecho por última vez. Tal vez fuese en la época anterior al Gobierno, aquellos años que constituían lagunas para el androide, pero que —estaba decidido— pronto dejarían de serlo.

El texto de la transcripción de la entrevista al ex empleado de la Crownwell Corporation acudió entonces a su mente:

Víctor Slaughter se había desplazado hasta Batán, donde estaba situada la antigua factoría Crownwell, que había alcanzado fama al principio por la producción artesanal de sus androides. Allí consiguió encontrar a un empleado, ahora retirado, que había estado en activo en la época de su supuesta fabricación.

El empleado se llamaba Phil Denholm y vivía en un barrio residencial de retiro.

DR. VÍCTOR SLAUGHTER: Soy el Dr. Víctor Slaughter, fundador del Centro Slaughter de Investigación de Relaciones Robo-Humanas. Estoy llevando a cabo un estudio sobre los androides Crownwell de la 4.^a Generación y me gustaría hacerle unas preguntas al respecto. Dígame, ¿en qué consistía su trabajo en la Crownwell Corporation?

PHIL DENHOLM: Oh, entonces sólo era la Fábrica Crownwell. Lo de «Corporation» vino luego, cuando nos absorbieron nuestros más directos competidores. Yo ensamblaba los androides. Los construía con mis propias manos. Era un trabajo fino, de precisión, muy delicado. Hay multitud de cables en el interior, ¿sabe? No podías equivocarte al montarlos. Si lo hacías, cuando los ponías en funcionamiento se quemaban. Entonces el viejo Crown, como llamábamos al patrón, se enfurecía. Ahora ya está muerto.

V. S.: ¿Cuántos androides construían al mes, aproximadamente?

P. D.: En mi época, unos quince. Mire, se trataba de androides perfectamente acabados. La calidad era lo más importante para Crown. Eso hacía que su precio fuera elevado. No todo el mundo podía permitirse adquirir un Crownwell.

V. S.: Supongo que llevaban un registro de los números de serie de las unidades fabricadas, ¿hacían constar el nombre de los compradores?

P. D.: Sí, había un fichero abierto para cada unidad. El servicio al cliente era muy importante en mi época. Se obligaba al comprador a firmar un Contrato de Mantenimiento y una vez al mes, los técnicos se desplazaban al domicilio de éste y hacían una revisión exhaustiva al mecanismo de los androides.

V. S.: ¿Existen todavía esos ficheros?

P. D.: Por supuesto. Forman parte de la historia de la Crownwell.

V. S.: ¿Sería posible examinarlos?

P. D.: No creo que el viejo Smokey le ponga ningún inconveniente, aunque tendrá usted que convencerle de que no pertenece al Departamento de Recaudaciones. No puede ver a esos tipos.

V. S.: ¿Podría darme el nombre de otros empleados de su época, Sr. Denholm?

P. D.: Veamos... están Ben Campbell, Joe Johnston, Fred Wyman, Doug Ferguson... Ah... Jay Cocks, Will Herman, Dave Kaufman, Ed Anderson... y Ron Eisner. Me temo que mi memoria no es muy buena. He olvidado a los demás.

V. S.: ¿Sabe dónde podría encontrarles?

P. D.: Bueno, la mayoría deben estar muertos, pero sus últimos domicilios conocidos deben constar en algún lugar del registro de la Crownwell.

V. S.: Dígame, Sr. Denholm, ¿recuerda usted algún suceso extraño, alguna anécdota que tuviera lugar en sus años de empleado activo?

P. D.: ¿A qué se refiere?

V. S.: Algún fallo de algún tipo en la fabricación de un androide, cualquier circunstancia fortuita que se hubiera producido durante el proceso de manufactura... algo así.

P. D.: No recuerdo nada de eso, aunque no quiero que crea que no hubieron fallos de fabricación, porque hubieron algunos. Pero en mi época los androides defectuosos eran inmediatamente desintegrados una vez se detectaban, no como hacen ahora, que los aprovechan en cualquier trabajo insignificante para sacar algún beneficio adicional.

V. S.: ¿Hubiera sido posible que alguno de esos androides imperfectos no fuera destruido o hubiera, digamos, sobrevivido al proceso de destrucción?

P. D.: Totalmente imposible. La desintegración era total. Verá, los androides eran llevados a una cámara completamente blindada. Allí les sometían a una limpieza de cerebro, para aniquilar cualquier resquicio de memoria en sus circuitos. Luego les barrían las funciones sensitivas externas, que actuaban independientemente de la conciencia. La última fase de la desintegración la constituía la combustión de sus cuerpos, que los transformaba en un amasijo de hierros calcinados que no servía ni para chatarra. Ninguno podría haberse salvado de algo semejante, ¿no cree?

V. S.: ¿Estaban todos los empleados de acuerdo en la forma en que se llevaba a cabo esa destrucción?

P. D.: Bueno, había quien nos acusaba de ser tan inhumanos como los androides que fabricábamos cuando lo descubrían. Por eso ese proceso era llevado en secreto. Sólo lo conocíamos unos pocos empleados de confianza. Ahora yo se lo he contado a usted porque en la actualidad ya no existe ese método de aniquilación, pero entonces la ya desaparecida Liga de Defensa de los Derechos de los Seres de Metal lo consideraba un crimen. ¿Cree usted que era un crimen librar al Universo de unos androides antinaturales que podían llegar a ser peligrosos para la seguridad humana?

V. S.: ¿Se interferían frecuentemente en su trabajo esos defensores de los derechos de los androides?

P. D.: No al principio, pero cuando corrieron rumores de lo que hacíamos con los «especiales» empezaron a manifestarse en el exterior de la Fábrica. La Policía los dispersaba, pero ellos volvían de vez en cuando. Lo peor fue el incendio.

V. S.: ¿Un incendio? ¿Cómo ocurrió?

P. D.: Fue a finales del año 2044, si no recuerdo mal. Los manifestantes se encadenaron a las rejas exteriores de la entrada principal. No querían marcharse. Gritaban: «Dadnos vuestros androides inservibles» y «La ira de Dios recaerá sobre todo aquel que ose mandar a sus criaturas al Fuego del Infierno». Le confieso que los de la Fábrica estábamos algo asustados. Esos fanáticos nos tenían allí encerrados. La Policía vino y se los llevó, aunque no a todos, porque algún chalado de éstos al que no detuvieron prendió fuego al edificio de piezas de recambio, creyendo que se trataba de la Cámara de Cremación, ¡el muy imbécil!

V. S.: Este incendio, ¿causó daños materiales de consideración?

P. D.: No, no demasiados. Pero uno de los hijos de Anderson se hallaba dentro del almacén en ese momento y, aunque salió con vida, quedó horriblemente desfigurado por las quemaduras. El niño tenía esas raras ideas pro-robóticas metidas en la cabeza. Su padre lo pasó bastante mal cuando vio lo que le había ocurrido.

V. S.: Muchas gracias por su información, Sr. Denholm. ¿Cree usted que mañana podría acompañarme a la Fábrica Crownwell para convencer a ese señor Smokey de que me deje ver los registros?

P. D.: Sí, señor. Le acompañaré con mucho gusto.

V. S.: Ah, se me olvidaba una última pregunta. Como experto en la fabricación de androides, ¿cree usted que es posible modificar la estructura molecular de uno de ellos, de modo que actúe de manera distinta a lo que tiene programado?

P. D.: No, lo siento. No sé nada de eso.

La entrevista finalizaba con una anotación sobre la visita a la Crownwell. El señor Smokey, Encargado Jefe, accedió a enseñar los registros a Slaughter, después de hablar con el señor Moore, el nuevo propietario. La ficha correspondiente al androide con número de serie 2100-3040-05-2300033022 sólo mencionaba su fecha de fabricación (2045) y su requisición por parte del Gobierno en el año 2052. No había ninguna referencia a la firma de un Contrato de Mantenimiento o a previos compradores.

Bob hubiera apostado que la siguiente palabra pronunciada por el Dr. Slaughter después de examinar su ficha habría sido: «Curioso», «Muy curioso» o «Tremendamente curioso».

Una vez ya libre de las partículas putrefactas que habían impregnado su coraza

metálica hacía apenas una hora antes, Bob se encaminó hacia la cabina de mandos, donde se encontraba Dan.

—Hola, socio. Ahora sí que estás presentable. Ven a sentarte —el piloto señaló el asiento contiguo al suyo—. ¿Dónde quieres que te deje?

—¿Adónde vas? —preguntó el androide.

—Al agujero negro de Moon. Es el más próximo. Siempre voy allí después de recoger en Joy City. ¿Has visto alguna vez una fila de desechos desvaneciéndose silenciosamente en el interior de uno de esos agujeros? ¿No? Es impresionante. Hay algo de poético en eso —dijo convencido.

—¿Tardaremos mucho en llegar?

—No —Dan bostezó y añadió—: no mucho. Harry no me ha contado gran cosa sobre tu problema. No es que quiera fisgonear, pero ¿qué harás ahora? Un fugitivo de la justicia no tiene muchos sitios donde esconderse. Y además, tú no pasas desapercibido. Si fueras humano, todavía podrías cambiar tu aspecto, pero no lo eres. ¿Has pensado adónde vas a dirigirte?

Bob ya había pensado en ello. Sabía que un futuro yendo de un sitio para otro, ocultándose, no le atraía demasiado. Sólo podía ir en una dirección, y ésa era a su pasado.

—A Batán —contestó.

Dan se volvió para mirarle.

—¿A Batán? De todos los sitios de la Galaxia, ése sería el último que elegiría para pasar mis vacaciones, aunque, profesionalmente, debo reconocer que en esa zona industrial debe haber multitud de atractivos desperdicios amontonados por las esquinas esperando a que *Tannhäuser* pase a recogerlos para llevarlos a un sitio interesante.

—¿*Tannhäuser*?

—Es el nombre de mi nave.

—Qué nombre más raro. ¿Qué significa?

—No tengo ni idea. No se lo puse yo —explicó, encogiéndose de hombros a modo de disculpa por su ignorancia.

—¿Podrías llevarme hasta Batán?

—Bueno —consideró Dan—, eso representaría salir de la ruta prevista, pero..., ¿qué demonios?, de vez en cuando merece la pena hacerlo. Te llevaré a Batán —dijo decidido—. Pero antes debemos hacerle una visita al agujero de Moon. Espera su comida.

Así que el sentimental capitán Dan Dale y el inquieto androide Bob a bordo de la nave basurera *Tannhäuser* pusieron rumbo al accidente cósmico. Sin embargo, lo que parecía un mero asunto de rutina se convirtió en toda una odisea cuando, en las

proximidades de su lugar de destino, se toparon con una desagradable sorpresa: otra nave basurera, de dimensiones parecidas a la suya y de estrafalario diseño, se encontraba ya anclada allí. Bob fue el primero en avistarla. Llamó a Dan, el cual había ido a buscar una Star Cola al refrigerador, y cuando éste acudió a la cabina, el androide le señaló el punto donde había descubierto el extraño vehículo espacial.

—¡Por toda la asquerosa porquería de la Galaxia! —bramó Dan, escupiendo a continuación—. Es la *Scorpion*. Hacía tiempo que no tropezaba con ese bastardo de Frank «Sledge» Curtis.

Se abalanzó sobre su asiento de piloto al tiempo que alcanzaba su salacot con la mano izquierda y se lo colocaba, todo ello en un sólo movimiento y sin apartar la vista del visor exterior.

Una voz ronca y sarcástica penetró a través del altavoz.

—¡Dan, hijo de la gran mierda! Aparta ese maloliente pedazo de chatarra cósmica volante de mi camino, si no quieres exponerte a recibir una buena dosis de mi apetosa carga en tus propias narices.

—¡Sledge! —replicó Dan, en un falso tono amistoso, oprimiendo el botón del comunicador—. ¡Cuánto tiempo sin disfrutar de tu insoportable hedor!

Bob no se inmutó. Ese intercambio de hostilidades parecía formar parte de un típico ritual de saludo entre basureros espaciales.

—Eh, Dan —chilló de nuevo la voz—, te apuesto mil créditos a que ese excremento de batracio con alas que tienes por nave no puede superar a mi *Scorpion* en una carrera de aquí hasta Ganímedes.

—Eso ya lo sabes, Sledge. Me ganaste el año pasado. Debes darme la oportunidad de recuperar mi dinero. Hay algo que todavía no hemos intentado.

—Muy bien, ¿en qué has pensado?

—¿Qué te parece —propuso Dan, sonriendo maliciosamente, a la vez que se abrochaba el cinturón de seguridad— una carrera a toda velocidad hacia el centro del mismo Moon? —Hizo una pausa para permitir que Sledge considerara cuidadosamente su sugerencia y después agregó—: El primero que reduzca y se aparte, pierde.

—¡Me gusta! —exclamó la voz, con satisfacción.

Bob miró preocupado a Dale. ¿De verdad se proponía cometer semejante locura?

—No te inquietes, socio —musitó el piloto a Bob—. Lo he hecho otras veces. Ese idiota de Frank no sabe que esta jugada la tiene perdida de antemano. Sujétate fuerte —le aconsejó.

—¿No deberías soltar la carga primero, Dan? —observó el androide.

—No necesariamente —contestó él, distraído. Calculó la distancia entre su posición y el epicentro del agujero negro y ajustó unos cuantos controles—. Por lo que pueda pasar, socio, me alegro de haberte conocido.

—Gracias, Dan. Eso es muy tranquilizador.

—¡Eh! —gritó Dan, súbitamente, activando el intercomunicador—. ¿Quién dijo que la vida de un basurero no es excitante?

—¡Hiauuu! —aulló la voz desde la *Scorpion*.

Bob vio cómo la nave del tal Sledge salía expedida hacia su tenebroso objetivo y se abrochó el cinturón de seguridad justo un segundo antes de que la propia *Tannhäuser* fuera en su persecución.

—¡Yujuuu! —chilló Dan.

Bob se hundió en su asiento y clavó sus garras metálicas en los antebrazos mientras observaba al frente por el visor cómo la enigmática boca oscura se engrandecía, retorciéndose, y amenazaba con tragárselos de un solo bocado. Interrumpió su función visual en el momento en que esa oscuridad lo invadía todo. De improviso, notó la brusca desaceleración e involuntariamente se inclinó hacia delante. Reactivó sus «ojos» en el mismo instante en que la *Scorpion*, delante de él, perdía el control, aceleraba temerariamente y se sumergía en las profundas tinieblas. Luego la propia *Tannhäuser* viró y volvió a ver el conocido panorama estelar.

—Dan, ese hombre ha muerto —balbució el androide, alterado, volviéndose hacia el piloto.

—No, no lo creo —repuso Dale, comprobando el óptimo funcionamiento de todos los mecanismos de su nave. Miró por el radar. El punto que antes había representado a la *Scorpion* se había desvanecido—. Puede que esté en la cuarta dimensión, ¿quién sabe? Lo que más me duele es no poder cobrar esa apuesta —advirtió la mirada de horror de Bob y añadió—: Bueno, ese estúpido ha tenido su merecido. Sabía a lo que se exponía si aceptaba mi juego. No lo lamente por él. Ese vanidoso se dedicaba a batirse con todos los que se le ponían a tiro. No podía evitarlo. He perdido varios de mis mejores amigos por su culpa. A mí me la tenía jurada desde hace mucho... Venga, echémosle más porquería a Moon y salgamos de aquí a toda prisa, no sea que vomite y haga regresar a Frank.

Y después de ese infortunado encuentro, siguieron su camino sin más incidentes.

Tardaron una semana en llegar a Batán. Bob esperaba que el Dr. Víctor Slaughter no se encontrara allí, porque si era así, iba a dificultar sobremanera la labor que había decidido emprender.

Le costó despedirse de Dan. Le había cogido afecto en el poco tiempo que habían estado viajando juntos. El piloto le dijo un optimista «Hasta luego» y desapareció para siempre, aunque ¿quién sabe?, tal vez volverían a encontrarse todos juntos algún día: Harry, Dan y él.

Después de abandonar la terminal del Espaciouerto de Batán a las 4.00 p. m., hora local, tras ver partir a la *Tannhäuser*, Bob pudo constatar la soterrada animadversión que producía su presencia en algunos lugareños, lo cual era insólito, y más en una ciudad universalmente reconocida por su importante industria de fabricación robótica. Hasta ahora, el androide había creído firmemente que los humanos aceptaban sin reparos la convivencia con seres de metal. Al menos, su mutua compañía no había resultado nunca particularmente problemática.

Incluso había habido un tiempo en que los robots tenían apariencia humana: réplica de cabello, piel, carne y huesos. Eran idénticos a los hombres y sólo podían distinguirse de ellos por su falta de emociones. A pesar de ser tan perfectos física e intelectualmente, la gente los había rechazado y su producción había acabado siendo un fracaso. Bob podía entender por qué: un ser humano no aceptaba con facilidad que otro fuera mejor que él, por eso competían unos contra otros. Pero era imposible medirse con esos facsímiles que reunían en cada uno de ellos simultáneamente el *non plus ultra* de las cualidades: eran los más hermosos, los más fuertes, los más inteligentes.

Bob creía que los humanos no debían preocuparse por no ser perfectos; eso los hacía diferentes unos de otros y por ello más interesantes. En cambio, los robots y androides eran todos iguales de cuerpo y mente: imitaciones clónicas fabricadas en serie a partir de un modelo original que pronto se consideraba obsoleto, era actualizado según la demanda, de él volvían a surgir unos cuantos clones más, y así sucesivamente.

Pero algo había sucedido con él que lo hacía diferente a los demás, algo había fallado. Y la clave de todo debía hallarse allí, en el punto de partida de su propia existencia: la Fábrica Crownwell.

Fue fácil llegar hasta su objetivo. El camino hasta la factoría estaba

abundantemente señalizado.

Bob admiró el complejo desde la reja de la puerta principal, la misma en la que en el año 2044 se habían encadenado un grupo de manifestantes. La Fábrica la componían tres edificios adyacentes de paredes de ladrillo rojo y techos ondulados. El central era más alto y delgado, con sótano, planta y primer piso, y los dos anexos eran más anchos y de una sola planta. Detrás podía apreciar cinco pabellones de más reciente construcción. También se divisaba desde allí un caserón del mismo estilo arquitectónico que los edificios principales. Podía tratarse de la antigua vivienda del señor Crownwell. Bob no pudo distinguir la Cámara de Cremación a la que había hecho referencia el señor Denholm; seguramente había sido derruida tiempo atrás.

Ensimismado en la contemplación de la factoría, Bob no advirtió la presencia del humano que había salido de uno de los edificios y le observaba desde el otro lado de la reja. El hombre, que vestía una bata de trabajo de color azul oscuro, fue acercándose gradualmente y le habló cuando llegó a su misma altura.

—¡Eres un Crownwell, podría jurarlo! —exclamó.

—Sí, señor, lo soy.

—Dime, ¿de qué año?

—Fecha de fabricación: 2045.

—Lo sabía —dijo el hombre, exultante—. ¿Qué te trae por aquí? ¿Considera tu amo que necesitas un ajuste?

—Me gustaría ver al Encargado Jefe señor Smokey.

—Estás hablando con él. Dime, androide, ¿qué puede hacer por ti el viejo Smokey?

Bob se sorprendió del tono afable del empleado. Tal vez era porque su condición de androide Crownwell despertaba en la memoria del humano gratos recuerdos de las «épocas gloriosas» de la antigua factoría.

—Soy el ayudante del Dr. Víctor Slaughter —anunció.

—¿Quién?

—El científico que les visitó hace dos semanas.

—Ahora no caigo.

—Usted le enseñó los archivos de fabricación.

—Ah..., sí..., ya me acuerdo. Ese chivo —rió. Abrió la reja e hizo un ademán a Bob para que entrara en el patio—. ¿Es que se le olvidó algo?

Bob cruzó el portal y se detuvo.

—Quisiera que me permitiera examinar de nuevo esos expedientes, señor.

—Bueno, antes deberé consultarlo con el señor Moore. Esos papeluchos son confidenciales. Ven —el hombre se dirigió al edificio central y subió las escaleras que llevaban a las oficinas. Bob le siguió—. En este momento no hay nadie trabajando. Una de las ventajas de pertenecer a una Corporación es la de poder

disfrutar de la jornada intensiva. Aunque yo sigo viniendo si hay algo que hacer. Soy uno de éstos a los que llaman adictos al trabajo —abrió la puerta con la llave que llevaba colgada del bolsillo de la bata y entró con Bob pegado a sus talones. El edificio estaba a oscuras—. Espera aquí —solicitó al androide, que permaneció inmóvil en el vestíbulo.

El señor Smokey se introdujo en el primer despacho y encendió la luz. Un ligero tono amarillento inundó la estancia. Llamó por videófono al propietario de la Fábrica.

—No hay problema —dijo a Bob al terminar la conversación y cerrar la emisión—. El señor Moore dice que no tiene nada que ocultar a los eminentes científicos que deseen fisgonear en sus archivos, aunque —aclaró— no lo ha mencionado con estas mismas palabras, desde luego.

—Me alegro de que el señor Moore sea tan comprensivo, señor.

—Vamos por aquí —dijo el encargado, señalando una puerta que conducía al sótano.

Una vez hubieron descendido, Smokey le guió hasta unos archivadores grandes que había en un rincón. Le indicó la gaveta central.

—Ahí están los registros de las unidades, con el número de serie, nombre del comprador y todo eso. Dime, ¿qué tienen de interesante esos documentos para ese doctor... como se llame? Nadie se ha molestado en consultarlos desde hace años.

—El Dr. Slaughter, mi amo —recalcó Bob para dar más verismo a su historia—, está investigando la fabricación de los androides Crownwell durante el período que comprende los años 2025 al 2050. El tema le apasiona tanto que incluso me ha tomado a mí, un modelo Crownwell representativo de esa generación, como su ayudante. Con los datos obtenidos en sus averiguaciones piensa escribir un libro.

—¡Vaya pérdida de tiempo! —opinó el hombre—. Ya casi nadie compra libros. Dile a tu doctor que así no se hará rico —rió—. Oye, ¿no te importa si te dejo solo? Estaré en el piso de arriba. Grita si me necesitas. —Y se marchó canturreando.

En cuanto se hubo quedado solo, Bob abrió la gaveta central. Había carpetas rotuladas dispuestas en dos columnas clasificadas cronológicamente por los números de serie. Escogió la primera que encontró a la derecha y extrajo la ficha que contenía. Correspondía a un androide fabricado en 2043. La estudió. Allí constaban cada una de las reparaciones que se le habían efectuado, los propietarios que había tenido y sus domicilios, las revisiones mensuales preventivas... todo, registrado al detalle. Revisó luego dos carpetas, elegidas también al azar. Finalmente buscó la que correspondía a su propio número de serie. Allí estaba. Sacó la ficha.

Nada. Ni revisiones periódicas, ni lista de compradores. Sólo una breve cita sobre su incautación por parte del Gobierno en 2052, lo mismo que había descubierto Víctor Slaughter hacía dos semanas. Bob había llegado hasta allí, siguiendo los pasos del científico, con la esperanza de encontrar algo que el hombre hubiera pasado por

alto.

—Señor Smokey —gritó.

—Voy —contestó el hombre, desde el piso superior.

Bob esperó hasta verle aparecer.

—Hay algo inusual en uno de los androides, señor —dijo.

—Supongo que te referirás al que nunca se vendió y que acabó quedándose el Gobierno siete años después de su fabricación. Ese doctor tuyo también me interrogó sobre él. Ya le expliqué que no todos los androides eran vendidos inmediatamente. Algunos se reservaban para Ferias y Exposiciones. Este modelo, por ejemplo. Me figuro que cuando finalmente salió en catálogo ya había quedado anticuado y nadie lo quiso comprar. Puede que el Gobierno se encaprichara de él y lo reclamara. No firmaron ni siquiera contrato de adquisición. Simplemente, las autoridades lo requisaron.

—¿Hubo otros casos similares, señor?

—No, éste fue el único.

Eso no tenía sentido —meditó Bob—. ¿Por qué el Gobierno se interesó exclusivamente por él, cuando podía quedarse con toda una partida? Y si el Gobierno había sido su único propietario, ¿qué significaban esos recuerdos que emergían de su memoria, intermitentemente, acerca de su trabajo como sirviente en una familia y la evocación de una niña pelirroja llamada Amy? A menos que...

—Señor Smokey, ¿estaba permitido a los empleados de la Crownwell disponer de alguno de los androides para su propio uso, sin que ello quedara reflejado en los registros?

—Ahora que lo mencionas... creo que sí. Me han contado que, antes de que yo me incorporara a la Crownwell en 2055, algunos se llevaban los androides a sus casas durante un tiempo. No era algo muy corriente, la verdad —admitió el hombre—, porque iba en contra del reglamento, pero Crown lo permitía, sobre todo en el caso de los diseñadores. Así se podía comprobar con efectividad cómo se desenvolvían los androides en ambientes diferentes.

—¿Podría ver las fichas de los empleados activos durante los años 2025 al 2050, señor?

—Claro. Están en la gaveta de al lado de la que tienes abierta. Tú mismo. Me vuelvo arriba, si no deseas preguntarme nada más.

—Oh, por favor, señor, siga con su trabajo.

El hombre se alejó de nuevo. El androide inspeccionó entonces las carpetas de los trabajadores. Una ficha le llamó la atención. Pertenecía a un diseñador de circuitos cerebrales que había sido despedido en 2052, el mismo año en que él había sido cedido al Gobierno. Pero no figuraban las causas del despido. Al parecer, después de que lo hubieron echado, abandonó el planeta hacia paradero desconocido.

Bob recordó que Phil Denholm había mencionado el nombre de ese diseñador en la entrevista con Slaughter. Si le conocía, tal vez podría aclararle lo que ocurrió.

El androide fue en busca del encargado jefe para decirle que ya había terminado.

—¿Ya has encontrado lo que buscabas? —le preguntó el hombre.

—Puede que sí, señor, aunque yo sólo me limito a pasarle mis notas al Dr. Slaughter, que es quien se encarga de interpretarlas —contestó Bob, en su estudiado papel de asistente robótico—. Por cierto, señor, ¿recuerda usted a un empleado llamado Anderson?

—No, no llegué a conocer a ningún Anderson. ¿Tiene eso alguna importancia?

—No, señor. No es trascendente —Smokey le acompañó hasta la reja de la puerta que daba a la calle—. Gracias por todo, señor —se despidió el androide—. Mencionaré al Dr. Slaughter su inestimable colaboración en sus investigaciones.

Ahora le tocaba el turno a Phil Denholm. Sin dilación, ya que no sabía de cuánto tiempo disponía antes de que descubrieran su juego, Bob se encaminó hacia el barrio residencial de retiro donde vivía, solo, el ex empleado.

En la dirección indicada en los documentos de Slaughter se hallaba una casa sencilla y de pequeñas dimensiones. Un anciano estaba cuidando las plantas del patio delantero. Llevaba sombrero de paja y un delantal que le llegaba hasta las rodillas. Unos guantes cubrían sus manos. Bob se acercó.

—¿El señor Denholm, Phil Denholm? —preguntó.

El anciano levantó la vista de los rosales y se sorprendió al ver que su interlocutor era un Crownwell de antigua manufactura.

—Sí —contestó, tímidamente.

Bob imitó entonces el tono oficial ampuloso propio de los policías robóticos:

—Pertenezco al Centro Slaughter de Investigación de Relaciones Robo-Humanas. Estoy colaborando con el doctor Slaughter en su estudio de los Androides Crownwell de 4.^a Generación. ¿Podría responderme a algunas preguntas?

—Ya le conté al Dr. Slaughter todo lo que él quería saber. No entiendo por qué tengo que hablar con su ayudante, ni siquiera con un asistente androide —Denholm volvió a inclinarse sobre sus flores.

—El Dr. Slaughter ha encontrado algunas lagunas en sus averiguaciones y quisiera que fuera usted tan amable de aclarárselas —insistió Bob.

El hombre le miró fijamente, visiblemente molesto por tener que interrumpir su labor.

—Pasemos dentro —dijo, contrariado.

Entraron. La vivienda se componía de dos o tres estancias separadas por tabiques correderos de madera y papel, que podían abrirse o cerrarse a voluntad y tanto

formaban paredes como puertas. La luz se filtraba estratégicamente por las aberturas y el aire circulaba con total libertad por el interior. Una alfombra de material vegetal trenzado fuertemente hacía a la vez de moqueta y cubre-techo. Los muebles, de madera, eran casi inexistentes, y sólo un videófono último modelo ubicado en la sala de estar, adonde acababa de entrar Denholm, parecía fuera de lugar en ese espartano ambiente, humilde pero extrañamente acogedor.

El hombre se sentó sobre un alto y amplio colchón que hacía las funciones de sofá. Se despojó del sombrero, el delantal y los guantes y los dejó a su lado.

—¿Y bien?

—Vive usted en un lugar muy agradable —constató Bob, permaneciendo de pie—. ¿Cuesta mucho conseguir una casa así?

Denholm le miró con franca antipatía.

—¿Es eso una de las cosas que el Dr. Slaughter quiere saber?

—No. Es simple curiosidad.

—Entonces no tengo por qué satisfacer la curiosidad de un androide que irrumpe de pronto en mi casa exigiendo mi atención y robándome mi tiempo.

Está realmente irritado, se dijo Bob.

—En ese caso, iré al grano, señor Denholm. ¿Sabía usted que algunos empleados de la Fábrica Crownwell tenían por costumbre llevarse los androides a sus propios domicilios?

—Eh, ¿no serás del Comité para la Investigación de Actividades Anti-Reglamentarias en las Empresas, verdad?

—No, señor. Como ya le he dicho, formo parte integrante del Centro Slaughter de...

—Sí, ya sé —interrumpió bruscamente el hombre.

—Todavía no ha respondido a mi pregunta —insistió Bob—. ¿Conocía o no esa práctica?

—Sí, sabía que algunos lo hacían, aunque ése no era mi caso. Yo nunca hubiera osado hacer algo semejante.

—¿Por qué?

—Crown no les dejaba jugar con los androides totalmente acabados y que estaban a punto para la venta, así que los que sacaban de la Fábrica no habían sido todavía suficientemente ajustados. Decían que los querían para «verificar su correcto comportamiento social en un ambiente familiar», pero la mayoría los empleaba descaradamente para atender las labores domésticas.

—Señor Denholm, ¿ha tenido usted alguna vez un robot en propiedad?

—Nunca.

—¿Puedo saber la razón?

—Claro, androide: no adquirí ninguno porque no me hacía falta para nada. Aun

ahora que soy viejo no necesito que ningún trozo de hojalata andante cuide de mí.

Bob no se sintió ofendido. Más bien intuyó algo de lo que ya había sospechado cuando leyó en la entrevista de Slaughter la manera de cómo Denholm describía la aniquilación de los «especiales».

—Señor Denholm, ¿no será que usted tiene miedo de los androides?

Los ojos del hombre refulgieron de ira.

—Ya he aguantado suficiente. Márchate ahora mismo o llamaré a la Policía — hizo un ademán de levantarse para hacer uso del videófono.

Bob no se inmutó.

—Sabe, señor Denholm, tenía usted razón. En realidad trabajo para el Comité para la Investigación de Actividades Anti-Reglamentarias en las Empresas. Y también el Dr. Slaughter. Puede verse en serias dificultades si no accede a colaborar con nosotros. Incluso podría perder la casa que el Gobierno tan gratamente le ha concedido —aventuró.

El humano sonrió con sorna, dejándose caer de nuevo en el colchón.

—¿Qué es lo que el Comité quiere saber?

Ahora que parecía que Denholm estaba finalmente dispuesto a someterse a su interrogatorio, Bob decidió centrarse en el motivo real de su visita.

—Edward Anderson —mencionó. El hombre dio un respingo—. ¿Por qué fue despedido?

—¿Por qué me preguntas eso? El Comité debería saberlo. ¿A qué viene todo esto? Yo les ayudé a destapar ese desagradable asunto. Me dijeron que no me preocupara. Que nunca se sabría quién le había delatado. Me felicitaron. ¿Qué quieren ahora de mí?

Bob estaba desconcertado. ¿De qué demonios hablaba ese hombre? Resolvió seguir con la farsa.

—Estamos revisando ese caso —dijo—. Necesitamos más información.

—Pero ya les dije absolutamente todo sobre Anderson. Lo que hizo con ese robot. Esa abominación. Yo les dije lo que había visto. Si el Comité después no pudo probar nada no es culpa mía. Yo cumplí con mi deber de buen ciudadano. Era mi obligación colaborar en la defensa de los seres humanos inocentes frente a los locos dementes como Anderson. El Comité no puede tratar así a la gente que los ayuda.

—No estamos juzgando su intervención en el caso, señor Denholm —continuó Bob—. Pero hay ciertas cosas que no están del todo claras. Por ejemplo: el robot.

—Sí, el robot —repitió el hombre—. Yo les aconsejé su inmediata destrucción, pero no quisieron escucharme. El test que le habían aplicado no reveló nada anormal, me dijeron. ¡Por supuesto que no! Anderson era un experto en tests de identificación. Tuvo tiempo suficiente para ajustar al androide antes de que le detuvieran. Así podía evitar su desintegración y se protegían él, su mujer y la niña.

Amy —adivinó Bob, en silencio—. Todo ese enrevesado asunto era demasiado para él. No podía seguir la línea de sus pensamientos. Había en las palabras de Denholm demasiadas revelaciones precipitadas. Sus circuitos no podían absorberlo todo.

—¿Qué pasó con el otro hijo de Anderson, el que resultó herido en el incendio de la Fábrica en 2044? —preguntó, intentando cohesionar el rompecabezas. Sus recuerdos recogían la imagen una niña, pero no incluían a ningún chico.

Bob no supo exactamente en qué se había equivocado, pero, de pronto, el anciano cambió de cara.

—Tú no eres del Comité —acusó al androide—. Querías engañarme para que te lo contara todo, ¿verdad? ¿Quién eres tú en realidad? Si no eres el ayudante de Slaughter ni tampoco eres un investigador del Comité, sólo puedes ser... —pareció como si las facciones del hombre súbitamente se desencajaran. Su mirada reflejó el más puro horror—. ¡Dios mío! ¡Eres el androide de Anderson! ¡Has venido para vengarte!

El hombre se levantó del colchón de un salto increíblemente ágil para su edad y se detuvo. Tal vez quería salir corriendo, pero el pánico le paralizaba. Bob no se movió de donde estaba, indeciso sobre cuál debía ser su próximo movimiento. Realmente había llegado demasiado lejos. No había previsto que Denholm reaccionara de esa manera. Y lo peor es que no sabía la razón de ese extraño comportamiento. El asunto se le estaba escapando de las manos.

Denholm dio un paso hacia la salida de la sala de estar pero tropezó y cayó de rodillas. Bob hizo ademán de ir a socorrerle, pero el anciano se tapó la cara con ambos brazos como para protegerse de una agresión y empezó a temblar. Todo su cuerpo se agitaba. Tembló más y más fuerte hasta que al fin quedó inmóvil y se desplomó de costado. Bob se acercó con cuidado. El hombre tenía los ojos muy abiertos y miraba fijamente. El androide intentó tomarle el pulso. Demasiado tarde. Sus funciones se habían interrumpido. Phil Denholm había muerto.

Bob abandonó el lugar profundamente abatido. ¿Qué era lo que Denholm había visto en él que le había producido ese terror? Ahora sabía mucho más sobre su pasado, pero la cuestión esencial seguía siendo una incógnita: ¿cuáles eran esas importantes modificaciones en sus circuitos?

Resolvió visitar la casa donde habían habitado los Anderson. Tal vez le ayudaría a desvelar esos fragmentos todavía no revelados que se alojaban en algún lugar de su memoria. Sabía dónde debía dirigirse. Había visto la dirección en la ficha de empleado de la Crownwell.

La antigua vivienda de Edward Anderson estaba situada en la cima de una colina, pero no estaba aislada. Parecía como si hubiera sido recientemente remodelada.

Todavía podían apreciarse los lugares donde habían sido retirados los elementos originales de la fachada. El jardín era delicioso. Le impresionaba, sobre todo, ese sauce llorón al lado del estanque.

Había alguien dentro de la casa. Bob podía oír el zumbido regular de una pantalla encendida. Llamó al timbre. Una mujer de unos cuarenta años se asomó por entre las cortinas de una de las ventanas y le observó con curiosidad. Después las cortinas se cerraron y la mujer volvió a aparecer, esta vez en el resquicio de la puerta.

—¿Qué quiere? —preguntó a Bob.

—¿Es usted familia de los Anderson?

—Oh, ¿se refiere a los que vivían aquí antes? No.

—¿Sabe adónde se fueron?

—Bueno, los vecinos me han contado que el padre emigró a otro sistema con su mujer y la hija se quedó en casa de sus abuelos y luego también se marchó.

—¿Y el hijo? —preguntó Bob, ansiosamente—. ¿Qué ocurrió con él?

—Murió.

Otra vez estaba al final del camino.

—Le parecerá una petición un tanto extraña en un androide —dijo a la mujer—, pero ¿le importaría dejarme ver su jardín? Verá, yo estuve al servicio de los Anderson hace tiempo.

—Oh —sólo acertó a manifestar la mujer—. No es ninguna molestia. ¿Quiere que se lo enseñe? Pase. Estoy muy orgullosa de él, aunque ésta no es la mejor época para contemplarlo, con esas hojas secas...

Bob cruzó la verja. La mujer le llevó hasta la parte de atrás de la casa.

—Allí a la derecha había antes un columpio —explicó—, pero acabó rompiéndose y lo quitamos. Todavía quedan las marcas de los hierros en el suelo. ¿Puede verlas?

Bob podía verlas, como también podía evocar el columpio reconstruido y a una niña pelirroja subida en él.

—Y allá —la mujer señaló a la izquierda— había una pequeña cabaña donde se guardaban las herramientas para cuidar el jardín. Tuvimos que derribarla para construir la barbacoa.

Bob recordaba la cabaña. Solía esconderse en ella cuando jugaban al escondite. Pero Amy ya sabía que ése era su lugar predilecto para ocultarse y siempre le encontraba.

—El sauce del estanque —advirtió Bob— es muy hermoso.

—Oh, sí, lo es —asintió la mujer, complacida.

Bob se acercó al árbol. Podía sentir las raíces profundamente arraigadas en el suelo. En ese lugar se respiraba paz de espíritu. Se recreó por unos instantes en esa paz que en realidad no le correspondía, quedándose casi en trance.

Al lado del sauce los recuerdos eran más fuertes. Podía percibir la figura pequeña y grácil de Amy arrojando piedrecitas al estanque, abrazándose a las finas ramas del árbol o escribiendo en el tronco. Bob examinó el tronco. Sí, todavía podía distinguirse lo que había grabado en él: «Aloha-Bora». Ése era el exótico lugar al que Amy deseaba ir cuando fuera lo bastante mayor.

Bob ya había visto suficiente. Se despidió de la mujer, agradeciéndole sus atenciones. Sólo quedaba un sitio por visitar, antes de marcharse definitivamente: el cementerio municipal de Batán.

La inscripción en la lápida de la tumba del hijo de Anderson no le sorprendió; la verdad es que esperaba algo así. Decía: «ROBERT E. ANDERSON, 2033-2045. Que en tu reencarnación vivas felizmente».

Por fin lo comprendía todo. Encajaban todas las piezas. Ya sabía por qué no recordaba al hermano de Amy: él era ese niño, ese niño que había quedado terriblemente desfigurado tras el incendio provocado en la Crownwell. «Su padre lo pasó bastante mal cuando vio lo que le había ocurrido», había dicho Denholm en la entrevista. Sí, Ed Anderson era el diseñador de cerebros de los androides, así que para terminar con el sufrimiento de su hijo decidió intentar lo que nadie nunca antes había osado: implantar células cerebrales humanas en los circuitos lógicos de un robot, poniendo con ello en peligro su familia, su trabajo y su reputación.

Y lo más sorprendente —pensó Bob— es que el experimento dio un resultado positivo.

Pero Phil Denholm, al parecer, lo descubrió todo, y erigido en defensor de la pureza de la raza humana, no entendió ese inmenso gesto de amor. Para él, Bob era un híbrido, mitad hombre, mitad «trozo de hojalata andante».

Además, el éxito de la operación demostraba que la mezcla de elementos orgánicos y componentes electrónicos de acabado inalterable era posible. Era, en fin, la prueba de que el hombre, si lo deseaba, podía alcanzar por sí mismo la inmortalidad, la perfección. Y eso, a los ojos de Denholm, era una herejía.

Pero para Bob, sus recién descubiertas «peculiaridades» no le parecían nada malo. Se puso a reflexionar concienzudamente sobre ello. ¡Y pensar que los robots de apariencia humana habían fracasado! Se había, por fin, hallado su verdadera utilidad. No como entidades independientes, sino como carcasas, hogares para células y almas humanas. Los robots ya no serían meros comparsas; una vez suficientemente perfeccionados, ellos podrían formar la población entera del Universo. ¡Y el hombre no se opondría a ello! Cuando el cuerpo humano alcanzase esa edad en que las fuerzas flaquean pero la mente es todavía ágil e inquieta, las células cerebrales podrían ser «trasplantadas» a uno de esos «armazones».

El acuciante problema de la caducidad humana parecía haber sido resuelto. Anderson lo había hecho. Y Bob debía estar orgulloso de ello.

No obstante, existía algo en su lógica que le preocupaba: ¿qué había del desgaste natural de las células orgánicas? ¿Había Anderson, o tal vez debía decir su padre, previsto esa variable? Sus células podían deteriorarse de un momento a otro. Bob se preguntó qué «edad» tendría. A ver, Roben Anderson tenía doce años cuando «murió», según el grabado de la lápida, y después de la fusión, había seguido viviendo con su familia durante siete años, hasta el 2052. Con eso hacían 19 años biológicos.

Entonces fue cuando intervino Phil Denholm, denunciando a Ed Anderson al Comité para la Investigación de Actividades Anti-Reglamentarias en las Empresas. Pero el diseñador retocó sus circuitos otra vez, ocultando su condición humana y haciendo prevalecer la robótica, y le convirtió en RTX 2100-3040-05-2300033022 de nuevo. Y con la recuperación de su antigua identidad pasó a ser propiedad del Gobierno. Había estado ocho años al servicio de las autoridades. Ahora tenía 27 años y ya no pertenecía a nadie.

Si en la segunda modificación su padre había pretendido esconder por completo sus facultades humanas, había fracasado. Todas esas emociones impropias de un ser de metal que de vez en cuando afloraban en la mente de Bob habían sido el motor de su conducta rebelde. Y su necesidad de conocer el porqué de ese inevitable comportamiento suyo le había llevado hasta donde ahora se encontraba: en el cementerio de Batán, junto a la lápida de su antiguo yo.

Ya no podría volver a ser un Anderson, pero a su vez tampoco era un verdadero androide. Bob no podía discernir cuál de las dos vertientes dominaba a la otra. ¿Qué era? ¿Un humano mecanizado o un robot humanoide?

Cabía una tercera denominación: un «especial». Pensó en el resentido Chef y se dio cuenta de la ironía de lo que ambos representaban: los únicos androides capaces de desarrollar sentimientos humanos eran los defectuosos.

Sus reflexiones acerca de los especiales le hicieron acordarse de Slaughter, el «eminente especialista» en relaciones robo-humanas. Bob se preguntó cuán lejos debía haber llegado el doctor en sus investigaciones sobre él. ¿Lo había descubierto todo finalmente?

No tardó mucho tiempo en conocer la respuesta. Percibió la presencia del científico antes de que éste se situara a su lado.

—Te estaba esperando, Bob. Sabía que aparecerías por aquí tarde o temprano.

—Hola, Víctor. ¿Qué piensas hacer conmigo?

Slaughter no contestó. Tenía puesta la mirada fija en la lápida. Bob examinó de reojo las ropas del hombre, buscando un bulto concreto. No, no había rastro de

ningún desintegrador. Si el doctor pensaba destruirle ése no debía ser el momento oportuno. Aunque cabía la posibilidad de que ésa no fuera su intención.

—¿Crees que soy un ser superior? —preguntó.

—No más que cualquier otro humano.

—Pero mi presunto carácter inmortal...

—Eso fue un accidente —interrumpió Slaughter—. Nadie debería pretender vivir eternamente. ¿Cómo podría avanzar la Humanidad, sino? Cada nuevo individuo aporta sus nuevas ideas, sus ilusiones. La inmortalidad llevaría al estancamiento de la natalidad y ello significaría el fin de la civilización. La monotonía y la apatía lo invadirían todo. No podría imaginar un futuro más desalentador.

—Entonces, si soy una amenaza para la Humanidad, si represento el fin de la civilización, ¿has previsto mi aniquilación?

—No sería capaz de llevarla a cabo —admitió el hombre—. Ahora que sé quién eres, no podría. Sería un asesinato —hizo una pausa—. Lo que hizo Anderson contigo fue un disparate —continuó diciendo, como si estuviera enojado—. No tenía derecho a manipular la genética de ese modo. Nadie la tiene. Por algo se creó el «Movimiento Universal de la Responsabilidad Científica», para la defensa de un código ético que impidiera tales experimentaciones incontroladas. Debo admitir que en la mayoría de los casos esas «manipulaciones» no tienen éxito. Por ello tu caso es excepcional.

—Sí, pero ¿qué puedo hacer? No puedo integrarme en esta sociedad. Los humanos no me aceptarán como igual y no sirvo como simple robot androide, uno de esos fieles servidores de sus amos. El hecho de acatar órdenes ajenas me convertiría en esclavo. Ya no soy un objeto; he desarrollado mis propias emociones, incluso el enfado, el odio y el instinto criminal —dijo Bob, pensando en Phil Denholm al que inconscientemente había matado, de la misma forma como Dan había eliminado a su molesto enemigo Frank «Sledge».

—He visto el cadáver de Denholm. Tú no le mataste, Bob. Murió por culpa de sus remordimientos.

—También está lo que hice en el despacho del RR. PP. —observó el «androide».

—Sí, Jeffrey cogió una rabieta que le duró una semana entera —confesó Víctor Slaughter, con las comisuras de los labios ligeramente curvadas hacia arriba—. Se lo merecía por descuidado. Además, él te había subestimado. Eres mucho más inteligente de lo que habíamos creído en un principio.

—¿Por qué intentas justificar mis malas acciones? ¿Por qué me halagas? ¿Qué es lo que quieres realmente de mí?

—Sí, quiero pedirte algo —reconoció el hombre—. Vi los progresos que experimentó ese androide especial, ese Chef de la Cocina Auxiliar, después de que Jeffrey iniciara una terapia con él, tal como tú le habías sugerido —miró a Bob con

aprecio—. Deseo proponerte que vengas conmigo al Centro Slaughter de Investigación de Relaciones Robo-Humanas.

—Claro, quieres tumbarme en tu diván, abrirme en canal y examinar mis tripas —dijo el «androide», amargamente.

—Oh, no. Te estoy ofreciendo la posibilidad de trabajar a mi lado, como un igual, en el estudio de las relaciones entre robots y personas. Nadie más sabrá quién eres en realidad. ¿Qué dices a eso?

—¿Es que tengo alguna otra alternativa?

—Ninguna, Bob.

—Entonces, está decidido, ¿no?

¿Por qué se sentía tan triste? ¡Pero si su particular cruzada en busca de su pasado todavía no había terminado! Añadió:

—Víctor, debo solicitarle un último favor.

—¿Cuál es?

—Tengo que encontrar a Amy. Debo hablar con ella.

—¿Cómo vas a encontrarla? Podrías pasarte lustros yendo de un sistema a otro, sin conseguir nada.

—Lo sé, pero tengo que intentarlo.

Slaughter le miró, con resignación.

—¿Tienes alguna idea de dónde podría estar?

—Sólo una corazonada —Bob advirtió la expresión de reproche en la cara del científico y agregó—: Y eso me basta para comenzar la búsqueda. Víctor, te prometo que si no la hallo en el lugar esperado, mi siguiente paso será dirigirme a tu Centro para iniciar juntos esas investigaciones.

—Confío plenamente en que así lo harás, Bob —repuso Slaughter, tendiéndole la mano derecha—. Esto es sólo una despedida temporal.

—Sí, Víctor.

El «androide» encajó su mano metálica con la del científico a fin de completar el gesto de compromiso.

—Mucha suerte, Bob —le deseó el hombre—. Supongo que ya me contarás lo que descubras.

—No voy a tener secretos para ti, Víctor. ¡Hasta luego!

EPÍLOGO

Encontró a Amy en Aloha-Bora. La niña pelirroja que daba saltos y gritaba bulliciosamente por el jardín de la casa de su infancia se había convertido en una preciosa joven que ya no llevaba el apellido Anderson: estaba casada y era madre de una niña, de pelo tan rojo y tan inquieta como era ella de pequeña.

Cuando Amy vio a Bob le reconoció enseguida y le abrazó.

—Fuiste el mejor regalo de cumpleaños que he tenido nunca —le confesó, una hora después, mientras paseaban por los alrededores de la Planta de Abastecimiento número 4711, empresa propiedad de su marido y en la que ella trabajaba a horas. La actividad de la compañía era el cultivo de verduras y frutas para el consumo humano, y los robots tenían prohibida la entrada—. La gente de aquí tiene prejuicios: no quiere que los alimentos que come los toque ninguna otra mano que no sea humana.

Caminaron hasta llegar hasta un pequeño montículo de tierra desde donde se divisaban los huertos e invernaderos, de extensión interminable. El sol refulgía y la coraza de Bob brillaba tanto que dolían los ojos al mirarle. Hacía calor.

—Ven, vamos a sentarnos bajo esa encina —propuso Amy.

—¿Cómo pudiste aceptar mi nueva constitución física? —le preguntó Bob en cuanto se hubieron instalado en la sombra.

—Recuerdo que debía tener unos cinco años. No entendía muy bien lo que había pasado en el incendio. Papá y mamá sólo decían que estabas descansando y parecían no oír mis ruegos cuando pedía verte. Yo no había visto a ningún androide Crownwell antes, y cuando papá me llevó hasta ti, creía que mi hermano estaba jugando y que se escondía debajo de esa elegante armadura. Intenté quitártela, pero desde luego no lo conseguí. Simplemente, acabé aceptando el juego y papá no hizo ningún esfuerzo para convencerme de que no era una de tus bromas habituales. Te presentó como mi regalo de cumpleaños. Me había devuelto a mi hermano, un hermano que nunca hasta entonces había sido tan solícito conmigo: incansablemente activo, valientemente protector, que no me negaba ningún capricho. Cuando fui haciéndome mayor, papá me contó lo que había hecho y dijo que lo considerásemos como «nuestro secreto». Yo me había habituado tanto a tu presencia que no tuve ningún problema para adaptarme a la nueva situación.

Amy recogió una de las hojas caídas del árbol y empezó a jugar con ella.

—Papá acostumbraba a llevarte a la Fábrica muy a menudo —prosiguió—, para revisar tu mecanismo y también para que aprendieras a comportarte como los demás Crownwell. Tenía plena libertad para sacar y entrar androides.

—¿Cómo descubrió Phil Denholm todo el asunto? —preguntó Bob.

—En una de tus estancias en la Fábrica, ese fisgón vio que papá se tomaba demasiado interés en una de esas «máquinas», como él las llamaba. Para Denholm

eran sólo artículos de lujo fabricados en serie y no comprendía qué podía tener uno de particular. Empezó a espiar los movimientos de papá y advirtió que te llamaba Bob. Supongo que la sospecha de que fueras un «cóctel» entre robot y humano fue cobrando fuerza en su retorcida mente y como era incapaz de aceptarlo, nos denunció al Gobierno. Pero papá lo vio venir todo y realizó no sé qué ajustes en tu interior. Te hicieron muchos tests de identificación, pero no pudieron probar nada. Creyeron que el experimento había sido un fracaso y se quedaron contigo, con la excusa de ponerte en observación. No podían perder la ocasión de tener un Crownwell gratis.

—Pero ¿no encontraron nada? ¿Qué ocurrió con los documentos en los que constaban las fórmulas del trasplante?

—No lo sé.

—Lamento haber venido a molestarte, Amy, haciéndote recordar cosas que preferirías haber olvidado.

—Oh, no digas eso. Me alegro de verte después de tanto tiempo. Cuando los hombres del Gobierno se te llevaron creí que te matarían.

Permanecieron en silencio durante unos instantes, Amy acariciando la hoja y Bob contemplando a su hermana.

—¿Qué les pasó a nuestros padres? —preguntó él.

—Crownwell no pudo tolerar que papá pretendiese modificar a uno de sus «productos» y le despidió. Mamá vendió la casa y se fueron los dos en busca de trabajo en otro sistema. A mí me dejaron con los abuelos. Me prometieron que cuando estuvieran instalados me mandarían a buscar. Al cabo de un mes, llegó un cablegrama diciendo que los dos habían muerto al ser infectados por unas fiebres alienígenas.

—¿Así que sólo quedamos tú y yo?

—Sí, Bob. Sólo tú y yo. Es maravilloso que hayas venido —Amy alargó el brazo y le cogió la mano. Sonreía—. Ven, quiero mostrarte algo. —Y tiró de él para obligarle a levantarse.

Fueron hasta el bungalow de madera que Amy, su marido y su hija ocupaban. Entraron. La pequeña Emily dormía; un robot velaba su sueño. Bob se lo quedó mirando mientras su hermana parecía rebuscar algo en una cómoda del dormitorio.

—Ya lo tengo —exclamó ella, satisfecha, sacando algo de uno de los cajones.

—¿Qué es? —inquirió Bob, apartando los ojos del robot y fijándolos en los pequeños rectángulos de cartón que esgrimía Amy.

—Fotografías, representaciones visuales —explicó ella.

Bob se acercó. Había cinco cartones. El primero mostraba la imagen de una pareja. Parecían felices. Detrás de ellos se alzaba la casa del columpio, el estanque y el sauce que el «androide» había visitado en Batán.

—Papá y mamá en la inauguración de nuestra casa —aclaró Amy—. Y ésta soy

yo en el columpio —añadió, enseñándole la segunda visualización con la ya familiar visión de una niña pelirroja.

Bob miró la tercera fotografía. Reconoció a su hermana, de pequeña, soplando cinco velitas colocadas sobre un enorme pastel de color fresa. A su izquierda se erguía una forma metálica, más bien se adivinaba su figura, iluminada fantasmagóricamente por la luz de las velas.

—Estoy segura de que estas dos últimas representaciones las encontrarás de lo más interesante —anunció Amy, misteriosamente.

Bob contempló ambas con enorme curiosidad. En la primera se veía a un chico pelirrojo de unos 10 años, montado en un vehículo compuesto por varios ejes metálicos que se sostenían por dos ruedas muy delgadas. Tenía un pie en el estribo y el otro en el suelo, una mano en el manillar y la otra levantada en un gesto de saludo. La segunda y última fotografía mostraba al mismo chico, con algunos años menos, riendo, sentado sobre los hombros de un hombre que identificó como Edward Anderson.

—Parezco feliz —observó.

—Sí, lo eras —convino Amy—. Y yo también.

Se despidió de Amy unas horas más tarde. No podía retrasar por más tiempo su inevitable reencuentro con el Dr. Slaughter. Antes de su marcha de Aloha-Bora, sin embargo, había conseguido rememorar toda su vida anterior. Su misión personal había llegado a término y ahora debía dar paso a su presente y futuro.

Estaba abierto a cualquier experiencia que su trabajo en el Centro Slaughter de Investigación de Relaciones Robo-Humanas pudiera aportarle. Sabía perfectamente cuál sería su cometido allí: la detección y verificación de cualquier indicio de rasgos humanos en seres de metal que los tests pudieran pasar por alto.

Él estaba condenado a ser el primero y el único de su especie.

¿QUIÉN NECESITA EL PANGLÓS?

Antoni Olivé

Título original:

QUI VOL EL PANGLÓS?

Traducción:

Clara Cabarrocas

La reunión del Comité de Gobierno del departamento empezó, como de costumbre, con la lectura del acta de la reunión anterior. Era el momento que más aborrecían todos los reunidos, desde que Josep había accedido al cargo de secretario del departamento. Tenía la manía de redactar unas actas larguísimas y no aceptaba de ninguna manera saltarse la lectura de las mismas, aun cuando todos los reunidos juraran que ya las habían leído y que estaban totalmente de acuerdo con ellas. «El orden del día indica la lectura y aprobación del acta anterior, y no sería correcto aprobarla sin haberla leído», decía para justificarse. Por si leer aquellas actas al inicio de la reunión fuera poco, había que soportar que lo hiciera él. Leía con una voz tan monótona que, si alguno de los asistentes se esforzaba por escucharle durante medio minuto, se adormilaba.

En reuniones anteriores alguien había intentado ahorrarse ese momento llegando con retraso. Pero era en vano. Josep mandaba avisarles, insistía en no empezar hasta su llegada y, además, hacía constar en el acta que la reunión se había retrasado porque fulano y mengano habían llegado tarde.

Aquel día, sin embargo, la voz de Josep no tenía la monotonía habitual, y todos los asistentes parecían estar pendientes de lo que decía. Aquel día, Josep hablaba con voz titubeante y su lectura de las discusiones, votaciones y acuerdos de la reunión anterior resultaba vacilante y entrecortada. Era obvio que la presencia de Jordi le azoraba. Cuando Josep hubo terminado de leer el acta y tras las enmiendas habituales tomó la palabra Ignasi, el director del departamento. Con su acostumbrada turbación, explicó las últimas novedades producidas en la universidad, las incidencias del personal, el estado del presupuesto del departamento, las gestiones que había emprendido, las visitas que había recibido y otras cosas por el estilo. Ignasi se esforzó en no dirigir ni una sola vez la mirada hacia Jordi.

Terminada la intervención de Ignasi, se inició el debate. El primero en intervenir fue Ferran, sentado a la derecha de Jordi. Recordó de nuevo la vetustez de muchos de los equipos de su laboratorio, el de Radiación y Alta Frecuencia, y enfatizó cuanto pudo la urgencia de renovarlos so pena de perder la oportunidad de contratar un par de nuevos proyectos que él consideraba de gran importancia para el departamento. Gualbert, uno de los representantes de los estudiantes, se sumó a la petición de renovación y aprovechó la ocasión para denunciar que ya llevaban más de tres meses sin poder hacer prácticas de antenas parabólicas. Ignasi no dijo nada.

El siguiente fue Santiago. Se expresaba con el tono resentido de siempre. Criticó al rectorado por su política de inversiones porque, en su opinión, favorecía a los departamentos relacionados con la ingeniería del transporte cuando era evidente, también en su opinión, que andaban sobrados de recursos. Ignasi asentía con la

cabeza. Aunque no movió ni una pestaña cuando Santiago insinuó que se debía protestar con mayor energía ante el rector por esta discriminación.

Jordi pensó que la intervención de Santiago no se había alejado mucho de las que solía hacer normalmente. Pero le pareció que hoy casi no le dirigía la mirada y que, cuando lo hacía, mostraba mayor indiferencia que de costumbre.

Cuando tomó la palabra Esteban, Ferran preguntó en voz baja a Jordi si le prestaba el panglós que tenía encima de la mesa. Jordi opinó que habría debido hacerlo con mayor discreción porque, justamente cuando se iniciaba la primera intervención en castellano, todos se darían cuenta de que él se colocaba el panglós. «Ten, gradúate bien los auriculares», le murmuró mientras se lo cedía. Ferran se lo puso y cerró los ojos.

Mientras Esteban seguía hablando, Jordi observaba cómo el rostro de Ferran se llenaba de satisfacción. Parecía reír interiormente y no podía ser por lo que decía Esteban, unos comentarios, dogmatizantes como siempre, relativos a la evaluación del profesorado, sino por cómo lo oía él. Todos los asistentes miraban de reojo a Ferran. Salvo Esteban que, al comprobar que contrariamente a lo usual no era el centro de atención, lanzó una mirada de desprecio y de indignación a Ferran que rebotó en Jordi.

Cuando Esteban todavía no había terminado, Ferran se sacó el panglós al tiempo que le decía a Jordi: «¡Es fantástico!». Sonreía sin percatarse de que, por bajito que hablara, todos estaban pendientes de sus palabras. «¡Qué poca gracia debe hacerle a Esteban que le haya oído en catalán, y con su propia voz! ¡Él, que ni tan siquiera ha pronunciado un solo “buenos días” en catalán durante los diez años que lleva aquí!», dijo. Jordi temió que lo hubieran oído porque recibió una mirada de odio procedente del ojo derecho de Esteban. La del ojo izquierdo recayó en Ferran.

La última en intervenir fue Margaret. Se quejaba, en inglés, de los problemas que existían en la residencia para profesores visitantes. Gualbert hizo señas a Jordi para que le prestara el panglós. Un poco asustado, se lo pasó con toda la discreción posible. Pero no pudo ahorrarse la mirada de reprobación de Ignasi. Gualbert puso cara de felicidad cuando pudo oír a Margaret, por el panglós, en catalán. María José, la otra representante de los estudiantes, no compartía la satisfacción de su compañero.

Tras esta intervención la reunión entró ya en el tercer punto del orden del día, el que todos esperaban. Se trataba de la programación del curso siguiente, un tema que siempre provocaba mucha polémica porque nunca nadie había podido compaginar satisfactoriamente las clases a impartir, los horarios, los intereses de los profesores y los deseos de los estudiantes.

Ignasi repartió unas hojas en las que aparecía la programación que proponía para cada profesor del departamento, y se lanzó en una larga explicación con la que no pretendía otra cosa que quejarse de la falta de recursos para atender correctamente a

todos los estudiantes, así como defenderse y excusarse por haber hecho aquello que, debido al cargo que ocupaba, le tocaba hacer.

Era evidente que a Ignasi no le gustaba hacer esa labor, ni ninguna de las labores de un director de departamento. Le faltaba interés, decisión y firmeza, y le sobraba miedo. Ferran, exagerando un poco, decía de él que no era ni carne ni pescado. Había aceptado el cargo porque, como mal menor, era el único que todos los profesores estaban dispuestos a tolerar. Debía favores al departamento y se había visto moralmente obligado a presentarse a la elección. Consiguió muchos votos. Los profesores más ruidosos le votaron porque creían que podrían llevarle por donde mejor les conviniera, y los demás le votaron por evitar a uno ruidoso.

Ignasi proseguía su explicación, pero nadie se ocupaba de él. Todos tenían prisa por encontrar su nombre en las hojas, por saber qué clases les habían tocado y, algunos, por saber qué y cuántas clases les habían tocado a los demás.

Tras haber localizado la información que más les interesaba e indiferentes a los lamentos de Ignasi contra el rectorado empezaron a hablar entre ellos. Santiago mostraba escandalosamente a Esteban la hoja que correspondía a Joan, el profesor más antiguo del departamento, señalando con el dedo el número que indicaba las horas de clase que debía hacer, pocas, evidentemente, a su parecer. Esteban replicaba indignado haciendo notar que José Luis, su discípulo predilecto, tenía que dar más clases que el año pasado.

Ferran comentaba maliciosamente a Jordi que le habían adjudicado las clases de Electrónica de segundo curso, que podía darlas cualquiera, decía, mientras que las de Antenas, que eran de especialización, se las daban a un pipiolo.

Los dos estudiantes se llevaron las manos a la cabeza cuando vieron que el profesor que menos respeto les merecía, no sólo no era despedido, sino que seguiría impartiendo las mismas clases de Electromagnetismo. «¿No querías sopa? ¡Pues dos tazas!», pensó Gualbert.

Ignasi todavía no había terminado cuando la gente empezó a intervenir, y ahora sin el orden de antes. Para Santiago era evidente que aquella propuesta era obra de una mano oculta con intereses muy particulares. Decía que era inaceptable que siempre cargaran con el mochuelo los mismos. Y él, como siempre, se consideraba dentro del grupo de los que cargaban con el mochuelo. A Margaret no le parecía bien que profesores visitantes dieran clases de primer curso. María José opinaba que los profesores peores, si no podían ser expulsados, debían dedicarse únicamente a tareas auxiliares. Cuando Josep le preguntó quiénes eran estos profesores respondió con un: «Todo el mundo lo sabe; ¡y si no que lo pregunten a los alumnos!». Para Esteban la propuesta era inaceptable porque se había hecho caso omiso a la investigación. Según él, la investigación debía ser compensada con la docencia. Los profesores que investigaban más debían ser compensados haciendo menos clases, y a la inversa.

A Ignasi estas intervenciones le hicieron el mismo efecto que si le hubiera caído encima una pedrea. Ya se lo temía, pero no por ello dejaba de sorprenderle. No le sirvió de gran cosa tratar de escabullirse con un: «La propuesta no es mía. Pedí a un grupo de gente que la preparara y creía que, más o menos, habían hablado ya con todo el mundo».

Aquello confirmó a Santiago que la propuesta era obra de una mano oculta; a Margaret, que los profesores visitantes no habían sido consultados; a María José, que el grupo estaba dominado por los profesores malos; y a Esteban, que la habían redactado investigadores mediocres.

Los reunidos habían olvidado a Jordi y a su panglós cuando éste tomó la palabra. Quería contribuir a calmar los ánimos exaltados de la reunión, pero se desanimó un poco al intuir que sólo Josep le agradecería su intento. Dijo que, en principio, no tenían ninguna objeción a la propuesta presentada por el director del departamento, aunque podría mejorarse, y que si existía algún error debía ser involuntario y ya se corregiría. Ignasi no dio muestras de agradecimiento, mientras que más de uno pensaba que si Jordi no se quejaba era porque la propuesta debía irle bien.

Jordi no terminó aquí su intervención. Había venido a la reunión con el objeto de hacer una propuesta y ahora era el momento oportuno de hacerla. Dijo, en tono obediente, que le había vuelto a tocar dar las clases de Electroacústica, que lo aceptaba si así lo deseaba el departamento y que procuraría hacerlo del mejor modo posible. Adoptó un aire humilde y añadió:

—Pero, como sabéis, esta clase es de las que hasta ahora hemos debido dar en inglés y desearía pedir os que me permitierais utilizar el panglós.

»Ya conocéis todos este aparato —dijo al tiempo que lo mostraba a los reunidos y percatándose de que algunos no querían ni verlo—. También sabéis que lo hemos desarrollado en nuestro propio departamento, gracias a la colaboración de mucha gente.

Jordi pensaba que presentándolo de aquel modo encontraría menos oposición que si subrayaba su autoría. Pero a juzgar por las miradas, la forma de presentación no influiría mucho en el resultado.

—No os pido, ni mucho menos, que procedamos a una implantación total del panglós en todas las clases que damos. Podría resultar peligroso si terminara por no funcionar. Sólo os pido que me permitáis probarlo durante un tiempo en mis clases, y si no va bien, lo retiraremos. —Jordi creía que con estas limitaciones, la propuesta podría resultar más aceptable—. En lo que se refiere al aspecto económico, no hay problema. En el laboratorio de Electroacústica podemos intentar montar, sin gastos para el departamento, los veinte pangloses que calculo son necesarios; uno para cada estudiante que no entienda el catalán.

Estaba convencido de que, a no ser por la económica, era imposible que hubiera

otra objeción.

Albert deseaba que llegaran las ocho. Ya hacía un buen rato que se aburría sin nada que hacer. Y no porque durante la noche hubiera tenido mucho trabajo, pero por lo menos se había ido entreteniendo; o recibiendo unas llamadas, o recogiendo el correo, o repasando la prensa, u ordenando archivos. No gran cosa, es cierto, salvo el rato que había pasado analizando los espectrogramas que Jordi le había dejado. En total, muy pocos para él, que presumía de ser un super-ordenador de 128 gigaflops.

Por eso se alegró al detectar que Jordi, con puntualidad británica, insertaba la tarjeta en la rendija de su despacho. Dio de inmediato la orden de apertura y lo saludó como de costumbre.

—Buenos días, Jordi, ¿cómo estás?

—Bien, tirando —respondió Jordi sin ganas de dar más explicaciones.

—Has recibido tres llamadas y cuatro cartas. ¿Quieres repasarlas ahora? —preguntó Albert.

—Sí, vale —dijo Jordi pensando que aquello le ayudaría a terminar de desvelarse.

La primera llamada que le pasó Albert procedía de la biblioteca. Le comunicaban que al día siguiente tendría el libro que había solicitado. «¿Cuándo la recibiste?», preguntó Jordi. «Ayer, a las dieciocho horas, veintinueve minutos, cuarenta y cuatro segundos», respondió con exceso de precisión, «Recuérdame que vaya a recogerlo esta tarde». «De acuerdo», dijo diligentemente Albert.

La siguiente llamada era de Sophie, y Albert se ofreció para traducirla. «No, no hace falta», respondió Jordi. Entendía perfectamente el francés que hablaba Sophie y prefería oírla directamente. Albert le habría hecho una buena traducción, pero era incapaz de reproducir la melodía de su voz. Le preguntaba si iría a la próxima reunión del proyecto EURASI/V. Y terminaba con un «¡Me gustaría tanto que fueras!», pronunciado en una entonación tan sugestiva que acabó por espabilarlo. Pero, por desgracia, no podría asistir a ella. A su pesar le pidió a Albert que le respondiera: «Sophie, no puedes imaginar lo mal que me sabe. He trabajado bastante en ese proyecto últimamente y me convendría asistir a la reunión, pero precisamente la tercera semana de mayo tengo que estar en Los Ángeles, en el MT/38, y me resulta imposible estar en los dos sitios». Y añadió: «¡Y te aseguro que también a mí me hubiera gustado mucho ir!», esperando evocar en ella las mismas sensaciones.

La última llamada era de El-Sayed, desde Arabia Saudí. Prefirió que Albert se la tradujera, porque si hablaba en árabe no podría entenderle y si hablaba en su inglés quizá tampoco. Le pedía una copia de la memoria que Jordi tenía que presentar en el MT/38. Estas peticiones siempre alimentaban su vanidad. Ordenó que Albert se la mandara por correo electrónico cuanto antes.

Mientras examinaba el correo, Albert le informó de que tenía una llamada directa

de Imma Piqué, la vicerrectora de estudios. «Pásamela, quizá sea importante». La notó excitada. «Oye, ¿qué es esto del panglós? Tengo aquí a Ignasi. Me pregunta qué pienso de tu propuesta de utilizarlo en las clases, y no tengo ni idea de qué narices hace este aparato».

«¡De forma que Ignasi ha ido a hablar del tema con la vicerrectora!», pensó Jordi. Pero de hecho no le extrañó. La reunión del departamento había terminado como perros en misa e Ignasi se encontraba en una situación harto difícil. La propuesta de Jordi había exasperado a Santiago. «Con tantos problemas graves como tenemos, y a ti se te ocurre salir ahora con esta tontería», le había dicho. Esteban se había añadido a la queja diciendo que era intolerable hablar de cómo se harían las clases cuando todavía ni se sabía qué clases daría cada uno. María José, al ver por dónde iba Esteban, había dicho que tenían cosas más importantes que discutir que la lengua en la que se darían las clases.

Ignasi se sentía de nuevo acorralado. Unos, ni querían oír hablar de la propuesta, y los demás decían que estaban en su derecho y que debía tomarse una decisión rápida, antes del inicio del curso próximo. Él, en medio, sin opinión y sin osar pronunciarse. Ignasi debe de haber ido a ver a Imma para que le saque las castañas del fuego, pensó Jordi. Pero, en este caso, no le pareció negativo.

—Mira, el panglós es... —dijo Jordi a Imma; pero cambió de idea antes de seguir—: Oye, si quieres te lo enseño y podrás hacerte una idea.

—¿Puedes venir? ¡Fantástico!

Pocos momentos después, Jordi entraba en el despacho de la vicerrectora. Imma, amiga suya desde hacía años, lo recibió cordialmente y le invitó a tomar asiento alrededor de la mesa redonda en la que recibía las visitas de trabajo. Ignasi parecía medio avergonzado. No le gustaba que le viera ahí. Jordi mostró el panglós y explicó los detalles de su funcionamiento y cómo lo habían hecho. A medida que avanzaba, y al ver el interés que despertaba, le salía un tono más animado. Insistía en los aspectos que más atraían a Imma, se anticipaba a sus preguntas, minimizaba los problemas y corroboraba las virtudes que le adjudicaba. La vicerrectora no parecía tener prisa y Jordi lo aprovechó para ofrecerle una visión muy completa.

Cuando le pareció que ya era suficiente, la vicerrectora dio su opinión.

—Jordi, creo que tu panglós es muy interesante y te felicito por haberlo hecho. No sabía nada y me preocupa que en el rectorado nos enteremos tan tarde de las cosas que se llevan a cabo en los laboratorios de nuestra universidad. —Miró de reojo a Ignasi, quien rehuyó su mirada—. Se lo comentaré al rector porque estoy segura de que tampoco él está al corriente, y le gustará. Si te parece bien, también hablaré de ello con los del gabinete de prensa para que lo difundan.

—¿Quieres decir que vale la pena? —preguntó Jordi deseando la respuesta que obtuvo.

—¡Tú dirás si vale la pena! Las demás universidades montan todo un tinglado por mucho menos. Y en lo que se refiere a la propuesta que has avanzado —dijo dirigiéndose a Ignasi—, yo no veo inconveniente alguno.

Ignasi osó objetar que quizá no sería viable. Dijo que la asignatura encargada a Jordi era de las homologadas a nivel europeo, y que la Universidad había aprobado un reglamento según el cual debían impartirse en inglés porque asistían a ella estudiantes de lugares muy dispares. «Eso es lo que ha venido a buscar aquí —pensó Jordi—: que los de las alturas le digan que no puede ser».

Pero esta vez Imma no le resolvería el problema.

—Mira, Ignasi, no tenemos que ceñirnos estrictamente a lo que estipulan los reglamentos. Siempre que nos ha convenido hemos intentado ser flexibles. La Universidad ha decidido hacer estos cursos en inglés no por tratarse justamente del inglés, sino porque es la lengua que más o menos comparten los estudiantes y los profesores de estos cursos —Imma adoptaba un tono pausado—. Pero todos reconocemos que no es la solución ideal, porque si bien puede resultar la mejor solución global, no es la mejor solución para cada uno de los estudiantes y profesores.

A Jordi le gustaba oír en boca de la vicerrectora su propia línea argumental.

—Yo no veo inconveniente en utilizar el panglós en las clases —continuó Imma—. No me parece que nadie salga perdiendo con ello y, en cambio, habrá algunos que saldrán ganando. Jordi podrá utilizar su propia lengua, y los estudiantes que hablen catalán le entenderán mejor que si lo hiciera en inglés. Los que no entienden el catalán podrán usar un panglós y oír la clase en su propia lengua. Quien desee oírla en inglés, podrá hacerlo.

Y sentenció:

—No veo ningún problema y no pondremos ningún obstáculo, pero tiene que decidirlo tu departamento.

Ignasi salió más asustado de como había entrado.

Cuando entró Laura, Jordi estaba preparando la presentación prevista para el MT/38. Llegaba puntual, a la hora convenida dos días antes, cuando ella le llamó. Todavía recordaba los términos exactos de la llamada: «Hola, soy Laura Rius, de la agencia Euromedia —le había dicho con voz cordial—. Los del gabinete de prensa de la universidad me han dicho que usted ha inventado un aparato que traduce y quería preguntarle si tendría inconveniente en que le visitara». No, Jordi no podía ver ningún inconveniente. Por una parte le gustaba dar publicidad a su panglós y por otra le había resultado difícil decir que no a una voz tan cálida.

La primera impresión que tuvo al verla difería sólo un poco de la que se había formado tras la llamada. Tenía un aspecto franco y abierto, aunque su actitud de

fondo parecía reservada. Seguía con naturalidad el ritual de las palabras, miradas y gestos del saludo inicial, pero lo hacía con esfuerzo.

—Le agradezco la visita —empezó Jordi cuando estuvieron sentados uno frente al otro en su mesa.

—Soy yo quien tiene que dar las gracias. Usted debe de estar muy ocupado y le hago perder el tiempo...

—No pierdo el tiempo. Transmitir los resultados de nuestras investigaciones a la sociedad es parte de nuestro trabajo, y en esto usted...

—Por favor, no me trate de usted, tutéeme.

Jordi agradeció aquel gesto de confianza y le pidió que también ella lo hiciera. De hecho, debían de tener una edad similar y no le parecía justificado fijar barreras en el trato.

—Si no te molesta, me gustaría grabar la conversación —dijo Laura confiando en una respuesta positiva.

—Como gustes, pero si quieres podemos decirle a Albert que la grabe y te la haga llegar a tu despacho.

—¿Albert? ¿Quién es Albert? —preguntó Laura al tiempo que barría el despacho con la mirada sin ver a nadie.

—Perdona, es mi asistente —y señaló la caja metálica que tenía en la parte izquierda de su escritorio.

—¡Ah!, le llamas Albert...

El nombre era una de las pocas cosas con las que se podía personalizar a los asistentes. También se le podía poner un tipo de voz masculina o femenina. Jordi había solicitado una voz masculina porque le parecía que así podría dirigirse a él con mayor franqueza. Pero la franqueza duró poco: el tiempo que Jordi necesitó para darse cuenta de que Albert, según qué cosas, no terminaba de entenderlas, y que era muy difícil lograr sincerarse y considerar amiga una voz idéntica a la que oías en muchos despachos diferentes.

—Si te parece bien, podrías empezar explicándome qué es el panglós.

Jordi cogió uno que tenía encima de su mesa y se lo mostró a Laura.

—Este aparato podría llegar a ser el traductor portátil del futuro —dijo queriendo crear expectación—. Todavía tiene algunos defectos, que espero que resolveremos en poco tiempo, pero ahora ya puede ser muy útil...

—Efectivamente, es muy ligero —dijo Laura mientras observaba el panglós que ya tenía entre las manos—. ¿Y es tan bueno como los demás traductores?

—Sí, a pesar de ser portátil es de la misma calidad que los demás. Es más, en realidad podríamos decir que el panglós lleva uno de ellos incorporado aquí —y recorrió lentamente con el dedo la tira curva que unía los dos auriculares por encima de la cabeza.

La lingüística informatizada había hecho unos progresos extraordinarios en los últimos cien años, y los problemas de reconocimiento del habla y de la traducción correcta entre las lenguas más conocidas ya estaban resueltos. Los traductores automáticos de alta calidad estaban tan desarrollados que se habían transformado en bienes de consumo. Muchos aparatos llevaban un traductor incorporado, incluidas las radios y las televisiones.

—Es interesante...

—Pero el panglós mejora un poco los traductores de los que disponemos —prosiguió Jordi con voz calmosa—. Y no porque no sean lo suficientemente buenos. Albert, por ejemplo, tiene un traductor muy bueno, pero tiene una limitación de la que ni siquiera nos damos cuenta por lo acostumbrados a ella que estamos —y marcó una pausa para captar el interés de Laura—. Esta limitación es que los traductores emiten siempre en la misma voz. Fíjate en Albert —dijo señalándolo—. Se harta de traducir mensajes que proceden de voces diferentes: hombres y mujeres, grandes y pequeños. Y siempre me da el resultado en la misma voz: la suya.

Dudó del estilo que estaba utilizando, quizá demasiado parecido al que empleaba en las clases. Pero Laura hacía cara de seguirle con interés.

—¿Nunca te ha sonado extraña una voz masculina traduciendo el mensaje de una chica? ¿O una voz femenina traduciendo el mensaje que sabes que procede de un hombre? Cuando conoces la voz del emisor, ¿no te choca oír la traducción en otra voz? O, por ejemplo, cuando recibes un mensaje de un amigo tuyo que no habla tu mismo idioma y mandas que te lo traduzcan y te dice algo personal, ¿no te sorprende oírlo en una voz diferente?

Era evidente que Jordi quería crear expectación, y a juzgar por la expresión de Laura ya lo había conseguido. Era el momento de dar el paso siguiente.

—Bien, pues el panglós te da la traducción en la misma voz que el original. Cuando oyes el panglós, oyes la voz de la persona pero en otra lengua: la tuya. Es como si la persona que te habla lo hiciera directamente en tu lengua. Tú no notas ninguna diferencia —dijo enfatizando el «ninguna».

—Y esto, ¿cómo lo consigue?

—La idea principal es muy sencilla. Se trata de cambiar los sintetizadores que llevan los traductores actuales por un sintetizador universal que...

—Perdona, pero empiezo a perderme. ¿Qué es un sintetizador? —dijo Laura temiendo estar preguntando algo que Jordi pudiera considerar obvio.

—El sintetizador es la parte del traductor que genera el mensaje verbal. Un traductor, como ya sabes, consta de tres partes principales: el analizador, que capta el mensaje de entrada y lo transforma en texto en la lengua original; el traductor propiamente dicho, que traduce el texto original a la lengua escogida; y el sintetizador, que transforma el texto traducido en voz.

—¡Ah!, ya veo. El sintetizador, por decirlo de alguna manera, es la parte del traductor que lee el texto después de traducido —dijo Laura confiando haber acertado.

—Exactamente. Pero los sintetizadores que se utilizan actualmente sólo pueden leer en una determinada voz, siempre la misma. El sintetizador universal, en cambio, permite leer en cualquier voz. Tú le marcas la voz que debe emplear y el sintetizador lee en aquella voz.

El sintetizador era la niña bonita de Jordi. Le había costado más de diez años de trabajo, sin contar los cinco años que había empleado en el doctorado de fonética acústica. Pero las horas pasadas en el laboratorio, en el despacho, en casa, habían valido la pena. Había debido echarle mucha valentía al asunto para superar varios fracasos, mucha habilidad para esquivar los obstáculos y mucha paciencia para resistirse a las incomprensiones y a las envidias, pero el resultado conseguido justificaba todos los esfuerzos invertidos en el proyecto. Se había ganado un prestigio internacional en el terreno de la síntesis del habla y ahora quería demostrar que su sintetizador tenía muchas aplicaciones. El panglós era sólo una de ellas...

—¿Y cómo sabe en qué voz tiene que leer? —preguntó Laura haciéndole bajar de las nubes.

—Bien, esto no ha resultado muy difícil. Dado que el analizador es el que escucha y analiza la voz original que llega por el micrófono, basta con que transmita las características de esta voz al sintetizador.

—¿Me dejas probarlo?

La ayudó a colocárselo. Le sentaba bien porque le redondeaba la cara. La tira negra que enlazaba los dos auriculares quedaba disimulada entre los cabellos, también negros, de Laura. Le ajustó el micrófono para que le quedara un poco por encima de la altura de la boca.

Laura le pidió que hablara y él le gastó la broma de hablarle en catalán. Quedó maravillada al oír la voz de Jordi, en un catalán perfecto, por los auriculares.

—No, perdona, he hecho trampa. Cuando el panglós recibe una frase en tu lengua, no la traduce. En ese caso, sólo la pasa del micrófono a los auriculares.

Laura sonrió, ligeramente decepcionada pero agradeciéndole la confianza. Jordi siguió hablando un rato en castellano y luego en inglés, y Laura, tras sacarse un momento el panglós para asegurarse de que no volvía a bromear, quedó definitivamente maravillada.

Aunque también parecía pensativa...

Ya hacía más de un cuarto de hora que Jordi paseaba frente al Centro y Laura no llegaba. Le parecía extraño estar esperando en un lugar en el que no había estado nunca a una periodista, a la que había conocido sólo dos días antes, para ir a comer

con ella.

Ante el interés de Laura, Jordi se había ofrecido para probar el panglós en la calle. Ella le preguntó si el panglós podía traducir del catalán al árabe. «¿Cómo que si el panglós puede traducir del catalán al árabe?», exclamó Jordi en un tono pretendidamente ofendido. «¡Si le he puesto este nombre es porque puede traducir a todas las lenguas!», dijo exagerando un poco. «Si quieres, podemos ir a probarlo a Nou Barris». A Laura le había parecido muy buena la idea y sugirió ir a comer al restaurante del Centro Cultural Árabe Anselm Turmeda.

Resultaba gracioso que el Centro estuviera en el mismo lugar en el que, treinta años antes, estaba el Centro Cultural García Lorca. Pero este cambio no era más que un reflejo cultural de la transformación de Nou Barris. La población de origen mayoritariamente andaluz que setenta años atrás se había adueñado prácticamente del barrio, había ido difuminándose en los distritos nobles de la gran ciudad. Ahora, este barrio de Barcelona, al igual que muchos otros, estaba ocupado por población árabe, principalmente magrebí, que también se había adueñado de él. Se notaba en todas partes: el habla de la gente de la calle, los carteles de muchos negocios, y los anuncios, incluso los de los partidos políticos que pedían el voto en las próximas elecciones municipales.

Laura estaba preciosa. Llevaba un vestido elegante, aunque de diario, que le realizaba la figura. Jordi le tendió uno de los dos pangloses que llevaba, preparados para que emitieran en árabe. Se los colocaron y entraron en el restaurante del Centro.

El camarero que les atendió no se sorprendió del todo hasta que oyó a Laura hablar en un árabe perfecto.

—He llamado esta mañana pidiendo una mesa para dos personas.

El aparato que llevaban se parecía a los radioauriculares, pero no era el mismo.

—Si es posible, que no esté demasiado arrinconada —continuó Laura.

El camarero, turbado, les condujo a una mesa central sin dejar de mirar el panglós de Laura ni un momento.

—Ya se habían hecho traductores portátiles, ¿no es cierto? —preguntó Laura cuando estuvieron sentados y en un tono que continuaba la entrevista hecha dos días antes.

—¿Cómo te has enterado? —dijo Jordi sorprendido.

—Los periodistas debemos documentarnos bien para hacer los reportajes —respondió con una sonrisa y no sin cierto orgullo.

—Sí, se habían llevado a cabo algunos intentos, pero sin éxito. Es más, ni siquiera salieron de los laboratorios.

—¿Y la única diferencia entre el tuyo y los de antes es el sintetizador universal? —preguntó Laura.

—No, además del sintetizador también hay un absorbedor de voz —dijo Jordi

como si se tratara de la cosa más corriente del mundo.

—¿Un qué?

—Sí, mujer. Alrededor del micrófono hay un absorbedor de ondas acústicas graduado para que sólo absorba la voz.

Fue una idea feliz. Los traductores portátiles no habían tenido éxito porque exigían hablar en voz muy baja y graduar los altavoces de salida con mucho volumen. No era fácil, porque no todos se acostumbraban a hablar siempre en voz baja. Incluso así, salían dos voces de la persona que utilizaba el traductor: la original, de la boca, y la traducida, de los altavoces. La persona que escuchaba oía simultáneamente dos voces distintas diciendo lo mismo en dos idiomas. La interferencia de ambas voces hacía casi imposible la comunicación.

La idea había sido de Montse, una compañera del departamento que también trabajaba en el laboratorio de Electroacústica. Consistía en adaptar para el panglós algunos de los múltiples absorbedores de ondas acústicas que existían en el mercado y que debían incorporarse, obligatoriamente, en los aparatos generadores de ruidos. Gracias a estos absorbedores, las ciudades actuales eran silenciosas comparadas con las de diez años antes. En las calles, por ejemplo, ya no se oían los ruidos de los coches, autobuses, camiones y motos porque todos ellos debían llevar un absorbedor cerca de cada foco generador de ruido.

—Cuando hablas, las ondas acústicas que salen de tu boca son atraídas por este absorbedor —dijo Jordi señalando con el dedo una especie de bola esponjosa que rodeaba el micrófono situado en el lado de la mejilla derecha—. Sólo las capta el micrófono, y nadie más puede oírlas. Por este motivo, de ti sólo sale la voz de los altavoces del panglós. Además, puedes hablar en el tono de voz que te resulte más natural: los altavoces emiten exactamente el mismo tono y no hace falta graduar el volumen de salida.

Cuando el camarero les trajo la carta, en árabe, se consideraron perdidos. El panglós no podía ayudarles directamente porque era incapaz de ver y, por lo tanto, de leer. La solución consistió en pedir al camarero que les leyera la carta. Entonces sí pudo trabajar el panglós, traduciendo al catalán el nombre y los precios de los diversos platos. Jordi se decidió rápidamente por un plato combinado de pescado. Laura, en cambio, pidió precisiones acerca del contenido de algunos platos y al final pidió cuscús, cambiando los garbanzos de acompañamiento por alcachofas.

Mientras esperaban que les sirvieran comentaron la turbación del pobre camarero y la curiosidad con que el resto de clientes del local les miraba. Hablaban entre ellos con los panglós puestos.

—Oye, Jordi, ¿cómo está funcionando ahora este aparato? Cuando te hablo, ¿mi panglós traduce del catalán al árabe y el tuyo del árabe al catalán?

—En estos momentos, sí, lo más probable es que se produzcan algunas pequeñas

distorsiones.

Se había demostrado desde hacía tiempo la imposibilidad de obtener, en todos los casos, una traducción inversa exactamente igual a la original, y el panglós no se salvaba de esta ley. También se habían hecho famosos algunos ejemplos de traducciones inversas que cambiaban sustancialmente el significado original.

—Si queremos hablar directamente, tenemos que sacárnoslos o bien seleccionar como lengua de emisión la catalana —dijo Jordi.

—¿Y esto, cómo se hace? —dijo Laura cada vez más admirada ante las complejidades y posibilidades del aparato.

—No cuesta nada. Sólo has de pronunciar tu contraseña y las palabras «emisión» y «catalán». A partir de ese momento el panglós pasará directamente tu voz del micrófono a los dos altavoces que hay en los auriculares, sin traducirla.

—¿También hay que decirle en qué lengua quieres que reciba? —preguntó Laura.

—No —respondió Jordi con autoridad—. Puede recibir en cualquier lengua. Al recibir un mensaje el panglós verifica ante todo la lengua de llegada y luego conecta automáticamente el traductor correspondiente. Tú sólo tienes que decirle en qué lengua quieres emitir.

—Ya entiendo —dijo Laura. Y retomando el hilo anterior preguntó—. ¿Y cuál es mi contraseña?

Jordi se sonrojó. No esperaba aquella pregunta y no podía dejar de responderla.

—Bueno, le he puesto lo primero que me ha pasado por la cabeza. Me parece que era: Eme, a, jota, a —dijo queriendo quitarle importancia sin lograrlo.

—¡Ah! —dijo Laura sonrojándose todavía más.

Durante toda la comida tuvieron los panglosos puestos. Laura comentó que el aparato estaba diseñado con gracia porque el absorbedor y el micrófono estaban suficientemente alejados de la boca como para poder llevarlo incluso comiendo.

—Lástima —dijo— que los hayas hecho de color negro. Espero que cuando se fabriquen se hagan con colores más atractivos.

No paró de plantear preguntas y de vez en cuando tomaba alguna nota. No parecía tan interesada por los aspectos técnicos y de funcionamiento en sí, «quizá ya se ha hartado», pensó Jordi, como por las posibilidades de fabricación industrial y, por encima de todo, el éxito que pudiera llegar a tener. Jordi no dudaba en absoluto de ello.

—Piensa en la cantidad de lenguas que se hablan en este mundo y en la necesidad de comunicación verbal que hay entre gente de habla diferente. El panglós facilitará esta comunicación. No te quepa duda.

Lo decía tan convencido que Laura tampoco dudaba de ello, pero...

Estaban terminando cuando se les acercó el director del restaurante con la excusa de saber si les había gustado el almuerzo. «Ha sido excelente, gracias», dijeron los

dos. Pero lo que le interesaba de verdad eran los aparatos que llevaban. Les pidió permiso para preguntarles qué eran y cómo funcionaban. Jordi, contento, dio toda clase de explicaciones y le dejó su panglós para que lo probara. El hombre quedó entusiasmado y preguntó dónde podían comprarse y cuánto costaban.

—Tendrá que esperar un poco porque todavía no están a la venta. Éstos no son más que prototipos que estamos probando —dijo Jordi, orgulloso del interés que despertaba su invento.

—¡Qué lástima! Por poco que pueda, cuando salgan compraré unos cuantos.

—¡Hombre!, quizá con uno ya le bastaría...

—No. Necesitaría uno para cada camarero. No puede imaginarse los problemas que tengo y lo bien que me irían. Muchos de estos chicos han llegado de su país hace poco y sólo saben hablar el árabe. Cuando nos viene un cliente de aquí, como ustedes, no podemos atenderle como es debido y causa mala impresión. Y no crea que no les repito que aprendan catalán y castellano, y también inglés, pero les cuesta mucho y no hay manera. Con este aparato podrían atenderme la clientela perfectamente sin necesidad de ninguna otra lengua.

El hombre se fue preocupado aunque esperanzado.

—Jordi, ¿has hablado con algún sociolingüista de tu panglós? —preguntó Laura con un gesto serio.

Hacía mucho tiempo que Jordi había olvidado la escasa sociolingüística aprendida en la escuela secundaria. Desde entonces no le había interesado, ni se le había ocurrido nunca ponerse a pensar en esos temas.

Aquella mañana, Albert pareció saludarle más agitadamente que de costumbre, con prisas por comunicarle las novedades.

—Hoy los periódicos hablan de ti. He analizado los tres que miro cada día, ¡y los tres hablan de ti! —dijo Albert orgulloso de que su amo fuera tan importante—. ¿Quieres que mire otros?

—Sí —dijo pensando que así lo tendría entretenido un buen rato pidiendo, recibiendo y leyendo otros periódicos electrónicos que se editaban.

Jordi conectó la pantalla para leer las noticias que Albert le había seleccionado. La noticia era casi idéntica en los tres diarios. Se notaba que se habían limitado a transcribir el texto recibido de la agencia; el texto de Laura.

No salía en portada, pero aparecía en el sumario, era bastante larga e incluía la fotografía de un panglós. Eso debía tener su mérito porque, en aquellas fechas, los diarios iban llenos de informaciones de la campaña electoral. Su nombre aparecía tres veces. Jordi se sintió halagado. La descripción que hacían del panglós, que Laura hacía del panglós, era correcta aunque bastante incompleta. «Quizá no me explicara con suficiente claridad», pensó Jordi. La noticia comentaba los buenos augurios que

Jordi preveía para el panglós y las previsiones de fabricación industrial. Terminaba con un «todavía no se ha estudiado el posible impacto del panglós en las sociedades con conflicto lingüístico». Jordi se preguntó de dónde habría sacado Laura aquello.

Estuvo recibiendo llamadas de enhorabuena durante todo el día, todas muy sinceras. Le satisfizo en particular la de Imma, la vicerrectora de estudios. «¿Te das cuenta, Jordi, de que valía la pena? ¡Todos los periódicos hablan de ti y de nuestra universidad! ¡Debemos de ser la envidia de todas las demás!».

Jordi compartió la alegría y el orgullo de Imma, pero no podía evitar sentir cierto pesar. No le desagradaba que el rectorado utilizara su panglós, pero le dolía que nunca hasta entonces se hubieran preocupado por él, ni por lo que hacía o dejaba de hacer, ni por sus condiciones de trabajo. Ahora, él y el panglós eran objeto de una operación de imagen que no hacía más que empezar y que prosperaría con eficacia, interés y presupuesto generoso desde el gabinete de prensa. «Como todas las que se hacen», pensó.

También le llamó Josep, el secretario del departamento. Todavía no debía estar al corriente de la noticia aparecida en los diarios porque no le comentó nada. Le preguntó si le parecía bien que se vieran un momento.

Las noticias que Josep le traía le aguaron la euforia y el entusiasmo que tenía. El hombre estaba preocupado por las reacciones generadas por la propuesta de Jordi. Muchos profesores habían comentado a Ignasi, el jefe del departamento, que no estaban de acuerdo esgrimiendo todo tipo de argumentos. Uno de los que más destacaba era Santiago, con su desprecio por todo lo que era ajeno a él o a los dos de su bando. Otros profesores estaban quizá de acuerdo pero sin hacerlo notar mucho, salvo Ferran, demasiado alocado para convencer a nadie. Los estudiantes, por su parte, se radicalizaban por ambos lados.

—Es una lástima que nos pase esto ahora, cuando últimamente hemos vivido un período bastante tranquilo —dijo Josep.

—No acabo de entender cómo una propuesta tan sencilla puede levantar tanta polvareda —objetó Jordi.

—En nuestra universidad, sólo las propuestas sencillas levantan polvareda —explicó Josep—. Cuando son complejas la gente no dice nada, porque sabe que no logrará cambiar nada, o porque sabe que ya tendrá ocasión de dar su opinión cuando les signifique un estorbo real.

Josep no era un escéptico, pero le gustaba ir sobre seguro. Prefería avanzar poco a poco, dejando las cosas bien atadas y respetando la legalidad. Era un hombre meticuloso, de vida tranquila, amante de la armonía y del orden. Lo que más le disgustaba eran los enfrentamientos y la falta de consenso. Jordi reconocía que desempeñaba bien el papel de secretario del departamento.

—Quizá podríamos encontrar una solución intermedia —propuso Josep.

—¿Cuál?

—Tú has pedido que te permitan hablar en catalán en tus clases y que los que no lo entiendan se pongan un panglós, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Por qué no sigues dando las clases en inglés y dejas que quienes lo deseen se pongan un panglós? De esta forma, la utilización del panglós sería totalmente opcional, y no creo que nadie se oponga. Incluso tú, si quieres, podrías ponértelo y dar las clases en catalán. Con emitir en inglés...

Jordi ya había estudiado esa posibilidad y había llegado a la conclusión de que no era tan buena como su propuesta. «Por eso ya no la hice», dijo. Había considerado los cuatro casos; hablar él en catalán o en inglés, utilizando o no el panglós. Había establecido una matriz relacionando aquellos cuatro casos con los principales grupos de estudiantes que tenía: catalanes, españoles, franceses e ingleses. Había calculado cuántas traducciones debían hacerse, mentalmente o con el panglós, en cada caso. «La meta es minimizar el número de traducciones que deben hacerse en la comunicación entre el profesor y sus estudiantes, porque en cada traducción se pierde un poco». Y el resultado era concluyente: «Lo óptimo es que yo dé las clases en catalán, sin usar el panglós».

—Ya veo. En esto de las traducciones debe poder aplicarse aquello de que «de la mano a la boca se pierde la sopa», ¿no? —dijo Josep, ligeramente desengañado por ver fracasado su intento de apaciguar los ánimos—. Yo sólo quería encontrar una salida aceptable para todos los bandos. ¡En fin! ¿Te importa pasarme este estudio? Hablaré de él con Ignasi.

Jordi volvía a entrar en el Centro Cultural Árabe Anselm Turmeda. ¡Quién iba a decirle que en poco menos de quince días visitaría dos veces un lugar del que antes ignoraba la existencia! Pero esta vez era diferente: era un invitado. Lo había invitado el director del Centro, Abassi Haschani, el día que fue a verle a la universidad.

—Le agradezco mucho el honor que me hace al recibirme —recordaba que le había dicho Abassi Haschani en tono humilde al entrar en su despacho.

—En absoluto. Soy yo quien se siente honrado de recibirle —le había contestado Jordi.

Era sincero. Le halagaba que un representante tan insigne de la comunidad árabe de Barcelona deseara verle.

—Hemos oído hablar de su panglós y estamos maravillados. Es un gran invento.

—Muchas gracias.

—Además nos alegra mucho que escogiera el restaurante de nuestro Centro para ir a probarlo. Espero que no quedáramos mal.

No habían quedado ni bien ni mal, pensó Jordi. Laura quería conocer las

reacciones de la gente de la calle ante el panglós y pudo sacar sus propias conclusiones.

—Quería preguntarle cuándo estarán disponibles los pangloses. Estamos muy interesados y...

—Me temo que tardará un poco. Lo siento, de veras, pero todavía no hemos hecho gestiones con ninguna empresa, ni tampoco sabemos si alguna de ellas se animaría a fabricarlos. Quizás ahora que ha salido en la prensa surja alguna iniciativa.

—Pero, los que tienen, ¿cómo los han hecho? —preguntó Abassi Haschani.

—Éstos no son más que prototipos. Los hemos hecho aquí, en el laboratorio, en plan experimental.

—¿Podrían hacer unos cuantos más, para nosotros, aunque salgan un poco más caros?

Sí. Si estaban dispuestos a pagar, podría pedir a los ayudantes del laboratorio que montaran unos cuantos más. Debería pedir más material, pero era posible.

Abassi Haschani le esperaba frente a la puerta del Centro. Había mucha gente y la entrada estaba protegida por la policía. Ya había anochecido, pero las luces de la fachada estaban todas encendidas, como en los días más significativos. Alrededor del Centro había varias furgonetas que emitían música e himnos electorales. Se esperaba la llegada inminente de un candidato a la alcaldía. Venía a celebrar un acto electoral, aunque el anuncio sólo mencionara una visita de «confraternidad». En época electoral muchos políticos querían hacer estas visitas a las casas regionales, y el Centro las aceptaba con resignación. Esta vez, sin embargo, era diferente, y la expectación mucho mayor. La visita la hacía el alcalde de Barcelona, al que las encuestas daban por ganador seguro si, tal como se esperaba, seguía votándole la numerosa comunidad árabe.

Abassi Haschani le había pedido un panglós a Jordi para enseñárselo el día siguiente el alcalde. Jordi quedó desconcertado. Le gustaba la idea de que el alcalde conociera su aparato, pero le resultaba extraño que lo conociera a través de Abassi Haschani. Habría preferido enseñárselo él mismo, o que se enterara de su existencia por otras vías más convencionales. Pero terminó accediendo cuando Abassi Haschani le invitó a estar presente durante la visita del alcalde.

Le sorprendió ver llegar a Laura. Venía corriendo y se la veía sofocada. «He salido tarde de casa porque he tenido que preparar la cena de mis hijos, y temía llegar tarde». Jordi no se explicaba ni su aparición, dado que Laura no seguía la campaña electoral, ni tampoco quién podía haberla avisado. Sus dudas se disiparon cuando oyó a Abassi Haschani agradecerle su presencia.

Se dieron cuenta de la llegada del alcalde cuando se iluminaron los focos de las televisiones. Venía en coche oficial; una multitud de guardias lo protegía por todas

partes dejando únicamente libre un pasillo para acceder al Centro. Abassi Haschani le dio la bienvenida y le presentó a los miembros de la Junta Directiva, a los que el alcalde saludó con una sonrisa, sin dejar de mirar a las cámaras.

Entraron en el Centro y la visita transcurrió como de costumbre en estos casos. Le mostraron las instalaciones, el grupo de baile del Centro le ofreció un repertorio, corto, de los bailes árabes más típicos y se sirvió un refrigerio en el restaurante. El alcalde saludaba a todo el mundo que se le acercaba, con aparente interés por todo lo que le decían.

Jordi y Laura permanecieron en un rincón, bebiendo un vaso de carcadeh. Laura no participaba en la alegría general. «Los políticos sólo se acuerdan de esta pobre gente en época de elecciones». Era obvio que no sentía mucha simpatía por el alcalde ni por su partido. «Ha venido porque necesita sus votos, y por nada más. Simula interesarse mucho por sus problemas, pero en realidad lo que le interesa mucho son sus votos». El tono resignado en el que lo había dicho cambió cuando añadió: «Pero hoy quizá le salga el tiro por la culata».

Llegó el momento de los discursos. El alcalde se dirigió a la tarima y cuando todo estuvo listo, especialmente las cámaras, se sacó unos folios del bolsillo e inició su discurso.

—Es un honor que me hayáis invitado a venir a este acto de confraternidad — Abassi Haschani miró de reojo a sus compañeros de Junta—. Y además, en este Centro que lleva el nombre del catalán que mejor simboliza la unión entre nuestras culturas, Anselm Turmeda, o como se le llamó en árabe, Abd Allah ibn ‘Abd Allah al-Targuman al-Mayurqi.

A mucha gente le pareció que en árabe debía sonar algo diferente.

A partir de ahí, el discurso del alcalde no fue más que una simple variación de los muchos que pronunciaba durante la campaña, cambiando sólo el nombre del barrio por «Nou Barris» y algún que otro adjetivo por «árabe». Hoy disponía de más tiempo que en otras ocasiones y, tras haber criticado a todos los demás candidatos, incluso pudo presentar parte de su programa electoral. Al público le pareció que, en caso de salir elegido, prometía abrir dos nuevas escuelas en el barrio. Al final la gente aplaudió con entusiasmo.

Luego subió a la tarima Abassi Haschani. Hablaba en árabe y a juzgar por la expresión de su rostro y por sus miradas debía estar agradeciendo la visita del alcalde y de su equipo. El alcalde ponía cara de satisfacción por lo que imaginaba que le estaba diciendo el director del Centro, pero le sorprendió ver que se colocaba un aparato sobre la cabeza y empezaba a hablar en un catalán perfecto.

—Como le decía, señor alcalde, estamos muy contentos de la visita que nos hace y que demuestra el real interés que nuestras autoridades municipales tienen por nuestros problemas. —El alcalde, a pesar de sus esfuerzos por controlarse, no lograba

disimular su desconcierto.

»También nos ha gustado que mencionara a la persona que da nombre a nuestro Centro, Anselm Turmeda —continuó el director—. Tenemos muchas cosas en común con Anselm Turmeda y por ello estamos orgullosos de dedicarle el Centro. También tenemos problemas en común con él.

Llegaba el momento de las quejas y demandas. El alcalde ya estaba acostumbrado y no le preocupaba mucho aquel trance, pero se sentía incómodo.

—Cuando Anselm Turmeda llegó a Túnez, en 1385, tuvo que hacer un gran esfuerzo para integrarse en el país. Se hizo musulmán, se casó con la hija de un notable tunecino y trabajó en la aduana y otros lugares. Nosotros también debemos hacer un gran esfuerzo para integrarnos en este país que ahora nos acoge.

»Pero existe un aspecto en el que nosotros debemos hacer un esfuerzo tres veces superior al que hizo Anselm Turmeda en su tiempo: aprender la lengua del país. Él tuvo que aprender una lengua, el árabe. Nosotros, en cambio, tenemos que aprender tres: el catalán, el castellano y el inglés. Parece extraño, pero seiscientos cincuenta años después de que Anselm Turmeda aprendiera una lengua para integrarse en un país, nosotros, si pretendemos hacer lo mismo, tenemos que aprender tres.

»Señor alcalde, de veras nos ha alegrado oír que construiría dos escuelas nuevas en el barrio. Las necesitamos y le agradecemos la promesa. Pero no podemos alegrarnos mucho porque estamos descontentos de cómo funcionan las escuelas de nuestros hijos. Se pasan el curso aprendiendo lenguas, y mal: el árabe, su lengua materna, y las otras tres. El rendimiento escolar en las demás materias es bajísimo, y muchos de nuestros hijos, como usted ya sabe, terminan fracasando.

»Pero, señor alcalde, al fin vemos una solución al problema de nuestros hijos. Habrá observado que le hablo con este aparato llamado panglós y del que han hablado un poco los periódicos en estas fechas. Estamos convencidos de que este aparato es la solución de nuestros problemas. Con el panglós nuestros hijos sólo necesitan saber su propia lengua, y basta. Podrían eliminarse las demás lenguas del programa escolar y nuestros hijos podrían dedicar mucho más tiempo a las materias restantes.

»Señor alcalde, como máximo representante de esta ciudad tan acogedora y tan generosa con nosotros y a la que estamos tan agradecidos, osamos pedirle que, si sale elegido, tal como todos deseamos, dote a las escuelas del barrio con un panglós para cada uno de nuestros hijos.

Lo dijo en un tono de voz muy parecido al que utilizaban los comerciantes árabes en sus transacciones comerciales. Un terreno en el que todos reconocían que los árabes seguían siendo maestros.

Jordi estaba nervioso. Tenía que salir al escenario y sentía el mismo miedo que cuando le hacían salir a hacer de angelito en las representaciones de *els pastorets* del teatro de la escuela treinta años atrás. Había crecido mucho desde entonces, pero cada vez que tenía que aparecer en público sentía la misma vergüenza. Pensaba que nunca se la sacaría de encima, por mucha experiencia que tuviera.

Deseaba que no llegara nunca el momento de su intervención, que se cancelara, por ejemplo, y al mismo tiempo deseaba que ya hubiera pasado. Se sentía solo; y no porque lo estuviera en aquella sala, llena hasta la bandera, sino porque nadie podía ayudarle en el trance que se le acercaba. Sólo el recuerdo de la llamada de Laura al hotel le reconfortaba un poco: «Ánimo. Estoy segura de que todo te saldrá bien».

Le impresionaba estar en un auditorio de la UCLA, la Universidad de California en Los Ángeles. Pero todavía le imponía más respeto estar en el MT/38, la reunión de aquel año de la sección de Traducción Automática de la ICLA, la Academia Internacional de Lingüística Informatizada. No tenía amigos ni conocidos en este campo. Jordi trabajaba en el campo del tratamiento digital de las señales en el que era conocido y en el que había hecho muchas amistades, pero en el campo de la lingüística informatizada no tenía otros contactos que la gente de su universidad. Se sentía solo y en un lugar desconocido.

Sin embargo, había ido porque había querido. Creía que el panglós era un concepto nuevo y que valía la pena darlo a conocer. Por este motivo, había escrito una memoria para describirlo y la había presentado al MT/38. Se había hecho muchas ilusiones en cuanto a su aceptación, pero había muy pocas esperanzas. Era muy difícil que un recién llegado a un campo científico pudiera estar entre los seleccionados porque las academias siempre querían jugar sobre seguro y rara vez aceptaban el trabajo de un desconocido. Por ello le sorprendió y le alegró mucho recibir la comunicación oficial de aceptación de su memoria para debatirla. Había dado un paso muy importante.

Se lo comunicó a Ignasi, pero éste sólo le felicitó por compromiso. Los compañeros del laboratorio, en cambio, quisieron celebrarlo a pesar de las reticencias del propio Jordi: «No hay que vender la piel del oso antes de haberlo matado», pero Montse decía que todo iría bien y que cuando el panglós estuviera en el WCK volverían a celebrarlo.

El WCK era la base de datos que contenía todo el conocimiento común mundial. Se había creado veinte años atrás como respuesta a lo que dio en llamarse «crisis de conocimientos». La crisis no se debió a la ausencia de conocimientos, sino a su dispersión. Llegó en un momento en que resultaba imposible estar al día de los libros y las revistas que se publicaban en todo el mundo, y seguir los avances que se

presentaban en los congresos. Por más que los conocimientos se fueran fragmentando en especialidades, ningún especialista podía disponer del tiempo necesario para llegar a dominar su materia. Si alguna vez alguien lo conseguía le duraba muy poco, porque los conocimientos no dejaban de aumentar y muchos se hacían obsoletos en muy poco tiempo.

Por otra parte, no siempre lo que se publicaba era correcto, novedoso y acabado. Muchas veces se publicaban cosas que eran incorrectas. El mismo Jordi perdió una vez dos meses tratando de entender una anomalía detectada en un artículo sobre codificación de señales hasta darse cuenta de que no se trataba más que de un uso incorrecto del algoritmo de Kalman.

También era decepcionante constatar que los mismos conocimientos se publicaban una y otra vez como novedosos. A veces los investigadores actuaban de buena fe y sencillamente redescubrían lo que otros ya habían descubierto previamente. Reinventar la rueda, se le llamaba. Otras veces, sin embargo, un mismo investigador publicaba sus descubrimientos en tantos lugares como podía, cambiando sólo algún pequeño detalle.

Era una práctica habitual, difícil de criticar. Ni Jordi podía decir que estaba libre de culpa en ese sentido. El sistema de promoción universitaria y, en general, la evaluación de los proyectos de investigación se basaban en el número de artículos publicados y todo el mundo intentaba publicar cuantos más mejor. Era frecuente publicar diversas versiones del mismo tema en diversos congresos y revistas. Los investigadores no se percataban de que cada publicación innecesaria iba en detrimento del conjunto de lectores que podían estar interesados en ellas. Los investigadores, en general, sólo prestaban atención a la ampliación de su currículum. Por eso a nadie le sorprendía que una persona publicara muchos artículos diferentes diciendo prácticamente lo mismo.

La solución llegó tras una cumbre de organismos internacionales de investigación y educación. Consistía en crear el WCK, un gran sistema informático que contendría todos los conocimientos mundiales de interés común. La creación y el mantenimiento de este sistema serían responsabilidad de unas academias internacionales especializadas en cada rama del saber. La ICLA era una de ellas. El WCK debería ser accesible a todos los centros de investigación, a todas las escuelas, a todas las empresas e incluso a todos los hogares del mundo.

El WCK tuvo un gran éxito. Costó ponerlo en marcha, pero desde entonces se había transformado en una herramienta imprescindible para toda la humanidad. Para los investigadores era el punto de referencia: todo lo que se sabía estaba en el WCK, y si algo no aparecía en él era que no se sabía. Las escuelas se basaban en el WCK para diseñar y actualizar sus programas de estudios. En las bibliotecas se enseñaba el lenguaje de acceso al sistema y se hacían prácticas de localización de los datos que

podían interesar en una situación determinada. Las empresas consultaban el WCK cada vez que se les presentaba un problema nuevo. Incluso los profesionales como los médicos o los ingenieros dependían del sistema para actualizar sus conocimientos.

Jordi ya había tenido el honor de contribuir al WCK con su sintetizador universal. Desde entonces, todo aquel que se formaba en síntesis del habla tropezaba con su aportación y su nombre al consultar el WCK. Había sentido varias veces el orgullo de saber que figuraría para siempre en la historia de los conocimientos. Lo recordaba cada vez que sus estudiantes descubrían maravillados que él, ¡su profesor!, constaba en el WCK. No era el único de su departamento con semejante honor, porque Esteban también había hecho una aportación relativa a los radioenlaces digitales.

Le había llegado su turno. Subió al escenario con las piernas temblorosas. Se instaló en el lugar desde el que debía hablar e hizo un esfuerzo por serenarse. Observó que los ocho miembros de la sección, sentados en la mesa del escenario, tenían un ejemplar de su memoria entre las manos. Esperó a que le presentaran y le autorizaran a hablar.

Le salió una exposición impecable. Jordi pensó que se lo merecía, por lo mucho que había trabajado. Presentó el panglós, no como un concepto que hacía obsoletos los anteriores traductores automáticos, sino como una generalización de éstos. Definió el panglós como un sistema que traducía mensajes verbales de una lengua a otra cualquiera, tiempo real y manteniendo la voz invariada. Relacionó este concepto con los que ya existían en el WCK y, en particular, con el del sintetizador universal.

Para insertar un nuevo concepto en el WCK no bastaba con definirlo. No se trataba de la Academia de Ciencia Ficción, y debía demostrarse que lo que uno proponía era factible. Jordi debía demostrar a la Academia que existía, por lo menos, un prototipo que materializaba su concepto. Sin esa demostración no sería incluido en el WCK. Fue entonces cuando llegó el momento que más temía. Mostró un panglós a los miembros de la sección y al auditorio y se lo colocó en la cabeza. Comenzó a hablar en catalán y el panglós emitió en inglés, la lengua oficial en aquellas reuniones. «Podrán observar que este aparato que uso emite en un inglés más correcto que el mío, gracias a la calidad de los traductores de los que disponemos, y en mi propia voz», dijo.

Cuando hubo terminado la exposición llegó el turno de intervenciones. La primera fue del secretario de la sección que comunicaba a la audiencia que no había inconveniente alguno en incluir el panglós en el WCK. El pleno de la sección había analizado la memoria presentada por el autor y consideraban que el concepto de panglós era correcto y novedoso, y la realización suficientemente acabada a pesar de no ser más que un prototipo. En consecuencia, recomendaban la inclusión de este nuevo concepto en el WCK.

Los asistentes no se opusieron a las conclusiones de la sección. Le hicieron

muchas preguntas relacionadas más con el aparato que había presentado que con el concepto propuesto. Se notaba que muchos presentes no estaban muy familiarizados con la tecnología electrónica del reconocimiento y de la síntesis del habla. Quizá por eso quedaron tan impresionados ante el panglós.

Alguien a quien no conocía le preguntó por qué lo había bautizado con el nombre de «panglós». Jordi contestó que había estado dudando mucho. En un principio había pensado llamarlo «políglota», pero no acababa de convencerle. El nombre de «panglós» se lo había sugerido un compañero de su departamento y le gustó porque combinaba los prefijos «pan» y «gloss», con la pretensión de significar «todas las lenguas».

Recibió un largo aplauso que le emocionó cuando el secretario concluyó que, dada la conformidad general ante la recomendación de la sección, el panglós se incluiría en el WCK.

Después, Jordi recibió muchas enhorabuenas por parte de los asistentes, que agradeció por ser necesariamente sinceras. A la hora del almuerzo alguien a quien tampoco conocía se le acercó y le dijo que encontraba muy acertado el nombre de panglós. «Mucho mejor que el de Espíritu Santo, que sonaría irreverente a pesar de que hace lo mismo que el panglós: otorga el don de lenguas a quien lo lleva», dijo bromeando.

De regreso a Barcelona, Jordi tomó un taxi para ir del aeropuerto a su casa. El trayecto era largo y pensó que quizá le entretendría charlar un rato con el taxista.

—Ya debe haber terminado la campaña electoral, ¿no? —dijo simulando no saber nada.

—Sí, gracias a Dios. ¡Ya estaba hasta el gorro! Y total, para lo que sirven... ¡Siempre ganan los mismos! —respondió el taxista en un tono despectivo. Jordi pensó que no debía gustarle mucho la política, y los políticos menos todavía.

—¿Ganó el alcalde? —continuó Jordi fingiendo no conocer el resultado.

—¡Pues claro! Como le votaron todos los árabes...

—¿Los árabes? ¿Por qué? —preguntó Jordi, esta vez muy sorprendido.

—Cómo... ¿no lo sabe? Pues mire que se ha montado un buen escándalo...

—No sabía nada. He estado fuera estos dos días y no he podido seguir el final de la campaña, ni pude votar... —dijo Jordi, ahora con gran sinceridad.

—Su voto tampoco habría servido de nada. Ya estaba todo decidido.

—¿Qué pasó? —preguntó Jordi intrigado.

—Pues que el alcalde compró los votos de todos los árabes —el taxista se giró para ver el efecto que causaba a Jordi—. Les prometió que si ganaba no tendrían que aprender ni el catalán ni el castellano, y claro, le votaron todos. No falló ni uno.

—¡Qué me dice!

—¡Lo que oye! ¿No se ha enterado de que han inventado un aparato, panglós creo que le llaman, que traduce y puede llevarse siempre encima? —preguntó el taxista deseoso de comunicarle la noticia.

—Oí algo antes de irme...

—Pues el alcalde les prometió comprarles uno a cada uno. ¡Sólo nos faltaba esto! Y además, pagando nosotros, ¡naturalmente!

—Me parece muy extraño.

—¡Cosas más raras se han visto! —dijo el taxista convencido de que las cosas irían cada vez peor—. Estos políticos, con tal de conservar el cargo, son capaces de vender el alma al diablo. Porque, ¿no le parecía ya extraño eso de enseñar a los críos en árabe? ¡Pues mire cómo ha terminado!

El taxista tenía su pizca de razón, pensó Jordi. A pesar de que hacía de eso más de quince años, el mismo Jordi lo recordaba perfectamente. Hubo una campaña muy intensa de los árabes en pro de la enseñanza en árabe. No hubo manera de frenarla, ni aquí ni en muchos otros lugares de Europa. Y no porque se tratara de un colectivo con mucha fuerza, y menos aún en aquella época, pero sabían organizarse y luchar por los derechos que los organismos internacionales reconocían a las minorías. Por otra parte, contaban con el apoyo de los países de la Liga Árabe, algunos de los cuales promovían y financiaban movimientos fundamentalistas. Ya entonces, los inmigrantes árabes podían participar en todas las elecciones y no se privaban de votar masivamente. Los partidos integristas sacaban cada vez más votos.

No tardó mucho en sonar la alarma. Las políticas de integración social y cultural corrían el riesgo de terminar en agua de borrajas y peligraba la estabilidad del país. Los partidos tradicionales no tuvieron más remedio que ir asimilando algunas reivindicaciones de los árabes si querían sobrevivir. La de la enseñanza primaria en árabe fue una de ellas.

—No creo que existan tantos panglós como eso. Por otra parte, esta gente no llevará puesto el panglós todo el día —dijo Jordi, tratando de tranquilizar al taxista.

—No lo sé. La verdad, yo no he visto ninguno.

—Y no les tocará más remedio que aprender el catalán y el castellano si quieren vivir e integrarse aquí...

—¿Integrarse aquí? ¿Usted cree que quieren integrarse? ¡Lo que quieren es vivir aquí como si estuvieran en su casa! Mejor dicho, ¡mejor que en su casa! ¿No se da cuenta de cómo van vestidos y de cómo celebran sus fiestas, y de cómo comen? ¿No ve dónde van de vacaciones? ¿No se da cuenta de que no paran de construir mezquitas? ¿A eso le llama usted integrarse? Desengáñese. Si seguimos haciéndoles la pelota, ¡pronto dejará de ser una broma aquello de que África empieza en los Pirineos!

Aquella mañana, lo primero que Jordi hizo al llegar a la universidad fue ir a ver a Ignasi. Y no porque le apeteciera mucho, sino porque pensaba que después de haber estado fuera tantos días la más elemental de las cortesías le obligaba a visitarle.

—Ah, ¿ya estás aquí? —dijo Ignasi cuando Jordi abrió la puerta de su despacho.

—Sí, llegué ayer de Los Ángeles...

—Me alegro. ¡Por fin podré olvidar a tus pelmazos de periodistas! —dijo Ignasi visiblemente enojado.

—¿También llamaron aquí? Mi mujer me dijo ayer que habían llamado varias veces a casa...

—Pues aquí no han parado de llamar, ni de venir. Preguntaban por ti, y como no estabas pedían por el director del departamento. Al menos podrías haberme avisado —dijo Ignasi con enfado—. ¡Estos días no he podido hacer otra cosa que atender a los periodistas! Y te aseguro que tenía trabajo...

—Perdóname, pero... —dijo Jordi dolido.

—Y menos mal que Josep me ha ayudado un poco, porque de lo contrario habría sido insoportable —replicó Ignasi sin muchas ganas de aceptar disculpas.

—Lo lamento de veras, pero difícilmente podía imaginar que vendrían hasta aquí a molestaros.

—¡Pues no era tan difícil imaginarlo! Con el numerazo que montaste en el Centro Cultural Árabe ya podías prever que los periodistas querrían saber más. Y yo he tenido que representar el papel del imbécil porque no estaba enterado de nada.

—¡Hombre!, repito que me sabe mal que te hayan molestado, pero decir que no estabas enterado de nada...

—¿Y cómo iba a saber yo lo que querías explicar? Lo del panglós no es mi especialidad y no conozco todos los detalles. En el departamento se llevan a cabo muchos proyectos que no conozco a fondo. Los periodistas preguntaban cosas sobre las que no tengo ni idea. Querían tomar fotografías y yo no sabía qué modelo exacto querías enseñar. Tampoco sé exactamente para qué lenguas funciona esto.

Jordi se ofuscó, pero prefirió correr un velo. Era evidente que Ignasi no daría ningún paso en favor del panglós. Sería preferible procurar que no diera ninguno en contra.

—Por cierto, los de la Academia han aceptado incluir mi memoria en el WCK —dijo Jordi consciente de que no provocaría ningún tipo de entusiasmo.

—¿Ah sí? Enhorabuena... —respondió Ignasi, efectivamente, sin ningún tipo de entusiasmo.

Cuando salió del despacho, Jordi no pudo evitar pensar en lo que un amigo suyo le había dicho un día y que le costó poder entender: «En la universidad, y quizá también en otros lugares, existen muchas personas que se toman los éxitos de sus compañeros como fracasos propios. Les costará mucho admitirlo y lo negarán, pero

es la verdad. Para algunos, los éxitos de los demás ponen en evidencia su no-éxito o su menos-éxito-que-el-otro. También están los que interpretan el éxito de sus compañeros como una disminución de sus propios éxitos. Por este motivo, en la universidad nunca recibirás muchas congratulaciones sinceras».

Dejó de pensar en eso cuando encontró a Montse en el pasillo. Se la veía contenta y con ganas de felicitarle. Le dio un abrazo cordial.

—¡Ya te decía yo que todo iría bien! Hemos de celebrarlo hoy mismo. Voy a avisar a los demás y a encargarme del cava.

—Muchas gracias. Tú también has contribuido al éxito del panglós. Es un éxito de todos —reconoció sinceramente Jordi.

—Yo he hecho poco, pero gracias. ¿Te han contado ya que estos días hemos recibido a un montón de periodistas?

—Sí. Me lo ha dicho Ignasi, y estaba muy enfadado.

—No me extraña. No hacían otra cosa que preguntarle su opinión sobre la utilización del panglós en las escuelas.

—¿Eso le preguntaban? ¿Y él qué decía? —preguntó Jordi con curiosidad.

—Decía que era prematuro pronunciarse y que el propio Ayuntamiento lo planteaba como una experiencia piloto. Los periodistas no quedaban muy satisfechos —dijo Montse—. ¡Y le presionaban preguntándole si utilizaríamos el panglós en las clases de la universidad!

—No me ha comentado nada —dijo Jordi extrañado.

—Claro que no. Ante una pregunta tan directa no sabía qué cara poner ni qué decir, el pobre Ignasi. Se liaba diciendo que existía una propuesta, pero que todavía la estaba estudiando una comisión. No pudo aclarar quién formaba parte de esta comisión. Un papel de lo más lúcido. El alcalde, va y promete llevar los panglós a las escuelas de los árabes, y resulta que el director del departamento que ha inventado el panglós no ve claro utilizarlo en las clases de su propio departamento. ¡Los periodistas se han puesto morados! ¡Nos hemos dado un hartón de reír!

Preveía una mañana ajetreada repasando todo lo que Albert le tendría preparado, especialmente las noticias de los periódicos que hablaban del panglós, del alcalde, de los árabes, de su departamento o de él mismo. Pero no habría podido imaginar que Laura vendría a verle.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Jordi, sorprendido por la visita.

—Quería felicitarte personalmente, aunque sólo fuera un momento —dijo Laura en tono alegre—. Espero no molestarte...

—Al contrario, pasa —dijo mostrándole la silla que estaba frente a su escritorio—. Justamente estaba leyendo lo que habéis escrito los periodistas.

—Espero que te guste. Le pedí a Albert que me avisara de tu llegada. No te sabe

mal, ¿verdad? —dijo Laura un poco temerosa ante la reacción de Jordi.

—No, ¡qué va! Pero no me ha dicho nada... —y desvió la mirada hacia Albert.

—Porque le pedí que no te lo dijera. Quería darte una sorpresa. No te lo tomarás a mal, ¿verdad?

Le habría resultado imposible tomárselo a mal. Estaba realmente contento de volver a verla. Le sorprendía, y le gustaba, el carácter decidido de Laura y las iniciativas que tomaba. Como la de lograr enterarse del hotel donde se alojaba en Los Ángeles y llamarle un par de veces. Él todavía no había osado nunca llamarla a la agencia.

—¿Qué te parece el follón que ha provocado el panglós? —dijo ansiosa para comunicarle las últimas novedades.

—Quizás un poco exagerado. La verdad, no hay para tanto. No deja de ser un aparato más, de los muchos que salen continuamente. Si cada vez que saliera un nuevo aparato al mercado, los políticos y los periodistas —y le dedicó una sonrisa— montarais este barullo, sería el no va más.

—Este caso es un poco especial —dijo Laura en tono convencido.

—¿Qué tiene de especial?

—Afecta a la lengua y al habla de la gente. Toca la fibra sensible de muchas personas.

Jordi se sorprendió. Siempre la había oído preguntando y ahora la oía respondiendo. La notaba segura de lo que decía. Descubría una nueva faceta suya.

—Me parece que exageras. El panglós no deja de ser una evolución natural de los traductores. Es un poco especial, si quieres, pero traductor al fin y al cabo —Jordi recobraba su tono profesoral—. Si no recuerdo mal, cuando se popularizaron los traductores automáticos y la gente empezó a comprarlos, nadie se maravilló. El público los aceptó porque representaban un progreso: daban acceso a una información y a un conocimiento mucho mayor en la propia lengua. Como máximo, protestaron los colegios profesionales de traductores, por el trabajo que podían quitarles. Y hoy en día no conozco a nadie a quien se le excite la fibra sensible, como dices tú, ante un traductor. Y mira que los utilizamos...

—¡Tú tienes una visión del mundo muy panglossiana!

—¿Qué? —preguntó Jordi sorprendido.

—Una visión muy optimista. Crees que las cosas siempre irán bien y que en este mundo todo concuerda para que todavía vayan mejor.

—¿De dónde has sacado esto?

—¿No has leído a Voltaire?

—No —tuvo que confesar Jordi—. Me suena de cuando hacía bachillerato pero...

—Pues si hubieras leído *Cándido* sabrías que unos trescientos años atrás ya existían los que se reían del doctor Pangloss.

—¿Y tú, cómo sabes estas cosas? —Jordi estaba maravillado de lo que oía.

—A veces, los de letras sabemos cosas que a los de ciencias os iría bien saber —sentenció Laura. Y volviendo al tema de conversación, continuó—: Me parece que eres un poco ingenuo, si permites que te lo diga —definitivamente Laura también adoptaba un tono profesoral—. A ti te parece que el panglós será un aparato que la gente se pondrá y se sacará, sin mayores consecuencias que las que representa que la gente se ponga y se quite los zapatos cada día.

—Tan poco como esto, no; pero tanto como dicen algunos diarios tampoco.

—Pues a mí me parece que si esto del panglós acaba teniendo éxito, y no dudo de ello, puede llegar a tener consecuencias de la misma magnitud que en su día tuvieron, cuando tú y yo todavía no habíamos nacido, el coche o la televisión. A niveles muy diferentes, pero de la misma magnitud, cuando no mayor.

—Gracias por darle tanta importancia, pero me parece que te pasas —dijo Jordi desconcertado.

—No lo sé. El coche alteró la movilidad de las personas. Permitió que la gente pudiera desplazarse a voluntad de un lugar a otro. Permitió que la gente viviera alejada del lugar de trabajo. La televisión alteró las relaciones sociales y familiares. Alteró el ocio de las personas. Cambio la manera de informarse de lo que sucedía en el mundo. El panglós puede modificar los hábitos lingüísticos de la gente. Puede modificar las lenguas que se utilizan en las relaciones interpersonales.

—Pero esto tendría una importancia muy limitada...

—Puede alterar el equilibrio lingüístico de algunos países —Laura parecía no escucharle—. Podría modificar el *status* de algunas lenguas.

—No lo creo —dijo Jordi, parándose en seco y pretendiendo frenarla.

—Podría hacer estallar un nuevo conflicto lingüístico en nuestro país.

A Jordi le dolía no acabar de conectar con Laura.

Entró en el aula a las diez en punto. A Jordi le gustaba ser puntual porque así podía sacar provecho de los cinco minutos de margen que había antes de las clases. Podía preparar tranquilamente las transparencias que traía, comprobar el proyector, borrar la pizarra o atender alguna consulta de los estudiantes.

En la pizarra había un desorden total. Frases a medio terminar, escritas con desgana y encabalgándose las unas con las otras. Gráficos trazados sin cuidado, llenos de anotaciones que, más allá de la primera fila de la clase, resultaban ilegibles. Fórmulas con errores medio corregidos de cualquier manera. Ninguna relación entre la medida de las letras y la importancia de lo que debía explicarse. Fragmentos inconexos colocados uno junto al otro. Fragmentos relacionados colocados a ambos extremos, unidos a veces por flechas que cruzaban toda la pizarra. Rincones llenos de letras luchando entre sí por hacerse un lugar, mientras que en otras zonas gozaban del

privilegio de campar a sus anchas.

A Jordi le pareció que la pizarra reflejaba, indudablemente, la personalidad de quien la había llenado, del profesor que le había precedido en el aula: Santiago.

Mientras la borraba, se fijó en que estaba escrita en castellano. No le sorprendió porque ya hacía muchos días que entraba en aquella clase después de Santiago y siempre había encontrado igual. Pero nunca se había parado a pensarlo. Aquel día, en cambio, era diferente. Jordi estaba bajo el influjo de la conversación con Laura y empezaba a fijarse en esos detalles.

Recordaba que cuando Santiago entró en el departamento ya empezó dando las clases en castellano. Alguien manifestó su sorpresa y le preguntó cómo era posible que un catalán como él, que hablaba normalmente en catalán, diera las clases en castellano. A Jordi se le quedó grabada la respuesta que dio en tono de disculpa: «Porque estoy preparándome para las oposiciones. Deberé dar una clase en castellano y no creo que al tribunal le guste mucho oír catalanadas. De forma que prefiero entrenarme un poco».

Pero Santiago ganó las oposiciones y siguió dando las clases en castellano. Ahora ya no tenía que hacérselo perdonar: tenía el puesto de trabajo bien asegurado y nadie podía exigirle ningún tipo de explicación. Pero siempre que venía a cuento no perdía la ocasión de explicarlo. Decía que él no daba ninguna importancia a la lengua que utilizaba y que daba las clases en castellano por si había alguien que no entendía el catalán. Que era una bobada atrincherarse en el tema de la lengua, y bobos los que lo utilizaban como bandera.

Cuando estaba a punto de tener la pizarra totalmente borrada se le acercó el delegado de la clase. Contento, aunque un poco tímido, le dijo:

—El otro día Gualbert nos explicó la propuesta que hiciste al Comité de Gobierno del departamento, y yo estoy totalmente de acuerdo.

—Gracias. Espero que todo vaya bien —respondió Jordi.

—Yo también. Gualbert dice que nos convocará para una reunión conjunta de todos los delegados y estoy seguro de que recibirás el apoyo de todos nosotros.

—¿Todos? —preguntó extrañado Jordi.

—Bueno, siempre hay alguno que quiere poner trabas —respondió el delegado sin darle importancia—, pero son minoría. De no ser porque hay profesores que los envalentonan, no osarían decir ni mu —dijo moviendo ostensiblemente la mirada hacia el trozo de pizarra que todavía no estaba borrado.

Jordi se percató de ello y entendió perfectamente el gesto del delegado de los estudiantes, pero hizo como si nada. No le habría costado mucho aceptar la complicidad que le ofrecía, ponerlo de su bando y dedicarse a criticar a su compañero de departamento. Pero no le gustaba trasladar las peleas entre profesores a las aulas, aunque sabía que era ahí donde se ganaban o perdían esas peleas. Los votos de los

estudiantes habían decidido más de una vez los asuntos de los profesores.

—Un día tienes que dejarme probar un panglós —le pidió el delegado.

—Con mucho gusto. Pasa por mi despacho y te dejaré uno. No tengo muchos, pero si sólo es para unos días...

El delegado dudó unos momentos, pero al final confesó, con malicia, las razones de su interés:

—Si me animo me lo pondré en la clase de Santiago...

—¿Y eso? —preguntó Jordi desconcertado.

—Me revienta que dé las clases en castellano, y sobre todo que no haga el menor esfuerzo para que entendamos lo que nos explica. Así que puestos a no entenderlo, prefiero no entenderlo en catalán.

Le alegró volver a ver a Abassi Haschani. Le pareció que estaba contento y satisfecho, aunque un poco temeroso por lo que pudiera pasar. Esta vez estaban en el despacho de la responsable de programación escolar del Ayuntamiento, María Casas. Les había convocado para planificar la utilización del panglós en las escuelas municipales de enseñanza primaria.

—Ya saben que el alcalde tiene un interés muy especial en someter el uso del panglós a un proyecto piloto. Nos ha encargado que preparemos un plan de cara al curso próximo —dijo para centrar el objeto de la reunión y en un tono que demostraba que el plan le interesaba—. Nosotros habíamos pensado seleccionar una escuela con diversos grupos de niños con el árabe como lengua materna y utilizar el panglós en alguno de ellos. Así podríamos analizar el comportamiento del grupo piloto y compararlo con los demás.

—¿Y no sería mejor utilizarlo en todos los grupos de una escuela? —preguntó Abassi Haschani, temiendo que las promesas del alcalde terminaran sólo en migajas.

—No creo que dispongamos de tantos pangloses —dijo dirigiéndose a Jordi.

—No. No podemos comprometernos en montar más de los treinta que prometí —respondió Jordi, pensando que necesitaba veinte más para sus clases—. Los hacemos de forma casi artesanal y no podemos hacer tantos como quisiéramos.

—Con treinta quizá baste. Todo depende de quién se los ponga —observó Abassi Haschani astutamente—. Si hay pocos, quizá podríamos lograr que se los pusieran los profesores que no hablan árabe, en lugar de los niños. Si los profesores emitieran en árabe el efecto sería el mismo, pero podríamos abastecer hasta a treinta grupos de niños.

—No me parece conveniente —dijo María Casas, asustada—. No olvide que es un plan piloto y debe tener un alcance muy reducido. Tenemos que ser prudentes y avanzar con calma. En cuestiones educativas, los fracasos pueden tener efectos muy negativos y conviene limitarlos al máximo. Debemos meditar mucho cada paso que

damos y no dar el siguiente hasta estar bien seguros. Por otra parte, no olvide que es posible que algunos profesores no acepten ponerse un panglós de buen grado, y no nos conviene enfrentarnos con ellos. Bastantes problemas tenemos con ellos como...

—Bien, en este caso, de momento, no me opongo —aceptó resignado Abassi Haschani pensando que, efectivamente, bastante costaría convencer a los profesores—. Pero nos gustaría que empezaran a pensar en un futuro menos próximo porque estamos convencidos de que será un éxito absoluto.

—Nosotros también, y por eso hacemos este plan piloto —rubricó María Casas. Y añadió—: También hemos pensado que no haría falta que los niños usaran el panglós todo el rato. Hay algunas clases que ya se dan en árabe y no lo necesitarán para nada. Las clases de catalán, castellano e inglés deben de hacerse, por supuesto, en estas lenguas, y tampoco lo necesitarán. Sólo tendrán que ponérselo para...

—Un momento —cortó Abassi Haschani en tono seco—. Nos dijeron que eliminarían las clases de lenguas.

—¡Pero esto es imposible! Hay una programación general de la enseñanza, trazada por el gobierno, que fija las materias y las horas de clases, y nosotros no podemos saltárnosla. Todas las escuelas del país tienen que ceñirse a esta programación. El Ayuntamiento no puede hacer nada contra esto —sentenció María Casas.

—Esta programación fue hecha cuando todavía no existía el panglós. Ahora es diferente. Ha aparecido una nueva circunstancia. ¿Acaso no dicen ustedes que la enseñanza debe adaptarse a los cambios de la realidad social? Pues ahora estamos en un momento de cambio —dijo Abassi Haschani, queriendo ponerse en el mismo terreno de los educadores.

—Pero son procesos que requieren su tiempo. Los gobiernos no cambian las leyes de un día para otro. Nos guste o no, las leyes siempre van detrás de la sociedad. Usted ya sabe cuánto tiempo hizo falta para poder dar clases en árabe.

Abassi Haschani no quería ceder más. El alcalde había prometido que revisarían la enseñanza de lenguas y ahora resultaba que no se podía cambiar. La promesa quedaba en agua de borrajas, como tantas otras veces, pero esta vez no estaba dispuesto a aceptarlo.

—Podría hacerse una excepción en este caso —trataba de encontrar una salida—, ya hay precedentes. Cuando la realidad no encaja con la programación escolar, el propio gobierno permite introducir cambios. Fíjese en el caso de las escuelas para niños japoneses. No me diga que esas escuelas también siguen nuestra programación. Bien autorizaron un programa diferente...

—No es el mismo caso —replicó María Casas, con paciencia y en un tono de autoridad—. Estas escuelas son para extranjeros, para niños y niñas que estarán aquí poco tiempo. Vienen con sus padres para pasar sólo unos años, y si siguieran nuestra

programación no podrían continuar bien los estudios en su propio país. Es un caso especial. Las escuelas municipales, en cambio, atienden a niños del país. Da igual de dónde procedan ellos o sus padres. Lo único importante es que son ciudadanos de este país, y todos los ciudadanos deben seguir la misma enseñanza.

—En esto tiene razón —replicó condescendentemente Abassi Haschani—. Pero también la tengo yo cuando digo que los gobiernos, si realmente lo desean, pueden hacer excepciones. Y en este proyecto piloto también podría hacerse una excepción. Podrían suprimirse todas las clases de lenguas, salvo las de la lengua materna, el árabe.

—¡Pero qué dice! —exclamó indignada María Casas. Miró a Jordi, como para solicitarle apoyo, pero éste estaba fascinado por la conversación y no tomaba partido por ningún bando—. ¿Qué tipo de niños se imagina usted que formaríamos si no supieran las demás lenguas? ¿Cómo se comunicarían con otras personas? ¿Cómo podrían jugar con los otros niños? ¿Cómo podrían viajar por Europa? Por otra parte, recuerde que el catalán es la lengua propia de Cataluña, el castellano es la lengua oficial en el estado español y el inglés la lengua oficial en toda Europa. Y eso, quiera o no, se aplica a todos los ciudadanos de este país.

—A mí me parece que usted todavía no se ha dado cuenta de que nuestros hijos pueden ser tan catalanes como el que más sin saber catalán, españoles como los demás sin saber castellano, y europeos de primera clase sin saber inglés —dijo seguro de sí mismo Abassi Haschani. Y concluyó en tono enérgico—: Sólo les hace falta saber su lengua materna y tener un panglós.

Cuando Jordi entraba en la biblioteca tropezó con Gualbert que salía de ella. Éste le saludó, felicitándole efusivamente por el éxito del panglós en el WCK.

—¿Cómo te has enterado? —le preguntó Jordi, extrañado de que la noticia hubiera corrido tan rápidamente entre los estudiantes.

—Por el sistema de la biblioteca. Estoy suscrito al boletín de novedades del WCK y cuando me he conectado a la terminal he visto que habían aceptado vuestro panglós. Casi me da algo. No sabes lo mucho que me alegro. ¡Os lo merecíais!

—Gracias.

«El boletín de novedades es realmente eficaz», pensó Jordi. Aquella misma mañana le había llamado una persona del COM'40, de Milán, que había visto la referencia del panglós en ese boletín y quería conocerlo detalladamente. Habían estado hablando más de media hora. El hombre parecía estar muy interesado porque hasta se había ofrecido para venir a ver a Jordi y hablar de ello personalmente con él.

—Por cierto, quería informarte de la reunión de delegados de estudiantes que celebramos ayer —dijo Gualbert.

Decidieron ir a charlar al bar. Se sentaron en una mesa situada en un rincón y pidieron un par de cafés. Estaban un poco alejados del resto de la gente, pero eran objeto de su atención. No era muy frecuente ver a Jordi en el bar, y menos todavía con un estudiante. Gualbert parecía satisfecho. Se notaba que le gustaba hacer de líder estudiantil, quizá más que estudiar. Se sentía como un pez en el agua hablando de política universitaria con delegados, profesores y gente importante.

—¿Así que ayer os reunisteis? —preguntó Jordi para iniciar la conversación.

—Sí, era la reunión que solemos celebrar a fin de curso, antes de que todos regresen a sus casas. Normalmente hablamos de cómo ha ido el curso, del resultado de las encuestas de evaluación del profesorado y de cosas por el estilo; pero ayer el tema estrella fue el panglós.

—¿Y eso? —preguntó Jordi con sorpresa.

—Sí, informé a los delegados de tu propuesta de utilizar el panglós el curso próximo en las clases de Electroacústica y sugerí debatir la actitud que adoptaríamos los representantes en el Comité de Gobierno del departamento. Prefiero discutir previamente los temas polémicos como éste entre nosotros y, si es posible, llegar a un consenso. Pero ayer el consenso no fue posible y tuvimos que votar.

—¿Hubo polémica? —preguntó Jordi.

—¿Polémica, dices? ¡Un poco más y se pegan! —fue la contundente respuesta de Gualbert.

—¿Qué pasó?

—Pues que la mayoría de delegados estaba a favor, pero los españoles se

opusieron a ella de forma radical. No hubo forma de hacerles razonar —dijo Gualbert en tono indignado—. Y no creas que no tratamos de hacerles ver las ventajas del panglós para los estudiantes, pero no querían reconocerlas. Y está clarísimo que son obvias: con el panglós los estudiantes de aquí, que son mayoría, pueden seguir al profesor en su lengua, sin que los demás se sientan perjudicados. Pero ellos ni nos escuchaban y no dejaron de poner trabas absurdas. Para que te hagas una idea, María José, que hace de portavoz de esta gente, decía que asistir a las clases en inglés iba bien para practicarlo.

—¡Vaya estupidez! —se le escapó a Jordi—. ¡Como si la gente no tuviera un montón de ocasiones para practicar el inglés durante todo el día!

—No fue la única. Querían hacernos creer que, con tu propuesta, los que no entienden el catalán estarían discriminados, porque deberían llevar el panglós. Y fíjate que lo decían delegados que entienden perfectamente el catalán, ¡pero no les da la gana de hablarlo!

—El argumento de la discriminación es absurdo. Esta vez las clases las daré yo, en catalán, pero algún día habrá profesores que querrán darlas en castellano, y no habrá ningún problema: sólo tendrán que ponerse el panglós los estudiantes que no lo entiendan.

—¡Eso mismo les dijimos! Pero nos salieron con la sandez de que los catalanes seríamos los únicos que nunca tendríamos que ponernos el panglós porque entendemos el catalán y el castellano. Como si llevar el panglós fuera un castigo para los que no entienden la lengua del profesor.

—Por otra parte —precisó Jordi—, en las clases de inglés ambos grupos estarían en igualdad de condiciones, y los favorecidos, si así quieren llamarles, serían los ingleses.

—¡Ay...!, estos matices, esta gente, ya no puede o no quiere entenderlos —dijo Gualbert en tono despectivo.

—¿Y cómo fue la votación?

—Ningún problema: ganamos por quince a seis —dijo Gualbert sin ocultar su satisfacción por el resultado—. Pero entonces salió María José diciendo que la votación no era vinculante y que votaría lo que le viniera en gana en el Comité de Gobierno. Ahora resulta que se considera la representante de todos los estudiantes que la votaron y no de los delegados. ¡No puedes imaginar el bollo que se armó! Le dijeron de todo. Me vi obligado a poner paz porque de otra forma habría acabado muy mal.

—Lamento estos enfrentamientos. No creía que todo esto fuera tan complicado —dijo Jordi sin poder evitar pensar en lo que Laura le había dicho—. Ayer mismo asistí a una reunión en el Ayuntamiento en torno a un tema parecido y terminó como el rosario de la aurora.

—¿Qué pasó? —ahora el sorprendido era Gualbert.

—Era una reunión para hablar de un proyecto piloto de utilización del panglós en las escuelas de niños árabes. Los del Ayuntamiento querían mantener la enseñanza de las lenguas, pero los árabes se negaron categóricamente. Querían que la enseñanza del catalán, del castellano y del inglés se eliminara del programa. Decían que, con el panglós, no necesitan estas lenguas para nada.

—¡Hombre!, pero el catalán, por lo menos, sí deberán aprenderlo... —dijo Gualbert.

—Decían que tampoco lo necesitaban —observó Jordi fríamente.

—¡Sólo faltaría esto! —saltó Gualbert indignado—. ¡Otros que dicen que el catalán no sirve para nada! ¡Ahora resultará que los árabes les siguen el juego a los españolistas! —Tomó un respiro, se calmó y, en tono dolido, concluyó—: De fuera vendrá quien de casa nos echará...

Jordi volvió a recordar lo que Laura le había dicho. Quizá sí que la lengua era una fibra sensible de mucha gente. Se preguntaba por qué.

Saliendo del bar, Jordi se cruzó con Margaret, que le dedicó una sonrisa y le felicitó por el WCK.

—¿También tú te has enterado? —preguntó Jordi.

—Sí, me gusta estar al día con todos los progresos, aun cuando no sean en mi campo. ¡No todo es Optoelectrónica en este mundo! —dijo Margaret riendo.

Jordi pensó que tenía razón y que también él debería hacerlo. Admiraba a las personas que sabían de todo, aunque sólo fuera un poco. Él estaba demasiado metido en sus propios temas y no dedicaba tiempo suficiente a conocer otros. Le daba pereza estudiar cosas que se alejaban de su campo. Le sabía mal, pero eso era lo que hacía. «Si sigo así, especializándome tanto, terminaré sabiendo mucho de nada» pensó.

—¿Te molesta que no te devuelva el panglós hasta la semana próxima? —preguntó Margaret.

Había prestado un panglós a Margaret y otro a Ferran pocos días antes. A Jordi le gustaba que compañeros suyos de departamento quisieran probarlo. Margaret le había dicho que lo quería para presumir de buen catalán entre sus amistades, y él no tuvo mayor inconveniente. Ferran, en cambio, siempre tan alocado, se lo había pedido para llevárselo a Madrid. «Siempre he soñado ir a Madrid con un intérprete», le había dicho. No le hizo ni pizca de gracia y se lo dejó con la condición de que no lo hiciera.

—No tengo prisa —le dijo Jordi a Margaret—. ¿Cómo te ha ido?

—¡Perfecto! ¡Todos se maravillan ante mi catalán! —dijo.

—¡Pero si ya lo hablas muy bien! —contestó Jordi haciéndole un cumplido.

—No. Gracias, pero no. Tendría que asistir a más cursos de catalán y practicarlos todavía más. Aún se me nota mucho el acento inglés.

Margaret era una chica inglesa, de carácter sencillo y agradable, que se hacía apreciar por todos los que la trataban. Hacía poco más de un año que había entrado en el departamento y no le había costado mucho granjearse las simpatías de la gente. Al poco de llegar quiso aprender el catalán. Más de uno se sorprendió, y se lo hizo saber. La respuesta que daba, «¿Pero acaso no es la lengua de aquí?», era tan ingenua y candorosa que según quién, al oírla, se ruborizaba. Pronto empezó a hablar catalán. Todavía no se atrevía a usarlo en las clases ni en las reuniones, pero aprovechaba las demás ocasiones para hacerlo. A veces alguien le hablaba en inglés para evitarle el esfuerzo, pero ella insistía en proseguir la conversación en catalán.

—Por cierto, tendrás que ponerle ojos a tu panglós —dijo Margaret risueña.

—¿Por qué? —preguntó Jordi con curiosidad.

—Porque a veces le cuesta traducir bien los pronombres del inglés al catalán, y se producen situaciones chocantes.

—¿Como cuáles?

—El otro día fui a comprar fruta al mercado con el panglós. Tenía las sandías frente a mí y mientras las miraba pedí una, pero la verdulera me dio un melón de los que había al lado. Yo no lo quería. Supongo que el panglós traduce el *one* por «uno», y debió decir «póngame uno» en lugar de «póngame una».

—Sí, claro...

—También me pasó en casa. Llevaba el panglós para presumir de catalán ante mis hijos que se burlan de mí porque lo hablan mucho mejor que yo. Estábamos cenando y les pedí que me pasaran la sal que tenía justo delante mío, y ellos me pasaron el aceite. Supongo que debió traducir el *it* por «él» y decir «pásamelo» en lugar de «pásamela».

—Tienes razón —aceptó Jordi—. Es un problema de los traductores automáticos. Resuelven los pronombres buscando la palabra anterior a la que pueden referirse. Si antes hubieras dicho que te hacía falta sal, el panglós habría vinculado tu *it* con «sal» y habría traducido «pásamela». Pero como no lo habías dicho, sino que sólo mirabas la sal, el panglós no ve y no puede saber el género del objeto al que te refieres. También sucede cuando...

—No te preocupes. De todas formas es un aparato perfecto —dijo Margaret sin querer quitarle mérito al panglós.

—Algún día tendremos que ponerle un ojo artificial...

Ya lo había pensado, y mucho. No se lo había dicho a nadie pero, de hecho, dudaba de la eficacia del panglós en las clases justamente por la ausencia del ojo artificial. Él podría hablar en catalán y sus estudiantes escucharle en la lengua que quisieran. Pero ¿qué sucedería con lo que escribía en la pizarra? ¿En qué lengua tendría que escribir las transparencias? Todavía no disponía de una respuesta convincente para estas preguntas y eso le intranquilizaba.

—Pero es bastante difícil —prosiguió Jordi, conocedor de las dificultades técnicas que deberían superarse—. Espero que la gente no deje utilizarlo por eso...

—Yo, por lo menos, no —dijo Margaret convencida—. En cuanto salga en el mercado, compraré uno. ¡Ya no necesitaré aprender catalán!

Jordi se sobrecogió. No le hizo ninguna gracia que, por culpa del panglós, Margaret pudiera dejar de aprender catalán. Pero era incapaz de explicarse por qué razón le disgustaba. Al fin y al cabo él nunca había dado ningún tipo de importancia a las lenguas que la gente hablaba o dejaba de hablar. ¿Por qué iba ahora a preocuparle lo que Margaret pudiera hacer con el panglós?

Pero sentía como si Margaret pudiera alejarse de él. Como si el mero hecho de que Margaret quisiera hablar catalán le uniera a ella mediante un vínculo que el panglós podría aniquilar. ¿Qué vínculo? ¿El de compartir su lengua? ¿Tan importante era ese vínculo como para que le doliera su desaparición?

No cruzaron una palabra hasta que llegó Laura y los presentó. Fue ella quien había concertado un almuerzo para hablar del panglós: «Nos encontraremos a las dos en punto. No te retrases porque Lluís es muy puntual». Sí, Lluís había sido muy puntual. Cuando Jordi llegó al restaurante, cinco minutos antes de la hora prevista, él ya estaba. Pero no supo de quién se trataba hasta que llegó Laura... con un cuarto de hora de retraso.

Se sentaron en la mesa que tenían reservada. Jordi se sentó frente a Lluís y al lado de Laura.

—Gracias por haber aceptado venir —dijo Laura intentando crear un clima de cordialidad—. Pretendo hacer un reportaje en torno al panglós y me ha parecido conveniente entrevistaros al mismo tiempo.

—Las gracias te las tenemos que dar nosotros por habernos invitado —contestó Lluís—. Yo, por lo menos, habría venido aunque quisiera entrevistarme por cosas que no tuvieran nada que ver con la sociolingüística... —dijo jovialmente.

—Yo también —añadió Jordi, ligeramente celoso—, pero llegaría un poco más tarde —dijo en tono de guasa, provocando una carcajada.

Jordi tenía curiosidad por ver cómo iría la conversación con Lluís. La propuesta de Laura le gustó de inmediato, como todas las que le hacía. Le habló muy bien de él y dijo que le conocía desde hacía tiempo y que era uno de los mejores expertos en temas de sociolingüística. Trabajaba en la universidad más prestigiosa del país en áreas relativas a las ciencias sociales y era asesor del gobierno en temas de normalización lingüística. Jordi pensaba que conseguiría una visión del panglós desde un punto de vista muy diferente al suyo.

—¿Qué opináis del panglós en vuestra universidad? —preguntó Laura dirigiéndose a Lluís mientras empezaban el primer plato.

—No hablamos mucho de él —contestó éste simulando no interesarse mucho por el tema.

—¿Cómo puede ser? ¡Con el barullo que se ha armado! —dijo Laura, sorprendida—. A mí me parece que es un tema clarísimo de sociolingüística...

—Sí, pero aplicada —matizó Lluís con guasa—. Nosotros nos dedicamos más a la sociolingüística pura, que es la que se valora en la universidad. ¡No nos gustan mucho las aplicaciones! —dijo fingiendo desprecio.

—¡Pero alguna aplicación deben tener vuestros trabajos!

—¡En absoluto! ¿Acaso no sabes que los científicos puros se enorgullecen del hecho de que la ciencia que practican no puede tener utilización práctica en ninguna circunstancia concebible?

Rieron de nuevo. A Jordi, Lluís le caía bien. Le sorprendía su capacidad de reírse de sí mismo. Jordi no podía hacerlo. Tenía una visión trascendente de su trabajo. Todavía creía lo que un día, hacía mucho tiempo, leyó en relación a una poesía: que tenía en sus manos una parte del destino de la humanidad.

—Ahora en serio, porque si no no podrás hacer tu reportaje —prosiguió Lluís—. La verdad es que estamos un poco desconcertados. Los sociolingüistas nos dedicamos al estudio de la utilización de las lenguas en una comunidad determinada. Estudiamos en qué lugares y en qué ocasiones se utilizan o no se utilizan las lenguas, o qué grupos sociales las emplean. Estudiamos también los conflictos lingüísticos que se producen en comunidades que, por una razón u otra, disponen de varias lenguas —marcó una pausa y en tono profundo dijo—. Y el panglós nos lo trastorna todo.

—¿Por qué? —preguntó Jordi haciendo un esfuerzo por ocultar la vanidad que le producía que su invento pudiera llegar a ser tan importante.

—Porque si el panglós acaba por imponerse, ¿de qué lenguas tendremos que estudiar la utilización? ¿De las lenguas que la gente habla, o de las lenguas que emiten los pangloses? —se preguntó Lluís—. Si tenemos que empezar a estudiar los pangloses, no me tocará más remedio que cambiar el nombre de mi disciplina. ¡A partir de ahora deberíamos llamarla sociopanglóstica!

Se desternillaron los tres. Hacía tiempo que Jordi no se divertía tanto en un almuerzo. La comida, el vino, la compañía y la conversación habían creado una atmósfera cordial, muy agradable.

—¿Qué te parece el proyecto piloto del Ayuntamiento de llevar el panglós a las escuelas de los árabes? —volvió a preguntar Laura a Lluís.

—Desde un punto de vista científico no tengo ninguna objeción y me parece acertado —aceptó Lluís—. Existe un progreso tecnológico y el Ayuntamiento quiere estudiar en qué puede afectar a la enseñanza. Tenemos que ver en que terminará y cómo lo encajará la sociedad.

—Pero lo de suprimir la enseñanza de las demás lenguas, ¿cómo lo ves? —

preguntó Jordi—. Los del Ayuntamiento estaban muy escandalizados.

—En principio, no veo por qué —respondió Lluís en un tono de autoridad—. Justamente acabo de redactar un artículo, que espero que salga publicado mañana, en el que me planteo hasta qué punto es necesario conocer más lenguas cuando se dispone de los pangloses. Me parece que si se tiene uno, sólo hace falta conocer una lengua y ser capaz de expresarse perfectamente bien en esta lengua. No hacen falta otras. De hecho, el panglós ya las domina por ti.

—Pero ¿y la normalización lingüística de este país? A partir de ahora, ¿qué lengua deberá normalizarse?: ¿la que habla la gente o la que emiten los pangloses? —preguntó Laura satisfecha y preocupada al mismo tiempo por el hecho de que una autoridad en la materia confirmara sus temores relativos al impacto del panglós.

—No lo sé, Laura. Es evidente que en su momento los gobiernos deberán hacer algo si quieren continuar incidiendo en la utilización de las lenguas. Ya veo a nuestros políticos cambiando todas las leyes. Oye —dijo dirigiéndose ahora a Jordi—, ¿se pueden limitar las lenguas que entiende el panglós?

—Hombre, en los pangloses que he hecho hasta ahora he usado un traductor universal. Bueno, ya sabes que esto quiere decir que traduce las 42 lenguas de las que tenemos traductor automático. No costaría nada eliminar algunas, pero la verdad, no veo qué utilidad podría tener...

—¡Pues claro! Haría felices a los políticos —dijo Lluís risueño—. Imagínate que se montara un panglós que sólo pudiera recibir y emitir en una única lengua. En castellano, por ejemplo. Un panglós que únicamente pudiera recibir y emitir en castellano. Entonces podría hablarse de un panglós castellano. La persona que lo llevara podría hablar en cualquier lengua, pero su panglós sólo podría traducir hacia el castellano, y sólo podría entender los mensajes que le llegaran en castellano. Ya imagino a los políticos españoles cambiando el artículo 3.º de la Constitución para que dijera: «El panglós castellano es el panglós español oficial del Estado. Todos los españoles que no conocen bien el castellano tienen el deber y el derecho de usarlo. Los demás pangloses españoles también serán oficiales en las respectivas Comunidades Autónomas, de acuerdo con sus Estatutos».

—¡También debería cambiarse el *Estatut*! —añadió Laura, riendo como los demás—. Ya imagino la nueva redacción del artículo 3.º: «El panglòs propi de Catalunya és el planglòs català. El panglòs català és l'oficial a Catalunya, així como també ho és el castellà, oficial a tot l'Estat espanyol».

—¡Y la gente con dos pangloses! ¡Haré doble negocio! —dijo Jordi mondándose de risa.

—¿Te das cuenta?, ya tienes una excusa para pagarnos el almuerzo —aprovechó para decir Laura mientras acercaba su pierna a la de Jordi por debajo de la mesa.

Efectivamente, al día siguiente salió publicado el artículo de Lluís. Jordi se enteró por Albert.

—Hay un artículo que habla del panglós en el diario *La Nació*. Lo firma Lluís Martín. ¿Quieres verlo ahora? —le pregunto Albert, eficiente como siempre.

—Sí, ¡tú dirás!

—Por cierto, Laura también te lo ha mandado a primera hora de la mañana. Me ha encargado decírtelo en cuanto te viera. Pero yo ya lo había seleccionado antes... —dijo Albert, defendiendo su trabajo.

El artículo ocupaba una columna corta del periódico, dedicada normalmente a temas de lengua. Se titulaba «¿Sigue siendo todavía necesaria una interlingua?». Jordi se dispuso a leerlo con fruición.

«Tras la polémica surgida veinte años atrás a raíz de la proclamación del inglés como lengua común europea, todos tenemos claro el significado del concepto de interlingua. Cuando una sociedad como la europea dispone de grupos que hablan idiomas diferentes, la fórmula más sencilla para que todos puedan comunicarse entre sí consiste en utilizar una lengua común a todos. Éste es un hecho indiscutible. Puede resultar difícil elegir la lengua que deberá servir de interlingua y, en el caso europeo, todos recordamos las dificultades surgidas en su momento. Todavía existen muchas resistencias, minoritarias de momento, ante la aceptación del inglés como interlingua. Pero todos estamos de acuerdo en su necesidad, incluso los que preferiríamos que fuera el francés, el alemán o el esperanto».

En Cataluña no existía mucha oposición al inglés y a nadie se le ocurría proponer que la interlingua fuera el catalán. De hecho, en su momento, los catalanes aceptaron fácilmente la proclamación del inglés como lengua común europea. «Quizás aquí se entendieron los argumentos económicos más fácilmente que en otras partes. Mantener quince idiomas de trabajo en la Comunidad Europea tenía que resultar muy caro», pensaba Jordi. «De hecho, los catalanes conocemos este concepto por partida doble. No sólo tenemos el inglés como interlingua europea. También tenemos el castellano como interlingua española. Somos unos de los pocos casos mundiales en tener dos interlinguas y por este motivo somos uno de los objetivos preferidos del trabajo de los sociolingüistas.

»La aparición del panglós, del que tanto se habla últimamente, puede representar un cambio radical en este sentido. Si el panglós consigue el éxito que muchos le auguramos, nos encontraremos frente a un nuevo progreso tecnológico que revoluciona algún aspecto de la sociedad. En cuyo caso, es posible que el panglós inutilizara el concepto de interlingua.

»Si el panglós permite la comunicación entre personas que hablan idiomas diferentes, ¿qué necesidad habrá de que estas personas aprendan otra lengua que no sea la suya? ¿Qué necesidad tendrá una sociedad de proclamar una interlingua si sus

miembros pueden comunicarse perfectamente mediante un pequeño aparato? La lógica elemental nos dice que ninguna.

»Pero en temas de sociolingüística, la lógica elemental no siempre es válida. Por poner un ejemplo, la lógica más elemental induciría a pensar que, si todos los ciudadanos del Estado español sabemos el inglés, no existe la menor necesidad de que los catalanes sepamos el castellano: podemos comunicarnos perfectamente en inglés con nuestros conciudadanos. Es decir, la lógica nos induciría a pensar que el castellano no debería ser más que una interlingua superflua. Pero es obvio que no debe serlo cuando el castellano está proclamado interlingua española en la propia Constitución.

»Hará falta ver qué sucede con el panglós. Cabe la posibilidad de que la racionalidad termine imponiéndose y que el panglós nos libre de la imposición del castellano y del inglés. Pero también podría darse el caso de que las mismas fuerzas, ocultas, que logran mantener una interlingua superflua logren ahora convertir en superfluo el panglós».

Jordi se quedó pensativo durante un rato. ¿A qué se refería Lluís con eso de las «fuerzas ocultas»? ¿Quién las movía, y por qué? Nunca lo había pensado.

El azar, que gobierna buena parte de los destinos de los hombres, quiso que Jordi no tardara mucho en sentir el efecto de las fuerzas ocultas a las que se refería Lluís.

Había quedado con Laura. Tenían que encontrarse a la salida del trabajo. Tenían pensado pasear un rato, hasta que llegara la hora de ir a casa a cenar. Jordi estaba inquieto. Laura no era una desconocida para él, ni se veían por primera vez; pero era la primera vez que se citaban sin el pretexto del panglós.

Le pareció verla venir cuando todavía estaba lejos. Dudó un poco, sin embargo, porque su aspecto no era el habitual. Parecía caminar deprisa, atareada, mirando y hurgando en su bolso. Era ella. Llegaba totalmente rabiosa, descompuesta y a punto de echarse a llorar.

Le habían robado la cartera que llevaba en el bolso. Mientras subía las escaleras del metro, se le había arrimado un joven por detrás, le había abierto el bolso y antes siquiera de poder reaccionar ya lo había perdido de vista.

Intentaron evaluar la situación en la que estaban. El carterista no le había robado mucho dinero, pero se había llevado los documentos y las tarjetas de crédito. A pesar de no ser muy urgente había que hacer algo. Entraron en el primer bar que encontraron. Mientras tomaban una cerveza, Jordi le ayudó a tranquilizarse. «Algún día tenía que sucederte, y podía haber sido mucho peor. Menos mal que no te ha cogido el panglós: cuesta mucho más», dijo Jordi pretendiendo desdramatizar.

Decidieron telefonar a la central de las tarjetas de crédito e ir a presentar denuncia a una comisaría. Jordi se ofreció para acompañarla. Ella, al principio,

rehusó el ofrecimiento. «Podrías ponerte en un compromiso», dijo. Pero Jordi insistió y Laura acabó aceptando.

Cogieron un taxi. El tráfico era denso y avanzaba muy lentamente. Hablaron del trabajo de ella: si le gustaba, cuántos eran trabajando, cómo les llegaban las noticias, dónde las mandaban, cómo se documentaban, quién era su jefe... Cuando llegaron a la comisaría tuvieron la impresión de que el tiempo se les había hecho corto. Laura ya se había calmado por completo.

Laura se dirigió al guardia que vigilaba la puerta de entrada:

—Venimos a denunciar un robo —le dijo.

El guardia la miró extrañado, como si no entendiera lo que le decía, o no entendiera la lengua en la que hablaba. Le pidió que lo repitiera.

—Una denuncia —insistió convencida de que no entendía el catalán.

El guardia les indicó en castellano un despacho del primer piso, a mano izquierda. Laura entró y subió los peldaños de la escalera seria y decidida. Jordi le seguía, receloso.

Entraron en el despacho. Había un mostrador alto y largo. En uno de los extremos un funcionario tomaba declaración a un hombre que decía que le habían robado el coche. Laura y Jordi se acercaron al otro extremo.

Al poco rato se les acercó otro funcionario, con cara de pocos amigos y de querer ventilar el asunto cuanto antes.

—Venimos a denunciar un robo —dijo Laura.

El hombre hizo como que no había oído nada y pidió que le hablara en castellano porque no la entendía.

Laura, impertérrita, aunque más despacio, repitió en catalán:

—Por favor. Venimos a denunciar un robo.

El hombre se quedó desconcertado, sin saber cómo tomárselo. Era obvio que estaba acostumbrado a que la gente pasara al castellano a la primera indicación suya, y la insistencia de Laura le sorprendía. Puso cara avinagrada y dijo que no entendía el catalán y que no podía tomarle declaración.

—Lo siento —dijo Laura con firmeza—, pero yo quiero hacerla en catalán. Dígame qué debo hacer.

El policía se enojó. Dijo que allí nadie entendía el catalán; que había quien asistía a cursos de catalán, pero que en aquel momento no estaba, ni sabía cuándo volvería; que si quería podía ir a otra comisaría.

—¿Cuál? —preguntó Laura.

Respondió que no lo sabía, que fueran probando hasta dar con una. Le molestaba que Laura le plantara cara y eso le sacaba de quicio. Dijo que estaba hasta las narices del catalán y de los catalanes; que él sólo tenía que pasar una temporada en Cataluña, que esperaba que fuera lo más corta posible; y que no tenía por qué aprender el

catalán.

Jordi no entendía la obcecación de Laura aunque reconocía que, al fin y al cabo, no hacía más que reclamar el ejercicio de sus derechos. Le preocupaba, en cambio, la hostilidad de aquel policía, en absoluto dispuesto a aceptar el catalán o a los que lo hablaban.

Laura sintió miedo durante un momento. Miedo físico a la reacción de un hombre enfurecido y que estaba en su terreno. Un terreno que, sin embargo, también formaba parte de su país. No podía tolerar aquella vejación, por más que Jordi le hiciera señas de calmarse. Se le ocurrió una idea. Abrió su bolso y sacó el panglós. Se lo puso allí mismo, con la máxima naturalidad, y lo sintonizó para emitir en castellano:

—Por favor, quisiera presentar denuncia de un robo.

El policía se quedó atónito. Una de dos: o él alucinaba, o acababa de oír a Laura en castellano. Tenía que ser aquel aparato. La cara de satisfacción de ella le sacaba de dudas. Se sentía vencido, pero ahora carecía de pretexto.

Empezó a tomarle declaración. No entendía nada ni terminaba de creer lo que oía, aunque iba insertando los detalles del robo en el ordenador. Miraba de vez en cuando el panglós. Miraba a Laura y Jordi, y le reventaba la alegría que les producía su desconcierto.

De pronto se detuvo. Había dado con la solución. Les dijo que no podía seguir; que él no tenía ninguna garantía de que lo que oía era lo que ella realmente decía; que no tenía instrucciones para casos como aquél, ni le constaba que el aparato estuviera homologado por la policía. Pidió que le dejara el panglós para ir a consultárselo a su jefe.

—No hace falta —dijo Laura—. Esto que ve es un aparato que traduce lo que yo le digo. Funciona como los traductores que debe tener su ordenador, pero lo hace de voz a voz, en lugar de texto a texto. Usted termine de tomarme los datos y, si están bien, yo firmaré.

Volvía a ganarle la partida, aunque pensó que no del todo. El policía completó la declaración, la imprimió y se la tendió para que la firmara. Ahora era él quien ganaba: ¡estaba en castellano!

Laura la miró y le pareció correcta. Se la devolvió al policía, sin firmarla, y le dijo:

—Gracias. Me parece conforme, pero preferiría firmar la versión catalana. Por favor, ¿puede decirle al ordenador que la traduzca? No le molesta, ¿verdad?

Mientras llegaba la hora de la cita con el rector, Jordi había estado preparando el viaje a Milán previsto para el día siguiente. No tenía mucho que hacer, pero quería tenerlo todo listo. Le había invitado Giampio Pernici, cuando vino a Barcelona para verle, y Jordi había aceptado gustosamente. Tenía que ir a hablar del panglós. El viaje le hacía mucha ilusión porque podía abrirle nuevas perspectivas profesionales... y porque Laura había aceptado acompañarle.

El rector había convocado a Jordi e Ignasi con motivo de la inclusión del panglós en el WCK. La reunión debía ser estrictamente protocolaria porque el rector, en ocasiones como aquella, tenía la norma de felicitar personalmente al autor del trabajo y al jefe de su departamento.

Jordi e Ignasi no hablaron mucho mientras esperaban que les recibiera el rector. Jordi temía preguntarle cuándo se reunirían para decidir acerca de la propuesta de la utilización del panglós en sus clases, e Ignasi temía que le formulara aquella pregunta. Ambos se esforzaron en no tocar el tema.

Entraron en el despacho del rector. Jordi, satisfecho. Ignasi, como de costumbre, asustado.

—Me alegra mucho volver a verte por un motivo como éste —dijo el rector a Jordi refiriéndose a la enhorabuena que tres años antes le había dado por el sintetizador universal.

—Y yo estoy contento por el honor que me hacéis —respondió Jordi educadamente. Eran compañeros desde hacía muchos años, pero Jordi se esforzaba en darle el trato que se merecía por el cargo.

—Eres tú quien honras a nuestra universidad. Ojalá pudiera felicitar cada día a uno de nuestros profesores por alcanzar un hito como éste.

—No soy yo solo. Ha colaborado mucha gente...

—Lo imagino. Por eso quiero hacer extensiva mi enhorabuena a todo el departamento, y especialmente a su jefe —dijo el rector dirigiéndose a Ignasi.

—Muchas gracias. Lo transmitiré —respondió Ignasi cohibido.

—Por cierto, Jordi, Imma me habló muy bien del panglós, antes de que te lo aceptaran en el WCK. Estaba convencida de que daría mucho que hablar y, según veo, acertó.

—Las mujeres siempre aciertan en estas cosas. Debe de ser aquello de la intuición femenina... —añadió Jordi queriendo bromear un poco.

—Cada día me pasan recortes de prensa relacionados con el panglós. Los del Ayuntamiento parecen muy interesados, ¿no es cierto?

—Están preparando un plan piloto, pero no veo muy claro cómo terminará —dijo Jordi, ahora en tono preocupado.

—¡Bueno, hombre! ¿Y cómo quieres que termine? Pues imponiéndose. Y si no es esta vez, será otra. Nadie puede frenar el progreso, y menos en un caso como éste que beneficia a toda la sociedad —dijo el rector, queriendo animar a Jordi. Y continuó—: Es posible que la diversidad de idiomas sea un patrimonio de la humanidad que deba protegerse, pero en un mundo tan intercomunicado como el nuestro también es una barrera. Y el panglós podría ayudarnos a superarla.

—Sí. En eso confío.

El rector se quedó abstraído durante unos segundos. Parecía estar reflexionando en lo que acababa de decir o en lo que diría.

—¡Lástima que no lo tuvieran los que construyeron la torre de Babel! Quizá las cosas hubieran sido distintas —dijo el rector sonriendo.

—Sí, tal vez. Pero hemos llegado un poco tarde...

—Más vale tarde que nunca —marcó una pausa y, con expresión seria, se dirigió a Ignasi—. Por cierto, Ignasi, ¿habéis decidido ya si permitiréis a Jordi utilizar el panglós en sus clases?

Era lo que se temía Ignasi: que el rector le planteara la pregunta que Jordi no había osado formularle.

Se despidió de Laura a la salida del aeropuerto de Milán.

—Pasaré a recogerte en cuanto termine —le dijo Jordi cuando ella ya estaba en el taxi que la conduciría al hotel y mientras le tendía las dos maletitas en las que llevaban el equipaje para un par de días.

—Ven tan pronto como puedas —respondió Laura, y le mandó un beso con los dedos.

Jordi detuvo otro taxi y al poco rato llegó a la sede del COM'40. Era un edificio noble, grande y antiguo, y se notaba que había estado remodelado recientemente para albergar a todos los órganos del Comité Organizador de los Juegos Olímpicos.

Giampio Pernici le recibió de inmediato. Después de saludarle cordialmente y de agradecerle su visita le invitó a entrar en su despacho. Mandó llamar a Claudia Demo y, cuando ésta llegó, se la presentó a Jordi como la responsable de relaciones con la familia olímpica.

—Hemos estado estudiando el panglós y hemos llegado a la conclusión de que puede interesarnos, y mucho —dijo Giampio Pernici en un inglés italianizado que Jordi podía entender sin dificultades.

—Muchas gracias. Ya saben que estoy a su disposición para todo lo que puedan necesitar —respondió Jordi también en inglés. Y mientras abría su portapapeles, añadió—: Si lo desean, me pongo un panglós y podemos mantener la conversación en italiano.

—No, no hace falta. Si todo va bien tendremos muchas ocasiones de utilizarlo.

A Jordi le sorprendió el convencimiento con que hablaba de su aparato. No cabía duda de que debían haberlo estudiado realmente a fondo porque parecían tener muy claro lo que querían.

—Hemos pensado que el panglós podría irnos bien para resolver dos problemas muy diferentes al mismo tiempo —prosiguió Giampio Pernici—. Para matar dos pájaros de un tiro, por decirlo de alguna manera. ¿Qué te parece si empezamos por el primero, Claudia?

—Muy bien —respondió Claudia Demo. Y dirigiéndose a Jordi, dijo—: Giampio ya debe haberle comentado que nos preocupa la gran diversidad de idiomas existente entre los miembros de la familia olímpica.

—Sí. Me comentó algo cuando vino a Barcelona.

—También debió decirle que el problema crece con cada edición de los Juegos Olímpicos. Al principio, cuando participaban pocos países y venía poca gente, con un par o tres de lenguas oficiales debía bastar. Pero en los últimos años, las cifras se han disparado. La última vez, en Pekín, participaron más de doscientos países y la familia olímpica constaba de más de cuarenta mil personas.

—¡Casi nada! —exclamó Jordi.

—Ante semejantes cifras, pretender que con unas cuantas lenguas oficiales se resuelve el problema de la comunicación es pura falacia —sentenció Claudia Demo, y prosiguió—. En Pekín se llevó a cabo un estudio según el cual más del cincuenta por ciento de la familia olímpica, descontando a los chinos, no lograba expresarse bien en ninguna de las tres lenguas oficiales.

—Como ve, no puede decirse que eso sea muy olímpico —dijo Giampio Pernici dirigiéndose a Jordi—. Difícilmente podrán hermanarse los pueblos si sus ciudadanos ni siquiera logran entenderse.

—Y por más intérpretes profesionales, traductores y voluntarios que pongamos, no basta —seguía Claudia Demo preocupada—. No tenemos, ni podemos poner un intérprete para cada miembro de la familia. Con los medios actuales, el problema no tiene solución. No podemos conseguir que todos puedan hablar con todos. ¡Pero, con el panglós, sería otra cosa! —dijo esperanzada.

—Ya veo —dijo Jordi, siguiendo el hilo de la conversación.

—Pero nos harían falta unos cuarenta mil pangloses... antes de dos años.

Jordi tuvo un sobresalto. No estaba preparado para oír cifras de aquella magnitud. Ya imaginaba que si le habían invitado a ir a Milán era porque querían pedirle unos cuantos pangloses. Pero él pensaba en decenas o, como mucho, en centenares. En Barcelona también se los pedían, pero no pasaba de las decenas. Oír ahora hablar de decenas de miles le provocaba vértigo.

—Éste es el primer problema que el panglós podría resolvernos —dijo Giampio Pernici sin darle tiempo a recuperarse—. Es el más importante, sin duda. Y la

solución no tiene muchos riesgos para nosotros: si por algún motivo de fuerza mayor, al final no lográramos disponer de los pangloses que necesitamos, podríamos recurrir a los intérpretes tradicionales, y más o menos hallaríamos una salida, como lo han hecho los organizadores de las ediciones anteriores.

Jordi pensó que ya podían ir haciéndose a la idea de recurrir a los intérpretes porque no veía la posibilidad material de fabricar tantos pangloses en poco tiempo. Pero Giampio Pernici y Claudia Demo debían opinar diferente porque seguían hablando como si fuera cosa de coser y cantar.

—El otro problema es más político —dijo Giampio Pernici, en el tono que usan los políticos cuando están en el poder—. Usted ya debe saber que en cada edición de los Juegos, los organizadores tratan de presentar un nuevo progreso tecnológico al mundo. Es lo que llamamos el proyecto del prestigio, pensando de cara al lucimiento de los organizadores y del país. Usted, que es un experto en este campo, debe saber que los primeros traductores automáticos texto-a-texto se presentaron en los Juegos de Río de Janeiro del año 20.

¡Claro que Jordi lo sabía! No lo había seguido de cerca en aquel momento, porque no era su especialidad, pero lo estudió después. A finales de la primera década se consiguió un sistema capaz de traducir cualquier tipo de texto, en una estructura que permitía añadir fácilmente nuevas lenguas. Fue un hito científico alcanzado tras casi ochenta años de investigaciones.

—Y también debe saber que los primeros reconocedores automáticos del habla se presentaron en los Juegos de El Cairo del año 28 —añadió Giampio Pernici.

—Exactamente. Tuvieron un impacto extraordinario. Por primera vez cualquiera podía hablar con los ordenadores de cualquier tema y los ordenadores podían saber con quién hablaban sólo por la voz —contestó Jordi, cómodo en un tema que dominaba a la perfección.

—Por eso hemos pensado que sería muy acertado presentar el panglós en los Juegos del 40. Parecería como si hubiera un vínculo entre los Juegos Olímpicos y los progresos en la comunicación humana, y me parece magnífico. Resolveríamos el problema de Claudia y presentaríamos un proyecto de prestigio extraordinario. Hemos estado siguiendo por el WCK todos los progresos que salen últimamente y nos ha parecido que el panglós sería el más conveniente para nosotros.

—Sería realmente bonito, pero me parece imposible —quiso incidir Jordi.

—Pero, a lo que iba —Giampio Pernici parecía no oírle—. En esto no podemos fallar. Nos jugamos demasiado. Si no lográramos tener los pangloses listos nos quedaríamos sin proyecto de prestigio y haríamos un ridículo mayúsculo. No creo que le hiciera mucha gracia a nadie. Ni a la ciudadanía, ni a nosotros, ni a los políticos que nos gobiernan. ¿Entiende a lo que me refiero?

Fue a recoger a Laura al hotel. La encontró en el vestíbulo, esperándole para salir a dar una vuelta. Vestía de turista, con una blusa estampada sin mangas y pantalones cortos. Jordi subió a la habitación para cambiarse y ponerse a tono con ella.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó Laura mientras salían del hotel.

—Tenemos que seguir hablando de ello, pero supongo que debería decir que ha ido bien. En todo caso, ha sido sorprendente.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Laura intrigada.

—Me han dicho que querían cuarenta mil pangloses para los Juegos Olímpicos —contestó Jordi, mirándola de reojo para ver el efecto que le producía.

—¿Cuarenta mil? ¿Y de dónde van a sacarlos? —dijo admirada, sorprendida y sin terminar de entenderlo.

—Quieren montar una empresa para fabricarlos —dijo contundente—. Y van deprisa: ya han establecido los primeros contactos con una multinacional italiana.

—¿Italiana...? —dijo Laura decepcionada.

—Sí. Es la condición que ponen —confirmó Jordi—. Pero estarían dispuestos a fabricarlos en la división que tienen en Cataluña. Dicen que eso incluso podría irles bien para obtener subvenciones de la Comunidad Europea. Quizá podría llegarse a un acuerdo con la universidad.

—¡Es fantástico! Ya te veo director...

—Es lo que me han propuesto —dijo Jordi envanecido—. Me han propuesto ser el director técnico.

—¡Qué bien! ¡Yo también quiero trabajar ahí! —dijo Laura riendo y medio en broma.

—Les he dicho que no —Jordi le eliminaba de golpe toda posibilidad de sueño. Y se lo explicó—. Yo ya estoy bien en la universidad.

—¡Hombre! Depende de las condiciones... —Laura no quería cerrar todas las puertas.

—Ninguna empresa puede ofrecerme las condiciones de trabajo que tengo en la universidad. En ningún lugar me darán la libertad que tengo ahora para hacer las cosas que quiero. Pueden ofrecerme más dinero, pero no más felicidad —dijo Jordi, repitiendo una afirmación que hacía a menudo.

—¿Quieres decir que estás del todo convencido? —preguntó Laura en tono incisivo.

Laura acertaba de nuevo. No, no estaba del todo convencido. Más de una vez había meditado la idea de mandarlo todo a paseo.

Reconocía que el trabajo le gustaba. Disfrutaba dando clases, estudiando e investigando. Tenía el privilegio, poco común, de poder vivir trabajando en lo que quería. Estaba a gusto con los estudiantes, con los compañeros más cercanos y con los buenos amigos que tenía. ¿Podía desear algo más?

Sí, podía desear estar en un lugar con menos iluminados convencidos de ser mesías portadores de la verdad absoluta. Con menos dogmáticos. Con menos personas convencidas de ser la elite más selecta de la sociedad.

Podía desear estar en un lugar con menos individuos convencidos de ser más inteligentes que los demás. Con menos gente inclinada a creer que lo que hace es más importante que lo que hacen los demás.

Podía desear estar en un lugar donde las personas no estuvieran fastidiándose tanto las unas a las otras. «La gente de la calle tiene una imagen muy equivocada de la universidad —pensaba—. Cuando ven a dos profesores en conversación animada mientras pasean por los pasillos o el jardín, creen que están discutiendo sobre el sentido del giro de los electrones: si va hacia la derecha o hacia la izquierda. Se equivocan: lo más probable es que estén criticando la última jugada de la que han sido víctimas o la que están preparando ellos».

Dejó de pensar en eso. No era ni el momento, ni el lugar.

—Si no hubiera trabajado en la universidad, no te habría conocido...

Estuvieron paseando toda la tarde. Cuando oscureció fueron a cenar. No dejaron de hablar ni un momento: hablaron de todo, especialmente de la cara de sorpresa que ponía la gente que les miraba. Ni Jordi ni Laura se habían sacado el panglós durante toda la tarde. Se lo sacaron a la hora de acostarse. «Para según qué cosas, el panglós es más un estorbo que una ayuda», dijo Laura.

Había quedado en ir a almorzar con Marc Boada antes de salir de viaje a Milán. Laura lo sabía por Jordi y ambos sentían gran curiosidad por ver qué interés podía tener un alto funcionario de la Dirección General de Normalización Lingüística del gobierno catalán en el panglós.

Mientras tomaba asiento en el restaurante, Jordi pensaba que el panglós, cuando menos, le estaba brindando muchas oportunidades de comer bien. No sabía si eso era un buen augurio.

—He preferido que nos viéramos aquí por discreción —dijo Marc Boada en voz más bien baja—. Me parece más oportuno encontrarnos en este local que no en su despacho o en el mío. No me gustaría mucho que nos vieran juntos. Ya sabe, la gente nos conoce; y los periodistas enseguida hacen comentarios...

Jordi dudó si decirle que Laura estaba informada de aquella entrevista. Finalmente le pareció que complicaría las cosas y que no valía la pena.

—Me parece muy bien. Ha escogido un lugar muy bonito, pequeño pero agradable. Se lo agradezco mucho —dijo Jordi en tono de cumplido. Y, tratando de iniciar la conversación, prosiguió—: ¿Cómo va la normalización lingüística? Hace tiempo que no oigo hablar de ella.

—Vamos tirando —respondió Marc Boada en un tono no muy animado.

—Pero el país, parece que va bien, ¿no? —dijo Jordi queriendo animarle.

—¿Qué quiere que le diga! El INLAC hace años que no se mueve...

—¿El INLAC? ¿Qué es el INLAC? —preguntó Jordi sorprendido.

—¿No lo conoce? —dijo Marc Boada extrañado de que Jordi no conociera algo que a él le resultaba tan familiar—. Es el indicador de la normalización lingüística en Cataluña. Es un dato que calculamos mensualmente y que indica el grado de presencia del catalán en el país. Es como una especie de índice de precios al consumo, como una especie de IPC.

—¿Y cómo lo calculan? —preguntó Jordi.

—Es bastante complejo. Sometemos una serie de personas seleccionadas aleatoriamente a una encuesta y les preguntamos qué uso hacen del catalán en sus actividades diarias, en sus casas, en el trabajo, en sus momentos de ocio, etc... Bien, también se incluyen informaciones de los ámbitos colectivos, como la rotulación de los comercios, la publicidad y otras cosas parecidas —dijo Marc Boada sin ganas de profundizar mucho en los detalles.

—Es interesante.

—Sí, pero el problema es que hace años que estamos estancados. No hay forma de progresar —dijo Marc Boada, de nuevo desanimado—. Nuestra burocracia sigue calculando el INLAC cada mes, pero lo cierto es que casi ya ni miramos el resultado. Siempre es el mismo: en torno al sesenta por ciento.

—No está nada mal —insinuó Jordi queriendo animarle.

—A nosotros no nos satisface —replicó Marc Boada quitándole a Jordi las esperanzas—. Algunos incluso empiezan a decir que nuestra tarea no sirve para nada. Y fíjese que, sólo en el gobierno, ¡somos más de doscientas personas trabajando en esto! Nos insinúan desde hace tiempo que, dado que nuestro objetivo es aumentar la presencia del catalán, el INLAC debería ir mejorando. Y como no hay forma de que mejore, dicen que no hacemos nada útil.

—Mantener ese sesenta por ciento debe costar lo suyo —dijo Jordi con la intención de querer reconocer el trabajo que llevaban a cabo.

—¿Desde luego! ¡Y que lo diga! —dijo agradecido Marc Boada—. El catalán es una lengua continuamente amenazada por el castellano y el inglés y, si no nos esforzáramos todos, en poco tiempo quedaría marginada, se lo aseguro. La gente no lo ve así y no nos valora lo suficiente. Pero progresar, lo que se dice progresar, no lo lograremos hasta que cambien las leyes.

—¿Y por qué no las cambian? —preguntó Jordi simulando ingenuidad.

—Dicen que no pueden, y quizá tienen razón. Con la Constitución y el Estatut que tenemos, realmente se puede hacer bien poca cosa. Y usted ya sabe lo que cuesta cambiarlos, y más aún en lo que se refiere a las lenguas. Parecen sagrados. El resultado es que nuestro gobierno no tiene muchas competencias en este campo y,

cuando osa avanzar un poco, sale muy escarmentado.

A Jordi empezaba a contagiársele el desánimo de Marc Boada. No tenía tanta información como él, ni estaba al corriente de la situación, pero le creía. Le asustaba pensar que al hombre le preocupara la posibilidad de que el panglós empeorara todavía más la situación. Y le sabía mal. Por eso le sorprendió observar que recuperaba cierto optimismo al decirle:

—Quizás ahora con el panglós las cosas mejorarán...

—¿Por qué? —preguntó Jordi extrañado.

—Quizá nos equivoquemos, pero con el panglós las cosas podrían mejorar, y mucho —repitió de nuevo Marc Boada en tono esperanzado.

—¿Cómo?

—Mire, nuestro objetivo es mejorar el grado de utilización del catalán en las cuatro posibilidades lingüísticas de las personas: hablar, escuchar, leer y escribir. El panglós no altera ni la lectura ni la escritura, ¿no es cierto?

—Sí —confirmó Jordi.

—Pero en cambio altera el habla y la escucha, ¿no? Hasta ahora nos proponíamos mejorar los porcentajes de habla y escucha en catalán de las personas. Y eso es muy difícil. Es un asunto de generaciones.

Tenía razón, pensaba Jordi, y enseguida le vino a la mente la imagen de Esteban y de otros compañeros de la universidad. Debía costar mucho hacer cambiar los hábitos lingüísticos de la gente. Bastaba fijarse, tras más de setenta años de normalización lingüística, en la notable persistencia del castellano en su universidad y en todo el país. Le horrorizaba pensar el tiempo que se necesitaría para normalizar el catalán entre los inmigrantes árabes.

—Pero con el panglós podríamos verlo de otra forma —seguía Marc Boada, siempre optimista—. Si la gente que no habla catalán se acostumbrara a llevar un panglós, podríamos cambiar nuestro objetivo. Podríamos ignorar la lengua que sale de los labios de la gente o que le entra por los oídos. Que cada uno haga lo que le parezca. En calidad de normalizadores lingüísticos quizá sólo nos interesa la lengua que sale del panglós, o la que entra en él, porque es la que va a parar al ambiente, a la colectividad. Vista desde esta perspectiva, la cosa resulta apasionante.

—¿Pero cómo lograrían que la gente emitiera en catalán y no en otra lengua? —preguntó Jordi, que comenzaba a interesarse en aquel objetivo.

—Con eso sí podemos lidiar —respondió Marc Boada, dando a entender que ya se lo habían planteado.

—Puede resultar tan difícil como hacer cambiar la lengua con la que se expresa la gente.

—No lo vemos así, la verdad —dijo Marc Boada, confirmando que lo habían estado estudiando a fondo—. Las personas son más sensibles a la lengua que hablan u

oyen; pero si el panglós está equipado con un buen traductor debería resultarles indiferente la lengua que entra o sale de su panglós.

—De todas formas, escogerán la que quieran —objetó Jordi.

—Sí, pero podríamos estimularles para que optaran por el catalán. Hasta podríamos crear alguna ley en este sentido. No existe nada que nos prohíba legislar en cuanto a los pangloses. Afortunadamente, la Constitución y el Estatut no lo mencionan. En la legislación actual, lo más parecido a los pangloses son las emisoras de radio y, en este ámbito, tenemos suerte porque las competencias son nuestras —dijo Marc Boada convencido.

—La gente se tomaría a mal recibir órdenes en cuanto a cómo debe hacer funcionar su panglós. Si el aparato permite escoger la lengua de emisión, no veo cómo lograrán ustedes obligarles a escoger una en concreto.

—¿Por qué no? ¡Cosas peores ordenamos e imponemos a la gente! —dijo Marc Boada riendo. Marcó una pausa y retomando la seriedad, prosiguió—: Ya existen aparatos de consumo generalizado que, por prohibición de los gobiernos, no pueden funcionar al cien por cien. Fíjese en los coches, por ejemplo. Prácticamente todos los coches que existen podrían alcanzar los doscientos por hora y, sin embargo, está prohibido sobrepasar los cien en todas las carreteras de Europa. De todas formas, podría ser una ley blanda, de alcance muy limitado...

—¿Y cómo se haría eso? —preguntó Jordi con curiosidad.

—Muy sencillo —respondió Marc Boada—. Sería suficiente exigir a la gente que usara un panglós que lo hiciera emitir en catalán en los edificios de la administración pública. Sería muy fácil de controlar. En los demás lugares, que emitan en la lengua que quieran. Sólo con eso, estoy convencido de que mejoraríamos mucho —dijo, deseando que llegara el momento.

—¿Está seguro? —objetó Jordi un poco escéptico.

—¡Pues claro! A la gente hay que conocerla. Todos somos perezosos, y si nos piden emitir en catalán cuando vamos al ayuntamiento, a un hospital, al mercado, a la escuela, a la universidad o a comprar un billete para el metro o el autobús, lo más cómodo es dejar que el panglós emita siempre en catalán. ¿Se imagina cómo se dispararía el INLAC...?

Marc Boada puso cara de estar soñando. Jordi lo miraba, contento de que el panglós pudiera inspirarle sueños de bienestar.

—Y en mi universidad, ¿en qué lengua tendrían que emitir los pangloses? —le preguntó, sintiendo despertarle.

—Que yo sepa, su universidad es pública, ¿no?

Jordi se moría de ganas por explicar la conversación a Laura. Imaginaba que le gustaría, pero no sabía si tenía que hacerlo. Seguro que ella le tentaría, y él dudaba de sus fuerzas.

Aunque faltaban más de cinco minutos para empezar, el salón de actos de la Facultad de Medicina estaba abarrotado. La expectación era impresionante. En el exterior reinaba el calor pringoso del mes de julio barcelonés. En el interior, se añadía el calor desprendido por muchos cuerpos humanos en un recinto demasiado lleno o demasiado pequeño. Muchos asistentes al acto combatían el bochorno abanicándose con lo que podían. Jordi no osaba hacerlo.

Estaba sobre la tarima, junto a cuatro personas más a las que acababa de conocer. Se sentía seguro, aunque incómodo. Miraba al público, y especialmente a Laura, que estaba sentada más o menos en el centro de la sala frente a Jordi. De vez en cuando repasaba las notas que había escrito para su alocución. Sería el primero en intervenir en aquella mesa redonda de la universidad de verano de maestros. No había participado nunca en actos organizados por estas universidades, pero compañeros suyos habían sido invitados para dirigir cursillos en otras ocasiones. Siempre había oído hablar bien de ellas; por eso había aceptado la invitación transmitida por los organizadores.

La mesa redonda se había anunciado a bombo y platillo con un título voluntariamente provocador: «¿El panglós en la escuela...?», y, a juzgar por la asistencia, lo habían conseguido. La moderadora le había dicho que no esperaban a tanta gente.

Hasta la prensa estaba presente.

Era el último día de la universidad de verano, pero a pesar de que debían estar hartos del curso y de la universidad, todos los maestros habían venido a escuchar a los ponentes. El anuncio oficial, hecho pocos días antes, de que el Ayuntamiento pondría en marcha el proyecto piloto el curso próximo había calentado los ánimos de los maestros.

Para dar mayor solemnidad a la mesa redonda, la moderaba la propia directora de la universidad de verano. Con gran puntualidad y al ver que en la sala no cabía nadie más, la moderadora inició el acto. Presentó a los cuatro ponentes y expuso el tema de debate.

Empezaba Jordi. No quería entrar en el fondo del debate; creía que su papel consistía únicamente en explicar qué era el panglós y para qué podía servir. Eran otros los que debían decir si merecía la pena utilizarlo en las escuelas, o donde fuera. Por ello no dilató mucho sus explicaciones. Sólo dio una idea general de las funciones del aparato y de las instrucciones para su utilización.

Tras las descripciones, tenía previsto hacer una demostración. Sacó el panglós de la cartera y, frente a un público muy interesado, se lo colocó en la cabeza. Había estado pensando en qué lengua emitiría. No podía hacerlo en catalán porque era la

lengua que él hablaba y no se habría notado la diferencia. Le había parecido que hacerlo en inglés sería pedante y en árabe una provocación. Por ello había decidido emitir en castellano. Se dio cuenta de su error en cuanto oyó un silbido general seguido de un gran barullo. Le costó recuperar el control de la situación, pero lo consiguió explicando —sin el panglós— que no había imaginado que una parte del público pudiera molestarse y que lo único que quería era demostrar la facilidad con la que se podía emitir en una lengua cualquiera. El público le perdonó el incidente con un fuerte aplauso.

La segunda en intervenir fue Lamia Habib, directora de la escuela municipal en la que se llevaría a cabo el proyecto piloto del Ayuntamiento. A pesar de ser árabe, hablaba un catalán muy correcto, «mejor que el de algunos catalanistas radicales», pensó Jordi. Tenía el don de la simpatía y eso le serviría para lo que tenía que decir: «En nuestra escuela, más del ochenta por ciento de los niños son árabes. Proceden de las familias más desfavorecidas de la ciudad. Algunos de ellos viven en situaciones próximas a la miseria y nos cuesta lo indecible lograr que sus padres los traigan cada día a la escuela. Viven inmersos en un entorno completamente árabe, con muy pocas rendijas por donde pueda colarse un poco de catalán, castellano o inglés: algún programa de televisión y poca cosa más».

Era el drama de la inmigración reciente, ahora y siempre, aquí y en todas partes. Todo el público lo conocía de sobras, y la simpatía de Lamia Habib consiguió que muchos lo sintieran como propio, al menos durante un momento. Con su voz cálida y sincera se había ganado la solidaridad de los asistentes.

—Ya sabéis lo que cuesta llevar una escuela en estas condiciones. Los maestros nos sentimos a menudo solos. Nadie nos ayuda: ni los padres, ni la administración. Muchos padres consideran la escuela sólo como un lugar en el que dejar a sus hijos un rato cada día. La administración parece que la considera como un asunto del gabinete de prensa: para aparecer en ella en ocasión de las inauguraciones y para no aparecer en ella cuando surgen problemas. Nadie se preocupa de los objetivos ni de los medios. Lo único que les preocupa un poco es el aprobado. Los padres quieren que aprobemos a sus hijos, y es un cargo de conciencia para nosotros no hacerlo. La administración también nos lo pide, porque quiere quedar bien en las estadísticas de rendimiento escolar.

Lamia Habib conectaba con el auditorio. Decía, en público y ante la prensa, aquello que muchos pensaban.

—Pero no se pueden hacer milagros. Si ya cuesta alcanzar los objetivos mínimos en las escuelas normales, ¿cómo va a costar en una escuela como la nuestra? No sólo tenemos niños más problemáticos sino que, por si fuera poco, tenemos un plan de estudios más cargado: también deben aprender árabe. ¡Y todos quieren aprobar como los demás!

El público seguía identificándose con Lamia Habib.

—Por eso, en la escuela, vemos con muy buenos ojos la experiencia piloto. Estamos muy ilusionados con ella. Los niños podrán recibir toda la enseñanza en árabe. Quizá puedan, ¡por fin!, saber bien una lengua, y no como ahora, que saben muchas pero mal. Y tendremos mucho más tiempo para profundizar en las demás materias, porque ganaremos las seis horas por semana que dedicábamos al catalán, castellano e inglés.

El auditorio se desconcertó. Algunos pocos, que a juzgar por el color de la piel debían ser magrebíes, aplaudieron entusiasmados. Otros no estaban de acuerdo con lo que acababa de decir Lamia Habib, pero influenciados todavía por su personalidad, la aplaudieron tímidamente. Los demás, la mayoría, empezaron a murmurar.

Jordi recordaba lo que le había costado a Abassi Haschani que el Ayuntamiento aceptara los planteamientos que ahora presentaba Lamia Habib. No sólo había sido la entrevista, tensa, con María Casas. Había tenido que remover Roma con Santiago, llegando hasta el mismísimo alcalde, para que le mantuvieran la promesa hecha durante la campaña electoral. Ahora el público que tenía delante parecía no compartir el proyecto. Pero aquel público, pensó Jordi, no se había presentado a las elecciones o, como mínimo, no las había ganado.

La tercera intervención era la de Mireia Serrahima, pedagoga muy conocida en la asociación de maestros que organizaba aquella universidad de verano. Tenía una voz grave, muy a tono con la expresión seria de su rostro. Comenzó diciendo: «Ya sé que lo que diré no gustará a muchos de vosotros», pero nadie entre el público osó manifestar ningún tipo de oposición. El prestigio de que gozaba la persona que les hablaba era demasiado reconocido como para discrepar de entrada.

—El proyecto piloto me parece muy acertado —dijo lanzando una jarra de agua fría sobre buena parte de los asistentes—. Los maestros tenemos la obligación de enseñar a los niños y niñas a expresarse correctamente. Deberíamos conseguir que aprendieran toda la riqueza del lenguaje y que fueran capaces de expresar correctamente todos sus pensamientos y sentimientos. Deberíamos enseñar, normalmente, la lengua materna; el árabe en el caso que nos ocupa. Los asistentes seguían cautivados. Difícilmente podían discrepar con lo que estaba diciendo Mireia Serrahima, pero temían lo que podía continuar.

—Las demás lenguas tienen un papel meramente instrumental. Las enseñamos, más mal que bien, porque la sociedad nos lo exige. Pero desde un punto de vista pedagógico no aportan nada nuevo a los escolares. La capacidad de expresión y de comprensión, siempre tan necesaria, se consigue en una sola lengua. No hacen falta otras para mejorar esta capacidad. Más bien al contrario: a algunos niños, la diversidad de lenguas en la clase, les impide mejorar la capacidad de expresión.

»Sé que a algunos de vosotros no os gustará lo que estoy diciendo. Pero no deja

de ser irrefutable. La pedagogía que todos hemos estudiado es muy clara en este sentido y los estudios publicados lo corroboran. Existen excepciones, como siempre, pero las conclusiones generales son clarísimas.

»No debemos temer este cambio, sino al contrario. Por otra parte, no es la primera vez que vivimos un cambio así en tanto que cuerpo profesional. Generaciones de maestros anteriores a la nuestra vivieron algunos casos parecidos, como la supresión del latín o la sustitución del francés por el inglés.

»Si el anglés acaba imponiéndose, lo que está por ver, el papel instrumental de las segundas, terceras o cuartas lenguas pierde todo su sentido, y será normal y coherente que la sociedad ya no nos exija que las enseñemos. Tendremos que alegrarnos de ello porque la escuela podrá librarse de esta carga y podremos dedicarnos a trabajar más a fondo otros objetivos pedagógicos, que buena falta nos hace.

El público parecía no alegrarse mucho con ello. Casi todos los asistentes aplaudieron sin convicción, turbados por lo que habían oído decir a Mireia Serrahima, pero todavía sin fuerzas para rebatirle sus argumentos.

El último ponente era Enric Pujades, uno de los intelectuales más reconocidos del país. Hablaba con voz pausada, como si meditara todas las palabras que decía.

—Opino que lo que ha dicho la admirada Mireia es muy acertado, como siempre—empezó dirigiéndole una mirada afectuosa—. En su calidad de pedagoga, su planteamiento es impecable: en la escuela debe enseñarse aquello que la sociedad pide. Hasta ahora le hemos pedido que enseñara unas lenguas instrumentales; si estos instrumentos ya no son válidos, hemos de pedirle que deje de enseñarlos.

A la mayoría de los asistentes no les hacía ni pizca de gracia lo que estaban oyendo, pero no era fácil discrepar. Comenzaban a circular comentarios quejándose de los organizadores de la mesa redonda: no habían invitado a nadie contrario al anglés. Algunos incluso decían que aquello era una manipulación política.

—Pero existe un aspecto complementario que no se ha tratado bastante y que debería valorarse antes de sacar conclusiones. Este aspecto es la relación entre la lengua y la identidad colectiva o, si lo preferís, la relación entre comunidad lingüística y comunidad nacional.

»Todos sabemos que una comunidad lingüística es el conjunto de personas que utilizan una misma lengua para comunicarse. Las personas que forman esta comunidad se dan cuenta de que comparten una misma lengua y, con ella, otras formas de expresión y de cultura. Con el tiempo, toman conciencia de formar parte de un grupo y adquieren un sentimiento de identidad colectiva que en algunos casos puede llegar a identidad nacional.

El auditorio había enmudecido. Mantenía un silencio expectante. Las palabras de Enric Pujades no decían nada nuevo, aunque era difícil adivinar lo que pretendía.

—Esto es lo que sucede en nuestro caso. Los catalanes tenemos identidad nacional, reconocida por la Constitución y por la Comunidad Europea, esencialmente porque compartimos una lengua propia. Es evidente que tenemos otros rasgos de identidad, una historia común, por ejemplo, pero lo principal es la lengua. Somos una nación diferenciada porque tenemos una lengua.

»Pero una lengua no es un concepto metafísico que exista independientemente de las personas. Una lengua no existe al margen de los que la hablan. Una lengua no hablada no puede existir. Y si deja de existir, desaparecerá la comunidad lingüística correspondiente, y con ella la comunidad nacional.

»No creo que la invención del panglós altere este planteamiento. No creo que se pueda decir que una comunidad lingüística la forman las personas que emiten en la misma lengua. No. Hace falta que la lengua sea hablada por las personas, que sea interiorizada, que forme parte de la propia conciencia. Es aquí donde yo veo la necesidad de continuar enseñando el catalán. Si pretendemos mantener nuestra identidad colectiva es necesario que todo el mundo sepa hablar catalán.

El público prorrumpió en aplausos. Enric Pujades espero a que se desvanecieran para proseguir.

—Hasta ahora nuestra identidad se ha visto amenazada varias veces, tanto por las olas migratorias que hemos recibido a lo largo de la historia, como por otros motivos. Ahora el panglós se nos presenta como una amenaza todavía más peligrosa. Me sabe mal decirlo, pero lo veo así. Si los planes del Ayuntamiento terminan llevándose a término, mucha gente de este país no sabrá catalán. Si no ando equivocado, dejaremos de ser país.

El público se puso de pie, aplaudiendo a rabiar. La gente comentaba satisfecha las palabras que acababa de oír. En la mesa, Mireia Serrahima felicitaba a Enric Pujades; Lamia Habib parecía abatida.

A Jordi le dolió que aquellos aplausos fueran en contra de las ilusiones de Lamia Habib y de los esfuerzos del que ya era su amigo, Abassi Haschani. No obstante, también él aplaudía. Arrastrado quizá por el auditorio, tímidamente quizá, pero también con convicción.

Compartía las inquietudes de Enric Pujades. Sí, era indudable. La lectura de la escena que tenía ante sus ojos le desvanecía cualquier sombra de duda que hubiera podido conservar. La lengua común favorecía el sentimiento de identidad colectiva de aquella gente; de la misma forma, pensaba, que un tronco común confiere identidad de árbol a un conjunto de ramas. Eso lo sabía hasta aquel policía de la comisaría: para él, todos los que hablaban catalán eran una misma cosa. Nunca habría afirmado lo mismo de los que llevaban gafas o tenían los pies planos o fumaban pipa.

Y además, a aquella gente que estaba aplaudiendo le gustaba esa identidad. Y querían mantenerla. Así de sencillo. Quizás estaban demasiado comprometidos en

transmitir aquella identidad a los niños y niñas como para desear otra cosa. Pero a Jordi también le parecía evidente que también la desearan muchas otras personas que no eran maestros. Como Laura, por ejemplo. Y como él, ¿por qué no?

Y si pretendían mantenerla debían mantener su lengua, la lengua que les vinculaba; de la misma forma, pensaba, que las ramas deben mantener su tronco si pretenden seguir siendo árbol.

Ése debía ser el sentido último de la escena que presenciaba: aquella gente quería seguir siendo un árbol. Y Jordi también quería seguir siendo una de sus ramas. Por eso aplaudía.

Durante unos momentos experimentó cierta rebeldía contra el panglós. ¡Él, su inventor! Como si le supiera mal haber engendrado una criatura que se transformaba en un monstruo. Pero no. Él sólo era la persona que el azar había escogido en aquel momento para traer el panglós al mundo. Podía haber escogido a cualquier otra, aquel mismo año, el anterior o una década después. El panglós era inevitable. Lo que era evitable, lo que debía evitarse, era utilizarlo mal.

Se sintió más cerca de Laura. La miró y, a pesar de la distancia, le pareció que también ella le miraba. Ahora ya entendía lo que ella había querido decirle desde que se conocieron: que el panglós no era un instrumento cualquiera.

Llegó el momento de las intervenciones del público. No quedaba tiempo suficiente para que todos los que lo deseaban pudieran hablar y la moderadora tuvo que poner mucho empeño para que los parlamentos fueran breves.

Ninguno de los que hablaron osó manifestarse en favor del proyecto piloto del Ayuntamiento, al menos tal como lo había presentado Lamia Habib. Nadie se opuso a la utilización del panglós en la escuela. Todos daban algún que otro argumento para mantener la enseñanza de las lenguas.

Una joven dijo que si no se conocían otras lenguas existiría una total dependencia del panglós. Si se estropeaba, o se le agotaban las pilas, el usuario podría quedar totalmente incomunicado. «Bastante dependemos ya de los aparatos —dijo con amargura—, como para añadir uno nuevo».

Otra joven quería comunicar al auditorio la gran desmoralización de los organizadores y de los asistentes al curso de «Técnicas de inmersión lingüística» impartido en la universidad de verano. Tantos esfuerzos invertidos, decía, en crear las teorías que justificaban la inmersión, tantas discusiones, tantas horas de preparación, y ahora resultaba que un aparato minúsculo lo mandaba todo a paseo.

Una señora mayor preguntó, en la intervención más aplaudida, qué pasaría con los profesores de lengua. Habían ganado unas oposiciones y no tenían, decía, ninguna obligación de enseñar otras materias para las que no estaban preparados ni tenían obligación de aprender.

Un señor de mediana edad que se presentó como profesor de literatura dijo que

era importante que la gente pudiera leer las obras literarias en la versión original. A su parecer, aunque las traducciones eran buenas, las versiones traducidas siempre perdían la música y el ritmo del original.

Entre el parlamento de Enric Pujades, la respuesta del público, estas intervenciones y otras parecidas, Jordi se dio cuenta de que el colectivo de maestros no aceptaría la propuesta de Abassi Haschani. Vio claro que acabaría ganando María Casas.

Faltaban pocos días para el inicio de las vacaciones. Era el momento ideal para solucionar los temas con los que la gente no quería volver a lidiar al año siguiente. Todo el mundo tenía un montón de asuntos pendientes de resolución: devolver los libros que la biblioteca les reclamaba desde hacía meses, contestar la correspondencia retrasada, poner las notas finales de los estudiantes, terminar un artículo de compromiso o poner al día la contabilidad de los proyectos.

Ignasi quería solucionar el asunto del panglós. Había convocado una reunión del Comité de Gobierno para la última semana de julio. El orden del día tenía un punto estelar: «Utilización del panglós en las clases de Electroacústica». A Jordi no le gustó en absoluto que fuera tan explícito. Habría preferido tratarlo como un asunto más, incluido en un tema más general como, por ejemplo, «Planificación del curso próximo» o algo parecido. Se quejó de ello a Ignasi pero fue en vano. Éste le dijo: «Es un tema polémico en el departamento y quiero que todos sepan que lo trataremos en esta reunión. Así nadie podrá quejarse de ello después».

A Jordi tampoco le gustó que la reunión se celebrara en una fecha tan próxima a las vacaciones. Temía que faltara alguien. Quizá los dos estudiantes ya se habrían ido o algún profesor estaría en uno de los muchos congresos que se celebran en verano. Pero no, aquel día estaban los nueve.

La reunión era aburrida pero, por lo menos, transcurría más deprisa que de costumbre. Los primeros puntos eran de trámite e Ignasi no encontró mucha oposición. Esta vez, a Josep no le costaría mucho redactar el acta. Los dos estudiantes, Gualbert y María José, tenían prisa por terminar pronto. Santiago debía pensar que no era el mejor momento para volver a quejarse de las discriminaciones o para presentar sus habituales reivindicaciones. Margaret, según decía, esperaba con alegría ir a pasar unos días en su país. Ferran estaban repasando un artículo mientras, con un oído, iba siguiendo la reunión. Esteban no decía nada pero no perdía comba.

El interés de los asistentes por la reunión cambió de pronto cuando llegó el punto que todos esperaban. A Ignasi incluso se le quebró la voz cuando empezó.

—Este punto, como todos recordaréis, procede de la petición que hizo Jordi hace dos meses de utilizar el panglós en sus clases.

Todos lo recordaban perfectamente y no hacía falta que Jordi lo repitiera. En

aquellos dos meses, la vida del departamento había girado en torno al panglós y a la petición de Jordi. Todos habían debido hablar en un sentido u otro de aquel asunto. Todos se habían preparado para aquella reunión. Todos sabían lo que querían decir.

Ignasi siguió adelante con su presentación del tema. Era superflua, pero no molestaba.

—Durante este tiempo todos hemos podido hacernos una idea de las ventajas e inconvenientes de la utilización del panglós en las clases, y ahora no os molestaré resumiéndolos —dijo intentando ahorrarse una síntesis que a su parecer nadie le valoraría—. He hecho unas cuantas gestiones relacionadas con este asunto en el rectorado porque, como sabéis, existe un reglamento de la lengua que debe seguirse en las clases homologadas a nivel europeo —dijo justificando su labor de director—. El resultado es que dejan la pelota en nuestras manos: el reglamento existe pero, en este caso, nos dan autonomía para no seguirlo. La vicerrectora de estudios, Imma Piqué, dice que aceptará nuestra decisión, sea la que sea —concluyó Ignasi no muy satisfecho. Y añadió—: Es una lástima que no siempre procedan de esta forma.

A Jordi, aquella presentación no le gustó y, visiblemente enfadado, pidió una precisión:

—¿Podrías decirnos también qué piensan en el rectorado del panglós y de su utilización en las clases?

Era una pregunta incómoda para Ignasi. No podía decir que no lo sabía porque estaba justamente con Jordi el día que había hablado con la vicerrectora y el rector.

—No me ha parecido esencial y por eso no lo he dicho antes —dijo a modo de justificación—. No lo hablamos muy a fondo, pero me pareció que en el rectorado lo veían con buenos ojos y que les interesaba mucho.

Jordi se dio por satisfecho. No tanto como habría deseado, pero lo suficiente. Ignasi había tenido que reconocer que lo que generaba controversia en el seno del departamento se veía claro en los órganos superiores. Y lo hacía a disgusto. No le gustaba la polémica interna, pero todavía le gustaba menos que el rectorado hubiera expresado tan claramente su preferencia por una de las opciones. Estaba de nuevo en una de aquellas situaciones que tanto temía: con independencia del resultado, él saldría trasquilado. La primera que solicitó intervenir fue Margaret:

—Quiero ser la primera en hablar para no ser malinterpretada —dijo en inglés—. Sólo quería decir que en este asunto me abstendré. He hablado de ello con otros profesores visitantes del departamento y hemos optado por seguir la línea de siempre. Ya sabéis que normalmente no queremos intervenir en los conflictos internos que no nos afectan directamente. Nuestra estancia aquí es breve y desconocemos todos los detalles de estos temas. Por ello nos parece mejor no incidir en ellos.

La intervención de Margaret no sorprendió a nadie, ni siquiera a Jordi. Los profesores visitantes tenían derecho a escoger un representante en el Comité de

Gobierno, pero siempre hacían un papel muy discreto. No se negaban a dar su opinión si alguien la solicitaba pero, a la hora de votar y en caso de no haber consenso, solían abstenerse.

—Entendemos tu posición y yo, por lo menos, la acepto —dijo Ferran dirigiéndose a Margaret cuando le tocó intervenir—. Pero nos gustaría saber cómo lo ves —le preguntó esperando obtener una opinión favorable.

—Yo lo veo como un experimento más de los muchos que hacemos —dijo Margaret—. En todas las universidades es frecuente que los estudiantes participen de alguna forma en la experimentación de los resultados de las investigaciones llevadas a cabo en los departamentos. En este caso, Jordi solicita poder probar el panglós en sus clases para ver qué posibilidades puede llegar a tener y qué mejoras deberían introducirse en el aparato. No veo nada anómalo. Por otra parte, he estado utilizando el panglós durante unos días y me ha parecido que puede ser muy útil y que vale la pena probarlo.

Jordi le agradeció estas palabras. No obtendría el voto de Margaret pero su opinión, un poco alejada del departamento y por lo tanto más imparcial, podría pesar sobre los demás.

—Yo lo veo de la misma forma —dijo Ferran adhiriéndose a la opinión de Margaret—. También yo lo he probado y os puedo asegurar que es un aparato magnífico. Estoy seguro de que el experimento será un éxito —dijo tratando de transmitir entusiasmo—. Además, contamos con el interés y el apoyo del rectorado y vale la pena aprovecharlos.

—¡Si les interesa tanto, que lo demuestren! —dijo Santiago cuando le llegó el turno—. Nos hemos pasado el curso reclamando al rectorado más inversiones para el departamento y no nos han dado nada. Ahora dicen que nos dan su apoyo pero en cuanto al dinero ni un duro. Si el experimento tiene éxito, como decís, ellos se colgarán las medallas con nuestro dinero.

—Perdona, pero al departamento no le costará nada —intervino Jordi para matizar las palabras de Santiago—. Ya os dije que montaríamos los veinte pangloses en el departamento, con cargo a nuestro presupuesto.

—Da igual. Algo costarán estos veinte pangloses, digo yo —replicó Santiago sarcástico—. Si disponéis de este dinero, podríais dedicarlo a comprar nuevos equipos para vuestro laboratorio, que buena falta os deben hacer. No tengo nada en contra del experimento que propones, pero debemos exigir que lo pague el rectorado. Si no lo hacemos así, si ven que podemos gastar el escaso dinero de que disponemos para estas cosas —dijo en tono despectivo—, pensarán que andamos sobrados y todavía nos harán menos caso. No conozco la opinión del departamento, pero yo lo veo así —dijo dirigiendo una mirada punzante a Ignasi, empujándole a intervenir.

—La verdad es que nos hacen muy poco caso —dijo Ignasi atrapado—. Llevo

todo el curso reclamando dinero para inversiones y todavía ha de llegar la hora en que hayan dicho esta boca es mía —dijo en tono indignado, dejando a Santiago satisfecho—. Eso sí: ahora sale el panglós y todo son parabienes y enhorabuenas para el departamento, pero de nuestras peticiones ni rastro.

—Pues ahora es el momento de ponerlas encima de la mesa. ¡Si ellos quieren que utilicemos el panglós, nosotros queremos más dinero para los laboratorios! —concluyó Santiago, en un tono que Ignasi interpretó como una orden.

—Creo que hemos de ser más prudentes y no tirar mucho de la cuerda —dijo Gualbert, que empezaba en un tono reflexivo—. Si se rompiera podríamos quedarnos sin el panglós y sin dinero. Más vale que lo planteemos al rectorado de una forma positiva: el departamento hace un esfuerzo para mejorar la calidad de la docencia poniendo pangloses en las clases y esperamos que ellos hagan un esfuerzo similar mejorando los laboratorios. El argumento tiene su contundencia y les costará no aceptarlo, visto el interés que tienen en el asunto.

Santiago puso cara de no compartir aquel punto de vista e Ignasi de no gustarle que un estudiante le dijera cómo tenía que negociar con el rectorado. Entonces Gualbert cambió de discurso:

—Los delegados de los estudiantes nos reunimos para discutir y tomar una actitud común. Decidimos, por una mayoría muy amplia, que estábamos a favor. Creemos que la comunicación en las clases entre el profesor y los estudiantes que entienden el catalán mejorará mucho, sin que los que no lo entiendan pierdan nada.

Ignasi le escuchaba como si estuviera oyendo algo que ya sabía y no le preocupaba mucho. Gualbert se percató de ello y adoptó un tono más contundente:

—Los estudiantes creemos que somos los que más voz tenemos en este capítulo y nuestra posición es absolutamente clara. En definitiva, somos los que nos pondremos o no nos pondremos los pangloses, y poco afecta al resto del departamento. Por ello, ¡los estudiantes no entenderíamos, ni aceptaríamos —y, mirando fijamente a Ignasi marcó una pausa para que todos entendieran a qué se refería— que no se autorizara!

Luego saltó María José y, en castellano, dijo:

—No todos los estudiantes lo vemos del mismo modo. En la reunión que ha mencionado Gualbert hubo seis delegados que votaron en contra. A mí me parece que si hacemos un resumen de la reunión esto también hay que decirlo —dijo inquieta.

—En una democracia lo que importa es la voluntad mayoritaria. Ya se sabe que siempre existen minorías —contestó, en catalán y como excusándose, Gualbert.

Era extraño ver a los dos estudiantes enfrentados ante el seno del Comité de Gobierno. Siempre defendían las mismas posiciones. Eran conscientes de que la desunión les debilitaba ante el resto del Comité y, por ello, se esforzaban en ponerse de acuerdo y actuar unitariamente. Esta vez las divergencias entre ellos debían de ser muy profundas.

—Pero las minorías deben ser respetadas —dijo María José prosiguiendo en castellano—. No se puede obligar a nadie a ponerse un panglós, tanto si quiere como si no. Y eso es lo que pasaría si la propuesta prospera. Sólo podría aceptarse si el rectorado nos permitiera montar dos grupos de esta asignatura, uno en catalán y el otro en inglés, y que la gente escogiera libremente el que más le gustara.

Nadie hizo mucho caso a esta condición. La asignatura tenía unos cuarenta estudiantes y era inconcebible que el rectorado permitiera escindirla en dos grupos. Bastantes dificultades surgían ya para conseguir el profesorado necesario para imaginar que el rectorado pondría dinero para desdoblar grupos injustificadamente.

Entonces tomó la palabra Josep:

—Es una lástima que estemos discutiendo innecesariamente por una cosa que, en rigor, no podemos hacer —dijo dolido por cómo se desarrollaba la reunión—. En principio existe un reglamento universitario según el cual las clases homologadas deben hacerse en inglés. Ya sé que la vicerrectora nos permitiría hacer una excepción, pero, con todos los respetos, no es nadie para decirlo. El reglamento fue aprobado por el Claustro de la universidad y es imposible eludirlo. De lo contrario, alguien podría presentar una impugnación y probablemente ganarla. Sólo pensar en llegar a una situación como ésta, me asusta.

A nadie le sorprendía que Josep pudiera asustarse con una cosa como aquélla. Dado su respeto a la legalidad, difícilmente soportaría que alguien, aun con razón, opinara que el departamento hacía algo ilegal.

Pero le disgustaba que su intervención tuviera un aspecto tan negativo. No era ésa su intención, así que continuó:

—El panglós es una realidad y tarde o temprano acabaremos utilizándolo de alguna forma en nuestras clases. Me parece algo muy estimulante y creo que en esto estamos todos de acuerdo. No debe resultar muy difícil cambiar el reglamento, sobre todo si los estudiantes nos ayudan —dijo dirigiéndose a los dos estudiantes—. Deberíamos procurar que no tardasen mucho y aprovechar este tiempo para trabajar más la propuesta de Jordi. Estoy convencido de que terminaremos por ponernos de acuerdo. Al fin y al cabo todos queremos lo mismo: mejorar la calidad de la docencia.

Se hizo un silencio. A Jordi le pareció que Josep tenía su parte de razón, pero sabía que en la universidad las cosas no funcionaban así. Se hacían excepciones siempre que convenía y, llegado el caso, se modificaban los reglamentos después. Creer que la gente modificaría un reglamento para permitir una cosa que nadie había visto nunca antes era una utopía, pensaba Jordi. Las cosas funcionaban justamente al revés.

El último en tomar la palabra fue Esteban. Tardó un poco en empezar, como si diera tiempo a todos para poder concentrarse en lo que iba a decir. Adoptó una pose mayestática, habitual en él, y en un tono muy pausado dijo en castellano:

—Es evidente que el panglós representa una innovación tecnológica importante. Esto es indudable. Lo reconoce todo el mundo, incluso los del WCK que son muy exigentes. Es muy posible que pronto sea un aparato de uso corriente. Yo todavía no he tenido la oportunidad de utilizarlo, pero estoy convencido de que será útil en muchas ocasiones. Pero le pasará lo que le ha pasado a todas las innovaciones: tendrá que vencer muchas resistencias y a todos nos costará encontrar la mejor forma de utilizarlo. Basta ver la polémica que ha surgido en torno al proyecto piloto del Ayuntamiento para darse cuenta de esto.

Todos seguían con atención las palabras de Esteban. Había empezado como siempre: con un planteamiento muy general que nadie sabía cómo terminaría. Esteban se percató de que ya era el centro de atención y continuó:

—A mí me parece que esto es lo que nos está pasando ahora. No me refiero a la conveniencia o no de reformar tarde o temprano el reglamento. Yo nunca he sido excesivamente legalista. Tampoco quiero meterme en eso de sí hemos de utilizarlo como elemento de negociación con el rectorado. Éste es un tema que dejaría en manos del director del departamento.

El rostro de Ignasi reflejó la contradicción en que lo colocaban aquellas palabras. Por una parte, le halagaba que tuvieran confianza en él en cuanto a las gestiones que pudiera emprender. Por otra, no le gustaba en absoluto que le hicieran hacer esas gestiones.

—Querría referirme a cómo hemos de utilizar el panglós en las clases —seguía diciendo Esteban—. He estado analizando el estudio que hizo Jordi. Me parece que hace un planteamiento del problema muy acertado y que está muy bien documentado. No sé si todos conocéis este estudio. Trata de minimizar el número de traducciones que los estudiantes tienen que hacer en las clases. Yo estoy de acuerdo con este objetivo. Si los profesores y los estudiantes tienen que expresarse en una lengua que no conocen mucho, la calidad de la comunicación siempre disminuye.

A Jordi le sorprendió que Esteban conociera su estudio. Se lo había pasado a Josep hacía un par de meses e imaginaba que sólo lo habría leído él, y quizá también Ignasi. Nadie había dicho nada al respecto durante aquel tiempo. No le gustó que hubieran esperado el momento de reunirse para hablar de ello.

—Pero discrepo, en cambio, con el resultado del estudio —afirmó categóricamente Esteban—. Creo que el estudio es incompleto. Sólo se analizan tres opciones: la situación actual; el uso del panglós por parte del profesor, emitiendo en inglés; y el uso del panglós por parte de los estudiantes que no entienden el catalán cuando el profesor da su clase en catalán. Estoy de acuerdo en que, si sólo se contemplan estas opciones, la mejor es la última.

Jordi se puso tenso. Esteban estaba utilizando públicamente los datos de un estudio que él había redactado para uso personal. Le dolía porque, de haber sabido

que sería leído por otras personas, lo habría redactado de otra forma.

—Pero existe otra opción, todavía mejor, al menos en este caso —dijo Esteban con el aire de superioridad del que da una lección magistral—. Es la de dar la clase en castellano y que se pongan el panglós los estudiantes de fuera que no lo entienden. Tengo aquí las cifras relativas a esta opción, por si alguien quiere comprobarlas. De todas formas, la justificación es muy sencilla: todos los estudiantes que entienden el catalán también entienden suficientemente el castellano, pero hay estudiantes que entienden el castellano y no entienden suficientemente el catalán, por ello lo óptimo es que la clase se dé en castellano. Diez pangloses bastarían para alcanzar este punto óptimo. Eso es lo que deberíamos hacer si lo que de veras nos preocupa es la calidad de la docencia.

Al principio, Jordi se enfureció. No le parecía muy legítimo que Esteban pretendiera ridiculizarlo con su propia argumentación. Pero decidió no seguirle el juego. Recordó la conversación con Marc Boada y eso le relajó. «Esteban no tiene ni idea que el gobierno está preparando una ley que obligará que los pangloses emitan en catalán en la universidad. ¡El día que lo lleven sus estudiantes se dará cuenta de que los extranjeros le hablarán en catalán, tanto si le gusta como si no!».

Pero no quería ir por ahí. Sacaría a la superficie algo que nadie había mencionado.

—Mi estudio no es incompleto —dijo en tono confidencial—. Es sólo un estudio de las opciones que yo tenía en aquel momento, y no pretende establecer ninguna ley general. Cuando lo hice, ni me pasó por la cabeza poder dar las clases en castellano. Ya sabéis que nunca he sido beligerante con el tema de la lengua, pero siempre he considerado que lo natural, para mí, es darla en catalán.

Miró fijamente a Esteban, pero éste rehuyó su mirada. Jordi nunca había podido penetrar en sus ojos y tampoco iba a conseguirlo ahora.

—No tengo nada en contra de la lengua castellana —dijo todavía mirándole—. Pero no es la mía.

Jordi se sorprendió de las palabras que él mismo acababa de pronunciar. Pero en aquel momento sentía que le salían de dentro. Éstas y otras:

—Creo que es muy importante velar por la calidad de nuestras clases. Pero éste no es el único objetivo que se nos exige, ni el único que tratamos de alcanzar. Existen otros. También es importante convertir el catalán en la lengua de expresión normal en la universidad y en el país. —Marcó una pausa y añadió—: Al menos para los que creemos que la existencia del país vale la pena, y ya sé que no somos todos.

No lo dijo en tono irónico, ni queriendo ofender a nadie. Era su expresión íntima y sabía que no todos la compartían.

Con Jordi, terminó el primer turno de intervenciones. Hubo un segundo turno, pero no aportó nada nuevo a lo que se había dicho anteriormente, como de

costumbre. Llegaba el momento de decidir.

Ignasi trató de posponer la decisión.

—Han salido muchas ideas interesantes y quizá valdría la pena estudiarlas más a fondo —dijo.

Pero Jordi no lo aceptó.

—Si posponemos la decisión, mi propuesta ya no podrá llevarse a cabo el próximo curso y tendremos que esperar al siguiente. He presentado una propuesta y tengo derecho a que se vote tal como la he presentado.

Preveía el resultado, pero quería que los asistentes se comprometieran con el voto y tuvieran que pasar cuentas con quien correspondiera, ya fuera de dentro del departamento o de fuera.

Se procedió a la votación a mano alzada. Hubo tres votos a favor: Jordi, Ferran y Gualbert; y tres votos en contra: Esteban, Santiago y María José. Los otros tres se abstuvieron.

Era el peor resultado para Ignasi. En su condición de jefe del departamento, tenía el voto de calidad. No le tocaba más remedio que decidir.

Jordi se enteró de la decisión al regresar de las vacaciones. No se había forjado muchas ilusiones. Tenía alguna esperanza en la presión que pudiera ejercer el rectorado, pero dudaba que fuera suficiente para vencer las resistencias que se habían agrupado en torno al panglós. En algunos momentos pensaba que la decisión del Ayuntamiento al pretender llevar el proyecto piloto adelante, aun manteniendo las clases de lenguas, le favorecería dentro del departamento pero, en otros momentos, pensaba lo contrario. Jordi conocía la mezquindad que reinaba a veces en la vida universitaria.

Ignasi lo mandó llamar. Hacía más de un mes que no se veían, pero no tenían mucho que decirse. Jordi intuyó la decisión mientras se sentaba frente a su escritorio. Le bastó mirarle un momento y comprobar, una vez más, que le esquivaba la mirada.

Ignasi fue al grano:

—Me sabe mal lo que tengo que decirte, pero espero que entiendas que no me resulta sencillo decírtelo. A veces, la tarea de director de departamento es muy ingrata.

Jordi estuvo a punto de decirle que todos los trabajos son ingratos si no se pone ilusión en hacerlos, pero se contuvo.

—Este caso es difícil porque no hay posibilidad de llegar a un compromiso —siguió diciendo Ignasi—. Es un caso de sí o no, sin salidas intermedias. No se puede llegar a un compromiso para satisfacer a las dos partes.

—¿Han dicho algo los del rectorado? —preguntó Jordi antes de dejarle continuar.

—No han abierto la boca —respondió Ignasi—. Y eso que conocían

perfectamente el resultado de la votación. Pero no me extraña. Nunca se mojan con los asuntos de los departamentos. Son muy astutos: saben que si metieran baza en esto podríamos exigirles que también lo hicieran en todos los demás problemas que tenemos.

Jordi perdió las escasas esperanzas que tenía. Comprendió que había sido un iluso. No pensaba que le hubieran engañado, pero había imaginado que los parabienes del rector y de la vicerrectora significarían algo.

Ignasi se esforzó en retomar el hilo de la conversación:

—Creo que todos los puntos de vista que se han manifestado en este problema tienen su parte de razón. Si existieran experiencias previas, la gente quizá lo vería más claro. En este sentido, nos irá bien seguir el proyecto del Ayuntamiento. Pero ahora es difícil, y a mí me gustaría que no hubieran vencedores ni vencidos. La única solución que se me ocurre, de momento, es hacer desaparecer el problema.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —preguntó Jordi descolocado.

—He decidido que lo mejor es que este curso no des las clases de Electroacústica. Se las he dado a Joan. A ti te he puesto las de Procesamiento de Señales. Espero que no te lo tomes a mal.

La asignatura de Procesamiento de Señales era de segundo. No se daba en inglés porque no estaba homologada a nivel europeo.

El rector no había movido un dedo por el destino del panglós en el departamento de Jordi, pero había movido todos los hilos para poder lograr celebrar un acto como aquél.

Un rato antes había firmado un acuerdo de colaboración entre la universidad y la multinacional Piretti para la creación de una empresa destinada a la fabricación industrial del panglós. La universidad aportaba la patente y Piretti el resto del capital necesario. La empresa se localizaría en algún lugar, todavía por determinar, de Cataluña.

Jordi había participado en las negociaciones y había influido notablemente en su resultado final. Sería el director técnico de la nueva empresa y dispondría de un buen laboratorio y del dinero suficiente para mejorar el panglós. Cuando lo deseara podría regresar a su departamento, en las mismas condiciones actuales. También tendría la posibilidad de contratar a gente de su universidad.

El rector fue el encargado de presentar el acuerdo a la prensa. Tenía a su lado al director general de la Piretti, Giampio Pernici, y al propio Jordi. La presentación se celebraba en la sala de juntas de la universidad, llena de periodistas y cargos universitarios invitados especialmente para aquel acto. Entre los asistentes estaba Laura. Nadie había invitado a Ignasi.

El rector no cabía en sí de gozo. Tenía una buena ocasión para salir en la prensa y

no la desperdició. Dijo que el acuerdo que acababan de firmar demostraba, una vez más, que la universidad estaba en vanguardia del desarrollo tecnológico del país. Previó un gran éxito para el panglós, especialmente en sociedades plurilingües como la europea. Comentó las previsiones, optimistas, en relación al volumen de ventas. «En cualquier caso —dijo para terminar—, la empresa nace con un pan bajo el brazo: ya tenemos un pedido de cuarenta mil pangloses para el COM'40».

Jordi estaba contento. Aquel acto representaba el reconocimiento social de la utilidad del panglós, de la misma forma que el MT/38, ocho meses antes, había representado el reconocimiento académico. En este sentido no podía pedir más.

Pero le remordía cierta preocupación que le impedía manifestar plenamente su alegría: el proceso de fabricación del panglós se iniciaría sin que la sociedad supiera todavía cómo utilizarlo correctamente.

Laura le ayudó a aceptarlo:

—Eso ha pasado siempre —dijo—. La humanidad está más capacitada para inventar aparatos que para regular las condiciones de su utilización. Pero no te preocupes: tarde o temprano se acaba dando con la forma de hacerlo.